

Aingeru Epaltza

NUUESTRA
JERUSALÉN
PERDIDA



Lectulandia

Pamplona, la capital perdida. Es esta ciudad, cuya reconquista ha soñado mil veces desde que era niño, el lugar donde pasea sus emocionados ojos un maduro Joanes Mailu. No ha llegado a ella por propia iniciativa, sino enviado por el rey, Enrique de Navarra. Su misión, alzar a los habitantes del reino perdido contra el conquistador castellano. Las perspectivas parecen buenas, pero la realidad se parece poco a lo que le han contado.

La última entrega de la trilogía «El Reino y la Fe» de Aingeru Epaltza se presenta llena de aventuras: sangrientas batallas y apasionados amores, salas palaciegas e infectas mazmorras, venganzas y traiciones, conspiraciones y sabotajes que nos llevan desde Lapurdi hasta el Mediterráneo, y de aquí a París, pasando por Gipuzkoa, Bretaña y, sobre todo, la capital navarra, la gran protagonista de esta historia. Junto a la aventura, un halo de melancolía empapa toda la trama. Joanes Mailu envejece vapuleado por todos mientras se va percatando de su absoluta soledad. Hay también una reivindicación de la narración a través de Axular, quien, en un guiño a los actuales lectores, ejerce de rival y al mismo tiempo de admirador de Mailu.

Lectulandia

Aingeru Epaltza

Nuestra Jersualén perdida

El Reino y la Fe - 3

ePub r1.0

Titivillus 04.01.18

Título original: *Gure Jerusalem galdua*
Aingeru Epaltza, 2013
Traducción: Ángel Erro Jiménez
Diseño de cubierta: Ainhoa Lukas

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

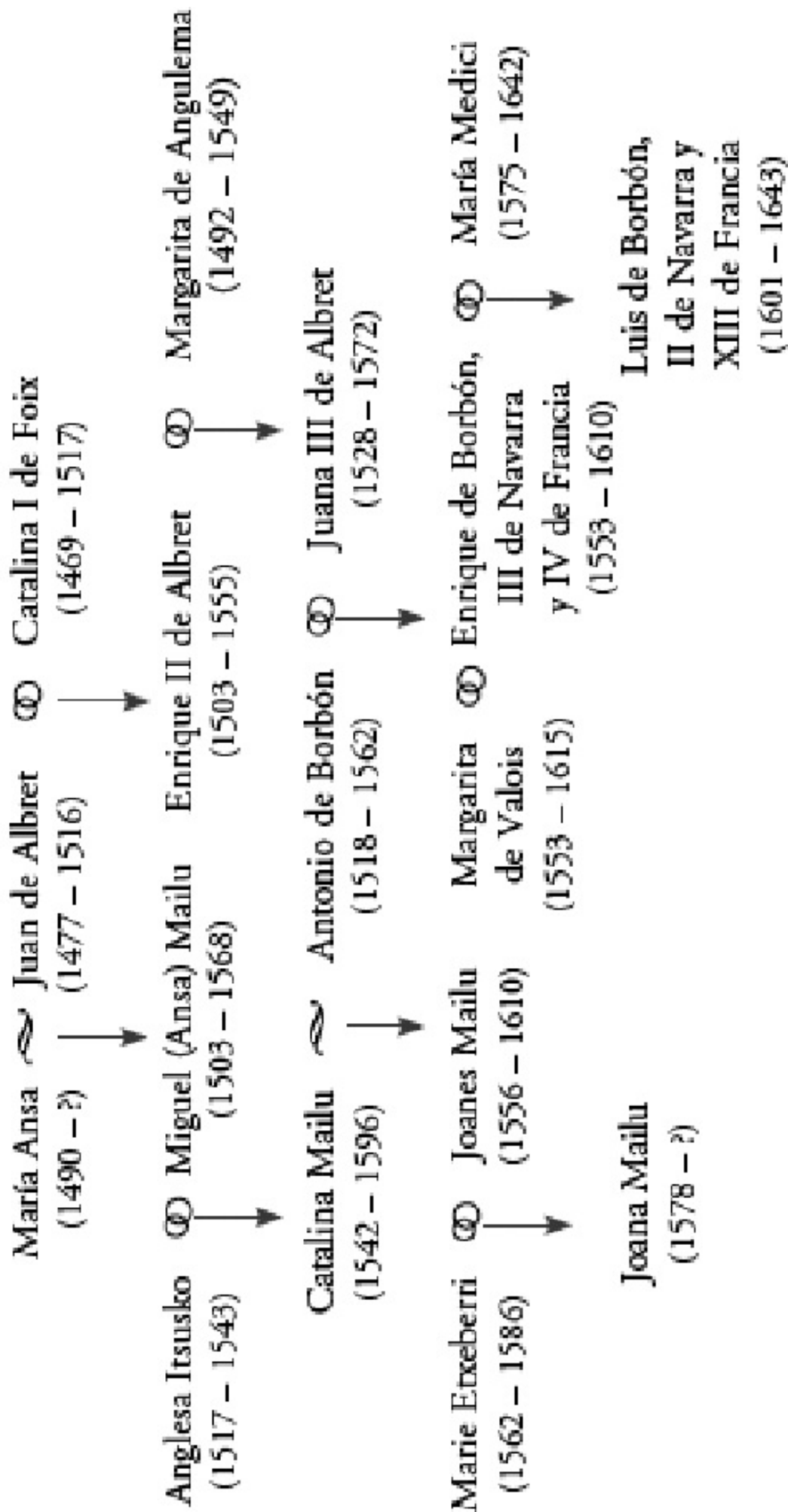
más libros en lectulandia.com

«La literatura muchas veces se pone frente a la Historia, como si fuese la cara oculta de la luna, como si fuese la cara o el lado que deja oculta la trayectoria del mundo».

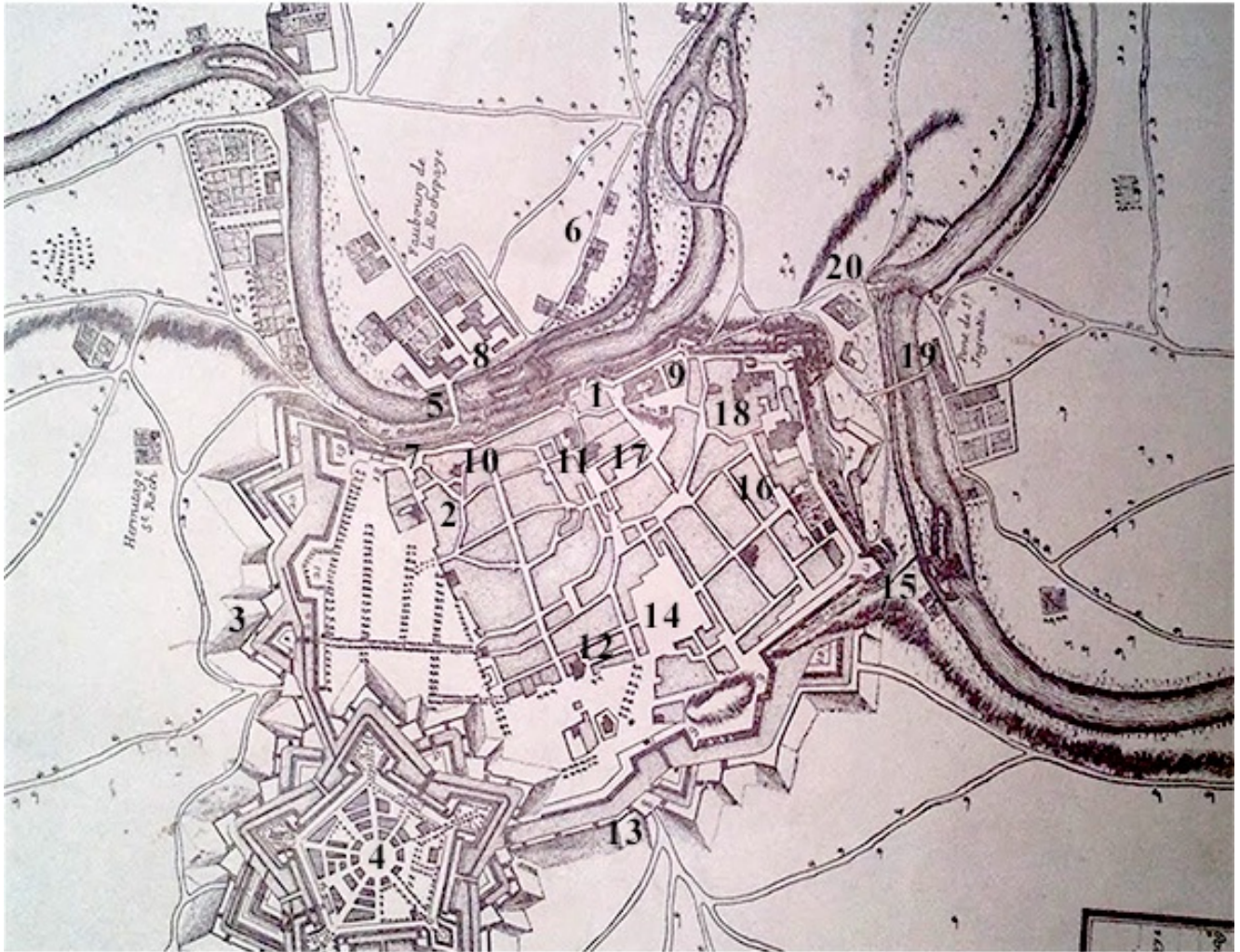
CLAUDIO MAGRIS

En recuerdo de nuestra tía Tere Epalza

LOS MAILU Y LA CASA DE ALBRET



PLANO DE PAMPLONA



Bonet, 1719 (Del Archivo Militar de Francia)

Fuente: *La Vasconia de las Ciudades. Ensayo arquitectónico e iconográfico*
(coord.: Iñaki Galarraga)

- | | |
|-----------------------------|--------------------------------|
| 1. Casa de Juan el Vizcaíno | 11. Iglesia de San Cernin |
| 2. Calle Mayor | 12. Iglesia de San Nicolás |
| 3. Puerta de la Taconera | 13. Puerta de San Nicolás |
| 4. Ciudadela | 14. Landatxikia |
| 5. Puente de la Rochapea | 15. Puerta de Tejería |
| 6. La Rochapea | 16. Rúa Mayor del Barrio Nuevo |
| 7. Sanduandía | 17. Regimiento (Ayuntamiento) |
| 8. Calle de los Curtidores | 18. Catedral |
| 9. Palacio del virrey | 19. Puente de la Magdalena |
| 10. Calle de los Saqueros | 20. Molino de la pólvora |

PRIMERA PARTE

EL BRAVO PAMPLONÉS

E legimos un recodo sombrío, a medio camino entre Baiona y San Juan de Luz, próximo a Guéthary, pero lo bastante alejado como para no ser vistos desde allá. Los castaños y avellanos del borde del camino real lo mantenían oculto a la vista. Un lugar apropiado para tender la emboscada.

Aquella mañana de principios de otoño el viento soplaba de poniente. Habíamos cabalgado toda la noche bajo una fina llovizna. El amanecer nos trajo un rato de escampada, y con ella, el grito callado de un monstruo que se despereza. El pavor transfiguró los rostros fatigados de todos los presentes. De todos, salvo el de Beñat ^[1], cuya boca casi desdentada se abrió en una pícara carcajada.

—Vaya, muchachos. Un enemigo que no esperábamos.

El trayecto desde Ayerra lo habíamos cubierto guiados por Beñat, quien, a pesar de ser de Heleta, conocía a la perfección estos parajes costeros. Antes de ponerse al servicio de Belzunce, mi señor, se había dedicado al acarreo de madera para los astilleros de Ciboure. Habían pasado algunos años desde entonces, pero seguía mirando con desprecio a todo aquel que no se hubiera bregado transportando troncos por las crecidas corrientes de primavera.

—¿Os asustáis de un rugido de nada? —se burló—. Mientras nos mantengamos alejados de él, no nos engullirá.

Beñat se había convertido a la Reforma a cuenta de unas campanadas a deshoras por las que acabó propinando una paliza al campanero de su pueblo, lo que a su vez atrajo sobre sí las iras de los papistas. De ahí su apodo.

—¿No es así, mi señor?

La pregunta me hacía de su camada, a pesar de que yo nada conocía del oficio de conducir troncos por el río. Aunque era un insolente redomado, Ezkila sabía reprimir su descaro ante quienes eran más que él.

Los ojos de los otros tres hombres del grupo se clavaron en mí. Eran más jóvenes que Ezkila y que yo, y nunca habían salido de la Baja Navarra o de las aldeas de montaña de Lapurdi. Les faltaba escuela. Elegí al más corto de edad.

—Jakes, ven conmigo.

Jakes era el tercer o cuarto hijo de un caballero de Ahaxe, procedente de un linaje humilde emparentado con los Belzunce. Le faltaban dos o tres años para cumplir los veinte. Vigoroso, callado, no demasiado listo, tan sumiso con sus jefes como un labriego, de los que no se calientan los cascos preguntándose cosas.

El terror hizo que Jakes abriese la boca.

—¿Adónde, señor?

Sin responderle, espoleé mi caballo a la vez que, con un gesto, ordené al joven que me siguiera. A trote ligero, salimos a un herbazal, hacia el oeste. No me estaba

conduciendo de manera prudente. Fuera de la espesura, cualquiera podría divisarnos desde el camino real. Aún más desde las atalayas para avistar ballenas de los getariarras. No me importaba.

Andando había unos trescientos pasos hasta el lugar donde desaparecía la tierra; los últimos, bastante escarpados. El trecho final lo hicimos pie a tierra, tirando por el bocado de nuestras reticentes monturas. También las bestias, tan de tierra firme como sus dueños, debían de estar aterradas por los rugidos. Jakes imitaba mis movimientos, sin quedarse atrás un solo momento. Una vez alcancé el borde, le indiqué que se situase a mi lado. Tal como esperaba, el temor y el asombro se encontraron en su rostro.

—Un paso más y sería el último que diésemos.

Llevaba sin encararme con el mar desde el asedio de La Rochelle. Ya habían pasado quince años desde entonces. Comparado con aquel, el espectáculo que ahora divisaba desde las rocas resultaba de menor impacto. El mar se mecía más morosamente y el viento soplaba más dulcemente que aquel primer día de La Rochelle. Por contra, las olas seguían chocando unas con otras para romper en blanca espuma a los pies del acantilado. Suficiente para impresionar a Jakes.

—Toma lo salado del salitre y ahuyenta la tentación de volverte pez.

El joven, con los ojos cerrados, respiró a pleno pulmón.

Regresamos junto a los demás más despacio que a nuestra ida. Empezaban a impacientarse. Me había ausentado sin dejarles instrucciones y por el camino habían pasado ya varios viajeros ante sus ojos. Ezkila me informó de todos ellos.

—Un boyero con su rebaño de vacas. Dos caballeros. Una carroza con varios ocupantes...

No eran esos los que nos habían hecho movernos desde la Baja Navarra. Les ordené que volvieran a ocultarse y que esperaran. Tampoco yo me encontraba tranquilo. Aunque éramos un grupo pequeño —cinco personas y otros tantos caballos—, era iluso creer que podríamos permanecer al borde del camino real durante mucho tiempo sin que nadie reparara en nosotros. Cuando tal cosa sucediera, mejor salir de estampía. A pesar de que los campos de batalla estaban lejos, el país de Lapurdi rendía vasallaje al rey de Francia, y todavía más al corrupto príncipe de Roma.

—¿Y si la información es falsa?

Ezkila, siempre dispuesto a decir inconveniencias.

—No tiene por qué serlo.

No me correspondía saberlo, pero, sin embargo, sabía que el informante era un notario de Baiona con acceso al castillo nuevo. Hacía llegar sus mensajes a Macaya y de allá Belzunce los enviaba a Saint-Palais, o, si eran importantes, directamente a Pau. Solían ser notas precisas, de gran detalle, que discernían entre lo visto y lo escuchado. El eco de aquellos escritos no llegaba hasta Ayerra salvo cuando se precisaba de mí.

El olor lo delató sin todavía mostrarse ante nuestros ojos.

Antes de partir, Belzunce me había leído: «Un carretero, de 35 a 40 años, tocado con sombrero azul de media ala, en una carreta llena de pescado salado, tirada por dos mulas; una, rubia; la otra, negra».

Tal cual llegaba traqueteando por el camino real.

Le faltaban unas pocas zancadas para llegar a nuestra altura cuando Ezkila, Jakes y yo le salimos al paso. Los otros dos, siguiendo mis indicaciones, se habían colocado en posición más retrasada uno y más adelantada el otro, con la orden de avisar lo antes posible si alguien más aparecía por el camino. Jakes detuvo a los mulos, sujetando firmemente los correajes con las dos manos. Una de las bestias —la rubia— hizo amago de encabritarse, faltando poco para tirar al joven por tierra. Entretanto, Ezkila empujó al conductor carreta abajo. El hombre cayó de bruces al suelo. Yo mismo le obligué a levantarse agarrándole de la pechera.

—¡La carta!

Había perdido el sombrero azul. El rostro se le enrojecía, mientras sus ojos espantados amenazaban con salirse de sus cuencos. Aun así, tuvo entereza para contestar:

—¿Qué carta?

Un puñetazo mío volvió a dar con él en el suelo, justamente a los pies de Ezkila. El de Heleta cosía afiladas punteras en sus botas de montar, para azuzar mejor los flancos de las monturas. En un santiamén, recorrió de parte a parte el cuerpo de su víctima pateándolo en series de tres, aprovechando para tomar aliento el intervalo entre una tanda y otra. Zas-zas-zas, en el tronco; zas-zas-zas, en la cabeza; zas-zas-zas, entre las piernas... El desventurado no tardó en hacer señal de rendirse, sacudiendo el brazo levantado. Dejé que Ezkila le propinara otras tres patadas, de nuevo en la cabeza, antes de ordenarle que parara.

El carretero, entre quejidos, yacía hecho un ovillo en el suelo, donde se tapaba la cara con las manos. Un reguero de sangre corría entre sus dedos hasta el suelo. Abrió la boca, pero un acceso de tos ahogó sus palabras. Esperé pacientemente hasta que pronunció el primer sonido comprensible.

—Aquí.

Hasta entonces no había reparado, oculta como estaba por la ropa, en una pequeña bolsa de cuero que llevaba colgada al cuello. Su mano temblorosa la sacó de debajo de la zamarra. Ezkila se la arrebató de un fuerte tirón, sin hacer caso de su queja, y depositó en mi mano el papel que portaba dentro. Rasgué el lacre. Solo leí la primera línea.

—*Al señor y amo de Tirinto*^[2].

A saber dónde se hallaba Tirinto, pero hacía tiempo que sabíamos que era Felipe de España el que se escondía tras semejante título. Al final del escrito se leía una firma: Odiseo. El mismo nombre aparecía en un libro de mi juventud que escribieron hombres de tiempos antiguos. Un recadero enviado por un rey griego a una ciudad enemiga para que hablase en su nombre. En el escrito, el embajador de España en

París, al parecer.

Lo más arduo del trabajo estaba ya hecho. Faltaban los detalles.

—¿Quién te la ha dado?

El carretero seguía en el suelo, vigilado por Ezkila. Mi pregunta acalló al instante sus quejidos.

—Otro mercader. También de Pamplona.

Me costaba entender su habla ahogada y, a pesar de ello, conmocionó todo mi ser. No había vuelto a oír aquel acento desde que me arrebataron a mi abuelo Miguel, diecisiete años antes. O dieciocho. O más. A mi abuelo Miguel, una vez, un rey de Navarra lo había llamado «mi bravo pamplonés».

Me arrodillé junto al comerciante, que seguía postrado y encogido, gimoteando por su infortunio. Me manché con su sangre al obligarle a retirar sus manos de la cara. No pude mirarle a los ojos porque los cerró antes.

—Su nombre.

Involuntariamente mi voz se había dulcificado, pero él no lo advirtió.

—No lo sé seguro —respondió entre llantos.

—No te creo.

Volvió a lamentarse, como temeroso de otra tanda de golpes. Finalmente masculló:

—Creo que Undiano.

Claro que Undiano. Lapurdi y la Baja Navarra se encontraban infestadas de espías españoles y el mayor de todos ellos era el tal Undiano. Llevaba años detrás de él.

—Vino a buscarme al mercado. Me ofreció un escudo por llevar la carta a Pamplona, prometiéndome que allá me darían diez reales de plata más.

De nuevo aquel acento. Yo habría hablado de aquella misma manera si mi abuelo no hubiera tenido que huir de la capital del reino sesenta años atrás. Lo observé con mayor atención. Siguiendo la moda española, llevaba una barba bien acicalada, en la que ya apuntaban las primeras canas, igual que en la mía.

—En Pamplona, ¿dónde?

—Donde el gobernador de la ciudad —dijo con voz ronca.

Ezkila hizo ademán de volver a patearle, pero un gesto mío lo contuvo. Ello no impidió que el carretero lanzara un aullido como si lo hubiese golpeado de verdad antes de volver a ponerse a lloriquear. Empezaba a hartarme, a pesar de lo cual una fuerza oculta me mantenía al lado de ese ser quejumbroso.

—¿Los mensajes los redacta el mismo Undiano?

Yo ya sabía que no. Quería comprobar de hasta dónde estaba al corriente el carretero. A estas alturas ya debía de haberse dado cuenta de que podía ponerse muy difícil si pretendía hacerme creer que se trataba de la primera vez.

—Nunca me ha dicho tal cosa —declaró entre sollozos.

—Pero, ¿tú qué crees?

—Yo creo —se apresuró— que los mensajes vienen de más lejos. Diría que solo

soy un eslabón en una larga cadena.

—Esta carta, ¿qué número hace?

Volvió a oscurecersele el semblante.

—La tercera.

—¿La tercera?

—La cuarta. Como mucho la quinta.

Posé la vista sobre la carreta llena, mientras Jakes continuaba sosteniendo las riendas de las bestias ya amansadas. Encogí la nariz.

—Traes buen olor a pescado en tu carro.

Por primera vez, me miró de soslayo desde el suelo.

—Traigo aceite de Navarra y llevo allá bacalao salado —me dijo.

—Así que estás haciéndote rico.

—En absoluto —se quejó—. Unas veces por la guerra, otras por los bandidos o, lo que es lo mismo, por los soldados. La ganancia nunca está garantizada. Tengo mujer y cuatro hijos en Pamplona. También viven mis ancianos padres. Y yo soy el que tiene que alimentar a todos.

Alzó la espalda para apoyar sus posaderas en el suelo.

—Es por eso por lo que te has metido a cartero —dije yo mansamente.

—Todos los mercaderes lo hacemos. No por ello infringimos ninguna ley, ni divina ni real.

El silencio sucedió a dichas palabras; un silencio tal, que el pánico retornó al rostro del carretero. Notaba a Ezkila deseoso por reanudar su sesión de patadas.

—Podría ser vuestro informante —propuso de improviso nuestro prisionero.

Lo miré con desconfianza.

—Puedo dejaros ver estas cartas cada vez que lleguen. Aparte de eso, podría informaros de Pamplona... Por poco de dinero. O ayudaros a llegar hasta Undiano.

Podía ser un buen trato. Por atrapar a Undiano estaba dispuesto a dar dos dedos de mi mano. Por otra parte, nuestro rey Enrique seguía escaso de ojos y oídos en Pamplona. Debió de leer aprobación en mi rostro, porque, envalentonado, añadió:

—También os haría conocedor de la gente que informa al rey de España de las cosas que aquí pasan.

Efectivamente, a Belzunce le agradecería oír todo eso, cuando lo pusiera en su conocimiento. Si no resultaba demasiado caro, claro está. El Tesoro de Navarra solo era rico en telas de araña.

—¿Dónde vives en la capital?

Mi pregunta le sorprendió, como probaba su respuesta:

—¿Conocéis Pamplona?

—Claro.

Nunca había estado allí. Sin embargo, era verdad.

—En la Navarrería —respondió—, cerca del hospital de San Martín.

La sorpresa me hizo tartamudear.

—Junto a la calle de los Curtidores, entonces —dije, a duras penas.

—No está lejos.

Me encontraba preso de una emoción como nunca lo reconocería. Mi siguiente pregunta la hice esforzándome por no hacer aflorar ese sentimiento:

—¿Todavía queda alguien llamado Ansa en la Navarrería?

Los ojos del carretero se abrieron como platos.

—Hay una familia, bien humilde, que se gana la vida zurrando pieles en el Arga. ¿Son allegados vuestros?

En vez de responderle le formulé otra pregunta:

—¿Y de apellido Atondo?

La cara ensangrentada del carretero se iluminó.

—¿Los zapateros? Esos viven en San Nicolás.

Se incorporó lentamente, sin apartar la vista de Ezkila. Este, sin necesidad de palabras, me indicó que seguía esperando una orden mía. Se le notaba que empezaba a parecerle excesivo el tiempo que llevábamos en aquel lugar.

—Si me decís vuestro nombre, les daré saludos de vuestra parte.

La sonrisa del carretero deformó aún más su rostro afeado por la hinchazón de ojos, nariz y labios. Recordé uno de los mandamientos que aprendí de niño en los libros del ministro Etxeberri: «Ama al prójimo como a ti mismo». No tenía ganas de amar a ningún prójimo.

—¿Saludos? —mis labios también dibujaron una sonrisa—. Hace un momento has hablado de leyes divinas y reales. ¿A qué dios y a qué rey te referías?

El carretero recitó sin respirar:

—A los curas de San Tirso siempre les he oído decir que hay un solo Dios. Y por lo que conviene al rey...

Se calló un momento.

—¿Por lo que conviene al rey? —le ayudé.

Una sombra de inquietud apareció en su mirada.

—¿Qué rey ha de tener un buen español sino don Felipe segundo, cuarto de Navarra?

Tan pronto como dijo eso la sonrisa se heló en el rostro del carretero. Acababa de darse cuenta de que no era eso lo que yo quería oír. Con los ojos húmedos, empezó a decir algo más. Para entonces, ya me había vuelto hacia Jakes.

—Lleva a nuestro amigo a que conozca el acantilado. Ya que le place viajar, que prosiga su viaje. Por el aire, esta vez.

Por si acaso, evitamos los puentes de Arbona, Uztaritz y Camabo, cruzando el Nive por un vado cercano a Itxassou. A Macaya llegamos cuando estaba oscureciendo. Yo estaba reventado y hambriento. En el castillo nos darían de comer y un lugar donde dormir. Eran otras cosas las que me rondaban por la cabeza. No tenía ninguna prisa

por informar a Belzunce. Había partido a reunirse con el rey, a Hagetmau, la víspera del día en que yo salí hacia la costa.

—Seguid vosotros hasta el castillo —ordené a mis hombres—. Mañana por la tarde estaré en Ayerra.

Solamente Jakes, el más joven del grupo, pareció sorprenderse.

—¿Habéis de viajar de noche, señor?

Beñat le respondió por mí, en voz baja, pero de manera que yo lo oyera.

—El tejón no teme a la noche.

Mi viaje hubiera sido más breve de dirigirme a Greciètte. Pero iba solo y no era cosa segura que todos los hombres del señor de Garro se encontrasen durmiendo. Por esa razón preferí dar un rodeo por Hasparren. Aunque ninguna luz alumbraba en todo el camino, tuve a la luna de compañera. De vez en cuando algún perro salía a ladrarme, cosa que, en lugar de molestarme, me ayudaba a no dormirme sobre el caballo.

Pasada la medianoche, me detuve en Bonloc, una encomienda de la colegiata de Roncesvalles. Mi destino era una casa situada un poco antes de la hospedería. He dicho casa; quizá debería haber dicho chamizo, pues no otro nombre merecen las viviendas de los miserables renteros de aquellos lares. Ningún perro salió a recibirme. La puerta estaba sin trancar. La empujé sin preocuparme del ruido. En el interior la oscuridad era completa y el olor, tan penetrante como el de un corral de cabras. Un momento más tarde, mis pies tropezaron con un jergón.

—¿Quién sois? —me preguntó, asustada, una voz masculina recién despierta.

Respondí tonante:

—¡Largo de aquí!

No era menester; el hombre ya se estaba levantando. Mi grito, además, provocó que un niño rompiera a llorar en aquel negro antro.

—Llévatelo de aquí —ordené al que acababa de ponerse en pie. Parecía vestirse.

—Como deseéis —respondió sumiso.

De la oscuridad surgió una cuarta voz, la de una mujer:

—Aguardad, mi señor. Yo lo acallaré, sin que tenga que mandarlo fuera. Martín, mientras, os ofrecerá algo que comer. Tenemos pan y castañas recién cogidas.

Estaba hambriento, pero no era esa la necesidad que deseaba saciar con más urgencia. El cansancio me empujó a aceptar la proposición. Me senté en el suelo, junto al jergón. Ya sabía que el chamizo no disponía de ningún otro asiento.

El hombre y la mujer se movían a ciegas, cada uno por su lado. Mejor así. En ese lugar no existía otra luz que el hogar del centro del cubículo, afortunadamente apagado. Al carecer de chimenea, el ambiente se hacía irrespirable cuando lo encendían. Los llantos del niño habían cesado ya. Podía oír con envidia cómo chupaba del pecho de su madre. El agua del cántaro que el hombre depositó en mis manos era insípida; su pan, de avena.

—Todavía no hemos matado el cerdo y las manzanas de este año han sido para

los monjes de Roncesvalles —se excusó la mujer.

—Algún día daré fuego a Roncesvalles.

Con todo, estaba de suerte. Por esas fechas, en otras casas de Bonloc no tendrían para comer más que algo de veza y cáscaras de nuez. Le arrebaté al hombre las castañas de un golpe, dándole a entender que lo mejor era que desapareciese cuanto antes. Empecé a desvestirme antes incluso de oír cómo se cerraba la puerta.

—En el nombre del Altísimo, Mari Miguel, cada día es más tonto ese marido que tienes.

Desde la cama no se oía mamar, señal de que el niño había vuelto a dormirse. Me introduje bajo la manta del jergón, un cuero de vaca, regalo mío. Ella, como de costumbre, me recibió de espaldas, ofreciéndome su grupa. En esta ocasión hice girar hacia mí su huesudo cuerpo.

—Ese mamoncillo tuyo habrá dejado algo para mí, ¿no?

Una vez llegamos a la orilla, solté la mano de Mari Miguel. Las condiciones eran óptimas. En ese lugar la profundidad del río era escasa y, exceptuando la llovizna de dos días atrás, aquel comienzo de otoño venía seco. El sol temprano de aquel día de fin de septiembre se clavaba de pleno sobre mi cabeza. En mi calidad de enseñante, metí los pies en el agua y hollé el lecho del río con paso firme hasta la mitad de la corriente. El agua apenas me cubría hasta las rodillas. Una vez allí, me senté sobre las piedras planas.

—¿Ves qué fácil?

Mari Miguel, sin avanzar un paso siquiera, seguía en la orilla, cubierta con el cuero de vaca, regalo mío.

—No tienes que hacer nada más que lo que has hecho otras veces.

No se rebajó un ápice la desgana con la que sus ojos observaban el agua mansa.

—Está fría. Y la gente se ahoga en ella.

Ya le había oído alegar tales razones. Tampoco mi réplica era nueva:

—Te tendría que cubrir entera para ahogarte.

La joven no se ablandó.

—Del bañarse vienen muchas pestes. Todo el mundo lo sabe.

También tenía respuesta para eso.

—Mira qué sano estoy yo y me baño una vez a la semana.

Torció el gesto tal como lo haría un niño pequeño.

—¿Pero qué necesidad hay de que me bañe? Nadie que yo conozca se baña. Seguro que ni los monjes de Roncesvalles lo hacen.

—Las mujeres de la corte de París sí que lo hacen, para oler bien.

La muchacha abrió un resquicio entre su piel y el cuero de vaca por donde introdujo su nariz, para aspirar ruidosamente.

—¿Y dónde huelo yo mal? Además, yo no soy una de esas mujeres de París.

Empezaba a agotárseme la paciencia.

—Si no te sientas a mi lado no habrá regalo.

Mari Miguel dejó caer al suelo la piel, resoplando como una borrica. Al instante, con los brazos, resguardó sus pechos repletos del aire mañanero de finales de septiembre. Una lástima, porque era la única parte de su cuerpo en la que se observaba alguna abundancia. Sus extremidades eran delgadas como palos y uno podía contarle las costillas sin necesidad de ayudarse del tacto. Por contra, me agradaba el rojizo pelo que tan abundante caía desde su cabeza, pero que tan escaso y ralo aparecía en las tortuosidades de su cuerpo.

—¿Sabes que en la corte de París algunas mujeres se depilan axilas e ingles?

—Ya me lo habéis contado.

Soltó un grito apagado al introducirse en el agua, que volvió a repetir al sentarse junto a mí.

—Estoy segura de que vuestra esposa no se baña.

Era verdad. En diez años no había conseguido que Marie se metiera en remojo.

—Entre otras cosas, es por eso por lo que te prefiero, porque tú te bañas.

—No de buen grado.

Como otras veces, mis ruegos no bastaron para que sumergiera todo su cuerpo. Tuve que conformarme con arrojarle agua por encima con el cuenco de mi mano, entre sus risas y protestas. En una de esas me cogió del mentón, hundiendo sus dedos en mi barba.

—¿Cuándo vais a sacarme de este agujero?

Volví a echarle agua por encima.

—Estáis construyendo una casa en el País de Mixa. Llevadme allá.

Aparté de mi mente la severa imagen de Marie.

—Algún día lo haré.

No era nada concreto, pero no se quejó. Quise tomarla ahí de nuevo, sobre el mismo lecho del río. Encontró la manera de escurrirse de mis brazos.

—Aquí no.

Allí no. Ni en ningún otro lugar. Salió del agua más rápido de lo que entró. Recogió el cuero del suelo y sin perder un segundo se envolvió en él. Tal como me trajeron al mundo, la acompañé hasta su chamizo, donde la pasión se me fue de golpe. El niño estaba dentro, otra vez llorando. El marido permanecía fuera, mirándonos con ojos inexpresivos.

—¿No tenías ninguna tierra que trabajar? —le increpé.

—De ahí vuelvo, mi señor.

De buena gana lo hubiese pateado. En vez de ello, entré dentro del chamizo, de donde volví a salir vestido y cargando mis cosas con las dos manos. Arrojé la silla de montar a sus pies.

—Si no tienes otra cosa que hacer, ensíllame el caballo.

Tenía la montura atada a un árbol cercano. Tan pronto como el hombre se dirigió

hacia él, saqué de la faltriquera un frasco de vidrio. Lo había encontrado la víspera, entre las pertenencias del comerciante de Pamplona, comprado seguramente en Baiona para regalárselo a su mujer o su amante. No pagaría poco por él. Estaba hecho con cristal blanco de Venecia, sin adornos de ningún tipo. En la corte de Francia había visto más de uno como aquel, en los tocadores de las mujeres de la baja nobleza.

—Toma —lo deposité sobre la mano de Mari Miguel.

El agradecimiento no acudió al rostro de la joven.

—Huélelo.

Yo mismo tuve que ayudarle a quitar la tapa. Acercó la nariz como a una cosa embrujada. La sorpresa se apoderó de sus facciones.

—No es cosa de beber —le expliqué—. Quiero que, cada vez que venga a visitarte, te pongas unas gotas de esto en las axilas y en el vientre.

Su gesto me indicó que también en esto sería obedecido, aunque con desgana. Otra extravagancia de caballeros, pensó sin duda.

—Hay algo más.

Abrí el saco que llevaba en la mano y le propiné una patada. Unos filetes blancuzcos de bacalao en salazón cayeron al suelo.

—¡Cristo!

Tomó uno y se lo llevó a la boca, rauda como una comadreja. Había empezado a explicarle que había que desalarlo en agua, antes de comerlo. Ya para ese momento devoraba el trozo de pescado hincando sus dientes en él. El marido llegó hasta nosotros tirando de mi caballo. Sus ojos relampagueaban, clavados en lo que su mujer se estaba llevando a la boca. Dentro de la casa el niño continuaba llorando. Cogí mi montura y me alejé sin despedirme.

Juana se detuvo a un par de varas de mí, ni un paso más.

—*Soyez le bienvenu, mon père*^[3].

Extendí mis brazos. Ella volvió junto a su madre antes de que yo pudiera llegar a tocarla. Al amparo de la sombra de Marie, me ocultó sus brazos cruzándolos a la espalda, mientras clavaba sus ojazos castaños en el piso de la sala. Estaba vestida, y tocada, igual que su madre, solo que al tamaño de una crecida muchacha de ocho años.

—Muchas gracias, Juana —musité, tanta era mi rabia—. Puedes marcharte a jugar fuera.

No cumplió mi orden hasta que su madre, con un gesto, no le dio permiso para ello.

Mi mujer y yo nos quedamos a solas en la sobria sala, cuyo único adorno lo componían las pieles de jabalíes, corzos y tejones que colgaban de las paredes.

—Os dije que quería verla con el pelo al viento, como corresponde a una niña de

su edad.

—Tiene edad de ir con toca y de aprender buenas maneras.

—Tampoco me gusta como viste.

—La ropa apropiada para alguien que un día deberá ser una buena esposa temerosa de Dios.

Ella misma portaba el cabello cuidadosamente recogido y cubierto. El vestido, negro, le llegaba hasta los pies y una gorguera blanca casi hasta el mentón. Las manos, del mismo color, y su rostro aún más blanco eran las únicas partes del cuerpo de Marie que quedaban a descubierto. Mi pensamiento voló hasta Mari Miguel, a la que aquella misma mañana había dejado en Bonloc, en la puerta de su chamizo.

—Yo mismo se la quitaré y quemaré algún día.

—Mi amenaza no le hizo abandonar su hieratismo:

—Emplearé el dinero que os da Belzunce en hacerle otra. Obviamente, lo que no habéis malgastado en construir vuestra maldita casa de Garriz.

—Más os vale no mentar mi casa.

Sentía deseos de golpearla. Tal vez no tenía ganas de otra cosa desde que me obligaron a casarme con ella. Pero si me había reprimido hasta entonces, no sería ese el día, y menos a causa del tocado de mi hija. Además tenía también otras razones para sentirme ofendido.

—¿Por qué se ha dirigido a mí en francés? Os lo tengo dicho: con vos me da igual si gruñe o cacarea, si así lo deseáis, pero a mí...

Se encogió de hombros.

—Si hemos de abandonar algún día este nido de paganos más le conviene a nuestra hija no inclinarse demasiado a esa lengua vuestra de salvajes.

—Si hemos de abandonar algún día este nido de paganos, eso no sucederá ya mismo.

—Probablemente antes de lo que vos creéis.

Había advertido desde el principio las cartas que Marie sostenía en su regazo. No tenía intención de preguntar por ellas. La mayor parte de la correspondencia que llegaba al castillo tenía a su padre, hermana o hermano como remitentes. La familia de Marie sentía aquella necesidad perentoria que suele afectar a los franceses de poner continuamente sus cuitas en conocimiento del otro. Inesperadamente, depositó una de aquellas cartas en mis manos:

—Es de vuestra madre, de Saint-Palais.

La noticia no mejoró mi humor. Llevaba diez años en Ayerra. En todo aquel tiempo había recibido tan solo dos o tres misivas de mi progenitora. Evidentemente, no era francesa. Por otro lado, haría dos años desde la última vez que nos habíamos visto, y no había sido un encuentro muy agradable, aunque ya no recordara el motivo. Con mi madre nunca solía ser muy agradable.

—«Afectísima nuera».

El encabezamiento me hizo levantar la mirada.

—Es a vos a quien escribe.

Le estaba pidiendo explicaciones. No hubo tales.

—«Hace un mes que recibí vuestra última carta...».

Interrumpí la lectura por segunda vez.

—¿Andáis carteándoos con doña Catalina a mis espaldas?

Me resultaba más fácil llamarla así que emplear con ella la palabra madre.

—Se trata de la esposa de Enekot Ezponda.

—Gracias por recordármelo. Había olvidado con quién está casada.

—Enekot Ezponda es consejero del rey y hombre de su máxima confianza, además de contar con un gran prestigio y ser un hombre de fe en este país de brutos idólatras. Es, además, padre de dos jóvenes con gran futuro en el entorno del rey.

Joanes y Enrique Ezponda. Al primero había tenido el honor de propinarle un puñetazo en la cara, en Orthez, hacía casi veinte años. Ahora se había convertido en un celebrado poeta, favorito del monarca. Enrique, por su parte, era medio hermano mío. Tenía doce años cuando lo vi por última vez. Él también parecía llamado a altos destinos.

—Todo eso ya lo sé. Pero, ¿qué tiene que ver con nosotros?

—Para que nuestra hija salga de este agujero, no bastará con nuestro empeño. Hará menester que alguien la asista y los Ezponda son los mejores posicionados entre nuestros conocidos.

—Ya os he oído alguna vez esa misma cantinela.

No tenía intención de enfadarme ni de reflexionar sobre la cuestión.

—Claro está que me habéis oído. Aunque no queráis escucharme.

Tampoco esta vez quería cargar mis oídos con tales asuntos.

—Lo consideraré —cedí generosamente—. Pero no ahora.

Le devolví la carta.

Mi mujer suspiró, pidiéndole paciencia al Señor.

—Leedla, os lo ruego. Tened presente que es de vuestra madre —volvió a hacer ademán de entregármela.

No intenté recogerla. Su semblante era cada vez más sombrío. Tras un instante de duda, me ofreció un resumen:

—Si enviamos a Juana a Saint-Palais, vuestra madre le encontrará un lugar en Pau, en el séquito de la hermana del rey. A otra hija de los Ezponda ya le ha buscado allá acomodo.

—No quiero deberle nada a mi madre.

Mi mujer ya no reprimió su enojo.

—¿Entonces queréis que nuestra hija se quede aquí, para que termine casada con un arcabucero?

He ahí una de las monsergas que a Marie más le complacía repetir: la horrible posibilidad de que Juana acabara convirtiéndose en esposa de un soldado de la guarnición. Le repliqué con un argumento diferente:

—¿Nunca habéis considerado el daño moral que puede acarrearle a nuestra hija la vida de la corte? Nuestra difunta reina Juana comparó la de Francia con un lupanar. Sobre la de Navarra, he oído de todo.

Su rostro me mostró que había acertado. Malévolamente añadí:

—Nunca me perdonaría a mí mismo si le viniese la perdición por ello.

Las mujeres nunca deberían mirar a sus maridos de la manera en que Marie clavó sus ojos en mí. Sacudió en el aire las cartas que tenía entre sus manos.

—Esta es para vos —me la arrojó, antes de abandonar la sala dada a todos los demonios.

Recogí la hoja escrita del suelo. «Dejad todo lo que tengáis entre manos y venid a Hagetmau». A pesar de su brevedad, era un largo escrito para ser obra del señor de Belzunce.

Para mi incredulidad, sorprendí en plena actividad al cantero y a sus tres jóvenes peones. Con los muros de la casa ya levantados, se afanaban en la cubierta, clavando las vigas a la cumbre. El picapedrero bajó a saludarme. Su rostro reflejaba un expectante nerviosismo en el que reconocí que me iba a pedir más dinero.

—Señor, menos mal que habéis venido. Me encontraba en un grave aprieto sin noticias de vos.

Piarres *Hargile*, o sea, el cantero. No le conocía otro nombre. De Lapurdi, no sé si de Bassussarry o de Villefranque. Lo había hecho venir, junto a sus aprendices, hasta la Baja Navarra por consejo de Ezkila. No quería a nadie del país de Mixa trabajando para mí. Al parecer, tenía experiencia por haber trabajado en la reparación de la muralla de Baiona. Se encontraba en Garriz desde la primavera. Desde entonces ya me había arrepentido varias veces de haber puesto en sus manos la construcción de mi casa.

—Se nos ha agotado la piedra para las losas de las escaleras del calabozo.

—No es un calabozo, sino una bodega. Es donde guardaré el vino cuando me traslade aquí.

Aquel espacio subterráneo era lo único que quedaba del castillo que me había visto nacer. Todo lo demás —murallas, torre, edificios— habían desaparecido en veinte años, como por efecto de una maldición divina.

—Señor, con el dinero del que me proveísteis no podremos construir los tabiques en piedra. Deberán ser de madera.

Me estaba resultando cargante el tono del cantero. Tenía una voz nasal con la que desgranaba sus quejas, como los curas papistas sus letanías.

—Hazlas de madera. No voy a darte más dinero.

Su rostro traslució una mayor preocupación:

—¿Ni siquiera para las losas?

Vuelto de espaldas, posé mi vista sobre el paisaje. A un lado, el pueblo de Garriz.

Al otro, Saint-Palais. Frente a mí, Luxa. En poco tiempo todos aquellos lugares desaparecerían de mi vista, a nada que continuaran creciendo los árboles y matorrales circundantes. Antes de colocar ninguna piedra, el trabajo de los aprendices del cantero había sido el de limpiar de zarzas el camino.

—¿Han vuelto a robarnos piedras?

—No se atreven. Desde que hicisteis ahorcar a ese desperdicio humano de Sumberraute los ladrones se mantienen lejos de aquí.

—Espero que siga siendo así.

En el hueco de la puerta aún no batía ninguna puerta. Pero en mi anterior visita no había ni hueco. Me introduje por él como si cruzara la entrada al palacio de un rey.

Los peones del cantero me observaban desde la cubierta no terminada, desde donde el sol alumbraba el vacío. Aparte de las basuras que los trabajadores habían arrojado allá, no había nada dentro. El labortano me seguía. Esperó a ver qué decía yo y, como no dije nada, fue él el que habló:

—Hermoso, ¿no es cierto?

No era esa la palabra que yo hubiera pronunciado.

—Parecía más amplio antes de levantar los muros.

—Los ojos suelen engañar. No le falta un solo pie. La misma sensación tendréis cuando levantemos los tabiques.

A un lado, unas escaleras se precipitaban bajo tierra. El cantero tenía razón, faltaban muchas losas antiguas y las que permanecían allí presentaban muy mal aspecto. Al final de las mismas se extendía un sótano de las mismas dimensiones que el piso superior, igual de vacío, aunque no tan sucio. Un ventanuco al exterior iluminaba la estancia al nivel del suelo.

—Ahí —le recordé al cantero—, quiero barrotes. Y una puerta maciza de madera de roble y hierro a la entrada de la bodega.

—El herrero de Luxa ya ha tomado medidas para los dos.

Me revolví con rabia al oír nombrar a Luxa.

—No quiero a nadie de ese lugar metiendo aquí sus narices.

—Tiene fama de buen trabajador.

—Luego dará cuenta a su señor de todo lo que vea. Esa gentuza cuanto más lejos de mí y de mis cosas mejor. Toda esa tropa de lamehostias solo está viva por la excesiva condescendencia del rey de Navarra.

El cantero también debía de ser papista. Si hubiera sido miembro de la Religión, Ezkila no se lo hubiera callado.

—Pues, tiene fama de buen trabajador —insistió.

Por insolencias de menor calado había abofeteado a más de uno. Eché a andar hacia la salida. Mi caballo pugnaba por encontrar una brizna de hierba entre tanta maleza.

El cantero se quedó junto al hueco de la puerta. Un chismoso, con ganas de enterarse de todo.

—¿Vais ahora a la Cancillería de Saint-Palais? —me preguntó.

Me acordé de mi madre. Tenía temas que tratar con ella, a cuenta de mi hija Juana.

—Hoy voy más lejos —le respondí.

Un grupo de caballeros me aguardaba hacia mitad del camino. Hacía mucho que no veía al hombre que los comandaba: La Force. Era de mi misma edad, un año más joven como mucho, hijo de una familia hugonote de la zona de Dordoña. Sobrevivió a la noche de San Bartolomé, igual que yo. Cuando Enrique resucitó tras mi breve reinado, La Force lo acompañaba en la orilla del Sena. Desde entonces, era uno de los más importantes capitanes del rey de Navarra. No era mi caso.

—Cuánto tiempo, Mailu.

No parecía muy honrado de volver a verme después de tantos años. Yo tampoco me molesté en fingir alegría. Entre aquellos hombres había otro al que también conocía, Joanes de Haranburu. Entretuve el camino conversando con él.

Haranburu era sobrino de Belzunce, hijo de su hermana y del señor de Pikasarri. Conocía su torre desde niño, puesto que Pikasarri se encuentra en Larribar, a unas tres leguas de Garriz. Como casi todos los hidalgos del País de Mixa, Bertrand de Pikasarri se había mantenido dentro de la Iglesia Romana. Su hijo, en cambio, se convirtió al calvinismo al cabo de algunos años. Puesto al servicio del rey Enrique, se había ganado su amistad y, con ella, algunos favores.

—¡Qué alegría poder cabalgar junto a vos a través de Gascuña, Mailu!

En el extremo opuesto a La Force, Haranburu me saludó como a un viejo amigo, agasajándome con los cumplidos que se usan con los iguales. Me resultó singular. Yo no era nadie; prácticamente no tenía mando más que sobre mi espada. El joven Haranburu, en cambio, mandaba sobre una compañía de cien hombres de la caballería real. Entre los nobles de la Baja Navarra no había otro con tales honores.

—Empezábamos a impacientarnos por vuestra llegada. Hemos decidido salir a vuestro encuentro.

Hablaba en plural, sin especificar quiénes conformaban aquel «nosotros».

—Hoy en día los caminos no son seguros —añadió.

—No sabéis vos cuánto.

Me tuve que contener para no contarle el triste fin en que paró el mercader pamplonés de Guéthary.

Recorrimos en ameno coloquio el camino hasta Hagetmau. Fue Haranburu quien trajo a mi abuelo Miguel a la conversación.

—Él era la espada del reino en el País de Mixa. En la torre de Pikasarri sentíamos un gran aprecio por él.

No le pregunté dónde estaban los de Pikasarri el día en que los papistas mataron a mi abuelo. En su lugar, yo mismo busqué alguna excusa para su padre. La

conversación fue derivando hacia su tío Belzunce.

—¿Viniendo hacia aquí, no os habéis cruzado con él? Ayer partió para Macaya, por Navarrenx y Peyrehorade.

Un camino diferente al que había seguido yo, obligado a desviarme a Garriz. En cualquier caso, creía que me reuniría con Belzunce en Hagetmau. Desde que había leído el mensaje de mi superior me preguntaba cuál sería el propósito de una cita tan lejana.

—Una pena. Mi tío quería desearos buena suerte.

Las palabras de Haranburu me confundieron aún más.

—¿Y quién me espera en Hagetmau, si no es Belzunce?

—El rey. Y doña Corisanda.

Hacía once años que no veía a Enrique. Una década entera y un año más. Durante mucho tiempo, hubiese creído rozar el cielo al oír una noticia tal. Ahora, la incertidumbre y la prevención nublaban mi alegría. No sabía si debía reír o llorar. La realidad se impuso para hacer que me interesara por los detalles. Una cuestión se adelantó a las demás:

—¿Quién es la tal doña Corisanda de la que habéis hablado?

Ignoraba que un castillo, aparte del rey de Francia, pudiera albergar una biblioteca. Así la llamó el sirviente que me conducía, «la biblioteca». Efectivamente, lo era: amén de unas cuantas sillas y de una chimenea, la estancia estaba repleta de anaqueles llenos, a su vez, de libros. No alcanzo a saber cuántos. Unos cien. Ciento veinte, tal vez. La única persona que allá se encontraba sostenía uno de aquellos. Diana de Andoins frisaba los quince años cuando la conocí. Yo tenía trece, entonces. Aquella primera vez su piel se me antojó del blanco de la flor de la harina; sus ojos, del azul de un cielo claro, y sus cabellos, negros como la tierra fermentada. Conservaba todos aquellos dones y algunos más que entonces se me escaparon.

—Condesa de Guiche —le hice una reverencia.

Sus ojos luminosos me examinaron de arriba abajo.

—Cuando se me dijo que el caballero de Mailu vendría a visitarnos, no estaba segura de si se trataría del valiente mensajero al que acogimos en Bidache hace dieciocho años. ¿Seguís escribiendo poemas?

—No desde que no me enamoro.

No sé si se ruborizó. Llevaba la cara blanqueada con polvos a la manera de las mujeres de Paris.

—Difícilmente podríais negar que sois el mismo Joanes de Garriz. Y mucho menos qué sangre corre por vuestras venas.

Me había desacostumbrado al juego de la galantería. Con Mari Miguel no lo practicaba, y todavía menos con Marie, mi mujer. Acerté a dar réplica a su cumplido:

—Vos tampoco desmerecéis de la Diana de entonces, condesa.

Con un gesto rechazó mis palabras.

—Diana murió. Ahora soy otra. Los que me quieren bien me llaman Corisanda.

También alguno de los que me quieren mal.

El nombre no me resultaba extraño, aunque no recordaba de qué. Ella volvió sus ojos hacia el libro que sostenía.

—Corisanda. La amante de Florestán, el hermano de Amadís. No me digáis, Joanes, que lo habéis olvidado.

Rebuscó entre las estanterías, extrajo otro libro y lo puso en mis manos. Era de gran tamaño. En su cubierta oscura de piel se podía apreciar la imagen de un caballero, vestido con una armadura antigua. Lo recordaba. Dieciocho años antes me había dejado los ojos desentrañando el sentido de aquellas letras minúsculas.

—No leí el *Amadís* completo, condesa. Tuve que abandonar Bidache antes de acabarlo.

—Después de herir a mi marido con la espada.

Un desagradable y viejo suceso que desde que entré a la sala temía que pudiera salir a colación. No intenté excusarme.

—En un duelo más vale no mostrar la espalda al contrincante.

Diana.

Corisanda sonrió brevemente.

—Pobre Filiberto. Sus celos lo perdían.

Sus dientes eran blanquísimos, como solo lo tienen las mujeres de la corte de Francia. También su forma de vestir me recordaba el París de doce o catorce años atrás, con sus joyas y sus sedas, su escote descubierto, su vestido encorsetado.

—Vivía celoso de todos los hombres, de los de carne y hueso, y de los que fabricamos con nuestra imaginación. Tuve que dejar de mencionar a Amadís con tanta frecuencia; me llegó a amenazar con quemar el libro.

—A los papistas les encanta quemar libros, señora.

No le plació mi comentario. Lo advertí en su semblante.

—Ahora vivo mejor —prosiguió—. Y también mi marido. Ya no siente celos, ni hambre, ni sed. Nuestros dos hijos llevan seis años huérfanos. Lo que no logró vuestra espada lo consiguió el arcabuz de otro herético como vos.

No parecía muy afligida.

—Por lo que veo, continuáis tan ligada a Roma como entonces.

—No he hallado razón alguna para renunciar a la Santa Madre Iglesia.

—¿Ni vuestra amistad con el rey de Navarra?

Cerró el libro en su regazo con un gesto altanero.

—Para mí, como para Enrique, el amor está por encima de la religión.

Pude contener la risa. No así la puya.

—Eso es una gran verdad, señora. Al menos en lo que concierne al rey de Navarra.

Sus ojos crepitaron.

—Andad con cuidado, Mailu. Carecéis de títulos suficientes para mostraros tan osado conmigo. Aunque os corra por las venas sangre real, no dejáis de ser un simple

caballero a sueldo de otro.

Humillado, me di un punto en la boca.

Del exterior llegó alboroto de gente y bestias. Ella se asomó por la ventana. Lo que vio hizo suavizarse su rostro enojado.

—Enrique, de vuelta de su batida de caza. ¡Qué hombre! No sabe estarse tranquilo en un sitio, sin hacer nada.

Antes de que pudiera darme cuenta, me encontraba solo en la biblioteca. Dejando a un lado el *Amadís*, me puse a inspeccionar los anaqueles llenos de libros. Llamó mi atención uno titulado *El Príncipe*. Estaba en francés, pero había sido escrito por un italiano. Su primer capítulo: «De las distintas clases de principados y de la forma en que se adquieren».

—¡Hermano mío!

El abrazo de Enrique de Navarra me pilló de improviso. Olía a sudor, al suyo y al de su caballo. Y también olía a sangre, de ciervo o de jabalí, o de ambos.

—Deberías haber venido conmigo esta mañana, Joanes, hubieses disfrutado, como en los viejos tiempos en el bosque de Coaraze. ¿Te acuerdas...?

Me acordaba de las batidas en el bosque de Coaraze. Me acordaba de muchas otras cosas.

—Cerca de París también había lugares donde correr el ciervo, Vincennes, Saint-Germain... pero nada en comparación con los bosques de mi querido Bearne, de mi querida Gascuña. ¿No es cierto, mi bravo pamplonés?

No estaba seguro de estar oyendo bien. La palabra no me llegaba a los labios, de la emoción. El orgullo se me había agotado ya con Diana. Con Corisanda.

—Tienes qué contarme qué ha sido de ti estos años. ¿Cuánto llevamos sin vernos? ¿Siete, ocho...?

Eran once. Una década entera y un año más. Once años desde que me despachó de su lado. «Me has servido bien, pero necesitaré un tiempo para olvidar lo bien que me has servido. Mientras que eso no suceda, no me hará bien ver a diario tu rostro cerca de mí».

—Me dicen que te estás construyendo una casa en Garriz, en el solar donde estuvo el castillo.

—Majestad, el terrero fue un regalo de vuestra difunta madre.

Igual que el veneno de un perfumista italiano, que pudre las entrañas de su víctima, así había rumiado durante once años aquellas palabras de Enrique hasta pudrir todas mis vísceras. Todo aquel rencor había desaparecido de pronto con su abrazo.

—¿Pero qué hacemos en este agujero lleno de libros? Me muero de hambre. Acompañame, en algún lugar habrá algo a lo que echar el diente.

Al poco nos encontrábamos en las cocinas del castillo. Enrique, sentado a una mesa. Yo, de pie ante él. Tenía una copa delante y el cocinero se deshacía por prepararle algo.

—Si he de decirte la verdad, he procurado volver lo más raudo posible. No me resultaba tranquilizador saber que estarías con Corisanda. En una época te las arreglabas bien para meterte en el lecho de mis amantes.

Su franca carcajada me sonrojó todavía más. Intenté balbucear algún tipo de justificación, pero no me dio tiempo.

—¡Si llegaste a follarte a la propia reina de Navarra! Pero en eso no tienes tanto mérito. En París y sus alrededores son legión los hombres que pueden asegurar lo mismo sin mentir.

Mi semblante pasó del rojo al blanco. Estaba hablando de su mujer.

No nos encontrábamos a solas en la cocina. El cocinero se hallaba junto al fuego, preparando un pescado. También estaba la joven criada que había traído el vino. Enrique, sin embargo, hablaba a voces, sin miedo de ser oído por nadie. El rostro del monarca había dejado de sonreír.

—¡Mala puta! ¿Sabes que ahora se ha alzado contra mí, aliada con los Guisa y esos sucios cerdos de la Liga Católica?

Algo había oído, sin mucho detalle. Las noticias tardaban en llegar al país de Arberoa.

—No contenta con hacerme la guerra, se ha atrevido a combatir a su hermano el rey de Francia. Eso la ha perdido: parece que los hombres de mi cuñado la tienen rodeada en Auvèrnia. Pronto la apresarán.

La sirvienta dejó una gran hogaza de pan sobre la mesa, y con ella, una buena ración de truchas recién hechas, tan grandes como medio brazo mío.

Yo tampoco había comido.

—Pero basta de hablar de Margarita. Hay un tema más agradable, Corisanda.

Sin temor a abrasarse los dedos, tomó una de las truchas y se la llevó a la boca. No por eso dejó de hablar:

—Sé que la cortejaste en tu juventud. Y que por su causa te batiste en duelo con el heredero de Agramont. Mejor que lo hubieses matado.

Dejó sobre la mesa la espina limpia del desdichado pescado. Tomó un segundo.

—Claro que no es cosa de extrañar. Cuando era joven resultaba encantadora y ahora, que ya no es tan joven, todavía más.

Se bebió la copa de un trago y sonrió a la criada mientras se la volvía a llenar.

—Además, es una buena consejera. Y generosa: mi última campaña la he sufragado con el dinero que me ha prestado. Sin olvidar qué gran organizadora es. Sabe, además, cómo recibir en casa al forastero y entretener a las visitas con su conversación.

Le robó un trozo de pan a la hogaza. No hubiera necesitado más para aplacar mi hambre.

—Y a diferencia de Margarita, también sabe traer niños al mundo: a Agramont le dio dos hijos. Ha cumplido treinta y tres años pero apuesto a que aún podría parir alguno más.

Enrique extendió su zarpa sobre una tercera trucha.

—En resumidas cuentas, sería una excelente reina de Navarra.

Por primera vez desde que nos habíamos juntado, Enrique calló, como si su locuacidad se hubiera agotado. Durante unos instantes toda su atención pareció concentrarse en la comida que tenía entre sus manos. Sin embargo, yo sabía que me estaba dando ocasión a decir algo. Cumplí su deseo.

—Desafortunadamente, Navarra ya tiene reina.

Su barba pelirroja estaba manchada de escamas. Levantó la mirada y la clavó en mí. Igual solía hacer, muchos años antes, cuando estaba a punto de ordenarme algo poco habitual.

—Ahí es donde entras tú, Joanes. Creo que puedes ayudarme a resolver ese problema.

EL CLÉRIGO ENCORVADO

El clérigo cabalga cada vez más encorvado sobre la mula. Por su garganta siente deslizarse trozos de cristal afilado. Un martillo golpea sobre el yunque de su cerebro. Ya ha olvidado de qué pueblo partió esta mañana, su nombre, los detalles de la posada, si le han servido de desayunar o si ha montado en ayunas. Tampoco podría asegurar si se ha detenido en el camino a comer o a beber. Ya no sabe si tiene hambre o no, y ya no distingue la sed de ese dolor de garganta que le merma hasta la capacidad de recordar. El sofoco ralentiza su raciocinio, aunque no tanto como para no saber que la ciudad que se alza ante él es Angulema, donde también el año anterior hizo un alto, camino de París. Era 1609, huía de Lapurdi y de De Lancre, y la capital de Francia era una promesa de refugio. A pesar del tormento, ese dato no se le ha desvanecido del recuerdo, ahora que, en junio de 1610, está de regreso.

—Angulema —repite para sí entre las orejas del negro animal—. Angulema, Angulema, Angulema.

El empeño por alcanzar la ciudad lo estimula y alienta desde su partida, esta mañana. Gracias a él no ha claudicado, ni se ha abandonado a la orilla del camino. Ha sido testigo de todo el periplo del sol las pocas veces que ha levantado su mirada al cielo. Desde dos o tres leguas atrás, viene temiendo que se le haga de noche a mitad de camino, como una vez también le sucediera al profeta Jeremías: *Vae nobis, quia declinavit dies, quia longiores factae sunt umbrae vesperi*. Ay, pobres de nosotros, porque oscurece, el sol ya declina y se alargan las sombras de la tarde. El sacerdote a punto ha estado de romper en llanto, al verse fuera del tibio resguardo de la ciudad. Sacando fuerzas de flaqueza ha conseguido avivar el paso de la mula, a pesar del suplicio que para él supone cada zancada del animal. Ahora, a la vista de las murallas, no puede menos que tributar al Altísimo un callado agradecimiento.

—Angulema, Angulema, Angulema.

Parece que ha sido día de mercado en la ciudad. Por el portón principal sale en gran bullicio una marea de gente. La mayoría se protegen del sol de junio con el gastado sombrero con ala de los campesinos del Angoumois. Por la mañana el clérigo los ha visto ya, delgados y harapientos, acarreando los escasos frutos de sus huertas, camino de la capital de la región. Todos lo han adelantado, aunque ellos fueran andando y él montara en mula. En el tiempo en que el sacerdote ha tardado en llegar a su destino, han vendido o intercambiado sus mercancías en la ciudad. Han comido. El paso tambaleante de más de uno delata que también han bebido copiosamente. Ahora, con la caída del sol, se ponen en camino hacia sus casas. Uno lleva una gallina colgando de las patas. Otro, un rollo de tela bajo el brazo. Aquel, un barril de vino cargado sobre las espaldas. Todos van en dirección contraria a la del clérigo, a cuya

mula interrumpen constantemente el paso, precisamente cuando ya ve tan próximo el fin del penoso viaje. Si su garganta inflamada se lo permitiera, les daría unas voces a esos aldeanos para que se apartaran de su camino y lo dejaran pasar. Pero la tiene tan inflamada, hinchada y tumefacta que no alcanza a articular la más mínima palabra.

El dolor empezó hace cinco días, primero en la cabeza, luego en la garganta. O al revés, ya no lo recuerda. En ese momento se hallaba en Poitiers, terminando la lectura del manuscrito del hugonote. Todas las horas que se han sucedido desde entonces le parecen semejantes a una subida al Gólgota. La cabeza le va a estallar y no soporta el dolor que le provoca. Tiene el cuello inflamado hasta el punto de impedirle el habla. Debe sujetarse con gran esfuerzo sobre la mula para no caerse. Incluso ha estado tentado de atarse al animal a fin de evitarlo. Pero solo dispone de una cuerda, que ya tiene bien empleada amarrando el cofre de sus pertenencias. Verlas desperdigadas por el camino le produciría mayor sufrimiento que una caída. Sin más remedio, ha cubierto a paso de tortuga el tramo de hoy.

Llega por fin ante los guardias que custodian la entrada de la ciudad. Tres jovencuelos que se creen algo por el hecho de ir armados con sendas picas. Desde que partió de París hace un mes, el pasado mayo, viene encontrándose con soldaditos semejantes a las puertas de cada ciudad: mozos imberbes con humos de hombría a causa de las armas que alguien ha puesto en sus manos. El día de mercado también ha hecho mella en ellos. Se nota en sus narices enrojecidas y en las miradas lascivas que dedican a las mujeres que abandonan la ciudad. A diferencia de los labriegos, un sacerdote no tendría por qué temerles. La sotana lo protege. La región no siempre ha guardado fidelidad a la Iglesia de Roma, pero Angulema ha permanecido como bastión del catolicismo en los años más duros. Con todo, desde sus ojos empequeñecidos por la fiebre advierte la duda de los guardias. No están tan borrachos como creía.

—¡Deténgase, padre! —el de más edad de entre ellos le sale al paso, con la pica en la mano. Una tímida barba le motea el rostro.

El clérigo refrena el animal, reprimiendo las ganas de pasar por encima del soldadito. Sabe bien que abrir la boca solo le ocasionara males. La ira le impide callarse.

—¿Qué haces?

Eso es lo que pretendía decir. En verdad, no ha emitido sino un murmullo que le araña la garganta como si lo hiciera un cuchillo. El recelo se hace más manifiesto en los rostros de los guardias. Desde la mitad del camino, el de más edad de entre ellos vuelve a dirigirse a él con una voz que todavía no es de adulto.

—Tenemos orden de no permitir el paso a la ciudad a forasteros con aspecto de enfermos.

Debía de haber previsto que algo así pudiera pasar. Es una prohibición habitual en las grandes poblaciones, aunque no se le aplica más que a la chusma. No hay noticia de peste por los alrededores, pero los ciudadanos de Angulema aún no han olvidado

la última.

La desesperación hace presa en el sacerdote. Niega sin vergüenza lo que es evidente.

—No estoy enfermo.

El suplemento de dolor no le hace más audible. Su voz a duras penas traduce a palabras su pensamiento. El vano intento tiene además la virtud de acrecentar la desconfianza de los guardias. Con ello sucede otra cosa no deseada: se extingue el alboroto de los que dejan la ciudad, al tiempo que se detiene la marcha de los que se apresuraban a sus casas. También abandonan sus juegos los niños descalzos que correteaban junto al portón. Decenas de pares de ojos se vuelven hacia el sacerdote. La curiosidad de la gente acaba por acelerar la decisión de los guardias.

—No se os permite la entrada.

El abotargado cerebro del clérigo precisa de unos instantes para asimilar las palabras. Fuerza su garganta hasta casi quebrársela. Es inútil. Se diría que el vano intento realizado por negar su dolencia ha consumido sus últimos bríos. En esta ocasión no emite ya ningún sonido. Siente desvanecerse. Se imagina fuera de la ciudad. Sin cobijo ni nadie que lo atienda. Condenado a morir como un perro. Mira de hito en hito al joven imberbe que tiene ante sí. Trata de hacerle entender por gestos lo que no puede con palabras:

—¡Muérete!

Pero el joven soldado ni fenece ni se retracta en su determinación.

Sigue saliendo gente por la ansiada puerta de la ciudad que engrosa a su vez la creciente cifra de espectadores.

—¿Qué ocurre? —pregunta el recién llegado a un presente.

—Parece un endemoniado —responde mientras levanta sin pudor el dedo hacia el sacerdote.

—Eso, si no es el propio demonio... —añade uno a su lado.

—¿En forma de cura? —se agita otro, más allá.

—Mi difunto padre me contó que el maligno ejerció durante un tiempo de párroco en Saint-Michel-des-Lions, en Limoges.

Un murmullo de admiración sucede a la aportación del quinto contertulio.

El sacerdote debería estar acostumbrado. Primero en Pamplona. Luego en Salamanca. No es la primera vez que lo confunden o que lo relacionan con el diablo. Fue precisamente una denuncia de ese cariz la que el pasado año provocó que saliera de Sara y se encaminara a París, huyendo de De Lancre. En aquella ocasión, el peligro lo alcanzó pleno de facultades para encarar la amenaza. Contó, además, con quién le valiera. Ahora carece de ambas ventajas, ni fuerzas dentro de sí, ni amigos cerca.

Los dubitativos guardias de la puerta siguen sin quitarle ojo. Conversan entre ellos, en voz queda, a una distancia prudencial del viajero. Eligen a un chiquillo de los que juegan junto a la puerta y bajo amenazas lo envían a buscar a un oficial. El

sacerdote ya no se sostiene sobre la mula negra. Se deja caer al suelo desde la grupa del animal. El vértigo que le azota nada más poner los pies en tierra le obliga a sentarse a un lado del camino, con la cabeza inclinada.

—No podéis quedaros aquí. Interrumpís el paso de los que salen —le dice el soldadito, aproximándose un poco.

El sacerdote ni siquiera alza la cabeza. Está seguro de que el guardia, por miedo a un contagio, no se le acercará más y que aún menos arremeterá contra él. La actitud del clérigo levanta otro rumor entre la cada vez más crecida tropa de campesinos. No tienen prisa por volver a casa. El espectáculo es gratuito y el sol muestra su cara más amable, esta tarde de junio. El joven guardia se impacienta, algo que todos perciben cuando pregunta:

—¿Qué lleváis ahí?

Ahora sí, la inquietud provoca que el viajero gire el cuello. Contra lo esperado, el soldado tiene puestas sus manos sobre el cofre de madera que hay atado a la grupa del animal. Desde que un mes atrás dejara París, la dichosa caja le ha reducido sobremanera el espacio que le resta al clérigo para montar sobre la mula. Ha preferido, sin embargo, renunciar a la comodidad antes que a su contenido. Precisamente, por protegerlo de las manos del guardia, trata de levantarse del suelo, sin conseguirlo. Por el contrario, el esfuerzo le agota todavía más. El joven ya ha desatado la cuerda que une el cofre a la grupa del animal. El viajero, impotente, observa desde el suelo la breve disputa entre las torpes manos del guardia y la tapa del cofre. Alrededor, todo es silencio.

—¡Válgame Dios!

El soldado, asustado, salta hacia atrás, para alejarse del cofre. Los espectadores más cercanos hacen otro tanto un instante después, con profusión de gritos. Todos miran los libros y papeles que asoman de la caja abierta igual que mirarían a una horda de demonios.

Si pudiera hablar, el sacerdote les diría que los libros proceden directamente de la biblioteca de la Sorbona. *Histoire des choses memorables avenues en France, 1547-1597*, de Jean de Serres. *Icones veturum*, de Christophe Plantin. *Tabula in grammaticae Hebraeae*, de Nicolão Clenardo. *Œuvres*, de Ronsard. También hay un curioso volumen de poesías, escrito por un viejo sacerdote de Eihalarre, pero este lo llevó él a París y con él vuelve a Sara. Y con todo ello, algunos pliegos manuscritos del propio viajero, y de otros. Ahora se arrepiente de no haber entregado algunos de ellos al fuego. Destacan dos fajos de papeles que hizo coser en Poitiers con hilo de lino, y que tampoco quisiera ver en manos de nadie.

El segundo esfuerzo por levantarse resulta tan inútil como el anterior.

—¿Por qué rayos me habéis hecho venir?

Acaba de llegar el oficial, con el niño que le ha transmitido el recado siguiéndole a su espalda. Su cara de malas pulgas atestigua que se encontraba en quehaceres más agradables antes de venir aquí. Se trata de un joven elegante y espigado que, al

menos, ya ha dejado atrás la veintena, como señalan su barba y sus bigotes de un negro intenso; su vestimenta y su paso altivo denotan hidalguía. Su sola aparición provoca silencio. Conversa brevemente en voz baja con los centinelas, para acercarse después. Se toma su tiempo para examinar, con gesto todavía más ceñudo, la penosa figura del clérigo sentado en el suelo. El extenuado sacerdote sabe que no debería seguir donde está, pero esta vez ni intenta levantarse.

—¿Quién sois? ¿Qué os trae a nuestra ciudad? —le pregunta, en voz alta, desde su altura.

El sacerdote ni intenta castigar de nuevo su garganta. Dirige el dedo índice hacia su cuello hinchado, mientras repasa una oración: «Señor, no me abandones». En nada se ilumina el rostro del oficial, que se dirige hacia el cofre abierto. Al clérigo se le antoja larguísimo el tiempo durante el que el oficial revisa libros y papeles.

—¿Vos sois *don Pedro de Aguerre*? —oye preguntar al fin. El joven oficial, aunque con un fuerte acento francés, lo ha leído en lengua castellana.

El sacerdote no tiene que forzar la vista para saber qué carta sostiene el oficial en sus manos. Está escrita por el secretario de Íñigo de Cárdenas, el embajador español en París. El nombre de Agerre aparece en la primera línea. Ese es uno de los escritos que no ha quemado por pereza o por la funesta obsesión de guardarlo todo. Uno de esos de los que le puede traer mil veces la muerte. Agerre se encuentra tan fatigado, tan derrotado, que ni siquiera le importa ya. Asiente con la cabeza, resignado a lo que ocurra.

El rato durante el que está callado el oficial parece durar una eternidad. Por fin, se le acerca y, con las dos manos extendidas, le ayuda a levantarse del suelo.

—Seáis bienvenido a Angulema, señor —le dice entre dientes.

Enrique ordenó que me desprendiera de mis pieles y me vistiera con sus sedas antes de partir de Hagetmau. Hacía una infinidad de años que no me ataviaba de esa guisa.

—No han de confundirte con un asaltador de caminos. Eres mi emisario.

—Como en otros tiempos.

—No del todo. Ahora, además de emisario del rey de Navarra, también lo sois del heredero del trono de Francia.

Me encontraba confundido.

—¿Quién es el heredero de Francia?

—Yo mismo, desde que muriera mi primo Alençon. Si el actual rey muere sin descendencia, yo seré el rey de Francia.

No era una noticia que me agradara. Sin embargo, me vestí sus ropas sin rechistar.

Cabalgando durante seis días por los caminos de Auvernia, aprendí que otros pueblos podían ser tan ricos como el mío en montes y bosques, e igual de pobres en todo lo demás. Cuando alcancé los muros de Carlat estaba tan cubierto de barro como mi propio caballo.

La ciudad estaba situada en la cima de una escarpada montaña, para llegar a la cual, en el último y abrupto trayecto, mi montura y yo acabamos por consumir las últimas fuerzas que nos quedaban. Aunque era mediodía, las puertas se hallaban cerradas, como si se tratase de una ciudad sitiada. Carlat daba la impresión de ser una ciudad que pudiera salir victoriosa de un trance semejante. La zona habitada se encontraba protegida por dos filas de murallas. Desde la parte superior de la primera de ellas, un grupo de soldados me observaban. Algunos sostenían arcabuces en sus manos. Unos hilillos de humo revelaban que estaban prestos para encender su mecha. Debían de llevar un buen rato observando mi llegada. Desde el pie del muro, me dirigí a ellos en el habla de Gasuña y el Bearne. En el transcurso de mi viaje había observado que no era muy distinta a la que utilizaban las gentes de la zona.

—Abrid las puertas. Traigo un mensaje para la reina de Navarra.

—Aquí no hay reina alguna —me respondió a voces uno de los que asomaba la cabeza sobre el muro—. Aquí manda Margarita de Francia, vizcondesa de Carlat. ¿Quién eres y quién habla por tu boca?

El tono desdeñoso me hizo fruncir el ceño. Me encontraba, sin embargo, extenuado por el camino y necesitaba perentoriamente bajar del caballo.

—Soy el caballero de Mailu. Y vengo de parte del rey de Navarra.

—¿De Navarra? —preguntó la misma voz de antes—. No hemos oído hablar de tal reino.

Unas carcajadas retumbaron sobre las murallas.

—A lo mejor quieres decir que eres mensajero del príncipe del Bearn.

Se trataba de una clara afrenta. Alcé la vista pero no pude distinguir al ofensor entre esa pila de cabezas. Fijé la mirada en todas ellas y, a la vez, en ninguna en concreto, y exclamé en voz alta:

—Si bajas aquí, yo mismo te mostraré dónde está y qué es Navarra.

Se levantó un murmullo, que tomé como muestra del temor que habían infundido mis bravas palabras. Como remate a mi desafío, tiré con altivez de las riendas para levantar al caballo sobre sus patas traseras. En la corte francesa eran habituales este tipo de alardes.

Fue entonces cuando escuché los disparos. Primero, uno. Y, un instante después, el segundo.

Un húmedo calor se posó sobre mi frente. Resultaba reconfortante, pero no hasta el punto de calmar mi dolor. Este dominaba mi frente, mis párpados y mi nariz. También la rodilla, la mano y el brazo izquierdos. Con todo, no era ello lo más grave, sino la ceguera. Por el ojo derecho aún conseguía atisbar una pequeña mancha de luz, pero el izquierdo no podía ni abrirlo. Lo sentía como muerto, no respondía a mis órdenes.

—Estoy ciego —me lamenté para mis adentros.

No debió de ser tan calladamente, porque al instante una voz de mujer me respondió:

—No estáis ciego.

La mera respuesta ya era sorprendente, más todavía por el hecho de que aquella mujer se dirigía a mí en mi lengua, nada más y nada menos que en Auvernia. El calor húmedo volvió a mi rostro y aunque tampoco esta vez aplacó mi dolor, sí me ayudó a considerar mi situación. Sin necesidad de ver, sabía que me encontraba postrado en una cama y que unos blandos cojines sostenían mi cuello.

—No estáis ciego —repitió—. El porrazo que os habéis dado al precipitaros del caballo ha hecho que se os cerrara el ojo.

Hablaba con fuerte acento gascón, como hablan los de La Bastida, Bidache o Guiche.

—¿Me han acertado con el arcabuz?

—Vuestro caballo es quien ha recibido los disparos que os estaban destinados.

Le tenía aprecio a ese caballo, más que a algunas personas.

—Así que ha muerto.

—Y vos habéis sobrevivido. Debéis agradecersele a Dios.

Permanecí en silencio. No sabía hasta qué punto estaba de acuerdo con tal afirmación.

—¿Quién disparó?

—Los hombres de Lignerac. Lignerac es el dueño y señor de todo esto.

Dolorosamente llevé mi mano indemne hasta el paño que me cubría la vista. Una mano, fina y delicada, evitó que me lo quitase por completo. Por aquella rendija más amplia pude vislumbrar un par de ojos oscuros, unas mejillas blanquísimas y unos labios encarnados.

—¿Quién sois?

Escuché unas risas. No estaba sola.

—La señora de Duras, dama de honor de Margarita de Francia.

Alcé la espalda y, conforme lo hacía, se me desprendió el paño. Tras unos instantes borrosos, el único ojo sano con que contaba confirmó mis suposiciones. La mujer, que me curaba con la asistencia de dos muchachas, sin ser una muchachita, tampoco había sido maltratada todavía por la vejez.

—¿Y cómo os llamabais de soltera?

Rio brevemente.

—Antes de casarme, era Margarita de Agramont, hija del castillo de Bidache.

Su tono rezumaba orgullo. A mí la información me causó menor entusiasmo del que ella esperaba.

—El oído no me ha fallado. Os hice de la frontera en cuanto os oí hablar.

Creyó que la hacía de menos.

—¿«De la frontera»? ¿Es lo único que se os ocurre al saber a quién tenéis delante? Pertenezco al más principal de los linajes de Navarra, soy hija de Antonio de Agramont, hermana de Filiberto de Guiche...

—... cuñada de Diana de Andoins... —le quité la palabra.

—Prefiero no oír nombrar a esa mujerzuela.

La examiné descaradamente con mi ojo derecho. Un cortesano parisino jamás obraría de tal modo. Llegado a ese punto, ya no me importaba si me consideraba un salvaje. Por encima del dolor de toda la parte izquierda de mi cuerpo, me gustó cuanto vi.

—¿Diana, una mujerzuela por ser la favorita del rey de Navarra? Una razón un poco audaz en palabras de una dama de compañía de Margarita de Francia.

De sus ojos salieron chispas; ello no refrenó mi lengua.

—No sabría decir si Antonio y Filiberto fueron *hombrezuelos*, pero sin duda que sí fueron unos traidores. El padre, a la reina Juana; el hijo, al rey Enrique.

—¡Demonio de hugonote! Debíamos haberos dejado morir a los pies de la muralla. Tenéis suerte de que mi señora Margarita sea tan magnánima.

Entraron más sirvientas en la cámara. Traían un gran recipiente humeante de metal, tal como los que había visto en la corte de Francia. Los ojos negros de la mujer se clavaron, fríos, en mí.

—Cenaréis con ella. Pero antes habréis de quitaros en esta tina ese olor a cabra, tan navarro.

El abrazo de Margarita provocó al mismo tiempo dolor en mi brazo herido y recuerdo de perfumes ya olvidados por mi nariz. Algo que no les ocurrió a mis ojos. La reina de Navarra había engordado. No tanto de talle como de pecho. Allá donde en otro tiempo pendían dos manzanas jóvenes, con tantos admiradores en la corte francesa, asomaban ahora sendas calabazas. Impedidos por esos descomunales senos, sus brazos no alcanzaban ahora a rodearme la espalda.

—Dios os ha traído a mí, Joanes.

Los cambios no atañían solamente al busto. En su rostro se apreciaban las primeras arrugas, mientras que eran mucho más escasas las joyas que colgaban de su cuello o de sus brazos y manos. Sus ropas carecían del deslumbrante brillo de antaño e incluso parecían un tanto gastadas.

Supo leer mis pensamientos.

—Es espantoso, Joanes —arrancó, a punto de sollozar—. Perdí la mayor parte de mis pertenencias en la huida de Agen. No conservo ni una sola de mis pelucas.

Así era. Lucía su propia melena negra. En otro tiempo, quien quisiese conocer la verdadera tonalidad del pelo de Margarita, tanto el del cabello como el del resto de su cuerpo, había de acostarse con ella.

—Y no es eso lo peor.

¿Qué cosa podía haber peor que la pérdida de sus pelucas?

Bajó la voz:

—Creo que me las ha robado Lignerac.

Era la segunda vez que escuchaba el nombre de Robert de Lignerac desde mi accidentada entrada en Carlat. En Hagetmau me habían advertido sobre su persona. Robert de Lignerac era el bailío de Auvernia, un papista rabioso, y el principal apoyo de Margarita en su revuelta contra su hermano, el rey de Francia, y su esposo, el rey de Navarra.

—Creía que Lignerac era amigo vuestro.

En Hagetmau incluso me habían dado a entender que habían compartido lecho.

—Preferiría tener a Calvino de amante, que ser amiga de ese gusano inmundo.

No pretendía empeorar el estado de ánimo de Margarita. No podía, sin embargo, evitar presentarle mis condolencias por el deceso de su hermano Alençon. En París prefería mantenerme alejado de aquel príncipe jorobado con hocico de jabalí, siempre de fracaso en fracaso en su permanente carrera por la corona de Francia. Nunca entendí la estima que Margarita le guardaba.

—Ciertamente ha sido una desgracia la muerte de mi infortunado Francisco —se emocionó—. Como consecuencia de ella, yo he perdido a mi hermano pequeño y Francia podría ver coronado a mi esposo.

Entré en el comedor del brazo de Margarita. Era una sala enorme que ni el fuego encendido conseguía calentar, con suelo y paredes desnudas y una mesa minúscula en el centro. Antes de entrar en ella, ya había advertido la escasez de muebles y otros enseres.

—Mirad, Joanes, a lo que he llegado. Al casarme, mi madre me concedió el vizcondado de Auvèrnia como dote. Esta es la primera vez que vengo a mis dominios, para encontrarme con una casa que nadie ha habitado en treinta años. Lo llaman castillo de Bridoré. ¡Nada más y nada menos que *Doré*! Poco oro hallaréis aquí. ¿Es esta una residencia digna de la hija de un rey de Francia?

Dos personas nos aguardaban para cenar. A la señora de Duras, a la que todavía parecía durarle el enfado contra mí, ya había tenido el placer de conocerla. Al menos se interesó por el estado de mis heridas, cosa que Margarita no había hecho. Le respondí con una mentira y mucha cortesía:

—Va aplacándoseme el dolor gracias a vuestros cuidados.

Aquello no ablandó la dureza de su gesto.

El otro era un hombre robusto, algo más joven que yo. Lucía una melena de un rojo intenso, sobre un rostro cubierto de pecas. Tampoco parecía sentir gran alegría por tenerme allí.

—Os presento al capitán Aubiac —Margarita hizo los honores—. No es hombre muy amante de las novedades. Todavía admite ballesteros entre sus hombres.

—¿Ballesteros? —inquirí yo, algo sorprendido.

—Ballesteros —respondió él, con una mirada feroz.

—Con todo, es un soldado audaz y vigoroso —terció rápidamente Margarita—. Me sacó de Agen sobre sus espaldas, en un momento en el que no veía sino la perdición, rodeados como estábamos por los soldados de mi hermano.

Algo parecido a una sonrisa, a la vez avergonzada y complacida, asomó a los labios del hombretón. No le duró demasiado. Margarita, tras informarle de mi nombre y grado, añadió:

—Fue mi marido durante un año, y yo su mujer. ¿No es así, Joanes?

No podía negarlo. Lo que había dicho guardaba gran parecido con la verdad.

—Os he oído contar historias asombrosas, mi señora —dijo la vizcondesa de Duras—. Pero no esta que acabáis de referir.

Aubiac parecía aún más estupefacto, con la frente arrugada y sumido en profundas cavilaciones.

—¿Lo sabe el Papa? —dijo, por fin.

La risa hizo agitarse el generoso pecho de la reina de Navarra. Hasta tal punto, que empecé a temer por su salud. Casi igual de estentóreas eran las carcajadas de la señora de Duras. Aubiac, sin comprender nada, clavaba su ruborizada mirada en el plato vacío. Margarita le pellizcó en la mejilla.

—Mi querido Aubiac —apenas podía expresarse, a causa de la algazara—. Sobresalís por el conocimiento que tenéis sobre todo tipo de armas, pero la cabeza no se encuentra entre ellas.

Por un instante temí que se lanzara a explicar los detalles de nuestra antigua relación. La aparición de los sirvientes disipó tal peligro. A cambio, volvió a ensombrecer el humor de Margarita.

—Observad, Joanes, nuestra miseria. ¿No soy acaso digna de lástima?

La olla era grande; su contenido, escaso. Unas verduras y, flotando entre ellas, algunos exiguos pedazos de cordero.

En otra época yo me había sentado a la mesa del Louvre. En el más frugal de sus refrigerios, los miembros de la familia real consumían cuatro raciones como aquella. No pregunté qué quedaba para los soldados y criados de Bridoré.

—Estamos gastando los últimos odres de vino —Margarita retomó el relato de sus desdichas—. No tengo con qué comprar más. Mañana o pasado mañana, nuestros hombres no tendrán qué beber. No quiero pensar qué sucederá entonces.

—¿No hay nada que podáis saldar para comprar aprovisionamientos? —le pregunté.

Su rostro se ensombreció aún más.

—¿Os referís a mis joyas?

—¿A qué, si no?

—Las saqué de Agen gracias a Aubiac, cuando estaba a punto de perderlas.

El joven capitán y la madura reina se cruzaron una mirada tan dulce como fugaz.

—No he rescatado mis joyas del desastre de Agen para dárselas a beber a unos borrachos.

Ahora, un mohín de niña mimosa acompañó su voz:

—Joanes, ¿creéis que si se lo pido, mi marido, el rey de Navarra, accedería a hacerme el favor de enviarme 500 barriles del rico vino de Jurançon?

Imaginé la cara de Enrique al escuchar la insensata petición de su mujer y enemiga. Tuve que recordárselo:

—Mi señora, estáis en guerra con el rey de Navarra.

En buena hora dije tal cosa. Margarita empezó a increparme.

—¿A qué habéis venido entonces, si ni siquiera sois capaz de cumplir un encargo tan sencillo?

Enrique me había provisto de una larga lista de instrucciones en Hagetmau. A ella me atuve.

—Os traigo un mensaje del rey de Navarra.

Se serenó un poco. La displicencia ganaba la batalla a la cólera.

—Estoy dispuesta a escuchar qué quiere de mí mi esposo amantísimo.

Señalé a la señora de Duras y a Aubiac.

—Solo vos habéis de oírlo. Así se me ha ordenado.

Margarita me miró fijamente. Doce años antes llegué a pensar por un breve espacio de tiempo que compartiría mi vida con aquella mujer.

—Pues entonces, ya no tengo ganas de escuchar vuestro mensaje.

Estaba extenuado. Difícilmente me hubiera mantenido despierto de no ser por el dolor de los miembros —cabeza, brazo, rodilla— de la parte izquierda de mi cuerpo.

Compartía habitación con unos oficiales de Aubiac, cuyos ronquidos contribuían también a que no pudiera conciliar el sueño. Al final todos los sonidos del palacio fueron apagándose. Empujé mi cuerpo fuera de la cama, sin que mis compañeros de habitación se movieran. Salí al pasillo sin otra ropa que una capa.

Mis aposentos se encontraban en la primera planta del palacio, a la altura del comedor. La habitación de Margarita, en cambio, en la segunda planta. Me lancé escaleras arriba con un candil en una mano y un puñal en la otra.

Por la tarde había visto un gran número de soldados por el palacio. Todos ellos en el piso inferior. A esta hora, el único guardián con el que me encontré se hallaba en lo alto de la escalera. Para mi dicha, dormido como un cesto. De tratarse de alguien a mis órdenes, recibiría un severo castigo. Pasé a su lado de puntillas. A partir de allí, un penetrante olor femenino salía de las habitaciones. En la primera de ellas, se alzó una cabeza cuando acerqué la luz a su umbral. Sentí sus ojos posarse en mí. Me sentí perdido. Pero permaneció en silencio. Llevaba el puñal escondido bajo la capa; entre las sombras no vislumbraría más que un hombre desnudo. Puede que me tomara por un amante en busca de su enamorada.

Atravesé un zaguán, como el resto del palacio, casi completamente desprovisto de muebles. Más adelante había dos puertas, una más grande que la otra. Esta vez no me atreví a usar la luz para comprobar qué había dentro. La deposité en el suelo y, una vara más adelante, abrí la puerta con el mayor sigilo del que fui capaz. El interior se encontraba más iluminado de lo que esperaba. Todavía quedaban algunas brasas en el hogar. A su mortecina luz, vislumbré dos cabezas sobre la cama, una morena y la otra pelirroja.

Debía haber previsto que Margarita tampoco en Carlat dormiría sola. El imprevisto me hizo detener en el umbral, sin decidirme. Busqué en la visión de aquellas dos cabezas que yacían la una junto a la otra la rabia que me faltaba para cumplir mi deber. Me disponía ya a desnudar el puñal cuando un susurro detrás de la oreja me puso la piel de gallina.

—¿Se ha extraviado el caballero de Mailu en busca de un rincón donde vaciar la vejiga?

Giré la cabeza con el corazón acelerado. La señora de Duras me tomó suavemente del brazo.

—No esperaríais que después de doce años os estuviera esperando, ¿verdad? —su aliento me hizo cosquillas en la cara—. Dejad tranquilos a ella y a su amigo.

Me sacó hacia el zaguán, sin que yo me opusiera, y solo soltó mi brazo para cerrar la puerta de la cámara de la reina. No llevaba más que una camisa encima. Cuando se agachó para tomar mi lámpara del suelo, me obsequió con el claroscuro de sus nalgas. Eran redondeadas y carnosas, no como las de las mujeres de la Baja Navarra y de Lapurdi. Cuando se volvió hacia mí, me señaló la puerta más pequeña.

—Mi cámara no es tan templada como la de la reina de Navarra, pero también en mi lecho hay sitio para dos.

Un muchacho vino a buscarme, mientras desayunaba un mendrugo de pan seco.

—El señor de Lignerac quiere hablar con vos.

No había nada más que comer en aquel lugar. Me alejé de allí sin mucha pena. Aubiac se encontraba cerca de la puerta de palacio, rodeado de sus hombres. Mostraban todos una expresión tan compungida, que no pude menos que preguntarles qué sucedía.

—Ha muerto el teniente Roger, el jefe de mis ballesteros, a causa de unas malas fiebres —me respondió el capitán de la reina de Navarra.

Ellos también preguntaron, solo que adónde iba yo tan temprano.

Barajé responderles con una mentira. Acabé optando por una mentira a medias.

—El bailío de Auvernia quiere presentarme sus excusas por ordenar que disparasen contra mí ayer.

En el rostro de Aubiac, la desconfianza se sumó al dolor por la pérdida del amigo.

Atravesé Carlat siguiendo a mi joven guía. Andaba deprisa y yo, limitado por las magulladuras de la víspera, le seguía renqueando. Hube de ordenarle un par de veces que aflojara la marcha. Todo lo que no había visto el día anterior pude verlo en aquel corto paseo. Una iglesia, encomienda de la orden de Malta, un convento de clarisas, tabernas y comercios. No se apreciaba gran movimiento en las calles, pero tampoco se respiraba el ambiente pesado de las ciudades sitiadas. Si hubiera que describirlo, diría que la gente estaba como a la expectativa.

El chaval me condujo a una torre cercana a la segunda fila de murallas. En la sala del primer piso había unos siete hombres, sentados a una mesa, ocupados en la primera comida del día. Estaba mejor surtida de pan, vino y carne que la mesa en la que había cenado la víspera. Las cabezas se volvieron hacia mí. A pesar de no haberlos visto nunca, los conocía ya: desde que tenía 10 años me había visto las caras con centenares como ellos, combatiendo conmigo hombro con hombro, si no era en el bando contrario. Saludé al que presidía la mesa. No vestía ropas más finas que sus comensales. Solo lo distinguían la edad y una cadena de oro en el cuello. En lugar de responderme, se dirigió con aire burlón a otro de los hombres de la mesa.

—Ya te dije, Morèze, que no le habías acertado.

Los comensales acogieron con alborozo la observación. El citado Morèze me examinó sombrío.

—¿Y las marcas de la frente?

—Se las haría al caer del caballo, no por tu arcabuz.

La mayoría de los invitados alzaron la voz para refrendar la afirmación. El tal Morèze, en cambio, no parecía dispuesto a ceder. Antes de que volviera a abrir la boca, salté yo, forzando la voz:

—Me debéis ocho escudos.

Todos callaron. El hombre que presidía la mesa echaba fuego por los ojos.

—¿De qué habláis?

—En pago del caballo muerto. Ocho escudos —repetí.

Sonrió con sonrisa de lobo.

—¿Has oído, Morèze? Ocho escudos.

Morèze trazó una sonrisa semejante, quizá no tan espontánea como la de su patrón.

—Lo he escuchado, mi señor.

—Un caballo caro, válgame Dios —el jefe volvía a dirigirse a mí—. Debía de ser excelente.

—A sus lomos, he matado más de un papista.

Durante un momento no se oyó más que la respiración de los presentes. Morèze rompió el silencio.

—Mi señor, dejadme que despache aquí mismo a este cerdo.

Prorrumpieron todos en chillidos, pidiendo cada cual para sí el honor de acabar con mi vida. Hice mis cálculos. Si desenvainaba antes que ellos, podría acabar con uno o dos. Difícilmente con todos. Puse la vista en la puerta de la sala. Todavía se encontraba abierta.

El anfitrión se levantó.

—Venga, Morèze —dijo acallando el alboroto—. Págale sus ocho escudos.

—¡Señor!

El subordinado no salía de su asombro.

—Es lo más justo. Tú le mataste el caballo.

La mirada de aquel hombre destilaba odio.

—Señor, lo hice por orden vuestra.

—¡Morèze, el dinero!

En el acto, había ocho escudos sobre la mesa. Parecían recién salidos de una ceca; en su anverso refulgía la imagen de Enrique III de Francia. El anfitrión me invitó con la mirada a que recogiera el dinero. Yo me quedé donde estaba, sin dar un paso. No me colocaría tan fácilmente al alcance de los cuchillos que se hallaban sobre la mesa.

—¿No venís?

—En cuanto se aparten tus muchachos.

—Dejadnos a solas —cedió—. El caballero de Mailu no necesita de tantos testigos para recoger su dinero, ni yo de tantos oídos para hablar con él.

Desde el portón principal de la muralla llegaba un vocerío de hombres y mujeres en viva discusión, a cada cual dando mayores alaridos. De vuelta al palacio, yo tenía que volver a atravesar la explanada que sucedía al portón. Podía evitarlo internándome por alguna callejuela. Preferí unirme a los habitantes que observaban a

prudencial distancia.

Tal como sospeché, Margarita y su amado Aubiac, protegidos por un grupo de hombres de armas, discutían con la tropa que vigilaba el portón. Este se encontraba cerrado y la reina y su capitán exigían su apertura. Morèze comandaba a los guardias. Hablaba ahora con la parsimonia que le había faltado conmigo.

—Señora, sería preferible que no me insultaseis. Si el señor de Lignerac ha ordenado que no se le abra la puerta a nadie es por mor de conservaros seguros y salvos.

Mentía. En el camino de ida, había observado cómo entraba en la ciudad un carro lleno de barriles de vino. Lignerac y sus hombres tendrían qué beber, no como quienes nos hospedábamos en el palacio de Bridoré.

—¿Seguros y salvos de qué? —chillo Aubiac con profusión de aspavientos.

—El duque de Joyeuse está prácticamente a las puertas.

El duque de Joyeuse era el comandante del ejército que el rey de Francia había enviado contra su hermana. Cinco días antes me había firmado un salvoconducto para que no tuviera ningún contratiempo con sus hombres camino de Carlat. Se acercaba a la ciudad sitiada a paso de tortuga, sin ninguna prisa.

Margarita bramó:

—Me importa un bledo si, además del duque de Joyeuse, están fuera mi propio hermano y mi propio marido. Me ahogo en esta ciudad. Quiero salir fuera, aunque no sea más que para respirar.

Se necesitaba algo más para hacer vacilar a Morèze.

—No es posible.

Los labios de la reina de Navarra se estremecieron de rabia.

—Soy Margarita de Francia. Me debéis obediencia.

—Yo obedezco al señor de Lignerac.

—¿Cómo osas, bellaco? ¡Aubiac, matadlo!

Las espadas salieron de sus fundas y a la vez se inclinaron las picas que antes apuntaban al cielo. En el lado de la reina se tensionaron, además, las cuerdas de las ballestas. Los dos grupos se posicionaron frente a frente, como dos carneros dispuestos a chocar. Con que alguien diera la orden, empezarían a matarse, para regocijo de los espectadores, cuyo número había ido creciendo conforme se corría la noticia de la disputa por la ciudad.

—Señora, atended al señor de Morèze —grité yo.

Me aproximé hasta interponerme entre los dos grupos. El primer tajo sería para mí.

—Hace dos días yo mismo burlé la avanzadilla del duque de Joyeuse a unas trece leguas de Carlat —proseguí, alejándome de la verdad—. Ya tendrán a la vista la primera fila de murallas. ¿Para qué arriesgaros a abandonar la protección de la ciudad?

Margarita alzó el mentón clavando en mí sus ojos oscuros. Si algo había

aprendido en los años que estuve cerca de ella era a medir su cólera por el ángulo de su mentón. La barbilla de la reina de Navarra apuntaba hacia mí más afilada que nunca.

—¿Acabo también con este bocazas, señora? —le preguntó Aubiac.

Ganas no le faltaban.

Margarita giró su caballo y se alejó sin mirar atrás.

La localicé en el jardín del palacio antes del mediodía. La falta de cuidados de un jardinero era notoria en el lugar, tomado como estaba por zarzas y espinos. Margarita paseaba a solas, con su dama de honor y otras dos damiselas más jóvenes siguiéndola unos pasos detrás. No me vio llegar. La señora de Duras, sí. Con expresión alarmada, me hizo una señal para que me marchase por donde había venido. Sin hacerle caso, me puse a su lado con el sombrero bajo el brazo, uniéndome yo también a la comitiva de la reina. Parecía que hubiesen sucedido en otra vida las gracias, liberalidades y cortesías que la Duras me había dispensado la víspera en su lecho. Ahora su rostro testimoniaba cuán detestable le resultaba mi persona. Sin preocuparme por ello, dije en voz alta:

—La última vez que estuve en el castillo de los Agramont, en Bidache, el jardín presentaba mejor aspecto.

Margarita no necesitó volver el rostro para replicarme:

—¡Bidache! De cualquier cosa os maravilláis ahí en el sur. Deberíais ver los jardines del palacio de las Tullerías, en París. Incluso en invierno lucen hermosos.

Al menos no me insultó, ni me reprochó nada.

—Los recuerdo bien. No dudo que la reina madre de Francia habrá tomado las disposiciones necesarias para que los jardines presenten un aspecto capaz de deslumbrar a cualquiera.

—No me recordéis a mi madre. Ojalá estuviera ya en el infierno.

Acorté el trecho que nos separaba hasta llegar casi a su altura.

—No os acerquéis demasiado —me advirtió—. Aubiac está celoso desde que llegasteis.

Di por bueno su consejo, dejando un pequeño espacio entre ambos.

—Esta mañana se encontraba abatido a causa de la muerte de su teniente Roger.

—Aubiac es una persona sensible.

—Probablemente lo sea. Aunque no parece que sea de los que leen poemas de Ronsard. Me sorprendéis, por ese lado. Antes preferíais a hombres perfumados. Ahora, vuestro capitán podría pasar perfectamente por un mocetón navarro.

—¡Tendría lo suyo que me empezaran a gustar los navarros justo cuando guerreó contra su rey! —ya no se dirigía a mí con tanta severidad—. Últimamente estaba harta de hombres con olor a corte.

—Entonces habéis acertado. Vuestro Aubiac difícilmente encajaría en el Louvre.

Margarita no se molestó en defender a su favorito.

—¿Sabéis qué dijo el día de Agen, antes de sacarme a hombros de esa ratonera?

La reina de Navarra engoló la voz para imitar a su escudero. Pero lo hacía con admiración.

—«Por pasar una noche con ella, me haría felizmente ahorcar».

Reí más alto de lo que la conciencia me permitía.

—¡Locura de amor!

—Jamás oiréis nada semejante a un hombre del Louvre.

—Quizás sea verdad. Lo que no sé es si no está camino de cumplir su palabra, porque cada día tiene más cerca la soga.

Margarita soltó un grito apagado.

—¡Joanes, no seáis cruel! Cómo extrañarse de que Aubiac esté celoso de vos.

—Ahí tenéis otra prueba de su necedad. Vuestro capitán no tiene motivo para estar celoso de mí.

Relajó el paso y volvió su cara hacia mí.

—Si no hay motivo, ¿a qué vinisteis anoche, entonces, hasta mi habitación?

Doce años antes, su mirada me hubiese sumido en la turbación. Ya no. Rehuí su pregunta.

—Pronto será la hora de comer. Hoy tendréis un almuerzo muy diferente al de los últimos días.

Margarita aceptó de buen grado el cambio de conversación.

—¿Qué milagro es ese?

—Un regalo de Lignerac. Ha dado permiso para traer algunos víveres a palacio. Gallinas, castañas, carne de cerdo... También harina para vuestro panadero.

A mis espaldas podía advertir el alborozo de las damiselas. Margarita se mostraba bastante más desconfiada.

—¿Lo que en varias semanas no han logrado mi llanto y mi cólera lo habéis conseguido vos conversando en una sola mañana? Sois un hombre muy valioso, Mailu. O muy peligroso.

Detuvo sus pasos junto a un árbol. Era un manzano, pero a pesar de ser temporada, no tenía frutos. La hiedra lo había secado. Margarita ordenó a las tres mujeres que la seguían:

—Continuad paseando sin mí.

Duras le transmitió su desacuerdo, pero Margarita no dio su brazo a torcer. Antes de alejarse con las otras dos, la dama de honor de la reina me dirigió una muda advertencia mirándome gravemente.

—Igual que mi fiel Aubiac, la señora de Duras no se fía de vos —me hizo saber—. Cree que mi esposo os envió aquí para matarme.

—¿Vos también lo creéis?

—Me he preguntado si Enrique no contaba con nadie más para hacer ese trabajo. También, si alguien que una vez fue rey podría rebajarse hasta ese punto.

Era una buena puñalada. Le confesé sin inmutarme:

—Es precisamente eso lo que le he dicho a Lignerac, que he venido aquí con el

mandato de acabar con vos.

Diría que palideció, si ello fuera posible en su ya pálido semblante. Sus labios temblaron:

—¿Qué le ha parecido a Lignerac vuestro encargo?

—No ha mostrado intención de oponerse.

—Así que me quiere muerta.

—Quiere vuestras joyas, esas que no estáis dispuesta a dárselas a nadie por nada del mundo.

—¡Al canalla no le basta con lo que ya me ha arrebatado!

Tomó una hoja amarillenta del árbol y se la llevó hasta la nariz. Aproveché la ocasión para seguir informándole:

—Lignerac me ha ofrecido además una recompensa por eliminar a Aubiac.

Bajó todavía más la voz:

—¿Tanto odia a mi fiel escudero?

—Vuestro fiel escudero le obstaculiza el camino hasta las joyas.

Sus ojos se nublaron. Sabía, sin embargo, que no la vería llorar.

—Con él muerto y vos desplumada, le abriría el portón de la ciudad al duque de Joyeuse —seguí sin compasión—. Hace tiempo que ambos intercambian correspondencia.

Su cara no demostró sorpresa.

—Y si os sucede «alguna desgracia» mientras Joyeuse hace su entrada, no será de la incumbencia de Lignerac. Esa era, en lo fundamental, su propuesta.

Se quedó en silencio, como si no le vinieran las palabras. Giró su cuello a un lado y a otro, buscando claramente a la señora Duras y sus dos acompañantes, pero estas se encontraban lejos, en el extremo opuesto del jardín.

—¿Qué le habéis contestado? —me preguntó después de un rato.

—Que sí, claro está.

Ni siquiera se oía ladrar a los perros cuando atravesé la puerta del palacio de Bridoré. Antes tal vez habría brillado la luna en el cielo, pero en ese momento unas nubes la velaban. No disponía de candil. Con la memoria como guía y el brazo izquierdo extendido por temor a golpearme contra las paredes, inicié la marcha por las desiertas calles de Carlat. Estaba dispuesto a no preocuparme hasta contar doscientos pasos. No había dado ciento cincuenta, cuando me topé con sus luces.

—¡Llegáis tarde!

Reconocí el gruñido de Morèze.

—Todavía falta un rato para que cante el gallo.

Se encontraban después del primer recodo; a partir de ese punto, la calle principal conducía hasta la salida de la ciudad. Se trataba de un callejón estrecho en el que ellos formaban un grupo compacto. La única luz la portaba la cabecera del grupo.

Con su ayuda, conté unos cien hombres, aunque debían de ser más. Los dos hombres que los comandaban llevaban cascos de guerra empenachados.

—¿La habéis traído?

Era Lignerac el que me preguntaba. A guisa de respuesta, balanceé ante la cara del bailío de Auvernia el saco que portaba en mi mano derecha.

—Aquí está.

Lignerac ordenó al soldado que estaba a su lado que introdujera la mano en el saco.

—¡Acercad la luz!

El soldado extrajo la cabeza por los cabellos. Aunque no lo podía apreciar en aquella semioscuridad, imaginé cómo se estaba tiñendo su brazo de sangre. Yo también extendí los míos, para que comprobaran que no los tenía más limpios.

—¿Es Aubiac? —preguntó Morèze, desconfiado.

Un golpe de mi espada le había saltado un ojo. Otro, le había desfigurado la mejilla derecha. Y un tercero, había hecho que los sesos se desparramaran fuera de la cabeza. En ese amasijo de carne y pelo ensangrentado costaba distinguir a Aubiac o a ningún otro, y más con luz tan escasa.

—No he podido cogerlo por sorpresa. Hemos peleado fieramente —le expliqué.

—Fiera y salvajemente. Podría decirse que ni una vez abatido se ha aplacado vuestra espada.

A una orden de Lignerac el soldado devolvió la cabeza al saco.

—No nos habéis hecho gran favor —me reprochó—. Una pelea tal habrá despertado a todos los hombres de armas del palacio.

—He hablado con ellos. Están dispuestos a rendirse a cambio de su vida y de sus bienes.

Incluso en medio de la penumbra pude advertir el desdén de Lignerac.

—La vida, tal vez; los bienes, difícilmente.

Me puse en cabeza de aquella tropa, con Lignerac a mi derecha y Morèze pegado a mí como una lapa a mis espaldas, dispuesto a acabar conmigo al primer movimiento sospechoso. Venían detrás todos sus hombres.

Las puertas del palacio estaban abiertas de par en par, pero sin asomo de nadie en las inmediaciones. Hice ademán de avanzar. La mano de Morèze cayó sobre mi hombro.

—¿Dónde están los guardias?

Volvía a exudar desconfianza.

—No iban a quedarse aquí a daros la bienvenida. Habrán ido a buscar el calor de los demás.

—¿Y los demás dónde están?

—Algunos hablaban de las cocinas.

Lignerac llamó a uno de sus oficiales.

—Busca las cocinas y rinde a quienes allá encuentres o mátalos a todos.

Los soldados se desperdigaron por los oscuros corredores de palacio, como si de una ciudad conquistada se tratase. Debían de haber juzgado excesivo el tiempo en que habían tenido que guardar silencio, porque todos prorrumpieron en grandes voces. Fingí contrariarme.

—Señor —me dirigí a Lignerac—, ¿a qué viene ese alboroto? Despertaremos a la reina.

—¿Qué importa ya? ¡Que sepa lo que le espera!

Subimos por las escaleras, con las pocas luces que llevábamos. Una parte de la tropa se quedó en la primera planta, ansiosa de pillaje. Nosotros seguimos a la segunda, con un pequeño grupo. En el camino, nos llegaron voces desde abajo.

—Se han encerrado y no quieren abrirnos.

Era el oficial que había recibido la orden de tomar las cocinas.

—Derribad la puerta a hachazos y entrad. No quiero a ninguno vivo —ordenó Lignerac.

Estábamos ya en el pasillo de la segunda planta. A un lado y a otro se encontraban las habitaciones de las mujeres. Un rápido examen con ayuda de las luces reveló que todas estaban vacías. Conducidos por mí, llegamos hasta la puerta de entrada al gran zaguán.

—Es aquí —dije.

Todavía tenía el aliento de Morèze en mi nuca. Lignerac apoyó su espada contra la puerta.

—¿Cómo sabemos que en cuanto abramos esta puerta lo último que veamos no será la mecha encendida de los arcabuces que han de matarnos?

Fingí ofenderme.

—Yo entraré primero. En caso de disparos, seré yo el que los reciba.

Abrí la puerta y di un paso adelante. Como todas las estancias que habíamos atravesado hasta entonces, aquella también se encontraba en completa oscuridad. Me volví a los que me seguían.

—No hay ni mechas ni arcabuces.

Me giré hacia la derecha para dejar paso a los que venían detrás. Todo hubiera estado perdido si los primeros en entrar hubiesen sido los que portaban las luces. Quiso la fortuna que fuese Lignerac el primero de todos.

—¡Cuidado, señor! —le gritó Morèze.

Tal vez había advertido ya que no nos encontrábamos solos en aquel zaguán. En cualquier caso, no pude saber si fue precisamente así, porque un momento más tarde Morèze yacía muerto, con una flecha en la frente. No creo que llegara a verme agarrar la muñeca derecha de Lignerac, la misma con la que sostenía la espada, ni menos mi puño golpeando su rostro. Ambos rodamos por el suelo, Lignerac y yo. Mientras, por encima de nosotros, las flechas de los ballesteros de Aubiac rasgaban la oscuridad como murciélagos asesinos. El bailío de Auvèrnia debía de haberse dado cuenta ya de lo que estaba sucediendo, puesto que no hizo ademán de levantarse. A

ello contribuiría también el puñal con el que amenazaba yo sus costillas.

Hubo un momento en que todo acabó. El silbido de las flechas en aquella oscuridad fue reemplazado por los quejidos de los heridos y de los moribundos.

—Mailu, ¿lo habéis capturado?

El propio Lignerac reconoció la voz de Aubiac.

—¡No estaba muerto! —gritó, más para sí mismo que para mí.

—¡Sois el mismo diablo, Mailu! —rubricó Aubiac su condición de viviente—. ¡Una buenísima idea la de meter en el saco la cabeza del pobre Roger como si se tratara de la mía!

Di un último tirón de las riendas del caballo. El vaho que ambos, mi montura y yo, desprendíamos por nuestras bocas y fosas nasales se mezcló con el aire helado. El esfuerzo tuvo su recompensa. Justo en el instante en que yo llegaba a la cumbre del monte, el sol surgió de entre las nubes. Cegado, tuve que proteger mi vista del sol colocando la mano por encima de mis cejas. Por contra, apenas noté ningún calor. Incluso bajo los rayos solares, el viento de comienzos de noviembre traía olor a invierno. A cambio, tenía ante mi vista el escarpado camino que con tanto esfuerzo habíamos recorrido durante las últimas horas. Aparecía vacío, sin ningún ser de dos o cuatro patas sobre él. Satisfecho, me tomé mi tiempo para examinar brevemente mi entorno. El monte. El bosque. Los riscos. Si no hubiera sabido que no era así, me habría creído en el puerto de Cize o Baigorri. Los lugareños llamaban Cantal a aquel rincón del mundo.

Emprendí la bajada, dirigiendo al caballo firmemente por la empinada pendiente. Con los primeros pasos volvió a ocultarse el sol. Era mediodía; parecía el anochecer. Al poco, empezó a nevar. Cuando me reuní con la caravana en el puerto, las inmediaciones estaban cubiertas con cerca de un palmo del blanco manto.

Aubiac me esperaba con sus hombres, ávido de noticias. Sus ojeras delataban el cansancio; sus enrojecidas mejillas, el frío. Mientras me frotaba las manos, le puse brevemente al corriente de lo que había observado desde las alturas.

—No hay a la vista nadie que nos persiga. Si vienen detrás, lo hacen a distancia.

La inquietud se calmó un poco en el semblante del escudero.

—No han roto, entonces, el trato de no salir de Carlat antes del mediodía.

—La amenaza de matar a su jefe era una convincente razón.

—No olvidéis, además, que los dejamos sin monturas.

Lo de traernos con nosotros todos los caballos de Carlat fue un añadido de Aubiac a mi plan. Ahora los teníamos a nuestro alrededor, junto a las monturas, mulas y bueyes de nuestra caravana. Tantos unos como otros pateaban el suelo tratando de hacer aparecer la hierba bajo la nieve en aquel paso de montaña castigado por el viento.

—La velocidad de nuestros carros no dejará precisamente muy detrás a nadie que

camine a pie.

Margarita viajaba en carro, con su dama de honor y sus damiselas, junto a sus sirvientes y las pocas pertenencias que le quedaban. No había forma más torpe de escapar.

—¿Acaso vos les habríais dejado los caballos?

Aubiac era una persona susceptible, especialmente en presencia de sus hombres. Era imposible hacer ningún comentario sin que se le removiese la bilis en su interior. Preferí formularle otra pregunta en vez de contestarle.

—¿Lignerac?

—En el mismo lugar donde lo dejasteis.

Me acompañó con tres o cuatro hombres hasta un carro, en cuya parte trasera viajaba el baillío de Auvernia atado de pies y manos. Recuerdo de mis puños, llevaba la nariz hinchada, lo que le dificultaba la respiración. Incluso sus bocanadas rezumaban odio hacia mí.

—¿Lo dejaréis marchar? —preguntó Aubiac.

—Tendremos que cumplir con nuestra parte del trato.

—Él no lo cumpliría.

—Lo sé.

Aubiac se encogió de hombros. Un instante después, el preso estaba libre de las cuerdas. No por ello suavizó una pizca su mirada.

—No deberíais dejarme con vida —me dijo, mientras se frotaba con las manos las muñecas recién liberadas—. Aunque me hayáis perdonado la vida, yo no os perdonaré la muerte de Morèze.

No tenía intención de responderle. El suspicaz Aubiac lo hizo por mí.

—Mis ballesteros mataron a Morèze, no Mailu.

Lignerac no obsequió al amante de Margarita ni con la muestra de su rabia. Ignorando la protesta del escudero, fui yo el destinatario de su última frase:

—No saldréis con bien de esta. Por mucho que huyáis de mí, vuestro rey Enrique no os perdonará que no hayáis cumplido su mandato.

Lo subimos a un caballo de los que les habíamos arrebatado en Carlat y lo mandamos puerto abajo por el camino que habíamos recorrido en nuestra ascensión. Pronto se perdió entre la nieve.

—¡Así lo devoren los lobos! —soltó Aubiac—. Sería lo mejor que nos podía pasar. La señora se enfurecerá cuando se entere.

—¿Dónde está la reina de Navarra?

Aubiac señaló hacia la cabaña de pastores que había junto al camino.

Algún sirviente había encendido fuego en el interior, gracias a lo cual la oscuridad no era completa. En cambio, el humo se había adueñado de todo el espacio. Tosiendo y lagrimeando alrededor de la hoguera, una media docena de mujeres se calentaba por turnos las manos y la cara. Las únicas que no guardaban su vez estaban sentadas cada una en un escabel, frente al fuego. Solo por eso pude reconocer a Margarita y la

señora de Duras en aquel lúgubre lugar.

No era un lugar adecuado para mantener conversaciones. Le sugerí a la reina de Navarra que saliésemos fuera.

—¿Es que el frío os ha sorbido el seso? —rechazó—. Prefiero ahogarme que congelarme.

Mandó afuera a sus acompañantes, exceptuando únicamente a la señora de Duras.

—Hablad —me ordenó.

Miraba al fuego embozada en una piel de pelo espeso que le cubría espalda y cabeza. La noticia que trataba de darle era grata. A Margarita no le agradó.

—Estupendo, no nos siguen. Pero, ¿en qué cambia mi estado sabiéndolo? ¿Podré comer y hospedarme a partir de ahora según mi rango? ¿O deberé seguir guareciéndome en apriscos y en cubiles que rechazaría hasta la mujer del último labriego?

Esos modos de niña mimosa no eran ninguna novedad. Antes de detenernos en lo alto del puerto, sus lamentos y sus quejas habían jalonado la mayor parte de nuestra marcha.

—Acabamos de liberar a Lignerac —le corté.

Dije «acabamos». Debería haber dicho «acabo». Margarita, tras un momento de sorprendido silencio, se me revolvió como una loba.

—¡Hideputa, lo quería muerto!

Quiso arañarme la cara con sus uñas. Lo evité sujetándola de las muñecas y obligándola a volverse a sentar. La señora de Duras también se había levantado, pero sin emprenderla conmigo. Tomó a Margarita en sus brazos e hizo que derramase sus lágrimas en su regazo. La dama de honor de la reina de Navarra me indicó con un gesto que me retirara y así lo hice.

Fuera, conversé con nuestro guía. Era un hombre mayor, de más de cuarenta años. Había sido posta por aquellos parajes. Parecía conocer bien los caminos de la región. Me respondió en auvernés cerrado a los detalles que le solicité. A cambio de su información, deposité unas monedas de cobre en su rugosa mano. Saqué el hato con mis pertenencias de uno de los carros. Cuando me dirigía hacia mi caballo, Aubiac me salió al paso.

—¿Os marcháis?

Había dejado de nevar. En su lugar, una espesa lluvia estaba dejando el suelo como cebo de aceite.

—Tendréis que apresuraros —respondí—. En breve, los carros no podrán moverse sobre el barro.

Le di la espalda para amarrar el hato a la silla de mi cabalgadura. No era lo más recomendable que podía hacer. No tendría mejor ocasión si quería matarme ahí mismo.

—Cuando lleguemos a Murat, le aconsejaré a doña Margarita que se rinda y se entregue —me hizo saber.

Tuve tiempo de pensar hasta que tiré de las riendas. Luego, me volví:

—De ello solo recibirá bien la reina de Navarra.

Sus ojos eran de color castaño claro y estaban dotados de una inteligencia de la que no me había percatado hasta entonces.

—Ella sí. Yo no.

No sé si buscaba mi asentimiento. No se lo di.

—Cuando cargué con ella sobre mis hombros en Agen, sabía que estaba eligiendo mi perdición —prosiguió con voz ronca.

Recordé lo que Margarita me había contado. Yacer a precio de cadalso.

—La cólera del rey de Francia no llegará a matar a su hermana rebelde. Mi cabeza aplacará su cólera.

Conocía a los Valois. No me cabía ninguna duda de que así sería.

—Vos tampoco lo tenéis fácil.

Su añadido sonaba a venganza.

Estaba ya montado en mi caballo cuando la señora de Duras se acercó a mí corriendo. La había visto salir del cobertizo, pero no pensé que quisiera reunirse conmigo.

—¿Se ha repuesto ya la reina? —le pregunté.

—Está en ello.

Sus mejillas, a causa del frío, eran de un rojo encendido, muy distintas de cuando la conocí.

—Despedíos de ella de mi parte.

Colocó su fina mano sobre el cuello del animal.

—Es un mal momento para abandonar a Margarita.

—No me necesita para hacer lo que ahora tiene que hacer.

Se quedó callada. Lucía ojeras, como Aubiac y sus hombres.

—Venid conmigo —le dije inesperadamente.

Sonrió levemente.

—Tal vez a vos no os necesite, pero a mí sí.

Rocé las puntas de sus dedos con los míos.

—No os libraréis por ello de la cólera del rey de Francia.

—Ni vos de la del rey de Navarra, si volvéis a su lado.

Retiró la mano del cuello del animal y retrocedió un paso. Nos despedimos al mismo tiempo que arranqué el caballo, cada uno con un gesto con la cabeza. Cuando ya había recorrido unos quince o veinte pasos, volví a escuchar su voz:

—La noche que os acostasteis conmigo, en verdad fuisteis allá para matar a Margarita, ¿no es cierto?

Golpeé con los estribos los ijares de mi montura para que se alejase más velozmente.

Antes de llegar a la conclusión de mi relato había dejado ya Enrique de mirarme a

los ojos. Acercándose al borde de la muralla, dedicó su mirada a las dulces colinas de Gascuña. El mal tiempo de los últimos días había dado paso al sol. Bajo nosotros, el crecido Baise parecía tener prisa por reunirse cuanto antes con el Garona.

—O sea, que sigo casado —murmuró lentamente.

Aquel mismo mediodía había llegado a Nérac. Hacía quince años que no pisaba la ciudad. Todavía no había comido. Pero peor que el hambre era el dolor de mis posaderas: había cabalgado más de cien leguas en los últimos cuatro días. El rey de Navarra me había llevado a aquel torreón, lejos de todo oído del castillo, sin darme tiempo a que se posara el polvo del camino.

Repitió:

—Sigo casado.

No podía hacer otra cosa que confirmarlo. Mis palabras no hicieron que apartase la vista de la blanca espuma del río Baise.

—Lo dices sin pesar, Joanes.

—Estoy apesadumbrado, majestad.

No era del todo cierto. Y sabía que Enrique también lo sabía.

—Y yo muy disgustado, Joanes —dijo con aspecto realmente apenado—. Mucho.

Rebusqué en mi cerebro algo para mitigar la desdicha de mi señor. No se me ocurría nada. Ocupado en ello, apenas advertí que Enrique se había girado. El puñetazo con que me golpeó la mandíbula sonó como una nuez al casarse. El dolor me hizo gritar.

—No estoy contento contigo.

Llevaba mi espada al cinto. Cerré los puños por temor a asir su empuñadura. El segundo puñetazo lo recibí de pie, sin pestañear.

—Nada contento.

Ahora me impactó en plenos labios. No moví un músculo.

—Y Corisanda tampoco estará nada contenta.

Con el cuarto puñetazo, sentí estallar el ojo izquierdo, el mismo que me habían malherido en Carlat.

—¿Te acuerdas de Corisanda?

Desde que volví de Auvernia me había acordado más de una vez de la señora de Andoins, de la Diana de mi juventud.

Enrique se acariciaba sus nudillos doloridos, satisfecho ya de su castigo.

—Acudirás adonde ella, en Hagetmau. Le contarás todo lo que me has dicho a mí.

—Así haré, majestad.

Veía solo por un ojo que tenía además nublado por las lágrimas.

—Partirás ahora mismo. Si te sigo viendo delante de mí, me arrepentiré de ser tan clemente.

No debía de tener demasiado buen aspecto. No obstante, nadie me preguntó nada en el trayecto entre el torreón y las caballerizas. Mi fatigada montura se apartó contra su voluntad del abrevadero.

Hice a pie el trecho hasta que las murallas de Nérac se vieron pequeñísimas tras de mí. Incluso cuando me monté en el caballo, lo hice lentamente, dudando de si el animal resistiría mi peso. Atento a sus patas y vigilante a sus bocanadas, me olvidé del hambre, del cansancio y de mi rostro vapuleado que empezaba a hincharse. Se desfondó antes de vislumbrar el campanario de la iglesia de Mézin. Empezó a dar bandazos como un borracho y se derrumbó dándome justo tiempo de apearme de un salto para no ser atrapado en su caída. Lo había tenido durante poco tiempo, pero había resultado una buena compañía en la vuelta de Auvernia. Como pago a ello —y también porque me sentía casi tan extenuado como él— me mantuve a su lado en su agonía, hasta que dejó de despedir espumarajos por la boca y de patear el aire.

No llegaría muy lejos con una silla de montar al hombro. Pero no quería regalársela a nadie. Fue corto, de todas formas, mi trayecto cargado con ella. Unas vergas más allá me alcanzó un grupo de jinetes surgidos de improviso por el camino real. La Force abría la marcha. Haranburu, el joven navarro, lo acompañaba de nuevo, como en la comitiva que un mes antes me acompañó a Hagetmau. No hacía falta ser muy observador para darse cuenta de que sus intenciones no eran tan amistosas como aquel día. La Force y Haranburu blandían sendas espadas y una lanza cada uno de sus compañeros. Esta vez solo habló La Force:

—Hemos dado con vos antes de lo que pensaba, Mailu. Daos preso en nombre del rey.

Dejé caer mi pesada silla al suelo, y con ella, todas mis armas. A continuación me senté encima, cansado, muy cansado.

—¿Cómo habéis de apresarme en nombre de Enrique si me dirijo a Hagetmau por mandato suyo?

—El rey ha mudado su parecer en el último momento. Ya no vais a Hagetmau.

El médico tuerce el gesto al observar el escaso líquido que ha expelido el cuerpo de Agerre sobre el plato. No ha pasado una hora desde que el sacerdote ha llenado el bacín que tiene debajo de la cama, pero no se ha fatigado en explicárselo. Todavía le cuesta hablar y sabe que intentarlo le acarrearía una severa reprimenda del galeno por no haber aguantado las ganas de orinar hasta su llegada. Sin mediar palabra, sacude blandamente su miembro viril para así salpicar con las últimas gotas el plato a medio llenar. A continuación, sin mirarle a los ojos, lo deposita en las manos del que se ha convertido en su diario visitante matutino. Vuelve a acostarse sobre la cama. Es el primer día que se levanta a orinar; el esfuerzo lo ha dejado baldado.

Su cuerpo le pide que cierre los ojos y que vuelva a rendirse a la semiinconsciencia. En vez de eso, los abre de par en par por primera vez desde que llegó a esa casa, gracias a lo cual contempla cómo arruga la nariz el médico al acercarse el plato a la cara. Parece que vaya a beber, por el poco escrúpulo con el que se inclina hacia él. Para Agerre es un misterio qué es lo que puede leer en ese líquido pestilente. De cualquier modo, no cabe duda de que se trata de algo notable, porque al instante dice:

—Estamos de suerte, *don Pedro*.

Don Pedro. A Agerre le complace esa forma de llamarle. Le trae recuerdos de su época de Salamanca. En París han vuelto a regalarle los oídos llamándolo de tal modo. El oficial que lo recogió en la puerta de Angulema también lo llamo así, antes de ofrecerle su mano tendida. No podía ser otro el que había puesto al médico al corriente, para placer del matasanos, vista la fruición con que lo utiliza, como si encontrara placer en el hecho de pronunciar un nombre extranjero. Agerre no ha visto a nadie más desde que le dieran aposento en esa casa, aparte de la anciana criada que le trae la comida y le cambia el bacín cuando está lleno, y del barbero que le hace las sangrías.

—El mal no se ha extendido a otras partes del cuerpo.

Su tono alegre es contagioso. Agerre deja que su rostro sonría, a pesar del temor de que ello le avive el dolor de garganta. Pero no le sucede tal cosa. El grado de dolor es el mismo que el de esta mañana cuando se despertó, ni más ni menos fuerte. Se atreve a hablar:

—¿Qué día es hoy, *monsieur Poichon*?

Le ha salido una voz herrumbrosa y ronca, pero son las primeras palabras que pronuncia en muchos días. Los ojos del médico se giran con sorpresa.

—¡Vaya! No ha enmudecido para siempre nuestro señor cura.

Con gesto alegre, deposita en un rincón de la habitación el amplio plato para caer

a toda velocidad sobre Agerre. Sus rodillas le aplastan el pecho a la vez que agarra su cabeza con las dos manos, para obligarle a mirar hacia la luz que se cuelga por la ventana.

—Así, para que vea bien.

Los dedos que le introduce en la boca conservan el sabor de su propia orina.

—Abridla bien, don Pedro.

Ya antes le había dispensado idéntico trato, pero en el delirio de estos últimos días no se ha percatado de su brutalidad. El dolor hace que alguna lágrima asome por los ojos.

—Hoy es 3 de julio. Lleváis dos semanas y media aquí.

El médico acerca a su cara tanto como acaba de hacerlo a los orines. Afortunadamente, el examen es breve. Le informa de su diagnóstico mientras se restriega las manos en los calzones:

—Las membranas de la garganta tienen un color cada vez más claro, señal de que los humores del cuello no están tan cuajados.

No añade ninguna información más. Agerre concluye por el tono que se trata de algo bueno. A continuación le explora el gástrico y la parte trasera de las orejas. Vuelve a hacerle daño, pero no tanto como antes.

—Cuando me mandaron a cuidaros, nadie hubiera apostado una moneda por vuestra recuperación. Yo, en cambio, me dije, «he aquí un cristiano al que no hará apagarse el sofoco».

Agerre no es capaz todavía de hablar todo lo alto que quisiera. Se aventura a murmurar:

—*Non est opus valentibus medico sed male habentibus.*

—Estáis en lo cierto, don Pedro. No son los sanos los que necesitan del médico, sino los enfermos. Así nos lo dijo Jesucristo, por medio de Mateo, el evangelista.

Agerre no necesita mucho para que prenda en él la desconfianza.

—¿Sois médico y conocéis las Sagradas Escrituras? —le pregunta entre sofocos.

Poichon ríe como lo haría un conejillo.

—Muchos galenos son hugonotes en Francia, pero yo no soy de esa ralea. En la universidad de Burdeos, además de medicina, aprendí latín, tanto al menos como para leer las Escrituras sin necesidad de traducciones blasfemas. Vos también tendríais buenos maestros. ¿No estudiaríais por caso en Alcalá? Parece que allá se forman los mejores médicos de la Europa católica.

—Estudié en Salamanca.

—Vaya. Hay quien equipara Salamanca a la Sorbona.

Agerre no quiere hablar de estudios. Prefiere saciar su curiosidad, a pesar de que hablar le reaviva el dolor de garganta. Cambia de materia sin contemplaciones.

—¿Quién os llamó para que vinieseis a mi lado?

El rostro del doctor deja entender que prefería el anterior tema de conversación.

—El caballero Pierre de La Place, señor de La Tour-Garnier.

A Agerre le es desconocido tanto el nombre como el título.

—Se trata de uno de los principales señores de Angulema, y de los más devotos de la fe verdadera —le explica Poichon—. Os han alojado en su casa, aquí, en la torre Garnier.

Contempla la luminosa habitación como si fuese la primera vez que se fija en ella. La que abandonó en mayo en París era más reducida. La ventana es más grande que la de la Sorbona, pero, a diferencia de esta, las paredes de su actual alojamiento están desnudas, sin estanterías de libros. También siente la falta de las hospitalarias paredes de madera de la casa parroquial de Sara.

—Habéis sido afortunado. España y vuestro rey Felipe son muy bien queridos en esta casa. También por mi parte. Cuando estaba de estudiante en Burdeos, comencé a aprender castellano en casa de un mercader que tenía relaciones comerciales con Bilbao: *Señor mío, sírvase vuesa merced, Dios le guarde...*

Agerre le interrumpe casi bruscamente.

—Así que el joven oficial que me recogió en las puertas de la ciudad es ese Pierre de La Place del que me habláis.

Se le está empezando a avivar el dolor, tanto en la cabeza como en la garganta, y no quiere perder el tiempo en temas que no le interesan. Sabe que en breve no podrá continuar manteniendo la conversación.

—No, ese es el escudero René de la Cropte. Está prometido con Carlote, hija del señor de esta casa.

Demasiados nombres para la embotada cabeza del sacerdote.

—¿Dónde están todos ellos?

—Les he prohibido entrar en esta habitación. Vuestro *morbis soffocans* es contagioso.

Un palabro ignoto para el clérigo.

—Los profanos lo denominan anginas —añade el médico.

—Entonces soy un profano.

Poichon vuelve a mostrar el mismo gesto alegre de antes.

—Raramente afecta a adultos.

—Sorprendente.

—Suele presentarse entre niños y jóvenes —la mirada del doctor adopta una mirada maliciosa—. ¿No os habrá contagiado alguno de ellos?

La imagen de la jovencísima sirvienta de la venta de Tours irrumpe en la cabeza de Agerre. Annette. Ya había echado cuerpo pero apenas tenía pecho. Tuvo que imponerse para que yaciera junto a él, puesto que al principio no mostró mucha disposición. Se estremece al darse cuenta de que todavía no ha recibido el sacramento de la confesión. Y así ha estado mientras se debatía con la muerte.

Poichon, lejos de esas preocupaciones, se sienta en el lecho a su lado, sonriente.

—¿Qué más deseáis saber sobre vuestra enfermedad?

El paciente tarda en contestar. La fatiga por todo lo hablado le está llegando de

una vez.

—¿Cuánto tiempo tendré que permanecer aquí?

Por la intensidad del dolor de cabeza y de garganta sabe que no será poco.

—En dos o tres semanas podéis estar listo para emprender el viaje. Mientras tanto, podréis conocer a los habitantes de la casa.

Agerre no desea conocer a nadie. A la única persona que quisiera ver es a un sacerdote, un colega clemente, no como el confesor de Notre-Dâme, sino con buena disposición para perdonar a un hermano pecador. Aunque no sea más que por un tiempo. Hasta que vuelva a enfangarse en el pecado.

—Habéis hablado de riesgo de contagio.

—Si seguís mejorando, la semana que viene permitiré las visitas de los habitantes de la casa. Todos están deseando saber nuevas de París.

Nuevas de París.

Agerre, con la vista fija en el techo, musita en muy baja voz:

—La terrible muerte del rey Enrique también habrá consternado a Angulema.

El médico, levantándose del lecho, se dispone a recoger sus utensilios. Su voz se reviste de invierno.

—Ciertamente. Toda la gente principal de Angulema estuvo en la catedral en la misa por el alma del rey.

—¿Todos? Su asesino era oriundo de Angulema.

Tras un momento de duda, el médico susurra:

—François Ravailac, el catequista.

—¿Lo conocíais?

—Angulema no es París.

—Dicen que gente poderosa lo protegía.

—Pues si era así, dicha protección ya se le terminó, puesto que lo han descuartizado y quemado.

Quedan ambos en silencio. Fatigado, Agerre se dispone a entregarse al sopor de la enfermedad. Un recuerdo cruza su mente.

—¿Dónde están mis libros y mis papeles? —hace ademán de levantarse.

Se lo impiden las manos del doctor.

—¿Acabáis de burlar la muerte y preguntáis por vuestros papeles? No debisteis ser mal estudiante en Salamanca.

No. No lo fue. Más bien al contrario. Incluso hubo quien consideró su sabiduría y sus ansias de conocimiento como una mala señal, tal como ya le había sucedido antes en Pamplona. Cómo, si no, que un navarro salvaje supiera más que los hijos de Castilla. Agerre, estudiante de la escuela del diablo. Agerre, alumno aventajado del maligno.

El sacerdote se inclina y estira la mano debajo de la cama, de donde extrae un cofre de madera.

—No os conviene leer. Os puede producir vértigos. Todavía vuestros humores no

han vuelto a su ser.

—No importa —musita el clérigo.

Vuelve a intentar incorporarse, para tratar de coger algo del cofre. El médico esta vez le deja hacer, con una media sonrisa. Aunque no llega a poner los pies en el suelo, la sensación de mareo le obliga a recostarse de nuevo. Poichon se dirige a él como a un niño al que regañara:

—Sois testarudo, como buen español. Decidme qué deseáis y yo mismo os lo alcanzaré.

Jadea. Necesita tiempo para hacer lo que le aconsejan.

—Un fajo de papeles atado con hilo de lino —dice por fin—. Mirad a ver si está.

Oye al médico rebuscar entre los papeles durante un espacio que se le hace tan largo como un día de ayuno. No olvida que en el cofre hay cosas que pudieran traerle la ruina. Pero más le inquieta que pueda faltar el fajo que el riesgo que corre. Además ya sabe que el médico no es enemigo.

—No es uno, son dos los fajos de papeles atados con lino.

Obra de un librero de Poitiers. No era el mejor de la ciudad, pero si el único fiel a la Santa Madre Iglesia entre todos los libreros del lugar.

—Así es, hay dos.

Y preferiría que hubiese tres. Desgraciadamente, difícilmente habrá un tercero. El que podría escribirlo ya murió, precisamente a causa de dichos pliegos.

—¡Pero... si ni en uno ni en otro se entiende una palabra!

Poichon sacude los dos fajos ante los ojos del sacerdote. Parece defraudado.

—Esto no es ni francés ni castellano —se queja.

—Exactamente. Ni francés, ni castellano.

La máxima autoridad de Navarrenx era alta y delgada como un palo. Su barba rala, por suerte para él, porque de otro modo ni se le vería la cara. El pelo, en cambio, le caía en largos mechones. En la sala de audiencias y visitas de la ciudadela, obsequió a Joanes Haranburu con una deferente bienvenida. Tomó de sus manos el papel enrollado que portaba. Rasgó muy ceremoniosamente el lacre con el distintivo del rey de Navarra. Leyó la primera línea en voz alta, demostrando a la vez que sabía leer y que el mensaje estaba dirigido exclusivamente a él:

—Al Gobernador de Navarrenx, Arnaud de Gachissans, señor de Sales, a 4 de diciembre de 1587...

Continuó en silencio, sin mover ostensiblemente los labios. Acabada la lectura, fue entonces cuando me miró por primera vez desde que entramos en aquella sala.

—O sea que traición.

Tenía ocasión de defenderme. Nada que no le hubiese dicho ya a Joanes Haranburu de mil maneras diferentes. Con La Force no malgasté energía. Se había vuelto a Nérac nada más capturarme.

—Idos todos al infierno.

Para cuando quise darme cuenta, me estaban llevando afuera entre dos soldados. No opuse resistencia, yo que había llegado a enfrentarme a siete enemigos a la vez.

Me sacaron a la plaza de la ciudadela. Hacía frío. Aquel día, diciembre mostraba su rostro más sombrío, algo que no aligeró el parsimonioso paso de los dos hombres de armas. Ambos eran ya de cierta edad, con pintas de haber visto y haber vivido prácticamente de todo.

—¿Habíais estado antes en Navarrenx? —me preguntó uno de ellos.

—Cumplí aquí los doce años, en 1569.

—¿En el año del asedio de los papistas? Mucha gente buscó cobijo aquí.

—Yo era uno de ellos.

No le confesé qué sobrenombre me pusieron en la ciudadela el primer día del asedio: «el novillo de Navarrenx». Resultaría ridículo. En la situación en la que me encontraba no era más que el cordero de Navarrenx.

—Entonces conoceréis ya nuestros calabozos —prosiguió el otro.

—Entré una vez. Con 13 años.

Nada más ni nada menos que para hacer de verdugo. Tenía oportunidad de alardear de ello. Sin duda, se habrían sorprendido no poco de oírme contar cómo pasamos a cuchillo, después de ser apresados en Orthez, a todos los cabecillas de los papistas berneses. Quizás me hubiese ganado su favor si les hubiese puesto al corriente de tales hazañas. Lo callé todo. Ahora era yo quien iba preso.

—¿Os encarcelaron con 13 años? —preguntó el soldado— ¿Qué falta

cometisteis?

—Ninguna. Fui a cumplir una orden de la reina Juana.

—Pues otra orden, esta vez del hijo de la reina Juana, os trae hoy de vuelta a la mazmorra. Os espera una solo para vos.

—Mejor así.

—Dentro de unos meses no diréis lo mismo.

—¿El primero? No tendrás otro Dios que yo. ¿El segundo? No tallarás imagen o figura de las cosas celestiales. No las adorarás ni les rendirás culto.

Era la decimosexta o decimoséptima vez aquel día que me ponía a recitar los mandamientos de la ley de Dios. Al finalizar con ellos, vendrían los artículos de fe del cristiano. Veinte veces. O cuarenta. También en voz alta. Me agradaba escucharme. Los carceleros no eran muy habladores, de no ser para proferir crueles burlas. Muchos días no oía otra cosa que mi voz.

—¿El tercero? No tomarás el nombre de tu Dios en vano.

Mientras oraba, medía las cuatro paredes del calabozo. La primera, seis pasos y dos pies. La segunda, cuatro pasos y tres pies. La tercera, justo siete pasos, y cuidado con la olla. La cuarta, cinco pasos y medio pie.

—¿El cuarto? Acuérdate del Sabbath y santifícalo.

Y vuelta otra vez. La primera, seis pasos y dos pies. La segunda cuatro pasos y tres pies...

A veces mis piernas y la boca no coincidían. En dichas ocasiones, se creaba un gran caos en el calabozo. Movía las piernas al ritmo de los mandamientos y la lengua, a la de las mediciones. Las palabras me hacían tropezar, y las piernas tartamudear. Por un momento todo parecía patas arriba. Tenía que detenerme y callarme, hasta que volvían a acordarse lengua y piernas. A veces, comenzaba a recitar los mandamientos al mismo tiempo que medía el calabozo con la esperanza de que ocurriese. Muchos días eso era la única cosa memorable que me había sucedido: haberme confundido.

—¿El quinto? Honra a tu...

Había movimiento en las celdas próximas. Cada cierto tiempo —con una frecuencia que aún no había desentrañado— sacaban afuera a los presos de las celdas contiguas y volvían a traerlos. Escuchaba sus voces y sentía su alegría contenida por abandonar aunque solo fuese por un rato las estrechuras de la mazmorra. Las primeras semanas, viví con la esperanza de que me sacaran con ellos. Creía que se olvidaban de mí, al ver que mi puerta permanecía cerrada. Me dejé buena porción de la piel de mis manos golpeándola para advertirles de su olvido. Una violenta irrupción de los carceleros me hizo sabedor de que mi castigo incluía la prohibición de salir al exterior.

Tal como hacía desde entonces, me senté pacientemente a esperar. Por fin oí la voz de los presos y carceleros que volvían, más apagadas que a la ida. Cuando sus puertas se cerraron, se abrió la mía.

—¡Hombre, Mailu! ¡Cuánto tiempo! —se burló el vigilante.

Cambiaba cada vez el encarcelado que lo acompañaba. En cambio, recordaba de otra vez al joven de pelo rizado de ese día. Lo recordaba ahora por la manera en que se rascaba, como si se lo comieran las pulgas, la primera vez que vino a mi celda a llevarse mis deposiciones. Sentí un estremecimiento: si todos los presos habían pasado ya por mi celda y comenzaba la segunda ronda, ¿cuánto tiempo llevaba encerrado en aquel agujero?

No recordaba cómo se comportó la vez anterior el recogemierdas. El muchacho pasó silenciosamente delante de mí, dirigiéndose directamente a la parte izquierda del calabozo. Era allá dónde colocaba la olla, en el punto más alejado de donde solía sentarme. Tomó con asco el recipiente y rápidamente volvió con él hacia la puerta. Antes de cerrar, el carcelero volvió a burlarse de mí.

—¡Menuda ración de mierda, Mailu! Cualquiera lo diría, con el caldo de pocilga que te traemos de comer.

—¿El sexto? No matarás. ¿El séptimo? No cometerás adulterio. ¿El octavo? No robarás...

El chirrido de la puerta me hizo callar. Antes unas manos tendrían que haber quitado y depositado en el suelo las barras de hierro que la trancaban, pero estaba tan metido en mi soniquete que no oí el ruido. Por la mañana ya me habían traído de comer o algo parecido, y, si no era para vaciar la olla, esa puerta se abría solamente una vez al día.

—Tenéis compañero —me informó el carcelero.

Me quedé en silencio. Llevaba semanas enfadado con ese hombre. Le había dado dos libras de plata para que me comprase tinta y papel, y seguía sin saber nada de ellos. Dos hombres entraron tras él. Uno de ellos, con la testa erguida, era uno de los vigilantes. El otro llevaba la cabeza baja y tenía aspecto de escribano o de recaudador de impuestos. Si no de otra cosa.

—¡Vuestro nuevo compañero os perdonará los pecados en nombre de Dios!

El preso portaba un fardo en sus brazos. Miró a los cuatro lados de la mazmorra, como si buscara algo.

—¿Mi jergón?

El carcelero le contestó con un brutal empujón, que le hizo caer al suelo.

—¡Ahí está tu jergón!

El del empujón y el vigilante salieron de la celda intercambiando chanzas. Ahora sí oí las barras de hierro cerrando la puerta.

El recién llegado sollozaba tendido en el suelo. Esperé, sin moverme de mi rincón, hasta que sus lamentos bajaron en intensidad.

—Si quieres conseguir un jergón tendrás que untarle de plata los bolsillos a ese bellaco. Y, aun así, te costará.

Era por la tarde y, aunque hacía poco le había oído a alguien que estábamos en verano, apenas entraban unos rayos de luz por las estrechas saeteras. En dicha penumbra pude ver cómo se incorporaba el hombre. Cualquiera sabe si hasta ese

momento se había dado cuenta de que tenía compañero de celda.

—¿Y la comida? Llevo dos días sin comer nada.

Por si acaso, apreté entre mis manos el chusco de pan seco que había guardado para la noche.

—Tendrás que esperar hasta mañana.

Ya defendía mi comida de las ratas todas las noches. Si el extraño intentaba quitármela, estaba dispuesto a matarlo con mis propias manos.

Con un murmullo de claudicación, el recién llegado se sentó en el otro extremo de la celda. No le dije que cuando llovía era por esa parte por donde se colaba el agua.

—¿Cuánto tiempo lleváis aquí?

—No lo sé. Tal vez un año.

Comenzó a olisquear alrededor de sí. Mi olla se encontraba a pocos pies de él, bastante llena. Me pregunté si debería compartirla con él.

—¿También en vuestro caso ha sido la fe la que os ha traído hasta aquí? —me preguntó.

—No precisamente.

Mi parca respuesta no le hizo callarse.

—En cualquier caso, os supongo miembro de la Iglesia verdadera.

—Según dónde se halle la verdad.

—En la Iglesia católica de Roma, obviamente.

Desde su entrada me venía oliendo algo así.

—¡Vete a besarle el culo al Papa!

—¡Puerco blasfemo!

—¡Miserable lamehostias!

—¡Ojalá ardas en el infierno!

—Antes te veré arder a ti.

El cura era de un pueblo más allá de Pau. Se llamaba Cazabat. Lo habían atrapado en una casa de Salise, mientras decía misa ante unos ancianos.

—¿Qué me harán?

Por los carceleros sabía que los clérigos de obediencia romana eran huéspedes habituales en Navarrenx. Los traían cagados de miedo desde cualquier rincón del Bearne. Los retenían durante dos o tres meses entre esos húmedos muros. Y luego, los expulsaban al reino de Francia o al de España, después de darles unos cuantos azotes. Algunos pasaban a la Baja Navarra, protegidos por los lugareños.

—¿Qué te harán? Si estás de suerte te ahorcarán, Cazabat.

Disfruté de su miedo.

—¿Y si la tengo en contra?

—Primero te desmembrarán. Después te quemarán vivo. O al revés, no lo recuerdo bien.

—¡Dios mío!

Los dos o tres primeros días fue divertido tener a Cazabat allá. Le cantaba himnos, para su escándalo. Recitaba los mandamientos y él se santiguaba. Le explicaba con todo lujo de detalles cuántos papistas había matado desde que era niño. Pero pasó una semana y sus lloriqueos no se aplacaron.

Antes de un mes, hablé en voz baja con el carcelero. Me acababa de traer mi viejo recado: tinta y papel. Me quedaba poco dinero del obtenido de la venta de mi silla de montar. Le ofrecí otra libra a aquel bellaco a cambio de un nuevo favor.

—Llévate a este cura piojoso al calabozo de abajo, donde me tuvisteis unas cuantas semanas.

Los ojos empezaron a brillarle.

—¿Al que no tiene ni saeteras ni ningún otra rendija por donde entre luz?

Efectivamente, el calabozo que deseaba para Cazabat carecía de saeteras y de cualquier otra iluminación. El preso debía estar encadenado al muro, mientras las ratas le mordían los pies. Era allá donde quería que lo llevaran, al mismo lugar en que yo estuve al principio.

El sinvergüenza me exigió otra libra a cambio.

Acababa el verano. Durante tres semanas, cada vez que entraba una pizca de luz en el calabozo, aprovechaba para escribir. Escribí cartas sin parar. Al rey de Navarra; a Marie, mi mujer; al ministro Etxeberri, mi suegro; a mi señor Belzunce; a mi padrastro, Enekot Ezponda; a mi madre, Catalina, así como a los que estuvieron conmigo en la corte francesa, como Miossens y Armagnac. A algunos de ellos, dos veces. A Enrique, tres. Al final se me acabó el papel. Ya debía ser otra vez otoño. La luz escaseaba dentro del calabozo, mientras que el frío era cada vez mayor, y el carcelero no me traía la manta que le había pedido y pagado. Durante los meses siguientes esperé respuesta a mis misivas. Mientras tanto, medía las cuatro paredes de la celda, a la vez que rezaba. Casi nunca me equivocaba.

—¿El sexto? No matarás.

Seis pasos y dos pies.

—¿El séptimo? No cometerás adulterio.

Cuatro pasos y tres pies.

—¿El octavo? No robarás.

Justo siete pasos y cuidado con la olla.

—¿El noveno? No...

El carcelero terminó por traerme la manta. El invierno ya había entrado de pleno. Le ofrecí otra libra al hideputa, para que volviera Cazabat.

El recogemierdas entró solo en la celda. El carcelero le debió de abrir la puerta, con su gran llave, pero no entró con él. Nunca había sucedido algo así desde que me encontraba en Navarrenx. Era la norma: ya fueran jóvenes o viejos, para mucho o

poco rato, el recogemierdas venía siempre acompañado del carcelero, que se apostaba a su lado mientras operaba. En esta ocasión, oía la voz del guardia, no muy lejos, en el corredor. Me pareció captar un tono de preocupación, aunque no podía comprender exactamente qué decía. Me lo aclaró mi solitario visitante, sin necesidad de preguntar nada:

—Han encontrado al señor de Castétarbe moribundo en la celda de al lado.

El señor de Castétarbe se encontraba preso por recibir dinero de los españoles, lo que no dejaba de ser sorprendente. De aplicarse la misma medida para todos, la mayoría de los nobles de la Baja Navarra y del Bearne habrían estado alojados en Navarrenx.

—Se le han reventado las tripas, después de comerse catorce huevos de gallina —añadió el recogemierdas—. Se los pagó caros al carcelero, sin saber que todavía tendría que pagar más por ello.

A la escasa luz de las saeteras no podría afirmarlo con seguridad, pero apostaría a que el hombre sonreía. No agregó nada más y yo quería volver a oír su voz.

—¿Por qué estás aquí? —le pregunté.

Yo mismo me sorprendí con la pregunta. Desde que habían expulsado a Cazabat del reino, no había vuelto a hablar con nadie, a excepción de los vigilantes.

—Por ponerles cepto a los jabalíes del rey.

—Antes colgaban a la gente por eso.

—Todavía no está claro si no me obsequiarán con un collar de esparto.

Fuera de la celda, seguían las voces y las maldiciones. Castétarbe debía de estar ya muerto.

—¿Sabéis qué dicen de vos los demás presos? —preguntó súbitamente el recogemierdas.

En todo el tiempo que llevaba allá nunca se me había ocurrido que pudiera ser tema de conversación para los otros presos.

—Ni me lo imagino.

—Unos creen que lo que os ha traído aquí es haberos acostado con la amante del rey.

Reí brevemente. No solo con las amantes del rey, de joven había yacido con su propia esposa. Habría colmado de dicha a mi interlocutor si le hubiese confesado tal cosa. No me puse tan fácilmente en riesgo.

—¿Y los otros?

—Que sois hermano del rey y que os ha metido entre rejas por miedo a que lo destronéis.

Me quedé mudo.

Se oía sonido de pasos por el pasillo. El recogemierdas, creyendo que venían a donde nos encontrábamos, se apresuró a tomar la pestilente olla. Mis palabras lo detuvieron antes de cruzar la puerta abierta.

—Soy un mal verdugo. Eso es lo que me ha traído aquí.

—¡El diablo me valga! ¿Sois verdugo?

Sentí su repentina prevención. Últimamente recordaba con frecuencia a Domingo Abaurre, el verdugo del país de Mixa, el que, a pesar de que nunca le llamé así, fue mi padre verdadero. Y a su mujer Estefanía, a la que llamé madre. Y a su hijo Gilen, mi amigo de la infancia. Y a su hermana Ramona, la primera mujer que me tuvo entre sus brazos.

—Soy verdugo e hijo de verdugo.

No era muy soleado aquel día de octubre. A pesar de ello, me vi obligado a entornar los ojos y agachar la cabeza, incapaz de soportar la repentina claridad. Dos guardias me volvían a llevar a través de la plaza de la ciudadela. Todo lo que me rodeaba —los edificios, las murallas, el mismo piso— se me antojaba enorme; y la distancia a cada uno de ellos, desorbitada, en cuanto daba siete pasos sin toparme con una pared. Me sentía indispuerto, tanto que empezaron a doblármese las rodillas y a torcérmese las piernas. No hubiera avanzado mucho más de no mediar la ayuda de los guardias.

Mientras, los habitantes de Navarrenx —tanto soldados de la guarnición como pueblo llano— me observaban al pasar por delante de ellos. Muchos se tapaban las narices y hacían mil aspavientos. Parece ser que hedía. Una mujer despertó las carcajadas generales al decir:

—¡Que ahorquen a ese cerdo cagón!

Precisamente había salido del calabozo creyendo que me ponían en manos del verdugo. No fue poca mi sorpresa cuando advertí que las puertas de la ciudadela se abrían para mí y los que me acompañaban. Me llevaron en volandas hasta la orilla del río. El Gave bajaba menguado, como acostumbra a principio de octubre.

—Desvístete y métete —me ordenó uno de los soldados.

Había oído contar a mi abuelo que en la Navarra del otro lado del puerto ejecutaban a las mujeres ahogándolas en pozas. No parecía que ese fuera el objeto de haberme guiado hasta allí.

Los que me habían visto pasar ahora se habían trasladado a las murallas. Notaba repletas la parte superior de las mismas. Por miedo al sol, todavía no me atrevía a levantar la vista. Saber que tenía gente mirándome no me abochornó. Mis ropas eran puros andrajos; algunas se deshicieron camino del suelo.

—Está tan delgado como el hilo de coser —oí por lo alto.

La frialdad del agua me hizo daño en los pies. Pero, a un mismo tiempo, me insufló ligereza a todo lo largo de las piernas. Avancé dos o tres pasos hacia el interior del río.

—Ya es suficiente —me dijo el mismo soldado de antes—. Mojaos y volved.

En vez de hacer tal cosa, continué hasta que el agua me sobrepasó las rodillas. En ese punto me zambullí. En unas pocas brazadas llegué a la mitad del cauce. Mi

cuerpo abotargado recuperaba algo de su vigor. La sorpresa de la gente me llegaba desde las murallas, mientras que desde la orilla los dos vigilantes empezaban a rogarme, ya con cierta preocupación, que volviera donde estaban, empleando para ello el mismo tono que se acostumbra a usar con los que van a atentar contra su vida. Yo, haciendo oídos sordos, alcancé la otra orilla. Estaba dispuesto a huir desnudo por las tierras del Bearne. Otros soldados cruzaron el río por el puente y vinieron a darme la bienvenida en esa orilla. Portaban una camisa, calzones y calzado nuevo para mí. De nuevo me sentí flaquear mientras me los ponía. Sin su ayuda no habría conseguido vestirme.

Ya nuevamente dentro de la ciudadela, me llevaron al barbero. Sentado frente a él, fui testigo de cómo, con mano diestra, me aligeraba de una barba que me llegaba hasta la mitad del pecho y una melena que hacía lo propio hasta los hombros. Me hizo infinidad de preguntas. Quién era. De qué familia. Qué pecado estaba purgando en Navarrenx. No abrí la boca más que para decirle que no tenía con qué pagarle.

—El corte sale del bolsillo del gobernador; él será quién lo pague, no vuestra conversación —me respondió, malhumorado.

Tal como hizo el día que me arrastraron hasta Navarrenx, Gachissans me recibió en su residencia. Su barba era más tupida y tenía menos pelo que aquel día, aunque seguía tan enjuto como entonces. Me sentó a su mesa con gran ceremonia. Pusieron un vaso ante mí, que él llenó de vino.

—Brindemos por nuestro rey.

La costumbre de brindar la había conocido en París. También, decían, se practicaba en la corte española. Era la primera vez que alzaba la copa de aquella forma en el reino de Navarra. Vací tres antes de que trajeran el primer plato: queso y manzanas.

—Os he visto entrar en el agua desde las murallas —me dijo suavemente—. Habéis asustado a todos cuando os habéis lanzado a mitad del río. Yo los he tranquilizado: «No temáis. A aquel que veis ahí solíamos llamarle “el novillo de Navarrenx”. Hace veinte años, durante el gran asedio, pasó entre las filas de los papistas y nadó hasta aquí, bajo las flechas de los suletinos de Maitia». Así les he contado a todos, para que no tuvieran preocupación por vos.

Le extendí la copa para que volviese a llenármela.

—¿«Solíamos llamarle»? —murmuré, sin levantar la vista de los alimentos.

—Mi padre era uno de los oficiales de Arros. Nos trajo a todos con él a Navarrenx cuando los papistas se apoderaron del Bearne.

Terminados los entrantes, un sirviente acababa de depositar sobre la mesa un abundante potaje de alubias blancas. Había empezado a tomar directamente de la cazuela con un cucharón, sin miedo a ensuciar la mesa.

—Vos eráis algo mayor que yo. En la ciudadela los mayores os ponían como ejemplo para nosotros. Todos os admirábamos sobremanera.

—Ya he podido comprobar vuestra admiración durante el tiempo en que he sido

huésped vuestro —dije, sin levantar la mirada de la mesa.

Trajeron el siguiente plato: huevos rellenos de liebre. Pedí más vino y me metí uno entero en la boca. Otro más siguió el mismo camino. Tras tragar el tercero, me di cuenta:

—Decís que han pasado veinte años.

—Veintiuno, para ser exactos.

—Entonces, yo aquí...

—Llegasteis hace cuatro.

En el lugar donde habían estado los huevos yacía ahora un pollo asado, en el que me concentré con la copa otra vez llena. Sentía cierto aturdimiento a la vez que un leve malestar en el estómago. Eso no me impidió seguir hincándole el diente.

Aproveché una pausa entre que me servían vino para emplear la boca en otros menesteres:

—Antes nadie pasaba tanto tiempo preso en Navarrenx sin que fuera expulsado del reino o subiera al cadalso.

—Así es, a parte de vos, no conozco a nadie —dijo Gachissans.

El pollo había desaparecido y todo un lechón adornaba la mitad de la mesa. El sudor me corría por la frente y me sentía cada vez más mareado. Antes que nada volví a llenar hasta rebosar la sedienta copa. Después, me empleé a dos manos con el cochinillo.

—En cualquier caso, todo eso ya ha pasado. Hoy he recibido una misiva del rey.

Colocó un papel entre mis ojos y el lechón. El día que me llevaron a Navarrenx, Haranburu había depositado un papel semejante en sus manos, que, como este, también ostentaba el sello real en el lacre roto. Las primeras líneas eran idénticas: «Al Gobernador de Navarrenx, Arnaud de Gachissans, señor de Sales, a 2 de octubre de 1591...».

Se me revolvieron las tripas a la par que mis ojos se ensombrecían. Tanto que tuve que apartarlos de aquel folio. Concentré todos mis sentidos en el cerdo y el vino. En el cerdo y el vino. En el cerdo y...

—Leed bien. Sabéis leer, ¿no es cierto?

Volvió a ofrecerme el papel. Mi desinterés parecía haberle ofendido.

Sin mirarle le señalé mis manos pringosas por la grasa del cochino. Las suyas, en cambio, estaban limpias. No había comido nada. En aquella mesa era yo el único que comía y bebía.

—Está bien —por primera vez desde que me había sentado su tono era de irritación—. La leeré yo.

Lo hizo comenzando donde le plugo:

—«... Movido por nuestra inconmensurable magnanimidad, tenemos a bien conceder a nuestro súbdito, el caballero Joanes Mailu, la ocasión de...»

Cada vez me sentía peor.

—«... demostrar ser digno nuevamente de la confianza que este rey un día

depositara en él...».

Hizo una pausa, para tratar de medir el efecto de dichas palabras. Al menos, levanté los ojos del plato, no para mostrar aceptación, sino porque me sentía ahído y necesitado de vaciarme.

—«Así pues, señor gobernador, es nuestra voluntad que tan pronto como leáis la presente liberéis de su confinamiento a nuestro súbdito, el caballero Joanes Mailu y lo...»

De mi boca salió expedido hasta la mesa un engrudo rojizo, tan abundante como la cantidad de lo comido y bebido. En un abrir y cerrar de ojos, todo se puso perdido: mi copa, los restos de cochinillo que quedaban, así como la carta de Enrique, que todavía sostenía Gachissans.

Veinte años atrás recibía clase en esa misma sala. Allá progresé en la lectura y la escritura. En el latín y en la doctrina. Venía tres veces por semana desde Garriz hasta Saint-Palais, a aquella casa, y allá mismo me quedaba a comer, con la familia de Etxeberri. No quedaba nada de todo aquello. Nada salvo Etxeberri, que me hablaba desde su asiento.

—Han pasado cuatro años desde que murió.

—Tantos como mi cautiverio —murmuré.

El ministro, con un ademán, me indicó que no le interrumpiese.

—Belzunce las expulsó de Ayerra en enero.

—¿Expulsó? —con la voz aún más baja.

Etxeberri repitió el gesto de no quitarle la palabra.

—Se encontraron con nieve y lluvias por el camino. Ya llegó enferma a Saint-Palais. Unas semanas más tarde dio su último aliento, en esta misma casa.

Se diría que hablaba de la gallina de un vecino. O del cordero de un pariente lejano. Pero el ministro Etxeberri hablaba de su hija. De mi mujer. De Marie.

—Mataré a Belzunce.

Me casé con Marie contra mi voluntad. Nunca la amé. No era esa, sin embargo, la noticia que esperaba oír tras salir de Navarrenx.

—No digáis necedades, Joanes. Habíais sido acusado de traición. Os habían encarcelado. ¿Por qué iba el señor de Belzunce a seguir amparando en su palacio a la familia de un malquerido del rey?

El cuervo conservaba su plumaje, aunque encanecido. No le temblaba el pulso al empuñar la pluma. Su memoria no se la había comido la carcoma. Años antes había tenido esa misma impresión, otra vez que regresé a Saint-Palais después de pasar más de un lustro fuera: los achaques de la vejez se habían olvidado de Etxeberri. A mi antiguo profesor el demonio debía de haberle obsequiado con la eterna juventud, como premio a tanta vileza.

—¿Y mi hija Juana?

Acababa de percatarme del cabo suelto en el relato del ministro.

—Muerta su madre, se quedó conmigo. Vive en Pau desde hace tres años.

Se apreciaba la satisfacción con la que pronunciaba tales palabras. Nunca quise a ese hombre. Ni antes ni después de convertirse en mi suegro.

—No hizo nada que no desease su madre —se exculpó—. La vuestra y vuestro padrastro, Ezponda, tuvieron que poner mucho de su parte para que se olvidara de quién era hija. Y a fe mía que lo han conseguido.

Etxeberri derrochaba triunfo.

—Hasta hace poco Juana ha sido damisela de honor de la hermana del rey. El año pasado casó con un noble bearnés, el caballero de Abère.

—¿Mi hija, casada? ¡Si era una niña!

—Trece años. No era tan niña. En su última carta me informa de que está encinta.

Me levanté. Él continuó sentado, entre papeles y escritos. Mi llegada lo había atrapado preparando el sermón del domingo. Me entraron ganas de preguntarle si crecía su grey. Preferí despedirme.

—Por si no la veo, saludad de mi parte a vuestra esposa Graciana.

Se le enrojeció el rostro.

—Dios ha querido probarme de nuevo mandándome por segunda vez las hieles de la viudedad. Por suerte, he salido con bien de la prueba, puesto que me ha premiado con una tercera esposa: ¡Estebenia!

Procedente de la cocina entró en la sala una joven poco agraciada, la misma que hacía un rato me había abierto la puerta de la casa. Su vientre estaba notoriamente hinchado. Etxeberri, el viejo verraco, se disponía a ser padre de nuevo.

Me despertaron los rayos del sol en mis ojos. Cegado, lo primero que se me ocurrió fue que un carcelero bromista me estaba acercando su candil. Tuve que reparar en la extensión que me rodeaba para comprender que ya no me encontraba en Navarrenx. Lejos de alegrarme, ello me produjo un ataque de pánico que no superé hasta recordar dónde estaba. En ese justo momento, oí unos pasos fuera.

—¿Joanes, estás ahí?

Todavía no me había levantado. Una figura humana franqueó la entrada mientras me incorporaba.

—¿Qué clase de casa es esta, que no tiene ni puertas?

Aunque el sol que penetraba por el hueco le daba en la espalda, reconocí sin dificultad al recién llegado.

—¿No vienes a saludar a tu padre?

Descomunal mentira. Enekot Ezponda no era mi padre. En todo caso, el esposo de mi madre. Lo saludé, no muy efusivamente. Aunque no había mucho que inspeccionar, examinaba todos los rincones.

—¡Menuda casa miserable!

Como en los viejos tiempos, y a pesar de su cargo, se cubría la cabeza con la boina negra de los campesinos, bajo la que poco quedaba del frondoso cabello

pelirrojo y rizado de antaño. Multitud de arrugas surcaban su rostro, y la curvatura de su gran espalda casi se había doblado desde la última vez que nos vimos.

—Sin puertas. Simples agujeros donde debieran estar las ventanas. En el interior una sola habitación, sin una sola pared...

Podría haber añadido muchas cosas más: el suelo de piedra estaba sin colocar y faltaban la mayoría de las baldosas de la escalera que llevaba al sótano, así como la chimenea. El tejado, en cambio, estaba ya instalado —a pesar de alguna que otra gotera—, y una gruesa puerta de madera de roble y hierro cerraba la entrada del sótano.

—El cantero aprovechó mi prisión para esfumarse con sus peones sin acabar su trabajo.

Piarres *Hargile*. Labortano y ladrón. ¿Cuándo se marchó? No mucho después de mi última aparición. Los lugareños de Garriz lo sabrían con más detalle. No tenía intención de preguntárselo.

—¿Sabes cómo llaman los paisanos de la zona a la casa? *Borreroenia*, la casa del verdugo.

—¡Todo un honor para mí! Al fin y al cabo soy hijo de Domingo de Abaurre.

—No digas insensateces. Ellos se acuerdan del vecino de Sumberraute que mandasteis ahorcar hace cuatro años, nada más.

—De algo ha valido: las piedras del muro principal siguen intactas, sin que falte ninguna, señal inequívoca de que el miedo o lo que sea ha mantenido alejados a los ladrones. No está nada mal, para llevar cuatro años abandonada y vacía.

Enekot ni en eso me quería dar la razón.

—¿Y la maleza? ¿Y las zarzas? Rodean la casa, como si quisieran engullirla.

Había pasado toda la tarde de la víspera cortándolas con la hoz. Apenas se apreciaba. Tendría que hablar con algún mayoral, para que trajese sus cabras o mulas a pastar alrededor de la casa. Aunque fuera del País de Mixa.

—Pero no pensarás que he venido hasta Garriz para discutir sobre esta ruina de casa tuya, ¿no?

Me encogí de hombros.

—Estás por aquí desde ayer. ¿Cuándo pensabas venir a hacernos una visita?

—Todavía no había dormido en esta casa.

—Tu madre y yo te esperábamos.

Antes, «tu padre». Ahora, «tu madre». Todo eso era nuevo para mí. Hasta la fecha no pasaba de ser un huérfano para Enekot Ezponda.

—¿Queríais darme ahora la bienvenida cuando no habéis sido capaces de contestar a mis cartas en cuatro años?

—Olvídate de esos cuatro años.

En el abrazo de mi madre Catalina había un esfuerzo por mostrarse más cálida de

lo que yo recordaba. Su tacto me hizo sentir incómodo. Estaba envejecida y con el pelo cano. No debía de faltarle mucho para cumplir medio siglo.

Había saltado sobre mí tan pronto entré en la casa, sin dejarme tiempo ni a tomar aire:

—¡Precisamente la semana pasada recibí carta de vuestra hija Juana desde Pau!

Su sonrisa también era algo nuevo para mí. Si alguna vez me había ofrecido algo parecido, se me había borrado del recuerdo.

—Ya podéis estar contento con la muchacha. Está hecha toda una mujer. Y una buena cristiana, apegada a la Religión.

Hablaba atropelladamente, como si no quisiera darme ocasión a que yo metiera baza.

—... En breve tú también serás abuelo, como yo de ella.

Aquella era una noticia ya vieja para mí. No me molesté ni en fingir alegría.

—No quería que fuese a Pau.

Hizo caso omiso a mi queja. Posó su vista sobre el tapiz que adornaba la pared de la sala y cambió de tema, sin rubor.

—En el huerto de aquí al lado están asando medio ternero para festejar tu venida. Esta noche celebraremos una pequeña fiesta en casa. Hace tiempo que no teníamos ocasión para ello.

La rigidez de mis músculos no se relajó ni un ápice.

—Os habéis conchabado con Etxeberri contra mí. Os habéis aprovechado de que me encontraba preso y que su madre había fallecido para alejar a mi hija de aquí.

Mis palabras se extinguieron sin dejar rastro en ella.

—Vamos al huerto —dijo.

Había un grupo de gente entorno a una fogata. Conocía vagamente algunos de los rostros allí presentes.

—He aquí nuestros hijos, deseosos todos ellos de festejar la vuelta de su hermano pródigo.

No la contradije, a pesar de que a la mayoría de ellos no podía considerarlos hermanos.

—¿No está Joanes? —pregunté, contento por no ver a mi enemigo de los tiempos de Orthez.

—Ha partido hacia Pau. Mañana estará contigo, en la Cancillería.

No tenía ningún deseo de reunirme con Joanes Ezponda.

Casi todos los que estaban entorno al fuego vinieron a rodearme.

—Esta es María, la mayor. Sigue bendiciendo la mesa, como en Mauleón. Aquí está Piarres. Dormías en su habitación en aquel entonces. Ahí, Enrique, el menor...

Enrique, tocayo e ahijado de mi rey. Era el único de los presentes al que podía llamar hermano sin faltar a la verdad, puesto que era hijo de mi madre y de Enekot Ezponda. Además, era la viva imagen de Catalina: moreno, con los ojos oscuros, de nariz ganchuda. La última vez que lo vi era un tímido adolescente. Ahora era un

hombre de un cuarto de siglo, que vestía la toga de los letrados.

—Ahí lo tenéis, *maître de requêtes* del Parlamento de Tours. Es además consejero del rey —señaló su madre, orgullosa.

Lo saludé inclinando la cabeza justamente lo que la situación requería. Él, en cambio, se dirigió a mí con una franca sonrisa:

—Me llena de alegría volver a veros. ¡Cuánto he rezado a Dios por vos desde que supe de vuestra desgracia!

Hablaba como un ministro. O, más que un ministro, como un sacerdote papista.

—Agradezco vuestras oraciones —le respondí, con una sonrisa tan amplia como la suya—. Además de ellas, siendo como sois consejero real, supongo que abogaríais por mi liberación.

—¡Joanes! —me recriminó mi madre.

Enrique Ezponda enrojeció de pies a cabeza.

Tal como me habían avisado, Joanes se encontraba en la Cancillería, con su padre Enekot. Hacía quince años que no lo veía. Entonces, acababa de llegar de París, con las manos vacías y humillado, después de haber hecho las veces del rey de Navarra durante un año. A pesar del tiempo que había transcurrido, pude reconocer a mi tocayo por el parecido que tenía con su padre: el cabello pelirrojo rizado, redondas mejillas y la nariz pequeña. Nos hicimos tan pocos cumplimientos como aquel día de primavera de 1576.

—Él también acaba de llegar de Francia, junto con su hermano Enrique —me informó Enekot.

Joanes Ezponda no tenía el aspecto de un cortesano al uso. Sus ojos cortos de vista y sus espaldas cargadas delataban el largo tiempo que pasaba entre libros. Tampoco llevaba la barba que solían ostentar los miembros de la Religión. Por lo demás, parecía uno de esos profesores y teólogos que veía por los alrededores de la Sorbona cuando vivía en París. En nuestro último encuentro, venía de acabar sus estudios en la universidad de Basilea. Entonces traducía a Homero, escribía poemas. Y, además, estaba dispuesto para partir al servicio del rey Enrique. No sé qué quedaba de todo aquello, si es que quedaba algo. Yo, en la Cancillería, lo encontré acarreado un gran fajo de papeles.

—Como sabréis, Joanes —me dijo en cuanto me vio—, nuestro Enrique está a punto de convertirse en rey de Francia.

Lo desconocía. En Navarrenx, los vigilantes y los otros presos hablaban de lo escaso del rancho, de las pulgas y de la falta de mujeres, no de los tronos navarro y francés. El gobernador Gachissans tampoco me mencionó nada semejante en el breve tiempo que compartí mesa con él.

Sentí cómo se me enronquecía la garganta:

—¿Nuestro Enrique está dispuesto a dejar de ser rey de Navarra? —pregunté.

—¿Qué tontería dices? —me recriminó Enekot—. ¡De ninguna de las maneras!
Su hijo sacudió los folios que transportaba para calmarlo.

—Enrique seguirá siendo rey de Navarra, aunque lo coronen también de Francia.
Aquello solo me tranquilizó a medias.

—¿Dónde se halla ahora? ¿En la Guyena?

—En las inmediaciones de París, en reñida lucha contra la Liga Católica. Estos traidores han pedido ayuda a los españoles, de tal manera que se han presentado en la capital del reino con una armada procedente de los Países Bajos.

—¿Los españoles en París?

Se me hacía difícil imaginarme París ocupada por un ejército extranjero.

—Es eso lo que por el momento ha impedido que Enrique entre en la ciudad y sea coronado definitivamente. Afortunadamente cada vez son más los franceses de bien que se alistaban en su ejército.

No oculté mi sorpresa.

—¿Tanta gente se está convirtiendo a la Religión en Francia? Pues sí que han cambiado rápido las cosas.

Joanes sacudió la cabeza.

—En el ejército de Enrique a nadie se le pregunta a qué Dios le reza. Todos tienen sitio en él, tanto los que profesan la Religión como los papistas. No tienen más que cumplir una condición: servir al rey con devoción.

No pude menos que resoplar.

—No me gusta cómo suena esa canción.

Enekot me replicó al instante.

—¡Pues de aquí en adelante te tendrás que acostumbrar a ella!

Mi tocayo terció más suavemente.

—Sois guerrero y sabéis que la guerra es la razón de ser del guerrero. Pero no es la espada la solución de todos los problemas.

Hablaba pausadamente, subrayando las palabras claves con una entonación que pasaba de la dureza a la dulzura. Algunos de los profesores de Orthez se dirigían así a sus alumnos.

—Primero debemos atraernos a los papistas —prosiguió con su argumento—, si queremos que terminen convirtiéndose a la fe verdadera. Hoy por hoy, nuestro enemigo son la Liga y los españoles. Así que los enemigos de la Liga y de los españoles son nuestros amigos. El pérfido Felipe acaba de aplastar una revuelta contra él en Aragón. ¿Lo sabíais?

No tenía ni idea. Ya he dicho que en Navarrenx no se hablaba más que de mujeres y de pulgas.

—Algunos de los rebeldes se encuentran ahora en el Bearne. Los hemos acogido sin interrogarles si creen o no en la predestinación.

Mi rostro no manifestó aprobación alguna.

—Recordad: La Liga y los españoles. A ellos es a los que nuestro rey está

tratando de derrotar. ¿Lo abandonaremos en su propósito?

Negué con la cabeza, sin pasión alguna.

—Deberíais tener mayor interés en ello que ningún otro, si queréis que nuestro rey olvide vuestras viejas faltas.

Dije entre dientes:

—Creía que las había olvidado ya.

—El perdón y el olvido son dos cosas distintas —sentenció Eneko.

De nuevo Joanes optó por un camino más delicado que el de su padre:

—Acabáis de mencionar a Navarra. Enrique no olvidará de dónde ha sido rey y de dónde seguirá siéndolo también en adelante. Ni olvidará qué ha sido de Navarra y qué debería ser de ella.

Por primera vez desde que había entrado en la Cancillería me parecía interesante lo que oía.

—Hace tiempo que nos preocupa —siguió hablando Joanes— con cuántos informantes cuenta el despreciable rey Felipe en nuestros territorios, gente que le surte de noticias de nuestro reino y de los pueblos cercanos.

Después de haber sido humillado como lo habían hecho conmigo, me permití envanecerme un poco.

—Antes de ser enviado a prisión, mi misión era precisamente perseguir a esa peste.

—Lo sabemos perfectamente, y sabemos también que no teníais par en tal empeño. Pero, mirad por donde que nosotros también contamos con oídos y ojos al otro lado de los puertos.

Mi fe en ello no era muy grande.

—Hace cuatro años, dichos oídos y dichos ojos no debían de ser muy vivos. Siempre he creído que más allá de la torre de Valcarlos somos ciegos y sordos.

Su réplica fue tan pronta como firme.

—Creéis mal. Gracias a los informantes tenemos cumplidas noticias de Pamplona y de algunos otros lugares de la parte del reino que perdimos.

Pamplona. Su sola mención me sacudió por dentro. Joanes extendió sobre la mesa los papeles que portaba en sus manos.

—Os contaré algo que no debe saber nadie más: en los últimos meses nos están llegando de ahí noticias que os dejarían boquiabierto.

A primera vista nadie vería en ese hombre más que uno de esos pedigüeños mendigos que recorren los caminos. Si apareciera después de anochecer, no le abrirían fácilmente la puerta de la torre Garnier. Agerre nunca ha comprendido la obsesión de Jeannot por vestirse de harapos, puesto que España, aunque tardana en sus pagos, no es tan tacaña con los que le sirven. El sacerdote conoce bien a Jeannot. Durante el año que ha pasado en París, le ha transmitido con frecuencia los avisos del embajador Íñigo de Cárdenas. Alguna vez, hasta las mismas puertas de la Sorbona. Jeannot es un hombre transparente, no sabe fingir. Ya antes le ha visto con un semblante lúgubre parecido al de ahora. En la capital francesa se le presentaba así cuando portaba alguna mala noticia. Ahora, en su habitación de la torre Garnier de Angulema, se pregunta si no va a acabar arrepintiéndose de haber depositado sus asuntos en las manos de este hombre.

—Está vivo —le anuncia con tristeza.

Agerre se incorpora sobre la cama, con más flexibilidad que la víspera.

—¿Vivo, el hugonote? —pregunta ocultando apenas su agitación.

Jeannot nunca ha hecho el menor intento por pasar desapercibido. Tal vez porque sabe que no le serviría de nada. No resulta fácil de olvidar el muñón de su pierna izquierda por debajo de la rodilla, ni la muleta de níspero con que la suple. Tampoco su menuda figura —sin llegar a ser enano, apenas cuatro varas— ni su pecho cargado de crucifijos y escapularios. Los doctores de la universidad lo reconocían como correligionario pero lo preferían lejos de los umbrales del templo del conocimiento.

El tono del tullido destila desolación.

—Monseñor, lo dejé en aquella caballeriza de Tours convencido de que mi puñalada había sido mortal.

¿Cómo no creerlo? El propio secretario de Cárdenas le había dicho a Agerre: «Aunque parece venir de la corte de los milagros, la diestra de este medio hombre esgrime el puñal más veloz de todo París». La izquierda bastante tenía con sostener el bastón de níspero. La pierna se la había arrebatado la bala de un cañón reformado, quince años antes, en la época del sitio de la ciudad.

—Ya os lo conté: procedía otra puñalada, pero oí a gente llegar en ese momento. Salí a toda prisa de allí, apretando fuerte los papeles.

Una hazaña insólita. A diferencia del día en que se lo contó, ahora el clérigo se imagina al cojo Jeannot saliendo «a toda prisa», con el puñal en una mano, la muleta en la otra, y, aún y así, «apretando fuerte los papeles». Le sorprende cómo, en Tours, no cayó en ese detalle, tan ansioso estaba de gozar cuanto antes del botín.

—Mi misión eran los papeles... —se justificó Jeannot.

Eso mismo, los papeles. ¿Qué, si no? La segunda parte del escrito del hugonote,

la continuación del que ya tenía Agerre en su poder.

—... ese fajo grande de papeles...

Sin duda, el mayor que Jeannot ha tenido en sus manos en su vida.

—... todas esas rayas y garabatos...

A cada cual más ininteligible para el iletrado paticorto, aunque hubiesen estado redactados en su idioma.

—En definitiva, hacerme con los papeles y traéroslos. Eso era lo que importaba. ¿No es así? —trata de asegurarse Jeannot—. Eso es lo que hice.

Así era. No de otra forma.

En Tours, Agerre tenía acordada una cita con el esbirro junto a la basílica de San Martín. Estaba tan ansioso por consagrarse a su lectura que apenas prestó atención a su relato. No deseaba otra cosa que tomar el botín cuanto antes y ver a Jeannot volver rápidamente a París. En ningún momento le había ordenado que matase al hugonote, pero la noticia de su muerte no le causó conmoción alguna. ¿Qué más daba un hugonote muerto? Todavía quedaban vivos miles de ellos. Demasiados.

—Los papeles, claro está —admitió el sacerdote, dando un gran suspiro de enfermo.

Vuelve a apoyar la espalda sobre la cama.

Tan pronto como se hizo con el manuscrito, Agerre rempendió su viaje, dejando atrás Tours y los muslos de la joven Annette. Todavía le quedaba un largo camino: Poitiers, Angulema, Burdeos, Baiona... No podía retrasarse más. Ya no tenía tanta prisa por llegar a Sara cuanto antes, costase lo que costase. Con él viajaba el nuevo manuscrito, continuación del que por pura casualidad había llegado a sus manos en las mismas puertas de París. En el trayecto que dista desde Tours a Poitiers devoró las miles de líneas escritas por el dado por muerto. Como no era tarea fácil hacerlo mientras montaba, no tuvo reparo en detenerse para ello en todas las posadas del camino, incluso en las más miserables. Tan volcado estaba en su lectura, que sus ojos llegaron a olvidar las huesudas criadas y las orondas mujeres de los posaderos. Lo que en la ida le costó tres días, se había convertido en un viaje de seis días a la vuelta. En la capital del Poitou fue cuando apreció el carácter inconcluso del manuscrito ya leído, justo cuando empezaban a manifestarse las primeras señales de su mal. Al parecer, el hugonote no había finalizado todavía su historia cuando se encontró cara a cara con Jeannot. Desde entonces, Agerre se ha lamentado en más de una ocasión del rápido puñal del esbirro.

Y hete aquí que ahora le cuenta que está vivo. Vivo, el hombre por cuya culpa tantas noches en vela ha pasado desde el pasado mayo, devorado por la pasión de la lectura. Las visibles secuelas de un mes de enfermedad le facilitan la tarea de disimular su alegría.

—¿Lo has visto con tus propios ojos?

—No, monseñor. Un informador habitual de su excelencia el embajador ha mandado aviso a París.

Siempre tan despiertos, los ojos y oídos de España. Agerre no devino de grado en hebra de esa tupida maraña, pero muchas veces le maravilla la longitud de su brazo, la precisión de su gobierno. La noticia también deja ver cuánta importancia le ha conferido Diego de Cárdenas al asunto del hugonote.

—Así que nuestro hombre continúa en Tours.

—No, monseñor. En Saumur.

La admiración de Agerre crece por momentos.

—¿El rey de España también cuenta con quién le dé noticia de Saumur?

—¡Quien se guarda de sus amigos mejor se guardará de sus enemigos!

Saumur es la «plaza de seguridad» con la que los hugonotes cuentan a orillas del Loira. La voluntad del difunto rey Enrique ha hecho que buen número de villas hayan quedado en poder de los heréticos a todo lo largo del reino de Francia. En Saumur, su gobernador, Duplessi-Mornay, impide con mano de hierro que la Iglesia de Roma tenga allí la más mínima presencia.

La congoja por su fallo sigue sin abandonar el rostro del tullido.

—No es tonto nuestro tordo. Prefiere el calor de sus correligionarios. Desde Tours solo tenía dos días de viaje hasta Saumur.

—¿Herido y dos días?

El semblante de Jeannot enrojece de vergüenza.

—No muy herido. Creí haberlo golpeado en la nuca, pero parece que solo le rebané la oreja.

Afortunadamente, piensa para sí Agerre, aunque se cuida mucho de expresarlo. Jeannot no lo entendería. Los ojos del recadero parisino siguen suplicando perdón al sacerdote.

—¡Por el nombre de Dios! La próxima vez que lo tenga frente a mí, le quitaré las ganas de escribir.

A Agerre le recorre un escalofrío.

—¿Las ganas de escribir?

—Le han dejado una habitación en la casa de un caballero de Saumur. Un tal Dampierre. Al parecer, es amigo de su hijo. Dicen que se pasa allá dentro la mayor parte de las horas del día, sin parar de escribir. Debe de haber comprado una gran cantidad de papel, así como tinta, plumas y velas.

Se abre la puerta. Entra un hombre en la habitación, casi tan andrajosamente vestido como Jeannot, que saluda débilmente.

—El sangrador —le informa Agerre al esbirro.

Por orden de Poichon, todos los días se le practica una sangría. Durante la primera semana, el médico solía asistir a la sesión para mostrar al barbero qué vena debía elegir en cada ocasión. Las últimas veces se ha quedado a solas con el sangrador, si se hace salvedad de las veces que han dejado entrar a los niños de la casa para contemplar la operación. Hoy Agerre preferiría que el espectáculo transcurriera sin testigos.

—¿Hay algún modo de repetir lo de Tours?

—Claro que sí —una sonrisilla asoma a los finos labios del hombrecillo—. Ya os lo he dicho: el hugonote esta vez no saldrá con bien.

Agerre le dirige un gesto airado. El sangrador está preparando su material y parece ajeno a la conversación. No obstante, el tullido no debiera hablar en esos términos delante del barbero. El sacerdote, con un gesto, le pide que se acerque y le susurra al oído.

—Esta vez deberás arrebatarle los papeles, sin tocarle a él un pelo —le susurra.

El desconcierto hace que muden las facciones de Jeannot. Pareciera que le está pidiendo el encargo más difícil que pueda imaginarse.

—Sin tocarle un pelo —repite Agerre, para que no le quepa duda.

El cojo se dirige a la puerta, claramente contrariado. El muñón de su pierna parece danzar en el aire, mientras que su muleta castiga el piso con cada paso. Ya junto a la puerta, se vuelve, como si acabara de recordar algo:

—Tenéis una deuda con su excelencia el embajador —le dice al sacerdote.

Mierda. Tenía la esperanza de que se marchara sin mencionarlo.

—La deuda, claro.

Cuando escribió solicitando ayuda a París, Agerre trató de avivar la curiosidad del embajador exagerando la importancia del manuscrito del hugonote. No se olvidó de subrayar que él era el único que podía dar luz sobre la oscuridad del mismo. «No contáis con ningún otro que pueda entender el idioma vascongado», le manifestó en su escrito. En esos momentos, el guipuzcoano Zunzunegi daba su último aliento en el Hôtel-Dieu de París. Como respuesta a su petición, le enviaron a Jeannot. Cárdenas le impuso un tributo a cambio, el mismo que le está pidiendo ahora el tullido de parte de su patrón.

—La enfermedad me ha impedido tomar la pluma hasta ahora —le responde el sacerdote—. Cuando vuelvas con los papeles, tendrás la traducción de una gran parte, para que puedas llevársela al embajador.

No es eso lo que quería oír Jeannot. Dice algo ininteligible y abandona la habitación haciendo bailar de nuevo su muñón por el aire, a la vez que castiga el piso con su muleta. Agerre está ya a solas con el sangrador. El barbero está ya nervioso por entregarse a su labor. Con una mano sostiene un cuchillo. Con la otra, un pequeño recipiente de cristal. El sacerdote, levantándose de la cama, le ofrece mansamente la yugular.

SEGUNDA PARTE

PAMPLONA NO ES PARÍS

Eran entre diez y doce los que me observaban desde lo alto del collado. Una cruz les teñía de rojo las capas. Cuatro de ellos llevaban arcabuces en las manos y anchos sombreros sobre la cabeza. Los otros, tocados con casco, eran alabarderos en su mayoría. Los acompañaban tres o cuatro peones, muchachos con la cabeza descubierta. Probablemente me habían divisado ya para cuando yo los tuve a la vista. En aquella parte del puerto hacía tiempo que el bosque de Urepel había dado paso al claro. Al poco, unos hilillos de humo me indicaron que tenían prendidas las mechas de los arcabuces. Unos cuantos pasos más y me tendrían ya a tiro. No por ello dejé de avanzar por la empinada cuesta, tirando de las riendas de mi montura. Parecía que el animal había sentido mi miedo, pues empezó a cabecear como queriendo volverse. Una parte de mí me pedía que le hiciera caso y me alejara rápidamente. En vez de ello, aceleré la marcha.

Desde que era un niño siempre había fantaseado con el momento de enfrentarme al español. Había pensado mucho sobre ello: qué haría, cómo reaccionaría. En definitiva, cuál sería el movimiento que ejecutaría cada miembro de mi cuerpo al abalanzarme contra el enemigo. Abalanzarme, sin duda. ¿Qué otra cosa, si no? Cada vez que había imaginado el encuentro, no me veía de otra forma que galopando sobre el caballo, al tiempo que levantaba al cielo la vieja espada de mi abuelo mientras gritaba: «¡El Reino y la Fe!». Nada tendría sentido de otra manera.

Aquel día de octubre de 1591 había amanecido soleado. Por el camino, el viento del sur alborotaba las hojas. Tenía 35 años y nada estaba sucediendo como yo había pensado desde siempre.

Uno de los españoles, el que parecía comandarlos, me gritó algo que no entendí. Como respuesta, alcé la mano que me quedaba libre y grité también:

—*¡Pax!*

Hubieran comprendido o no mi latín, no apagaron las mechas. Extendí el brazo tras de mí para darles a entender sin lugar a dudas que nadie me seguía. A decir verdad, no era necesario, ya que era algo que hace tiempo debían saber los que me vigilaban: los árboles que pudieran impedirles la visión se hallaban mucho más abajo.

—*¡Pax!* —repetí el movimiento anterior.

No esperaron a que llegara a su altura. Cuatro alabarderos bajaron hasta mí, con sus largos astiles en la mano. Me rodearon de manera que parecía que sus afiladas puntas ansiaran mis costillares. Tampoco los arcabuceros se habían dormido. Desde mucho más lejos, también ellos apuntaban sus armas hacia mí. Todavía relajé más mis movimientos. Ya había estado anteriormente en trances semejantes: el menor gesto brusco podía acarrear me la muerte. Lancé una pequeña sonrisa a los que me cercaban, que no fue respondida de igual forma. No se diferenciaban en nada a todos

los soldados que había conocido tanto en Navarra como en Francia: chiquillos atemorizados que se crecían en el grupo. Se me antojaron mejor pertrechados que los que había conocido hasta la fecha, aunque no mejor vestidos. Sin armas, sin cascos o sin capas, los hubiese tomado por unos mendigos de encontrármelos en cualquier recodo del camino. Me escoltaron durante los últimos pasos que me restaban por coronar el collado.

Su comandante frisaba mi edad. Su rostro curtido aparecía adornado por una antigua estocada en su mejilla izquierda. Al igual que yo, lucía una densa barba todavía oscura, y estaba tan flaco como yo, a pesar de que él seguramente no hubiera abandonado recientemente ninguna prisión. Vestía con colores apagados y gastados, y no presentaba menos rotos en su ropa que los soldados a sus órdenes. Se cubría con un sombrero más pequeño que el de los arcabuceros, casi sin vuelo.

Por ese lado las diferencias conmigo eran manifiestas. Igual que hiciera Enrique antes de partir yo hacia Auvernia, Enekot Ezponda se había ocupado de elegir mi vestimenta, con la idea de que apareciera ante el enemigo como uno de los más altos nobles de la pequeña corte de Pau, para lo que me había surtido, en consonancia, de calzas, botas, capas, camisas y sombreros de la mejor calidad.

El hombre fijó sus ojos en mi espada y me habló por segunda vez. En esta ocasión no me parecieron tan impenetrables sus palabras. Llevé mi mano izquierda hasta más abajo de la empuñadura de mi arma y negué con la cabeza, suave a la vez que firmemente:

—No hay razón para que me toméis la espada. No vengo a rendirme.

Dicho lo cual, deposité en la mano de uno de ellos las riendas de mi montura. Lo pillé desprevenido, porque no la rechazó. Me alejé unos tres o cuatro pasos, ofreciéndoles la espalda a las alabardas. Si habían de acabar conmigo, ahora tenían ocasión. Clavé mi mirada sobre aquella tierra cuya visión me había sido vedada hasta entonces. No pude divisar más que montes y bosques. No era tan diferente la parte que había dejado atrás.

Después de un rato largo de silencio llegaron las órdenes de su jefe. Uno de los jóvenes peones se alejó corriendo ladera abajo. En las horas siguientes, no cambié de postura más que para buscar mejor acomodo para mi culo sobre el suelo. Escuché las conversaciones de los españoles, sus risas y sus riñas. La mitad de las cosas que decían se me antojaban tan extrañas como dichas en turco. Era obvio que no se encontraban a gusto en ese lugar.

Al rato me llegó el olor de una fogata. Algo cocinaban los soldados. Poco después, sin necesidad de girarme, pude sentir cómo engullían su cena.

Comenzaba a oscurecer cuando un pequeño grupo a caballo apareció por el camino por el que había desaparecido el joven peón. Advertimos su presencia desde lejos, ya que portaban ya teas encendidas. Las voces a mi espalda se silenciaron. Esperé para levantarme hasta que los recién llegados se encontraron a pocas varas de distancia. Sus ropas presentaban menos descosidos y remiendos que los que me

vigilaban. Encabezaba a los recién llegados un hombre de barba cana que se dirigió a mí en mi lengua:

—Soy Antonio de Ayanz, señor de Ureta —me dijo en alta voz—. ¿Quién sois vos?

Mi saludo no lo hubiera hecho mejor el comediante de un teatro parisino, quitándome el sombrero y arrastrándolo hasta el suelo.

—El caballero de Mailu, quien fue fiel servidor del rey de Navarra y busca ahora el amparo del rey de España.

Supongo que habría algún gallo en el señorío de Ureta. Aquella mañana no lo oí cantar. El sol ya se encontraba bastante alto en el cielo cuando amanecí. Hacía diez días que había dejado atrás los gruesos muros de la prisión de Navarrenx, pero la confusión seguía haciendo presa en mí al despertar y encontrarme en un lugar donde la manta era cálida, el jergón, tierno, y la ventana de la cámara dejaba pasar generosamente la luz del sol.

Tenía junto al lecho mi alforja de piel, en cuyo interior se encontraban mis pocas pertenencias. Me la habían registrado ya. Afortunadamente, no se les ocurrió hacer lo mismo con las ropas que vestía. De haberlo hecho, ahí mismo habría finalizado la misión que me traía a ultrapuertos. En el mismo lugar donde lo traje, debajo de mi camisa, continuaba el librito que, veinte años atrás, había visto escribir al viejo Leizarraga. La prenda no cubría mi cuerpo, sino que se encontraba hecha un montón junto a la cama, de donde cogí el ejemplar y lo acerqué a la ventana: *Konfesionea*. Apenas diez páginas cosidas a una cubierta de cuero. Había elegido precisamente el más delgado para que me acompañara en el camino, sabiendo que me sería más fácil ocultarlo.

Creemos, y así lo reconocemos, que existe un solo Dios, y que tiene una sola esencia, espiritual, eterna, invisible, inmutable, infinita, inaprehensible...

Lo metí en la bolsa. Nadie me aseguraba que no tendría que volver a sacarlo de ahí y esconderlo de nuevo debajo de la camisa. Me la puse y salí de la habitación.

El pasillo no estaba vacío, pero aquello no supuso ninguna sorpresa para mí.

—Buenos días, muchachos.

Desde la noche anterior Antonio de Ayanz me había puesto dos vigilantes, «para que los franceses no os lleven de vuelta». Solo que Francia estaba lejos.

Salí, pues, con la camisa como única prenda y mis nuevos amigos, que no se separaban más de una vara de mis posaderas. El olor me condujo a las caballerizas. Haciendo caso omiso de mis guardianes, conversé con el muchacho que se ocupaba de los caballos mientras hacía mis necesidades. Igual que me había ocurrido la víspera departiendo con Antonio de Ayanz, disfruté francamente de su habla, que tanto me recordaba a la de mi abuelo.

—¿La cocina dónde está en esta casa?

Me contestaron de mala gana. Volví a la habitación y me acabé de vestir bajo el escrutinio de mis guardianes.

Desde el momento en que abrí la puerta de la cocina, se calló el barullo que había dentro. Me sentía un poco avergonzado por la hora. Incluso para mí era extraordinario despertarse tan tarde. Nadie se sorprendió de mi presencia. Allí solo había mujeres. La que parecía la señora de la casa tenía edad de ser abuela. La que podía ser su hija era ya una mujer talluda. Las más jóvenes iban descalzas, como acostumbran las sirvientas en el interior de las casas. La mujer más anciana me invitó a sentarme a la mesa con un gesto nervioso. Solo a mí.

—Vosotros ya habéis desayunado —expulsó del lugar a los que me acompañaban.

Sin casi decir palabra puso en danza a todas las jóvenes. Una me trajo vino; la otra, pan. La que debía de ser la hija de la casa puso ante mí un montón de castañas. Fui comiéndomelas una a una con la ayuda de un cuchillo. Entre las cáscaras hicieron sitio para media liebre. Busqué los ojos del ama para rendirle agradecimiento. No me dio ocasión para ello. Cuando de la pieza de caza no quedaba ya más que un pequeño montón de huesos entró en la cocina Antonio de Ayanz.

Me saludo con medida afabilidad.

—Veo que os han recibido bien en la cocina.

—Lo necesitaba. Llevaba sin probar bocado desde ayer al mediodía.

No me quejaba, solo informaba del estado de mi estómago. Él lo tomó por reproche.

—Anoche no me dijisteis que os encontrabais sin comer —bajó la voz.

Su mujer no era sorda.

—¡Antonio, tarea vuestra era haberle ofrecido algo de comer al visitante! —dijo en tono avergonzado.

Ayanz, con mal gesto, masculló algo acerca de nuestra tardía llegada. No me dio tiempo a terminar mi desayuno.

—Vayamos fuera.

La casa fortificada en piedra tenía adosada una iglesia papista.

La víspera no había reparado en ella. Ayanz me condujo hasta la sombra de un castaño junto al camino, que sin duda era el que había surtido mi reciente desayuno.

—He mandado un mensajero a Pamplona, para dar noticia de vos —me informó sin desfruncir el ceño.

La primera vez que lo vi me pareció más viejo a causa de sus cabellos canos. Ahora le calculé diez años más que yo. Presentaba la misma agitación que el día anterior.

—Y otro a Burguete.

—¿A Burguete?

Mi anfitrión le dio una patada al erizo de una castaña, del que salieron dos frutos pequeños.

—En la fortaleza de Burguete se encuentra el jefe de la compañía de soldados que

ayer dieron con vos en Sorogain. Estos días le asisto con mis hombres.

—¿Solo estos días?

Su semblante se ensombreció aún más.

—Hay llamada al apellido en toda la zona fronteriza. Hemos formado otra compañía con hombres de todas las casas de Valcarlos, de Val de Erro y de Esteribar, y yo los dirijo. Cuando pase el peligro podrán volver a sus hogares.

Hablé bajando la voz, simulando gran secreto.

—Puede que ello no suceda enseguida. Nadie sabe qué le ronda por la cabeza al rey de Navarra.

Recogió una de las castañas desprendidas del erizo y jugueteó con ella entre las manos.

—Pues yo no podré seguir adelantando la manutención de doscientos hombres por mucho tiempo. Nuestras cortes nunca han destacado por la premura en satisfacer los pagos.

No estaba tan atento como debiera. En lugar de decir lo que convenía en ese momento, se me escapó lo que realmente pensaba:

—Lo tenéis fácil. Mandadlos a todos a sus casas y que hagan el trabajo los españoles.

El señor de Ureta se encendió conmigo.

—¿Por quién me tomáis? ¿Queréis mi honor mancillado? ¡Los Ayanz jamás rehuimos las obligaciones para con nuestro monarca!

Había procedido de forma demasiado irreflexiva. No llevaba ni un día al otro lado del puerto y ya había cometido mi primer error.

—Nadie os dice que rehuyáis vuestras obligaciones —traté de aplacarlo.

El señor de Ureta no se aplacó en absoluto. Sus dos ojos miraban tan afilados como cuchillos.

—Puesto que ayer no lo hice, es hora de que os advierta de una cosa, Mailu. Si venís para quedaros entre nosotros, jamás utilicéis el título de rey de Navarra para referiros a Enrique de Borbón. Aquí ese malnacido es simplemente Vendôme, un herético duque francés. O, como mucho, el príncipe del Bearne. El único señor de Navarra es nuestro rey, Felipe de Austria.

—Atended bien, Mailu, para que no se os olvide nunca. Estos son los títulos de nuestro señor: rey de Castilla, de Aragón, de León, de Portugal, de las dos Sicilias, de Jerusalén, de Navarra, de Granada, de Toledo, de Valencia, de Galicia, de Mallorca, de Sevilla, de Cerdeña, de Córdoba, de Córcega, de Murcia, de Jaén, del Algarbe, de Algeciras, de Gibraltar, de las Islas Canarias, del Brasil y de las islas y tierra firme del Mar Océano, duque de Borgoña y Brabante, conde de Barcelona, de Flandes y el Tirol, señor de Vizcaya y Molina, duque de Atenas y Neopatria, conde del Rosellón y la Cerdeña, marqués de Oristán y Gociano.

De niño, así recitaba los mandamientos ante el ministro Etxeberri. Lo que acababa de oír en boca de Ayanz tampoco distaba mucho de la manera en que los papistas rezan el rosario.

—Nadie lo iguala.

Mi anfitrión se encontraba satisfecho de mi pasmo. Llevaba tres días en el palacio de Ureta.

—¿A su lado, qué es Enrique de Borbón?

Él mismo respondió por mí.

—Nada, amigo mío, nada.

El mensaje que había enviado a Pamplona todavía no había tenido respuesta. El de Burguete sí, de donde al poco llegó a Ureta un curioso cortejo. Un carro solitario seguía a un grupo de jinetes por el camino real. El capitán Aldasoro comandaba a los caballeros, mientras que en el vehículo viajaba el prior de Roncesvalles, Diego de Balbás, envuelto en mantas. El tiempo había cambiado y llovía copiosamente. Hijo de Castilla, llevaba tres años en la Colegiata, donde lo había colocado el rey Felipe de España. En ese tiempo apenas había tenido tiempo para aprender unas pocas palabras en nuestro idioma. Lo acompañaba y asistía un joven canónigo, Gracián de Donamaria.

—Seguramente tendréis noticia del blasón de Donamaria —me dijo tras traducirme las palabras de su superior.

Era tan flaco como el dedo de un infante. Solo con su arrogancia lograba llenar el hábito.

—Ninguna.

Mi ignorancia no fue de su agrado.

—Mi abuelo alcanzó grandes honores peleando por el emperador, mientras que mi padre lo hizo por el rey.

—También mi abuelo.

No nos referíamos al mismo rey, y él lo sabía.

—Nuestro solar está sito en Aoiz, aunque mi padre es señor de Donamaria y de Ayanz.

Saltaba a la vista que era pariente del señor de Ureta. Había llamado tío a mi anfitrión.

El joven canónigo tenía experiencia en hacer de intermediario entre su superior y la gente del lugar, aunque apostarí a que jamás antes tuvo que ejercerlo durante tanto rato. Pasamos toda la mañana junto al fuego encendido de la sala. Igual que la incesante lluvia de fuera, caía el aluvión de palabras de Gracián, traduciendo a mi lengua lo que decía Balbás y a la del prior lo que salía de mi boca. Al comienzo de su tarea, las intervenciones de Gracián eran más largas que las nuestras. Fue abreviándolas con el trascurso las horas. Al final, parecía agotado.

Balbás era completamente distinto de su joven canónigo: sonrosado como un pellejo de vino y rollizo como un verraco. Cuando le decía a Mari Miguel, de Bonloc,

que un día le daría fuego a Roncesvalles, era un prior semejante el que tenía en mente. Respondí a sus preguntas con la ayuda del joven canónigo, sin traslucir los violentos sentimientos que me producía tener enfrente de mí ese odre a reventar. Veinte años atrás, cuando me tomaron preso en París junto a Enrique, había aprendido bien, aunque a la fuerza, las enseñanzas de la Iglesia de Roma. Recordaba aceptablemente las enseñanzas de entonces. El propio Balbás me ayudó, aunque seguramente sin pretenderlo. Fue planteando los temas uno tras otro, gracias a Dios, sin detenerse ni profundizar en ninguno de ellos. No sacó a relucir ninguno que no hubiese yo previsto de antemano: la Eucaristía, la Virgen María, la Confesión, las Imágenes, las Obras y la Fe. Yo le regalaba los oídos diciendo cuanto quería oír. Se cansó antes que yo. Concluimos nuestra larga conversación rezando el *Pater Noster* y el *Credo*.

Ayanz aguardaba junto a la puerta.

—Si alguna vez fue herético, este hombre no conserva rastro de herejía en su interior —declaró alegremente el prior.

La hipócrita babosa estaba impaciente por comer a cuenta del señor de Ureta.

El prior regresó a Roncesvalles después de comer, incapaz de tenerse en pie de lo bebido que estaba. A su lado iba Gracián de Donamaria, un poco curado de su soberbia, cuidando de que el beodo llegara hasta la abadía sin caerse del carro. El señor y la señora de la casa se miraban apesadumbrados y avergonzados. Aldasoro era el que parecía menos afectado.

El capitán español era un hombre recio, adornado con un gran y poblado mostacho. No abrió la boca ni una sola vez en toda la mañana durante el tiempo que exigieron las preguntas del prior, las traducciones del joven canónigo y mis respuestas. Tampoco durante el almuerzo, el alboroto de un Balbás cada vez más embriagado le hizo mudar el gesto. Ahora era su turno. No precisaba de intermediario. Quería particularmente información sobre el ejército de «Vendôme». Tomó a mal la parquedad de mis palabras a la hora de surtirle de noticias. A diferencia de la mañana, según oía mis respuestas, su garganta se iba encrespando.

—Acabo de decíroslo, señor: apenas hace una semana me encontraba preso en Navarrenx. No tengo idea de cuanto me inquirís.

Aldasoro tenía un par de ojos grandes, del color del agua turbia, que erizaban la piel de quien los miraba.

—Nuestras gentes estuvieron cruzándose arcabuzazos hará un par de semanas, en Roncal, con los soldados franceses. ¿Cuántos hombres están preparándose para atacarnos?

Desde que llegué a Saint-Palais no se hablaba de otra cosa. La compañía del capitán Zalgize andaba haciendo incursiones en los puertos de Santa Engracia.

—Antes de pasar a este lado, he visto a muchos soldados en Ciza.

Ezponda me había hecho prometer que respondería así.

—«Muchos soldados» —repitió él, en un tono que no gustaría a nadie—.

¿Cuántos son «muchos»?

—Mil, dos mil, tres mil. ¡Qué sé yo!

Aldasoro retorció una punta del bigote. Su paciencia se estaba agotando. No me importaba.

—¿Es que es lo mismo mil que tres mil? Parece ser que tenéis experiencia en la guerra. ¿No sois capaz de distinguir cuántos soldados hay en una formación?

—No se encontraban en la misma formación, sino unos aquí y otros allá.

—Unos aquí y otros allá —exclamó imitando mi acento—. ¿No sabéis exactamente cuántos eran ni cómo iban armados, ni cuántas sus monturas, ni cuántos cañones...?

Fingí estrujarme los sesos en recordar.

—Serían más de mil en San Juan y unos centenares en el camino de Baigorri. La mayoría de ellos infantes, aunque también a caballo, en Ciza. Contarían con varios cientos de arcabuces y también algún mosquete. ¿Cañones? Habría fácilmente media docena...

Su silencio daba cuenta de su preocupación.

—... Aunque quizá podrían ser el doble. O más.

Aldasoro volvió a retorcerse el bigote.

El interrogatorio tal vez hubiese continuado de no haberse abierto la puerta. Antonio de Ayanz entró sin saludar a nadie hasta la mitad de la sala. Era la primera vez en tres días que lo veía contento, como cuando se pone fin a una situación no deseada.

—Ha llegado el mensajero de Pamplona —se dirigía al capitán, pero con la mirada vuelta hacia mí—. Quieren a este hombre allá mañana por la mañana.

«Un día volverá a ser nuestra, Joanes. Un día volveremos a andar con la frente bien alta por nuestra capital». Las palabras de mi difunto abuelo resonaban dentro de mi cabeza, tan-tan, tan-tan, como el martillo de un herrero sobre el yunque. No tendría más de siete u ocho años cuando las escuché por primera vez. Miguel Mailu me las debió de repetir cientos de veces. En tales ocasiones su rostro se iluminaba con una sonrisa. Nombraba su tierra —«Pamplona, Pamplona, Pamplona...»— incluso con el último aliento de vida.

—Nuestra Jerusalén perdida.

No pude reprimir esas palabras. Ese día de finales de octubre de 1591 tenía ante mí la ciudad que mi abuelo abandonó de joven y que ya no volvería a ver.

Ayanz volvió la cabeza sobre su montura:

—¿Qué decís?

El señor de Ureta podría haber mandado a un hombre a su cargo que me escoltara hasta Pamplona, pero prefirió hacerlo él mismo. Habíamos salido de la casona con la luz del día y no andábamos lejos del mediodía cuando ante nuestros ojos aparecieron

los muros de la ciudad. La lluvia del día anterior había ido amainando. Solamente nos mojamos a primera hora de la mañana.

—La hacía más grande.

No era un mero subterfugio. Una pequeña decepción venía a empañar la emoción de aquel instante y el cálido recuerdo de mi abuelo. Ya sabía que Pamplona no era París. Tampoco Lyon o Burdeos. Pero es que la ciudad que contemplaba apenas superaba a Pau o a Baiona.

—¿Más grande? —preguntó Ayanz, como ofendido—. ¡Si viven diez mil personas dentro de sus murallas!

Acabábamos de pasar un pequeño hospital de piedra. Sin necesidad de que el señor de Ureta me lo dijera, yo ya sabía que estaba consagrado a Santa María Magdalena y que allá acogían a los leprosos de la zona. Atravesamos el río por un puente también de piedra. Las altas agujas de la catedral nos observaban desde el otro lado de las murallas.

—Quisiera entrar por la puerta de la Rochapea.

Si mi abuelo no me mintió, la calle de los Curtidores no distaba mucho de la puerta de la Rochapea. Allá debería de estar la casa de los Ansa, donde nació él. «Entre el hospital de San Martín y la iglesia de San Tirso», según oí decir al anciano en numerosas ocasiones.

—¿La de la Rochapea? —inquirió mi guía—. ¿Para qué perder el tiempo entrando por ahí?

Durante los últimos días, apenas había menguado la desconfianza que yo le inspiraba a Ayanz. Aquella mañana lo encontraba de mejor humor, así que no insistí. Otro día visitaría la calle de los Curtidores de Pamplona.

—¿Entonces, por la de Tejería o la de San Nicolás?

A pesar de no ser lo más prudente, algo dentro de mí me impulsaba a demostrar cuán familiarizado me encontraba con aquellos lugares.

—Ni por una ni por la otra.

Pasamos al pie de las torres fortificadas bordeando el ángulo que formaban ahí las murallas. Ante nuestros ojos aparecía el primer portón de la ciudad. Debería ser el de la Tejería, de ser correctas las explicaciones que me diera mi abuelo casi treinta años atrás. A decir verdad, era de agradecer que Ayanz quisiera que entrásemos por otro lugar. La aglomeración de gentes y animales impedía que avanzaran los que trataban de entrar. Al otro lado de la puerta, otras tantas personas intentaban salir de la ciudad.

El bullicio que había en la siguiente entrada, la de San Nicolás, me hizo sospechar que nos iba a ocurrir tres cuartos de lo mismo. Al avanzar en esa dirección, pude advertir que el estruendo tenía un origen diferente. La mayoría de los seres vivos que allí se encontraban no trataban de penetrar en la población, sino que estaban trabajando. Un gran gentío con un buen número de animales de carga chapoteaban por el barro, mientras que otra multitud subía y bajaba por los andamios y un número no menor de hombres accionaba las poleas y tiraba de cuerdas. A Pamplona le había

salido un enorme protuberancia en ese flanco y en él se afanaban. Igual que la flecha de una ballesta en el pecho de un hombre, así se clavaban en las murallas de la ciudad otros muros todavía más altos e inexpugnables con el esfuerzo de toda esas gentes y bestias.

Ayanz tomó por admiración lo que solo era amargura.

—La nueva ciudadela. La fortificación más sólida de España. Ya van veinte años que empezó a construirse.

De niño, mi abuelo Miguel me parecía el hombre más viejo del mundo. Tendría sesenta años cuando los papistas acabaron con su vida. Después he conocido a otros que lo igualaban en edad. A todos ellos habría hecho pasar por jóvenes el hombre que se cobijaba tras una mesa llena de papeles. No estaría lejos de los setenta y viendo su figura no se podía decir que los hubiera vivido plácidamente. Los tres dedos solitarios de la mano izquierda y una masa descarnada en lugar del ojo derecho delataban al viejo soldado. El ojo izquierdo todavía conservaba un destello de brillo. El viejo Polifemo no había perdido la fuerza y la agudeza de un tiempo. En el mismo momento en que me planté delante de él, sacó de no sé donde una de esas pistolas que no necesitan mecha y la dejó al alcance de su mano, después de armarla, en el único hueco de la mesa no cubierto de papeles.

—No me fío de vos, Mailu.

Esas fueron las primeras palabras que me dedicó. Con Ayanz había tenido un breve diálogo, en castellano, tras el cual nos habíamos quedado a solas en una sala de la ciudadela.

—¿Y sabéis por qué no me fío de vos?

Ahora se dirigía a mí en mi lengua. La hablaba correctamente, aunque con evidente acento extranjero.

—Porque sé quién y qué habéis sido.

No era lo mejor que podía hacer. Sin embargo, no me quedé callado:

—A mí me ocurre lo mismo.

Sentí todavía más severamente el peso de su único ojo sobre mí. Rió brevemente:

—Al final vamos a resultar más parecidos de lo que creemos.

Casi me sentí insultado. ¡Él y yo, parecidos!

—Venga, decid quién soy.

Respondí sin dudar:

—Pedro de Navarra, gobernador de Pamplona. Castellano, a pesar del nombre.

—Sevillano.

Me encogí de hombros. Para mí no había gran diferencia.

—Afortunadamente —añadió—, porque si fuera navarro, nuestro rey nunca me hubiese nombrado para este cargo.

—Casi ochenta años después, ¿el rey de España continúa desconfiando de los

navarros?

—Eso acabará por cambiar. Aunque sea lentamente, van haciéndose más dignos de confianza. Vos todavía tenéis mucho que demostrar para merecer la mía.

Podía decir «os lo demostraré en cuanto sea preciso» o algo parecido. No acudió a mis labios ninguna frase semejante.

—¿Eso es todo lo que sabéis de mí? —me insistió.

—Antes de venir aquí guerreasteis contra turcos y flamencos.

—De lo que recibí algún hermoso recordatorio —se llevó la mano desmochada al ojo abrasado.

—Y hace ya más de quince años que sois gobernador de Pamplona.

Podía haber añadido más datos. Por ejemplo, que para él trabajaban todos los espías que España mantenía en la Baja Navarra y el Bearn, en Lapurdi y en Zuberoa. No añadí nada más.

—¿Solo eso? —se burló—. Esas informaciones se las podéis sacar por poco dinero a cualquier contrabandista de caballerías.

—Solo eso —respondí en tono un tanto desafiante.

—Espero que sea mucho lo que calláis. De otro modo, habré de pensar que están sordos los oídos con los que Vendôme cuenta a este lado de la frontera.

Con su mano izquierda tomó un papel de la mesa. A parte de la luz que entraba por la ventana, dos velas lo alumbraban desde la misma dirección. A pesar de ello, se inclinó sobre el papel hasta tocarlo casi con la nariz, para que pudiera leerlo su único ojo.

—Tuvisteis que hacer algo grave para que os mantuvieran cuatro años preso en Navarrenx.

—El rey de Navarra me dio una orden que desobedecí.

Apartó su ojo del papel.

—¿El rey de Navarra?

—Vosotros lo llamáis Vendôme. O príncipe del Bearn.

Asintió levemente con la cabeza.

—No sería cosa de nada el tal mandato.

—Tenía que asesinar a Antoine Prévost de Sansac, obispo de Burdeos.

Pensaba que el nombre le iba a resultar desconocido. Pamplona está lejos de Burdeos.

—Prévost de Sansac era un acérrimo enemigo de la herejía. Con todo, no hubierais hecho otra cosa que adelantaros un poco al designio de Dios, puesto que ha muerto este año en su lecho.

Lo desconocía. Aquella era una mentira que había acordado con Enekot Ezponda y su hijo Joanes. Pedro de Navarra alcanzó otro papel valiéndose de los tres dedos de su mano izquierda.

—Parece ser que renegasteis de la herejía ante un sacerdote que, como vos, se encontraba preso en Navarrenx.

Era lo que le había declarado el primer día al prior de Roncesvalles, Diego de Balbás. Aquel clérigo borracho —o Gracián de Donamaria, su auxiliar— había tenido tiempo de informar a Pamplona de nuestro encuentro.

—Fue él quien me hizo ver la luz. Fue él quien me convirtió a la Iglesia verdadera.

—Algo realmente admirable. ¿A qué nombre atendía ese sacerdote milagroso?

Eso no me lo había preguntado Diego de Balbás.

—Cazabat —respondí—. Era de un pueblo más allá de Pau.

—¿Cómo se escribe Cazabat?

Se lo deletreé. Entre los papeles del borde de la mesa había un tintero, en el que introdujo la pluma con la que escribió lo que yo le iba diciendo en un pedazo de papel.

—¿Vive?

Podía mentir. Decidí decir la verdad.

—Después de que el látigo diera buena cuenta de su espalda, lo expulsaron de Navarrenx. Parece que al reino de Francia. Estaba vivo, entonces.

Todo cuanto dije lo consignó en el papel.

—También esto lo comprobaremos.

Me asaltaron unas cuantas preguntas, ninguna de las cuales llegué a formular. Además, él siempre iba un paso por delante de mí. Tomó otro papel.

—Aún no me habéis dicho por qué no cumplisteis la orden de Vendôme. Por lo que sé, sí que habéis obedecido sin problemas otros mandatos suyos.

Traté de no mostrar mi ansiedad.

—Sabéis mucho de mí.

—No os podríais hacer una idea de cuánto.

Tomé buena nota de dicha observación y respondí a la pregunta que no había contestado.

—No soportaba la idea de matar a un príncipe de la iglesia.

En su único ojo observé poca fe en lo que yo decía.

—Todavía no os habíais encontrado con el tal Cazabat. Todavía erais un hereje. ¿Qué puede importarle a un hereje acabar con un príncipe de la iglesia?

—Ya para entonces dudaba.

—¿Y sobre qué dudabais?

Diego de Balbás, prior de Roncesvalles, ya me había formulado esa cuestión. No di distinta respuesta al nuevo interrogador.

—Tenía una amante que me traía poco a poco al camino de la verdad.

Mi interlocutor devolvió el papel que tenía en las manos al lugar de donde lo había cogido y tomó otro, siempre con la mano izquierda, de otro rincón de aquella mesa repleta. Se lo acercó nuevamente al ojo bueno hasta tocar la nariz.

—¿Mari Miguel, de Bonloc?

Encontré a Ayanz a la puerta del edificio del gobernador, sentado en el suelo, observando a los trabajadores que levantaban un nuevo bastión a unos cien pasos de ahí, en la misma ciudadela. Parecía llevar horas en la misma posición.

—¿No os llevan, entonces, a prisión? —me preguntó sorprendido.

—Acabo de salir de ella. No me corresponde otra vez hasta dentro de dos o tres años.

No parecía apesadumbrado de verme ahí. Volvió a dirigir su mirada hacia los que trabajaban.

—Cada vez que vengo a Pamplona, le hago una visita a la fortaleza. Hará unos veinte años que la vi por primera vez, cuando todavía era un zagal sin desplumar que venía con su padre, que en gloria esté. He visto cómo la construían piedra a piedra.

Nos dirigimos al portón principal de ciudadela después de recoger nuestros caballos. Pululaban por ahí soldados españoles, algunos de ellos ejercitándose, otros descansando o, sin más, entrando y saliendo. Igual que cuatro días antes en el collado del monte, me sorprendió su estado harapiento. En la parte superior del muro había cañones. Tal como sucedió a la entrada, muchos oficiales con los que nos cruzamos saludaron a Ayanz. En castellano, la mayoría de las veces, aunque algunos también en vascuence.

—Los soldados llevan aquí solo unos pocos meses —explicó—. Antes estaban en el castillo de Santiago, que acaban de derruir y cuyos sillares están trayendo hasta aquí, para levantar los cuatro bastiones que faltan de los seis que están planeados construirse.

Los vigías del portón nos permitieron salir. Justo enfrente de nosotros, a unos cien pasos, se alzaban las murallas de la ciudad.

—¿Os dais cuenta? Toda Pamplona se halla al alcance de los cañones de la ciudadela.

No lo decía con disgusto.

—Creía que estaban levantando la fortaleza para defender a la ciudad de «los franceses».

—Así es, de los franceses. Y de los amigos de los franceses, sin duda mucho más peligrosos.

Llevaba ya cuatro días de obligada conversación con ese hombre y era la primera vez que sacaba ese tema. Puede que el hecho de que no me hubiesen mandado a prisión después de hablar con Pedro de Navarra hubiese despertado su confianza en mí.

—Todavía quedan *topillos* entre nosotros, ocultos en sus agujeros —añadió, con asco.

—¿Topillos?

—Partidarios de Vendôme. Es así como les llamamos.

Los latidos del corazón se me aceleraron.

—Un topillo. Ese animalillo nocturno, experto en hacer hoyos.

Ayanz iba a añadir algo más pero en ese momento llegamos a la puerta de San Nicolás.

—Bienvenido a la capital del reino —dijo uno de los guardias al pasar a su lado.

Tal vez pretendía burlarse de mí. No pude saberlo a ciencia cierta. Me encontraba en Pamplona. En nuestra Jerusalén perdida. Todos mis sentidos estaban despiertos. Quería verlo todo, olerlo todo, escucharlo todo, sentirlo todo. Pero el señor de Ureta caminaba a mi lado.

—No me habéis contado qué tal con el gobernador de Pamplona.

—Ha dicho que ambos somos iguales.

Permaneció un rato pensativo.

—Don Pedro es muy suyo. Le place decir cosas que nadie espera.

Junto a la iglesia había una fuente, sobre la que mi abuelo me había contado una historia que no conseguía recordar.

—Se maneja bien en nuestro idioma —repuse.

—Ya os he dicho que es muy suyo.

Sumergí las manos bajo el agua y me las llevé a la boca. El agua no suele ser dulce. En ese momento me lo pareció.

—Ha aprendido por su cuenta, escuchando las conversaciones de campesinos y criados —me informó Ayanz—. Lo habla mejor que muchos nobles naturales de estas tierras. Se nota que por sus venas corre sangre navarra.

—¿Sangre navarra?

Los ojos se me iban a cada piedra y a cada persona que nos cruzábamos.

—Y no cualquier sangre. Es nieto del mariscal de mismo nombre, Pedro de Navarra. ¿Sabéis a quién me refiero?

—Creo que sí.

Claro que lo sabía. «El primero de los mártires navarros» era como lo llamaba mi abuelo.

—Se dice que el viejo mariscal era hombre de gran valor —prosiguió Ayanz, tratando de explicar lo que no necesitaba explicación—. Pero no de gran entendimiento. Podría haberse colocado a favor del viento, pero optó por ponerse en contra.

Bajé el tono hasta hacerlo casi inaudible:

—¿Por lealtad, tal vez?

Nos encontrábamos en la calle de los carniceros, tal como demostraban unos jarretes de cordero colgados de las oscuras tiendas por las que pasábamos.

—Pues pagó cara su mal entendida lealtad: murió en un oscuro calabozo, quién sabe cómo. Su hijo supo adaptarse.

—Os referís al padre del gobernador.

—Así es. Pedro de Navarra, también él.

Quería fundirme con la ciudad, respirar su aliento, para lo cual la compañía de Ayanz me resultaba molesta. Sin embargo, lo necesitaba.

—El emperador Carlos se mostró generoso con él —prosiguió, didáctico, mi guía—. Lo tuvo de aquí para allá por toda España, lo cual le dio ocasión de descubrir la grandeza de su nuevo reino. Fue así como conoció a la madre del gobernador, en una ocasión que estaba en Sevilla. Fue corta su relación, lo suficiente para dejarla encinta.

—Con lo que Pedro de Navarra...

—Exacto. Es un bastardo.

Conforme avanzábamos, el humor de Ayanz iba mejorando. Me condujo a una pequeña taberna en Lindatxikia, cerca de la iglesia de San Nicolás, donde nos regalamos con una suculenta comida, generosa y bien regada, pagada de su bolsillo.

—No sé tú, pero yo he participado en una sola guerra —me tuteaba desde que se había empujado el segundo vaso—: en la de Granada, contra los moriscos rebeldes. Aplastamos a esos negros infieles, quitándoles sus bienes y sus mujeres.

Ayanz posó sus ojos enrojecidos sobre la criada de la taberna. Era una muchacha con la cara llena de granos y dientes tan prominentes que parecían salirse de la boca.

—¡Aquellas sí que eran mujeres! —suspiró—. Nunca he visto en Navarra tales beldades.

Para cuando terminamos de comer, Ayanz no se encontraba mejor que el prior de Roncesvalles tres días antes en su casona de Ureta. Yo no había bebido ni la mitad que él.

—Has pasado cuatro años encerrado.

—Cuatro años.

—Cuatro años encerrado, ¿sin folgar?

—Ni una sola vez.

—Increíble. Yo no podría.

—Os aseguro que sí.

En Ureta, durante los días anteriores, había tenido ocasión de hablar algo de mis viajes.

—¿Es verdad todo lo que se dice de las parisinas? —me preguntó, mientras su cabeza se balanceaba.

Desconocía cuál era la fama de las parisinas en la Alta Navarra.

—¿Es verdad? —insistió.

—Es la pura verdad.

Soltó un suspiro todavía más hondo.

—Vámonos de aquí. Quiero mostrarte un lugar.

El burdel del Regimiento de la ciudad se hallaba en el burgo de San Cernin, más allá del hospital, no muy lejos de la puerta de la Rochapea, pero eso no lo descubriría aquel día. Ayanz tenía tarda la lengua y vacilante el paso, pero, en cambio, su cabeza

iba rauda.

—A este sitio le llaman «la casa de Juan el Vizcaíno», pero el tal Juan debe de estar muerto o se marchó de aquí hace años, puesto que no hay noticia por los alrededores de nadie con ese nombre. Cada vez que vengo a Pamplona, nunca dejo de pasar por aquí.

Un hombre tuerto que había a la puerta de la casa refrendó sus palabras.

—El señor de Ureta —lo saludó, en castellano.

Apeataba a soldado este también. Ayanz me presentó.

—Guzmán —así lo llamó—, este es el caballero de Mailu, pariente mío. Quiero que lo tratéis como si se tratara de mi persona.

El tuerto nos pidió la espada. Yo le entregué la mía sin rechistar. Ayanz cedió a regañadientes.

—Los de la guarnición son una peste —empezó a quejarse una vez entramos—. Te los encuentras en cualquier sitio, desde sacristanes a rufianes de putas.

Ayanz tomó a una italiana morena para sí. La que yo elegí era valona y pelirroja. Beatrice, me dijo. Le sorprendió que yo hablase francés.

—¿Decís que jamás habéis estado en Flandes? Los pocos que aquí chapurrean algo de francés han pasado por Flandes.

Su olor, semejante al de una habitación ventilada muy de tarde en tarde, me recordó al de las criadas del Louvre. Le confesé que cargaba con una privación de cuatro años. Ella tenía mucho que dar y lo hizo con gran cortesía. Cuando me hube cansado, pedí vino. Lo trajo corriendo un muchacho que no tendría los ocho años. En su cara había marcas de golpes y hasta los labios le colgaban los mocos, recios como cirios de papista. La muchacha lo llamó Periko.

—Lekanda preguntar por vos —le dijo a Beatrice, en un horrible castellano—. No gustar tú con otro.

—¿Quién es el tal Lekanda? —le pregunté en mi idioma.

La fluidez retornó a la boca del chaval:

—Un alférez de la ciudadela, artillero. Mi amo se pelea a menudo con él. Quiere a Beatrice para sí y detesta que se acueste con ningún otro. Al menos, deja buenas propinas.

Puse unas monedas de cobre en sus manos sucias.

—¿Qué clase de dinero es este?

No contesté. El muchacho examinaba receloso las monedas mientras abandonaba la habitación.

—¿Qué decía? —me preguntó Beatrice.

—Hablábamos de Lekanda.

—¡Manco del demonio! Andaos con ojo con él, maneja diestramente la espada con su mano sana.

—Yo tampoco me quedo atrás.

Volví a caer sobre ella.

Hacía mucho que había oscurecido cuando dejé a Beatrice en su habitación, en cuclillas sobre una jofaina llena de agua. El número de clientes había aumentado en el burdel: soldados y artesanos ocupaban el segundo piso; hidalgos, funcionarios y oficiales, el primero. Corría el rumor de que el Regimiento iba a hacer una inspección, lo que intranquilizaba a las muchachas, porque no todas tenían derecho a estar allá. No me dolió no ver al alférez manco en un piso ni en otro. Encontré a Ayanz roncando en las caballerizas entre los animales. Hube de emplear agua fría para despertarlo. El portero tuerto me ayudó de mala gana a sacarlo a la calle. Ayanz lo miró con rencor.

—Mailu —me dijo, entrecortadamente—, ¿cuándo echaremos a todos estos cabrones de extranjeros fuera de Navarra?

Me encontraba solo en la habitación. Ayanz faltaba a mi lado. Era de agradecer, ya que había dormido poco a causa de sus ronquidos y de su olor a borracho. Me topé con el casero en el huerto trasero.

—El señor de Ureta marchó a sus dominios esta mañana —me informó.

—¿Acostumbran sus visitas a la capital a ser tan breves?

—Su mujer se impacienta si no vuelve enseguida.

No le reprendí por ello, aunque su comentario malévolo lo merecía. Saqué algunas monedas de mi bolsillo derecho y las deposité en su mano.

—Comprad todo lo necesario para que no falten en esta casa viandas ni bebida.

En lugar de iluminársele la cara, miró las monedas con desconfianza, igual que el día anterior el muchacho del burdel.

—¿Son buenas?

—Claro que sí.

—¿Qué representan estas dos vacas junto a las cadenas de Navarra?

—Es el escudo del Bearne.

—¿Y quién es este hombre del envés?

—El rey de Navarra.

—Pues, se os da un aire.

Aquella era una de las más grandes y ricas casas de la población de San Nicolás. Se encontraba en la calle de los salineros, a pocos pasos del pozo blanco en el que se guardaba la sal de la villa. Su propietario era un primo de Antonio de Ayanz: Francés de Ayanz, señor de Genduláin, fuera de Navarra, al parecer, durante esos días. Mientras volvía su familia, que sí que se hallaba en Genduláin, el cuidado de la casa de Pamplona quedaba a cargo de un guardés. La víspera, Ayanz y yo nos hospedamos en la habitación de los hijos, en el segundo piso del edificio.

Comprobé que el casero estaba fuera y su mujer y su hija en la cocina, antes de salir a la calle. Recordé los detalles que me describió mi abuelo treinta años antes. Solo hube de preguntar una vez para llegar a la Rúa de los Saqueros, pasada la casa

del Regimiento. Atrás dejé buen número de comercios, en cuyos soportales se exponían bolsas, sacos y alforjas. El olor de la tinta y el papel me condujo a otro tipo de local, el menor de aquella calle. Antes de abrir la puerta, volví la vista por tercera o cuarta vez, para cerciorarme de que no me seguía nadie.

Un cliente y el dependiente conversaban en castellano al fondo del establecimiento. No se ponían de acuerdo en el precio de un libro. Si entendí bien, el comprador ofrecía un real de Castilla y el vendedor le pedía trece cornados navarros. Me entretuve un rato mirando los libros de las estanterías. Había más de ochenta, cien tal vez, en baldas colocadas a ambos lados del local. Entretanto, la discusión de los dos hombres se iba calentando. El vendedor era el que más hablaba. Mentaba el pan de sus hijos como razón para no rebajar el precio. Terminé por aburrirme:

—¿Bernat de Bakedano?

Ambos se volvieron hacia mí; el comprador, malencarado; sorprendido, el vendedor, que me respondió en mi idioma.

—Aguardad, por favor, que acabe con este señor.

Me acerqué con curiosidad por saber cuál era el libro que suscitaba tan viva discusión. El dueño de la tienda lo sostenía en sus manos: *De arte curativa*, leí, de un tal Alfonso López de Corella. Acabaron por convenir el precio de once cornados. El comprador se marchó con su libro y nos quedamos el librero y yo a solas. Era un hombre flaco, vestido con ropas pobres y gastadas.

—No parecía soldado, pero es médico en la ciudadela —se excusó sin que yo se lo hubiera pedido—. Los forasteros son los únicos que compran libros en esta ciudad.

—Mejor le hubierais dado veneno para todos los hombres a los que atiende.

Entraba poca luz del exterior. No podía ver bien su rostro. Seguro que había palidecido.

—No deberíais decir tales cosas, señor —me advirtió entre dientes.

—Yo sí, porque soy *el heraldo de Marte*.

Podría haber leído todo un capítulo del evangelio en el tiempo que duró su silencio.

—¿De Marte?

—De Marte.

Bakedano trancó la puerta de entrada, mientras decía con voz todavía más queda:

—Entrad conmigo.

Pasamos por una rebotica que guardaba tantos libros como la propia tienda. A continuación, atravesamos un pasillo hasta un cuartucho cerrado y oscuro en el que también abundaban los libros, pero sin estanterías, apilados en el suelo, a merced de ratas y ratones. Otros cubrían casi completamente una mesa, junto a la cual había una silla en la que sentó Bakedano, a la vez que sacaba un taburete para mí. Una sola ventana iluminaba el lugar, desde la que se contemplaba el huerto trasero.

—Me avisaron que vendríais, pero no para qué.

El librero no parecía encantado de verme.

—¿No os basta con las informaciones que envió cada dos meses?

—Mi llegada no tiene nada que ver con eso.

Acogió mis palabras con una desconfianza todavía mayor.

—Entonces, ¿ya no necesitáis mis servicios después de todo lo que mi familia ha hecho por la casa de Albret? Mi difunto padre, librero también él en la noble ciudad de Estella, fue denunciado dos veces y preso en una ocasión por tenencia de libros luteranos. ¿Lo sabíais?

—Lo ignoraba.

—Por otra parte, es locura arriesgarme más por la miseria con que me pagáis. Además, va para un año que no veo una moneda. Tengo una mujer y tres hijos que mantener y...

Decidí adelantar lo que había reservado para el final. Llevaba atada una bolsita de dinero al cinto. La aligeré raudo, poniendo una moneda sobre la mesa. Su brillo hizo que se callara Bakedano.

—¡Un doblón de oro!

Tomó el dinero con suavidad tal que parecía temer que fuera a quebrarse. Se diría que más que tocarlo, lo acariciaba.

—Un doblón de oro español. Expoliado a un galeón de Felipe por uno de nuestros barcos de La Rochelle.

Odiaba ese dinero. Pero odiaba todavía más el deslumbramiento que despertaba en aquel hombre.

—Equivale a más de 150 reales de plata —suspiró, como ante una joven dama desnuda.

Hice tintinear la bolsa.

—Pues tiene más amigos, tan brillantes y de tanto peso como él. Otro de ellos podría ser vuestro.

Prefería que no fuera así. En Saint-Palais no es que hubieran sido muy espléndidos con la suma de la que me habían provisto. El resto lo constituían, en su mayor parte, piezas de plata, y ellas también en menor número del que yo quisiera.

—¿A cambio de qué? —preguntó con avaricia.

—A cambio de organizar un levantamiento.

Ya no parecía tan entusiasmado.

—¿Un levantamiento?

—Un levantamiento, una revuelta, un motín.

Continuaba sin entender. Con gran paciencia, expliqué:

—Un levantamiento del pueblo de Navarra a favor de su rey legítimo.

Acaba de amanecer. En breve, el sol de agosto extenderá sus dominios sobre la ciudad de Angulema. Todos los miembros de la familia La Place se han reunido en el zaguán de la torre. El caballero de La Tour-Garnier quiere dispensar a Pedro Agerre la despedida que no tuvo en la Sorbona. Delante, su mujer, Gabrielle. Detrás, todos sus hijos. En los dos meses que el sacerdote ha pasado en esa casa no se ha tomado el trabajo de contar cuántos son. Ahora tiene a ocho, colocados en fila frente a él. El noveno, acaban de contarle, está creciendo en el vientre de su madre. Agerre principia su discurso de despedida alabando a los padres.

—He aquí que la gracia de nuestro Señor vuelve hasta vosotros. San Pablo le escribió a su amigo Timoteo: *Volo ergo iuniores nubere, filios procreare, dominas domus esse, nullam occasionem dare adversario maledicti gratia*. O lo que es lo mismo, quiero pues, que las que son jóvenes se casen, críen hijos, gobiernen la casa; que ninguna ocasión den al adversario para maldecir.

El señor de La Tour-Garnier se hincha como un pavo, hasta tal punto le regalan los oídos esas palabras. No es el caso de su mujer. La elocuencia de Agerre está lejos de prender en su mirada ausente. El sacerdote lo intenta de otro modo:

—La belleza que ocho hijos no arruinaron, difícilmente la marchitará un noveno.

No es lo que en verdad quisiera decirle. Las palabras que le diría no pueden ser dichas delante de otra gente, y además no serían del agrado de su esposo, a quien este último cumplido del sacerdote ha envanecido todavía más. Han sido términos acertados, reconfortantes, que, no obstante, tampoco esta vez lograr mudar el semblante adusto de ella.

Desde el primer día que la conoció, le llamó la atención el aspecto enfermizo de Gabrielle. En las últimas semanas, conforme él se restablecía de su mal, Agerre ha pensado en más de una ocasión que, con su apariencia de llamita exánime y próxima a apagarse, más le convendrían a ella que a él mismo los cuidados de Poichon.

—Estando yo a las puertas de la muerte, vuestra belleza me ha tornado a la vida —se atreve a añadir Agerre.

La sonrisa del marido crece. Ella, en cambio, ni tan siquiera esboza un gesto de gratitud.

—Vuestra belleza —continúa, ya no tan efusivo— y los desvelos que habéis mostrado hacia mi persona.

Que no han sido tantos como Agerre hubiese deseado. La mala salud de Gabrielle no le ha contenido en sus intentos de ablandarla. De haberse mostrado solícita a sus requerimientos, no hubiera sido la primera vez que conquistaba a una mujer casada delante de su propio esposo. Agerre no se ha olvidado todavía de doña Catalina de Salamanca, esposa de un profesor de Gramática y madre, ella, de cuatro hijos.

Algunas veces, la mujer le hablaba con tono de arrepentimiento: «Terminaron siendo verdad las habladurías sobre vos. Me habéis hechizado, Pedro. Me habéis atraído mediante artes diabólicas». Agerre nunca le desmintió tal creencia.

Ahora, Gabrielle rehúye la mirada del clérigo. Habla mirando al cielo azul de julio, con voz apagada:

—Sois muy gentil conmigo, don Pedro.

La mujer se vuelve hacia sus hijos. Son ocho, como queda dicho. Al comienzo de su estancia en Angulema, Agerre los oía desde el lecho, riendo o llorando, peleándose o jugando. Desde el momento en que Poichon levantó la prohibición, han entrado en su cuarto, tímidos al principio; sin vergüenza, más adelante. François, Pierre, Hélie... solo retiene los nombres de los más talluditos.

—Niños, despedíos de don Pedro —les manda su madre, todavía con menos ánimo si cabe.

Las niñas llevan la cabeza respetuosamente cubierta, al contrario que los niños. En pago a sus reverencias, el sacerdote traza un amplia señal de la cruz, con los dedos corazón e índice de la mano derecha extendidos. Empieza por los más jóvenes, dejando para el final a la mayor: Charlotte, que a sus 17 años es el retrato no ajado de su madre, en toda su plenitud. De los ocho hermanos es la que menos se ha prodigado por su habitación, por decisión, quizá, de su madre, recelosa del clérigo. Se aproxima cabizbaja a Agerre. Con sus hermanos no ha abierto la boca. Con Charlotte sí:

—A la vista está que las palabras de San Pablo valen también para vos.

La faz de la muchacha se ruboriza y baja todavía más la cabeza. Alentado por su sonrojo, Agerre recurre al latinajo:

—*Volo ergo iuniores nubere...*

—Os lo agradecemos, padre. No olvidaremos vuestras palabras —le interrumpe el joven caballero que se encuentra junto a Pierre de La Place.

René de la Cropte es el prometido de Charlotte. Precisamente, si todavía no se han celebrado las nupcias es por culpa de Agerre, cuya enfermedad ha retrasado la ceremonia, por ocupar la habitación destinada a la pareja tras su boda. Después de dos meses, el notorio júbilo de toda la familia por perder de vista al forastero es particularmente manifiesto en el caso de René.

—Con no olvidar no basta —replica Agerre al joven, sin revelar el enojo que le ha provocado su insolencia—. En las Sagradas Escrituras los buenos cristianos son comparados a las piedras preciosas, dando a entender que son pocos, y que tanto los unos como las otras son difíciles de encontrar.

—De esa especie seremos nosotros. Como piedras preciosas.

El joven no es un don nadie. A día de hoy es oficial de Angulema, escudero del rey. Algún día llegará a heredar la mansión que su linaje posee en el Limousin. Agerre se introdujo en esta casa gracias a él, hace ya dos meses. René de la Cropte fue quien lo amparó a la entrada de la ciudad, cuando tan gravemente enfermo se encontraba. Puede decirse que le debe la vida. Sin embargo, los últimos días ha

advertido cómo empieza a cargarle la demora por partir del sacerdote viajero.

—¿Tenéis dispuestas todas vuestras pertenencias? —le inquiera el señor de la casa.

Un criado acaba de entregarle a Agerre su mulo negro, en cuyos lomos carga la caja con la que viaja desde París. No inspecciona su interior; antes de abandonar la habitación se ha cerciorado de que contiene todas sus cosas, incluido el regalo que le trajo anoche Jeannot.

El antiguo liguista ha encontrado la manera de cumplir con el mandado de Agerre. No completamente —«extravié algunos folios del principio en mi huida de Saumur»—, pero casi en su totalidad. Con el fajo de papeles ya en sus manos, era absurdo alargar ni un día más su estancia en la casa.

Después de la cena, informó que al día siguiente abandonaría Angulema. Los señores de La Tour-Garnier no mostraron gran pesar por su marcha. Pierre de La Place insistió en regar con vino su despedida. Amén de acostarse más tarde que de costumbre, debe su ardor de estómago a la esplendidez de su anfitrión.

Agerre monta sobre el animal. Pierre de La Place hace lo propio sobre un caballo que le han traído desde los establos.

—Os repito que no es necesario. El camino hasta aquí desde París lo hice solo.

—No serán más que unas pocas leguas. Estos parajes todavía están envenenados por la herejía y, tras la muerte del rey, los heréticos están fuera de sí.

No insiste. Bien pensado, puede resultarle útil ir escoltado. René de la Cropte también monta en su caballo.

—¿Vos también venís?

—Es una buena excusa para comprobar por mí mismo cómo andan las cosas por los alrededores de la ciudad. No os podéis fiar siempre de los informantes. ¿No os parece?

René de la Cropte es hombre de confianza del duque de Épernon, gobernador de la villa. A Agerre no le han faltado temas de conversación con él durante las últimas semanas en la casa. El joven ha declarado conocer poco de los acontecimientos de París, pero resulta imposible saber si se trataba de una ignorancia real o simulada. Por si acaso, Agerre ha respondido a sus preguntas siempre con generalidades. Esta vez tampoco arriesga demasiado.

—Los ojos de cada cual enseñan más que mil palabras ajenas.

Enseguida dejan atrás la ciudad. El sol produce verdes destellos en los árboles que bordean el río. El caballero de La Place abre la marcha. Lo siguen René de la Cropte y Agerre, cabalgando a la par.

—Parece que anoche llegó vuestro emisario de Saumur.

Jeannot carece de la virtud de la discreción para ser un buen recadero. No tenía por qué declararle a nadie de dónde venía cuando sorpresivamente se presentó en La Tour-Garnier. Sin embargo, se lo soltó a la primera criada que le salió al paso entrando a la torre: «Un mensajero, de Saumur». De no haber sido así, De la Cropte

no tendría por qué saberlo.

—Debe de ser valeroso para entrar en una plaza fuerte hugonote y salir sano y salvo.

De la Cropte no ha vivido la época de las guerras civiles. Es demasiado joven para ello. Sin embargo, se expresa siempre como si aquellos años cruentos no hubiesen finalizado, como si suspirara por su vuelta.

—Así es. Valeroso.

La valentía es un atributo que nunca emplearía para describir a Jeannot. ¿Valiente? En todo caso, ladino. No le preguntó qué treta urdió esta vez para arrebatarse al hugonote esos condenados papeles. Pero al parecer el manuscrito no llegó íntegro, como dio a entender al apostillar que extravió algunos folios del principio en su huida de Saumur, lo cual delataba una fuga precipitada. De nuevo el cojo había «tenido que correr con los papeles en la mano». Como queda dicho, también ahora, cegado por su nuevo botín, Agerre no le interrogó por los detalles. Ahora los folios están en su poder, la tercera entrega del manuscrito del hugonote, a buen recaudo en el cofre que lleva el mulo atado sobre sus lomos. Anoche se acostó demasiado bebido como para leer ni una sola línea. Ahora espera impaciente el momento en que sus dos amables escoltas lo dejen solo con los legajos.

—Debió de traeros un mensaje importante.

—Importante para la suerte de Francia, España y Navarra —le respondió Agerre, misteriosamente.

—¿También para Navarra? —insiste De la Cropte, sorprendido.

Estas últimas semanas también han conversado sobre Navarra. No podía dejar de preguntar por la patria del sacerdote.

—Particularmente para Navarra.

Por el tono deja claro que no le es posible añadir nada más sin infringir el secreto de su misión. El escudero calla. Agerre sabe que no le hará más preguntas.

Han traspasado la ciudad. Los rastrojos de paja en los campos adoptan tonos rojizos. Cuando llegó a Angulema todavía no se había recogido el trigo. Agerre colma de aire sus pulmones con los ojos fijos en el sur. En la llanura que se extiende por delante no aparece ni una sola colina.

O bviamente, en el momento en que en Pamplona prenda la llama, un imponente ejército acudirá desde la Baja Navarra en su auxilio.

Ya estaba aclarado todo lo que hacía falta aclarar. Ahora me tocaba callar. Tener que decir más de cuatro frases suele fatigarme y habían sido necesarias algunas más para explicar mis intenciones. En su cerrado cubículo de la trastienda, Bakedano me escuchó sin decir palabra y con semblante atento. No me agradó la manera en la que me miraba mientras yo hablaba. Así se les mira a los niños o a los locos.

El librero examinó brevemente el doblón de oro que tenía entre los dedos y bajó la cabeza para empezar a hablar.

—Trabajo como topo del reino desde que heredé este oficio de mi difunto padre.

Me acordé de las palabras del gobernador de Pamplona.

—¿Como topo o como topillo?

Sus labios trazaron una media sonrisa.

—Así es como nos llaman los españoles y sus amigos. Topillos. Desgraciadamente no somos tan temibles. La mayor parte de los topillos que conozco están encerrados en sus casas y su mayor ocupación consiste en lloriquear o en maldecir de nuestros enemigos cuando nadie los oye. Eso es todo lo que luchan por el reino. Yo, además de enviar mis informaciones a San Juan de Pie de Puerto, distribuyo los papeles que de allá me llegan, o los entrego a quien sea menester, o los escribo yo mismo en esta misma habitación y los propago después, en una tarea que, a la postre, no puede sino traerme desgracias.

El catálogo de sus hazañas me impresionó bien poco. Le respondí fríamente:

—El dinero que os he entregado es muestra de la gratitud del reino.

Su mueca me hizo saber la poca estima en que la tenía.

—Es pena que tan poca gente sepa leer en este país. Algunas de las más bellas páginas que se han escrito a favor de la casa de Albret las han redactado estas manos, sobre esta misma mesa.

Puso sus manos ante mis ojos. No tenían callos, eran tan finas como las de la esposa de un príncipe francés.

—Siendo tan bellos vuestros escritos, habréis convertido a muchos navarros para nuestra causa.

Se lo solté con intención, aunque él no lo tomó de esa manera.

—Hará falta algo más que mis escritos para conducir a Navarra a nuestra causa.

Aquel hombre empezaba a fastidiarme.

—No os encuentro muy ferviente de nuestra empresa.

Bakedano guardó la moneda de oro en el bolsillo, como con miedo de que

volviese a requerírsela.

—Nuestra empresa, decís. Mía, al menos, no es. ¿Queréis la verdad?

—Si no hay otro remedio.

—Ni todo el oro que los españoles traen de las Indias bastaría para armar aquí una revuelta como la que pretendéis.

Todavía me quedaba un poco de paciencia sin agotar.

—Sé que no es fácil. En Navarra hay tres mil soldados españoles. Sin olvidar a los traidores beaumonteses. Pero si los pillamos desprevenidos...

Extendió las manos en un gesto negativo.

—Es triste admitirlo, pero, aunque a veces los excesos de los españoles les resulten fastidiosos, la mitad de los habitantes del reino están encantados de ser súbditos del rey Felipe.

—¡Haremos que la otra mitad salga de sus casas!

—A más de la mitad de esa mitad les importa una higa quién les gobierne, si un Albret o un Habsburgo.

Lo que estaba oyendo me parecía increíble. Pegué un puñetazo sobre la mesa.

—¡Estáis mintiendo! Son muy otras las noticias que llegan a Saint-Palais y a Pau. Dicen que la mayoría de los navarros se encuentran hastiados de los españoles y dispuestos a rebelarse contra ellos. Así me ha sido comunicado con meridiana claridad antes de mandarme aquí.

—Entonces el rey de Navarra cuenta con más informantes que yo, y ven cosas que yo no veo.

Poco miedo le tiene a la fetidez quien ha presenciado en Orthez la descomposición de cientos de cadáveres bajo el sol. Ni alguien que ha estado tres meses encadenado a una pared, enfangado de sus propias heces. Con todo, el olor era tan nauseabundo que hubiera podido tumbar a un mulo. El viento me lo trajo hasta mis narices antes de llegar a la puerta de la Rochapea, y en ellas se aposentó sin que nada fuera capaz de expulsarlo.

—¿La calle de los Curtidores se encuentra cerca? —pregunté, medio asfixiado, a los guardias de la puerta.

Me observaron burlones.

—Los curtidores no tienen calle. Como mucho, la orilla del río. Ahí mismo.

Los guardias señalaron con su dedo extendido fuera de las murallas. A unas pocas vergas desde los pies de los muros, pude apreciar media docena de casas alineadas junto al río. Tenían enfrente al otro lado del Arga las moradas de los campesinos de la Rochapea. Mi abuelo, sin duda, había embellecido su lugar de nacimiento en los recuerdos que me contaba en Garriz las tardes de domingo. Efectivamente, la denominación de «calle» resultaba excesiva para aquella barriada que tenía ente mis ojos.

—¿Cuál de entre ellas es la casa de los Ansa?

Ahora los soldados me clavaron sus miradas afiladas, tratando de leer en mi rostro el motivo de mi pregunta. No debían de aparecer muchos caballeros forasteros en la puerta de la Rochapea para preguntar por los curtidores.

—La tercera —me informó finalmente el mismo que había hablado antes.

Crucé la puerta y, apretando el paso, me dirigí cuesta abajo, el corazón acelerado. Al acercarme, el hedor todavía más intenso ralentizó mi marcha. La casa que había señalado el guardia era la más humilde de todas, un bajo estrecho de una sola planta, levantada con adobe y frágiles maderos. A un lado tenía un pobre gallinero, pero carecía de porquera, como sí tenía el resto. Salía humo por la chimenea y también por la parte trasera de la casa, hacia el lado del río desde donde se apreciaba el bullicio de los que trabajaban. Un niño enclenque jugaba fuera con un perro pulgoso. El perro empezó a ladrarme. El niño se encontraba descalzo y vestido de harapos. Me recordó al que unos días antes me trajo el vino en el burdel del Regimiento.

—¿Cómo te llamas? —le pregunté.

—Dominguillo —me respondió, tras un instante de titubeo.

El perro pulgoso no se callaba. Lo alejé de una patada. El muchacho no se espantó por ello.

—¿Dominguillo...?

—Dominguillo Ansa.

Los mocos, fluyendo de las dos fosas nasales, le llegaban hasta los labios. Sus ojos miraban sin luz.

—¿Tu padre?

—En la parte trasera de la casa, con mi tío, cociendo las pieles.

—¿Tu madre?

—En la cocina, preparando la comida. ¿Queréis que la...?

Ahora era yo el que dudaba.

—No —decidí—. No avises a nadie.

El hedor aumentó cuando me acerqué al niño. Extraje algunas monedas de plata de mi bolsillo derecho y las volqué sobre las manos diminutas y huesudas del zagal.

—Son once. Dale diez a tu padre cuando yo me haya ido. La undécima deberás de guardarla bien guardada para que nadie te la quite.

Un pálido brillo iluminó por un instante la mirada del pequeño.

Dos soldados y un lacayo acudieron en mi búsqueda para llevarme al palacio del virrey. Demasiada gente para un cometido tan sencillo. Mi sospecha fue tanta que estuve tentado de desenfundar la espada en lugar de ir con ellos. Un golpe de prudencia retuvo el acero en la vaina. Me puse en marcha con los tres sin mediar palabra.

No esperaba que el palacio que fuera de los reyes de Navarra alcanzara al Louvre,

pero recibí un no pequeño revés al advertir que incluso el de Pau lo aventajaba en solidez, grandeza y elegancia. Lleno de rabia, atribuí al español tales carencias.

Me hicieron esperar en un pasillo junto a una puerta cerrada, guarecido todo el tiempo por uno de los soldados que habían venido a buscarme. Por fin se abrió la mencionada puerta y de ella salió un tropel de hombres, por su aspecto, hidalgos, infanzones y pequeños nobles, en su mayor parte.

Un instante más tarde hice una reverencia a un hombre de barba cana que frisaría los cuarenta años. Era así como me figuraba a los nobles castellanos: enjutos, pálidos, vestidos de negro de los pies a la cabeza, adornados con aparatosas gorgueras. Nos encontrábamos en una gran sala, con las paredes cubiertas de tapices, que representaban, la mayoría de ellos, batallas o escenas de caza. El hombre se hallaba sentado en un severo trono de cuero, colocado un peldaño más elevado. También había junto a él una mesa repleta de papeles. Era el mayor representante en Navarra del rey Felipe de España, hecho por el cual le profesé un inmediato odio. Cuando llegué a su altura, se dirigió a mí en mi propio idioma.

—¡Raros tiempos nos ha tocado vivir! Fijaos que esa gente que salía me solicitaba que levantara la prohibición de vender caballos fuera de Navarra. ¡Iban a estar contentos conmigo en Madrid si se enteraran de que la caballería del duque de Vendôme se surte de los establos navarros!

No era una sorpresa para mí. En Saint-Palais me habían avisado que el virrey de Navarra, Alonso de Idiáquez de Butrón y Mújica, conde de Aramayona, era un vasco de Castilla, de la parte de Guipúzcoa.

—Algo de lo que vos sabréis no poco —añadió, clavándome sus severos ojos.

Como corresponde a un caballero, tenía derecho a portar la espada y, de hecho, la llevaba colgada del cinto. Tal vez por eso el soldado que había llegado conmigo se había quedado en un rincón de la sala. Yo me encontraba de pie, con la cabeza descubierta, ante el virrey.

—Nada de nada, excelencia. He pasado los últimos cuatro años en prisión.

—Ya me lo ha comunicado don Pedro.

Como tratando de imitar al recién mencionado gobernador de Pamplona, el virrey posó su mirada sobre los papeles de la mesa. Estaba en ello cuando soltó:

—Parece que sois amante de los libros.

Lo inesperado del comentario me dejó solo unos segundos sin habla. Le contesté con aparente naturalidad:

—Os lo mencionaría Bernat Bakedano, de la Rúa de los Saqueros, ¿no es así? ¿También sois cliente de sus libros?

Me examinó detenidamente, olvidándose de los papeles. Querría averiguar si me estaba burlando de él.

—No es el mejor amigo que deberíais tener en Pamplona. Su padre fue encarcelado por vender libros prohibidos.

Me fingí sorprendido.

—Nunca lo hubiera imaginado. Me lo recomendó un oficial de la guarnición.

Cayó dócilmente en mis redes.

—¿Quién fue?

—No os puedo dar el nombre. Sostuvimos una breve conversación el otro día en la ciudadela, justamente a la salida de mi reunión con don Pedro. Era un artillero, creo.

—¿Un artillero?

—O tal vez de caballería.

El virrey hizo gesto de estar perdiendo la paciencia. No por ello me eché atrás.

—Si no le entendí mal —añadí—, Bakedano es el proveedor habitual de muchos oficiales del rey de España.

Idiáquez se inclinó sobre sus papeles, resoplando por la nariz. Leyó un rato ayudándose con el dedo índice. Parecía buscar algo que al final encontró:

—Lleváis tres días ya en Pamplona. Todavía no habéis pisado una iglesia.

También ahora fingí la mayor de las sorpresas.

—Excelencia, ¿se lleva en esta ciudad una contaduría diaria de cada uno de los feligreses?

Se trataba de una impertinencia que no debía decirse a un virrey. Me habló secamente:

—En los reinos sometidos a su muy católica majestad, el rey de España, los caballeros, barones, nobles y todos aquellos que ostentan alguna responsabilidad acuden diariamente a misa, junto con su familia, para servir de ejemplo al pueblo ignorante.

Debería saberlo. En París ocurría otro tanto veinte años atrás, cuando el rey de Francia también era una muy católica majestad. Bajé la cabeza, aunque mi corazón me pedía otra cosa.

—Si esa es vuestra costumbre, esté segura vuestra excelencia de que la adoptaré sin dudar. Todavía tengo mucho que aprender en Pamplona. No olvidéis que he vivido largos años bajo las tinieblas de la herejía, hasta la hora en que el Espíritu Santo me ha querido obsequiar con el regalo de mi reencuentro con la Santa Madre Iglesia.

Un rayo de luz se abrió en su semblante permanentemente sombrío. Al parecer, se sentía más cómodo en el terreno a donde había llevado yo la conversación.

—Todavía no sabéis cuán afortunado sois por ello. En el reino de España, alguna gente instruida opina que hay que dar la oportunidad de convertirse a los hereáticos.

—Verdaderamente soy muy afortunado, mi señor...

—Pero no es la opinión de todo el mundo —me interrumpió—. Precisamente, yo siempre he sido partidario del fuego, como nuestro rey Felipe.

Ni pestañeeé.

—Seguramente tendréis grandes motivos para opinar así. Recordad, de todas formas, que mucha gente cegada por la herejía son, sobre todo, las cabezas de turco

de la depravación de sus señores.

Balanceó su cabeza con aprobación, por primera vez desde que estaba con él.

—Cierto es. La casa de Albret merece mil veces el fuego de Dios y de los hombres, por perder tanta gente para el cielo.

Realmente partidario del fuego, el tal Alonso de Idiáquez. Además había sacado un tema que le agradaba.

—Que el peor enemigo de nuestro reino y nuestra fe se encuentre tan próximo a Pamplona es algo que nos quita el sueño. Por otro lado, no negaré lo obvio: la herejía de los Albret ha beneficiado a España.

Esta vez no tuve que hacer ningún esfuerzo para mostrar sorpresa.

—No os sigo, mi señor.

Una sonrisa desvaída asomó a los labios de Idiáquez.

—Antes sus partidarios eran muchos más y más insolentes. Pero el hecho que los que ellos consideraban sus reyes legítimos se alejaran de la fe verdadera ha enfriado el ánimo de la mayoría de ellos en el reino de Navarra. Sin pretenderlo, nos han hecho un favor que no habríamos nunca soñado. Saber que la llegada de Vendôme supondría verse privados de sus santos y vírgenes, a los que verían quemados, ha atraído a la causa de Felipe incluso a los que más odio nos profesaban. Un devoto católico sería un contrincante mucho más temible que un hijo de Lutero.

Me encontraba confuso. Nunca me había planteado tal cosa.

—Estáis ya en el lado bueno —sentenció el virrey, sin preocuparse de mi desconcierto—. Así lo afirma el prior de Roncesvalles y estoy dispuesto a creerle. Ahora os toca dar un nuevo paso.

Dirigió su dedo índice severamente hacia mí. Habiendo oído lo que acababa de oír, estaba preparado para escuchar cualquier petición o cualquier orden.

—Habréis de buscar dónde oír la santa misa y la palabra de Dios.

No me costó inclinar la cabeza. Sus anteriores palabras todavía resonaban en mi cabeza.

—Tengo entendido que todavía no os apañáis bien en castellano. Así que no acudáis a San Nicolás. En San Cernin un subdiácono joven ha adquirido gran fama por sus sermones. Un tal Pedro Agerre —soltó un suspiro—. Mi mujer anda embobada con él.

—No lo olvidaré, mi excelentísimo señor —murmuré, sin mucha pasión.

—Ahora iros. Junto a la puerta hay alguien que desea hablar con vos.

Era de agradecer. Ardía en deseos de irme de allí. Me incliné para hacerle la reverencia y salí a toda prisa de la sala, con el soldado en todo instante detrás de mí. Fuera me encontré con un rostro sonriente.

—¡Cuánto tiempo, Joanes!

En la corte parisina había visto a muchos hombres como el que tenía enfrente de

mí. Su semblante pálido delataba la falta de sol, y el color también blanquecino de sus manos ponía de manifiesto el poco sudor que habían derramado trabajando. Solían tener los ojos nublados y la espalda encorvada, como tributo a las muchas horas pasadas leyendo a la luz de las velas y escribiendo inclinados sobre los papeles.

—No pongas esa cara de lucio asfixiado, Joanes. Viniendo a Pamplona, sabías que tarde o temprano ibas a encontrarte conmigo.

Gilen Abaurre. Mi antiguo amigo, mi hermano, si alguna vez tuve alguno. Llevaba años sin gastar en él un instante de mi pensamiento.

—El otro día alguien en el palacio te mencionó, y al instante dije para mis adentros: «Es imposible que sea Joanes». Pero sí que eres tú. Nada menos que *Mierdecilla*.

Ese era yo, Mierdecilla, como bien había dicho. Él, por su parte, atendía por Cagarruta. Así nos había rebautizado la lengua viperina de Estefanía, su madre.

—¿Cuánto tiempo ha pasado?

Una eternidad. Era un muchacho de trece años la última vez que Gilen y yo estuvimos juntos.

—Fue a un par de leguas de Ezterenzubi —me recordó—. Huíamos. Nos atacasteis.

Se me hacía extraña su locuacidad. Cuando niño, vendía caras sus palabras.

—Pero me salvaste la vida, matando a un miembro de tu ejército.

Roger, del pueblo de Banka. Lo recordaba. Un valiente hideputa, que tenía varias cuentas pendientes conmigo. Le di tres estocadas. El ejército de la Fe no perdió gran cosa.

Acortó tanto el espacio que mediaba entre ambos, que temí que me fuera a abrazar. Me tomó del brazo y me indicó que lo siguiera escaleras abajo. Nos cruzamos con bastante gente antes de llegar al piso inferior. Algunos de ellos, soldados. Otros traían pinta de funcionarios. Todos saludaban respetuosamente a Gilen Abaurre.

—En aquella ocasión te propuse venir conmigo a Pamplona. ¿Te acuerdas?

Lo recordaba. No quise. Por el Reino. Por la Fe. Por el Reino y por la Fe.

—Jamás me he arrepentido de venir. Aquí ha ascendido el hijo del verdugo.

Gilen Abaurre vestía la larga túnica negra de quienes escriben la letra pequeña de la gobernación de los pueblos, algo más larga y pesada que la de sus colegas del otro lado de la frontera, ya fueran estos navarros o franceses. Una gruesa cadena dorada rodeaba su cuello, de la que colgaba una medalla que ostentaba el castillo de Castilla y las barras de Aragón.

—¿No vas a preguntármelo?

Desde el mismo momento en que lo vi estaba impaciente por hacerlo:

—¿Qué eres, Gilen? ¿Qué demonios eres aquí?

Se detuvo junto a la puerta de salida. Acababa de ser saludado por el soldado de guardia. Alzó su cuello. Así hacía también hace casi treinta años, cuando cosechaba

alguna de las escasas alabanzas de nuestro maestro Etxeberri.

—Joanes, soy el secretario del virrey de Navarra.

La casa de Gilen se encontraba en la Navarrería, en la Rúa de los Peregrinos, próxima al palacio real. Comparada con la del primo de Antonio de Ayanz era de condición más humilde, tanto por dentro como por fuera. No obstante, las mesas y las sillas eran de madera maciza, y la vajilla, fabricada en barro cocido de Lumbier. Las paredes lucían con tapices. No faltaban odres de vino en la bodega. La chimenea estaba bien abastecida de leña.

—El reino de España tarda en pagar a quienes le sirven fielmente, pero siempre acaba haciéndolo.

Mi amigo de la infancia se hallaba en esa casa en condición de inquilino, por la que pagaba una renta anual al capítulo de San Cernin. Él me la mostró con ínfulas de propietario.

—En esta misma calle hay más casas que se pueden tomar de igual forma. Si no estoy equivocado, una de ellas es de los Ayanz. Cuando vuelvan a la ciudad, podrás llegar a un trato con ellos.

Conocía tan bien como su superior en qué había empleado mi corta estancia en Pamplona. Esta vez no permanecí callado.

—Tengo la impresión de que, incluso cuando salgo a la calle a hacer de cuerpo, hay un espía del virrey mirándome el culo.

Gilen no se sintió aludido.

—Precisarás muebles. Alguno te podré dejar yo, porque necesitarás tiempo para vestir la casa.

Su perorata no tenía fin.

Teresa, la mujer de Gilen, se me antojó la versión católica de mi difunta Marie: una mujer hacendosa y sin tacha alguna, tan desprovista como la mía de calidez e imaginación. Su padre viudo vivía con los Abaurre. Un hombre mal encarado y enfermizo, impedido para andar, que había hecho suyo el mejor rincón de la casa, junto al fuego. Había trabajado de recaudador de impuestos, a las órdenes del recibidor de la merindad de Sangüesa.

—Así que Dios os ha tratado bien —le dije, con intención de agasajarle de algún modo.

—No creáis. Jamás me enriquecí como otros.

—Seréis el único en vuestro oficio.

A diferencia del anciano y su hija, Gilen tomó mi salida como una broma en extremo graciosa. Mi viejo amigo se encontraba de excelente humor y con ganas de agradarme.

Le sobrevivían cuatro hijos, dos muchachos y otras tantas féminas. Su padre había previsto perfectamente el futuro de todos ellos.

—El mayor, a sus doce años, acude a la escuela de gramática de San Nicolás. Él también será funcionario, después de estudiar en alguna universidad castellana. Mi hija mayor tiene diez años. Algo tengo ya hablado con un oficial del Consejo Real para casarla con su segundo hijo. Su hermana pequeña, siete años, está destinada al convento de Santa Eulalia; así me he comprometido con las monjas. El pequeño, por último, que tiene cuatro años, tomará el camino de las Indias.

—¡Voto al diablo, a las Indias!

Gilen tomó por admiración mi incredulidad burlona.

—Es el regalo que España nos ha concedido a sus súbditos fieles, un territorio inconmensurable, a nuestra disposición, del que debemos enseñorearnos. Los salvajes de esas tierras visten de oro. La plata crece por los caminos, igual que aquí los zarzales. Sus fuentes manan leche y miel en lugar de agua.

—¿No creerás todas esas fantasías?

Quedó mudo, como avergonzado. Pero no por mucho tiempo.

—Si no es exactamente así, será parecido. No hay un joven en toda la Alta Navarra que no ansíe viajar allá. Por lo que nuestro pequeño también está destinado a ir allá. Si es ducho con las armas, como soldado; y si no lo es, como religioso.

Tal como hacía con su esposa y su suegro, Gilen se dirigía a sus hijos en castellano. Solo a los sirvientes se les hablaba en vascuence en aquella casa. Conté a una criada y dos criados en la cocina, faenando en la huerta o transportando al anciano de aquí para allá en sus brazos.

El rostro de Gilen delataba su alegría. Sus ojos brillaban y sus mejillas se encontraban sonrojadas. En ello también tendría su parte el vino de la cena. Todavía quedaba un poco sobre la mesa cuando, ya en la sobremesa, Gilen y yo nos quedamos a solas.

—Fui a Alcalá. A la universidad.

No quería parecer sorprendido. Sin embargo, era para estarlo. Opté por regalarle los oídos.

—Ya de niño, eras el más proclive a los libros. Siempre fuiste mejor que yo en las clases de Etxeberri.

Salió por donde menos lo esperaba.

—Sin embargo, tu abuelo decidió que yo ya había aprendido bastante.

Llevábamos toda la tarde conversando afablemente. La mención de la querella que provocó el final de nuestra vieja amistad me pilló con el pie cambiado.

—¿Recuerdas con qué palabras comunicó su decisión a mis padres?

Lo recordaba. No quería volver a oírlo.

—«Quien va para verdugo no necesita más que lecciones de sogas». Eso fue lo que me dijo tu abuelo.

—El viejo no siempre acertaba.

Nos quedamos un rato en silencio. La sombra desapareció del rostro de Gilen tan repentinamente como había venido.

—Ha llovido mucho desde entonces. En estos veinte años me han sucedido muchas cosas; la mayoría de ellas, buenas.

Se me escapó una maldad:

—He ahí la recompensa de Dios a quien ha escogido el buen camino.

De nuevo, no advirtió la ironía de mi comentario.

—Tú mismo lo has dicho, Joanes. A menudo me he preguntado qué clase de miserable o infeliz sería a día de hoy si me hubiese quedado en la Baja Navarra.

Mi viejo amigo estaba tan pagado de su librería como de su familia. Contaría con unos cincuenta o sesenta títulos que me mostró de uno en uno.

—Algunos son de mi época de Alcalá. Yo no vendí los libros de los últimos años de universidad, como hacían la mayoría de los demás estudiantes.

Muchos de ellos estaban escritos en latín. Alguno, en griego. El resto, en castellano. Mi atención se desvió hacia las ilustraciones de uno escrito en este último idioma, en donde aparecían unos soldados vestidos con cascos y armaduras. Mataban a punta de espada o de arcabuz a otros guerreros, medio desnudos, estos.

—Tienes buena vista, Joanes. *Historia de las cosas de Nueva España*, de Bernardino de Sahagún. Se lo compré el año pasado a tu amigo Bakedano.

No me cansé en rebatir mi amistad con el librero.

—Algunas veces me he arrepentido. Mi hijo mayor no quiere leer otra cosa desde entonces. No deja de repetir que algún día partirá él también, surcando los mares, para arrebatarles su oro a los indios. Ya no sé cómo quitárselo de la cabeza. Es un viaje destinado para el menor, no para el primogénito.

Al menos existía una contrariedad en la vida de Gilen. No tuve tiempo para alegrarme.

—Ahora cuéntame tú qué ha sido de ti en todo este tiempo que no nos hemos visto.

Temía ese momento, que tarde o temprano iba a llegar. Sin desechar por completo la mentira, al principio me valí mayormente de generalidades. Informé de mis andanzas con abundancia de lagunas, elipsis y saltos. Mencioné todo aquello que me convenía, callando todo lo que me perjudicaba. Poco a poco, la narración fue ganando en concreción y surgió un hilo conductor. La lengua, herrumbrada por falta de uso, recuperó su agilidad. Coadyuvaron a ello el vino, el recuerdo de los tiempos pasados y la necesidad de confesarme ante otra persona, tras años de monólogo conmigo mismo. Seguro que dije más de una cosa que mejor hubiera convenido callar.

Gilen llevaba un buen tiempo en silencio. No soltó una sola palabra desde que me desboqué sin freno por la pendiente de mis palabras. Estaría rabioso por meter baza. En cuanto callé yo, me preguntó él.

—Joanes, en verdad, ¿a qué has venido a Pamplona?

La silla y la mesa todavía no estaban terminadas, pero eso ya lo sabía antes de presentarme en la carpintería. El lecho, en cambio, sí. El carpintero y sus aprendices me la trajeron desde la oscura trasera del taller para mostrármela. La habían fabricado siguiendo mis instrucciones: sencilla, sin cabecero ni ornamentos. El oficial, no obstante, no estaba satisfecho con su trabajo.

—No es cama digna de un hidalgo —se quejó—. Ni un franciscano la querría para su celda.

—A mí me basta. Has hecho un buen trabajo en tres días.

—¿Un buen trabajo? En toda Navarra no hallaréis un carpintero dispuesto a construir una cama en ese tiempo. He tenido que hacerla de chopo, para trabajar más rápidamente, en perjuicio de la firmeza del lecho. Tendréis que tener cuidado encima, si tenéis debajo a vuestra esposa.

Le pagué el precio acordado tres días antes. Los aprendices sacaron la cama fuera. Delante de la puerta esperaba una carreta. Subido encima, un joven hacía caso omiso del esfuerzo de los otros.

—¡Martín! —le grité.

Como si le pesara el alma, descendió lentamente del vehículo y unió sus manos a las de los peones de la carpintería.

A Martín lo había conocido aquella misma mañana. Quince años, ojos vivaces y paso tranquilo. Hijo de un criado de casa de Gilen. La carreta también la había tomado prestada de mi amigo de la infancia. El mismo intermediario que para conocer al carpintero.

Martín volvió a montarse sobre el carro y tomó las riendas. Yo, a caballo, me puse a la par del burro que tiraba del vehículo.

—Ahora a casa de Miguel de Echauri —le ordené.

—¿El cardador de la Rúa de los Saqueros?

Una cicatriz le afeaba la parte superior de la mandíbula. Cuando abría la boca, sus dientes mostraban huecos en ese mismo lado. Llevaba un par de horas conmigo y ya me había dado cuenta de que el marrullero asomaba bajo la aparente falta de brío del criado.

—Ese mismo.

Aquel pícaro de Martín conocía bien su ciudad.

El mismo día en que encargué la cama, hice lo propio con un colchón en casa del cardador. Asombrosamente, también estaba terminado.

—Señor, he tenido a mi mujer y a mis dos hijas cosiendo durante dos días, para que lo tuvierais hoy mismo —dijo Miguel de Echauri.

Gilen me había ponderado la eficacia y lo módico de su trabajo.

—Tiente, señor, está hecho con la mejor lana.

Me lo cobró como si así fuera, a pesar de lo que Gilen me había sugerido.

—¿Ahora a dónde? —me preguntó Martín.

—A la Rúa Mayor del Barrio Nuevo.

—Eso está en el otro extremo de la ciudad.

—Pues, al otro extremo de la ciudad.

Habíamos pasado ya por talleres de alfareros, caldereros y cuchareros. La parte posterior del carro se encontraba repleta de todos los utensilios necesarios en una casa. Aún eran precisas más cosas, pero las iría adquiriendo poco a poco durante las próximas semanas.

A pesar de ser casi el mediodía, andaba poca gente por la ciudad. Noviembre estaba mostrando su faz más cruda, acababa de empezar a llover. Guiado por Martín, el burro llevó con presteza su carga por las calles solitarias. En París costaba bastante más ir del Louvre a las Tullerías que en Pamplona de la calle de los Saqueros a la Rúa Mayor del Barrio Nuevo.

—No me gusta esta zona —se quejó Martín.

—Nadie ha preguntado por tus gustos.

—En el mundo solo hay una cosa peor que un francés, y es un judío. Y los habitantes de los otros barrios llaman judíos a los de este.

Yo ya había sido instruido al respecto.

—Hace mucho tiempo que no vive un solo judío aquí. Antes de que los españoles conquistaran esta tierra ya no quedaba ni rastro de ellos.

Habíamos llegado. Se trataba de una casa pequeña, de una sola planta. Había que cruzar un zaguán para entrar al interior. El día anterior le había pagado un adelanto de la renta a un secretario, en la distinguida casa de un tal Bautista Cruzat. Gilen hizo de intermediario, ya que el hombre no se manejaba en mi idioma.

—Primero el colchón —le ordené a Martín—. No quiero que se moje.

Un cojo lo hubiera hecho más rápido. Tenía en mi mano darle un puntapié al zagal o ayudarle. Opté por lo segundo. Sabe Dios cuándo hubiéramos concluido de no hacerlo así.

Por fin me quedé a solas en mi nueva habitación. Martín acababa de subir un cofre de madera que había comprado la víspera para guardar en él mis pertenencias, que no eran muchas. Otra camisa, unas calzas cortas y otras largas, unas botas, un cuero de caballo y mi librito. Este, había pasado tanto tiempo pegado a mi cuerpo que su piel comenzaba a ajarse por causa del sudor.

Creemos que la palabra que dice este libro procede de Dios y que de Él recibe su autoridad, y no de los hombres. Y siendo dicha palabra la regla de toda verdad y conteniendo todo lo necesario para servir a Dios y para nuestra salvación, decimos que...

—Señor, un hombre pregunta por vos —oí a Martín, al otro lado de la puerta.

Devolví el librito al cofre y lo oculté entre mis ropas. Junto a la puerta de la casa, se encontraba un recadero.

—El gobernador de Pamplona quiere estar con vos. Ahora mismo.

No le pregunté cómo es que conocía la localización de mi nueva casa. Antes de partir con él, ordené a Martín que comprase leña para la chimenea.

—Pronto habéis dejado la casa de los Ayanz —Pedro de Navarra dirigió su dedo índice hacia mí.

Nos encontrábamos en la misma sala del otro día. Sus cabellos parecían más canos y más descarnada la masa descarnada que tenía por ojo izquierdo. También había sobre su mesa más papeles que la vez anterior. En cambio, no tenía ninguna pistola consigo como la otra vez; no a la vista, al menos.

—Las nuevas tienen los pies ligeros en Pamplona.

No conseguí dulcificar el espeluznante semblante de don Pedro.

—Pronto habéis dejado la casa de los Ayanz —repitió—, para ir a una casa más fría y destartalada.

Volvió a dirigirme su huesudo dedo de anciano.

—No es delito cambiar de casa, por mucho que la nueva sea más fría y destartalada.

—Os advertí que quería conocer dónde os encontráis en cada momento.

—¿Me pedisteis tal cosa?

No lo recordaba.

—Oíd, Mailu. Mientras no conozcamos las intenciones de los franceses, no puedo permitirme mandar a la mitad de mis hombres a que sigan vuestros pasos.

Era sorprendente lo poco que se esforzaba por esconder el trabajo de sus agentes. Precisamente, había decidido mudarme por no fiarme del casero de la casa de los Guenduláin y por estar cansado de sentirme vigilado.

—Había oído decir a los criados que el señor de Guenduláin iba a regresar pronto y no quería importunarle a él o a su familia con mi presencia.

—El señor de Guenduláin es muy hospitalario. Su casa es grande. Os hubieseis apañado.

No se lo discutí.

—Cuando vuelva le haré una visita para agradecerle haberme acogido estos días.

—¿Y mientras tanto seguiréis en el Barrio Nuevo? ¿Sabéis que fue judería?

—Algo había oído.

—No es lugar para un caballero. Mucho menos el establo que habéis arrendado.

—Agradezco que os preocupéis por mi buen nombre y mi comodidad, pero mi bolsa no está tan llena como quisiera y no me alcanza para mejor casa.

Aquella era la primera verdad que salía por mi boca desde que había entrado en la ciudadela. El Reino, por mediación de Enekot Ezponda, no se había mostrado muy generoso con el dinero que se me dispensó antes de partir para Pamplona.

—Si andáis escaso de dineros, ¿cómo pretendéis arreglároslos aquí?

La respuesta a aquella cuestión ya la tenía preparada desde nuestro primer

encuentro.

—Soy un soldado avezado. Conozco bien a vuestro enemigo. Puedo rendirle un buen servicio al rey de España.

Pude medir el entusiasmo que mi oferta provocó en el rostro de aquel tuerto Polifemo: ninguno en absoluto.

—Bien pudiera ser que el ejército de España no precisara de vos. Yo, al menos, os prefiero alejado de mis hombres.

Su crudeza no me arredró.

—También he pensado en pedirle una merced al Consejo Real de Navarra. Al fin y al cabo, soy un caballero navarro.

En mi visita anterior apenas le había oído reírse. Ahora lo hizo largo y tendido, lo cual todavía le otorgaba un aspecto más aterrador a su rostro, porque semejaba llorar por su único ojo.

—Si es eso lo que os ha hecho venir, olvidad vuestras fantasías. Las Cortes de Navarra decidieron el año pasado declarar extranjeros a los bajonavarros y no otorgarles empleo alguno en los asuntos del reino. La gente de donde venís no es tan bienvenida como antes.

El propio Ezponda me había informado de ello. Los navarros del lado de frontera en que me encontraba estaban celosos de la ayuda que los reyes de España dispensaban a los papistas que escapaban de la Baja Navarra.

—Si os casarais con una mujer de aquí sería distinto —añadió.

—¿Casarme? —le mostré mi sorpresa.

—¿Por qué no? Sois viudo.

—También eso lo sabéis.

Me arrepentí tan pronto como lo dije, por la media sonrisa que afloró a su rostro.

—¡Eso y muchas cosas más!

No me encontraba cómodo en aquel lugar. Decidí cambiar de conversación.

—Soy amigo del secretario del virrey.

—De Abaurre. Lo sé.

No me cabía ninguna duda.

—Es bajonavarro, como yo.

—Él llegó en otro momento.

—Quizás no sea la peor amistad para echar a andar en el reino de España.

—En eso lleváis razón. Si aceptáis un consejo, no os enemistéis con él.

De nuevo sus labios describían una mueca burlona.

—Así tendrá que ser. Si él me falla, me embarcaré a las Indias y viviré entre salvajes.

Su sonrisa desapareció de golpe.

—No bien acabáis de llegar, y ¿vos también con esos delirios? En poco tiempo no quedará en estas tierras un solo joven. No obstante, tampoco eso lo tenéis fácil. Solo se les permite embarcar a los rectos cristianos.

—¿No soy acaso uno de ellos?

—No lo habéis sido.

Extendió sus manos sobre los papeles que llenaban la mesa. Podría pensarse que allá se hallaba la prueba de lo que decía.

—Pero ahora sí lo soy.

—Eso está por ver. Nuestro rey Felipe es generoso y presto a recoger entre sus amorosos brazos a los enemigos de otro tiempo.

—Algo hemos avanzado si ya no me considera su enemigo.

Tomó algunos folios de una esquina de la mesa y clavó sobre ellos su único ojo mientras que casi tocaba el papel con la nariz.

—Es cierto que las informaciones que hemos recabado en la Baja Navarra sobre vos han mitigado un tanto nuestra inicial desconfianza. Nuestros informantes nos han confirmado muchas de las cosas que vos nos relatasteis.

—Entonces, ¿cuál es el problema?

—Nuestro rey Felipe es generoso, pero también memorioso. Y no olvida las felonías que habéis cometido contra nosotros durante años.

Traté de componer la expresión más cándida.

—¿Tantas han sido?

No me contestó. Un secretario irrumpió bruscamente y le dijo algo a don Pedro al oído. El gobernador se levantó.

—Seguiría charlando con vos. Por desgracia, otros asuntos me requieren.

—También es una desgracia para mí. Quería preguntaros cuándo me retiraréis los correveidile.

El español ni pestañeó.

—¿Correveidile, Mailu? ¿Qué queréis decir? No conozco tanto el idioma. Un día que tenga más tiempo ya me explicaréis el significado de esa palabra.

No me agradaba ver a Martín husmeando cerca de mis cosas. Cuando me encontraba en casa, le permitía que estuviera en la cocina, junto a mi habitación. Cuando salía, lo expulsaba al establo, en una esquina del cual se alojaba. Así que aquella tarde él ya sabía que antes de salir entraría yo en la cocina para echarlo fuera. Probablemente lo hizo con toda intención, para que yo advirtiera el destello de lo que guardaba entre manos. Cuando me acerqué hizo un gesto ostensible de guardárselo en el bolsillo.

—No es nada —dijo antes de que yo le preguntara.

Lo agarré por los hombros. Sin mucho esfuerzo por mi parte, lo sacó él a la luz del sol. El anillo tenía un sello con un caballo cuellilargo. Desde que había llegado a Pamplona había visto más de uno semejante en los dedos de las mujeres de hidalgos y no muy altos funcionarios. Estaba realizado con plata de las Indias, según parece, al estilo indio.

—¿De quién es?

—Mío.

—¿Tuyo? —le apreté el hombro.

—Un soldado me lo ha dado a cambio de un favor.

—Así que lo robasteis. Os he de denunciar.

No tenía intención alguna de denunciarlo, y el granuja lo sabía. Le apreté un poco más. Me mostró todos los dientes que le faltaban al quejarse de dolor. Pensé que tenía bastante y lo solté. Me llevé el anillo ante los ojos, sujetándolo entre el pulgar y el índice.

—Es vuestro por tres monedas.

Le di dos. Las perdí de vista en un santiamén.

—Vuestra dama se pondrá contenta.

Lo debí de dejar algo dolorido porque se frotaba el hombro con la mano.

—No tengo dama.

—Entonces precisáis de mi ayuda.

En ocasiones me divertía la desvergüenza del muchacho. Mi silencio pareció darle alas, puesto que añadió:

—Conozco a dos o tres damiselas. Si me lo pedís, cuando gustéis puedo traer a una de ellas a casa.

—Hoy ya tengo bastante con tus impertinencias. Átate esa lengua y márchate a tu jergón.

Me encaminé directamente a la casa de Juan el Vizcaíno. Era mi tercera visita al burdel del regimiento. Guzmán me saludo como a un viejo parroquiano, sin quitarse los *vuesa merced* y las palabras más dulces de la boca. Bastante más seca y brevemente que él a mí, respondí yo al antiguo soldado castellano. Enseguida tuvo ocasión de vengarse por ello.

—Otra persona se os adelantó en pedir los servicios de Beatrice.

El portero tuerto parecía apesadumbrado pero yo sabía que su pena era fingida.

—En cualquier caso no es la única yegua de mi caballeriza.

Se entretuvo largo rato ponderando los dones de varias de sus chicas. Yo prefería esperar, a mal traer, pero esperar, así que me dejó a solas. Mi paciencia se vio recompensada.

—Lekanda va a aparecer y Guzmán no quiere peleas en su casa —me explicó Beatrice, cuando por fin pude reunirme con ella.

Recordaba al artillero manco de la ciudadela del que me hablaron la primera vez que estuve en aquella casa. Todavía, mi única relación con él había sido de oídas.

Saqué el anillo del bolsillo. La valona tomó estupefacta mi regalo.

—¿Es para mí?

—¿Nunca te han hecho un regalo?

Todavía estaba irritado por haber tenido que esperar mientras ella estaba con otro.

—Nunca alguien que viene por tercera vez.

Introduje la humilde joya en el anular de su mano izquierda. Se quedó observándolo con la mirada hechizada de una muchachita.

—A Lekanda no le va a gustar —farfulló.

—Me importa un bledo Lekanda.

—Andaos con ojo. Ayer vi que hablaba con Periko.

—¿El chaval de la casa?

—Estuvieron largo rato hablando en la puerta, en ese endiablado idioma vuestro.

Me desvestí. Ella ya estaba desnuda desde que entré. Sus axilas y su bajo vientre lucían tan pelirrojos como sus cabellos. Incluso cuando penetré en ella, no apartaba la mirada de su nuevo anillo. Olía a río.

Cuando empecé a vestirme me puso al corriente:

—Hace unas semanas vino un hombre preguntando por vos. Al poco tiempo de que viniéseis por primera vez.

—¿Era de la ciudadela?

—Creo que no. En primer lugar, era de aquí. Joven. Y noble, según sus ropas declaraban. La mayor parte del tiempo estuvo medio embozado. Diría, sin miedo a equivocarme, que no se trataba de un hombre de gran salud.

Me pareció una afirmación sorprendente. No le pregunté cómo lo dedujo.

—Primero habló con Guzmán y a continuación vino conmigo. Me preguntó sobre qué hablasteis, si mencionasteis algún tema de religión, o algo sobre el rey.

—¿Y qué le contestaste?

—Que os limitasteis a follar conmigo.

Le acaricié el mentón, pequeño y firme.

Guzmán se despidió de mí con una gran reverencia en las escaleras del burdel. En la puerta vi a Periko, el joven criado de la casa, que lucía bajo las narices unos generosos mocos, idénticos a los del primer día, amén de algunas marcas de golpes en la cara.

—¿Guzmán te ha puesto así la cara? —le pregunté.

Hizo como si no hubiera oído mi pregunta.

—Ha oscurecido, señor Donibane^[4].

Así me llamaba, con el nombre de la capital del País de Cize, desde que le dije que era bajonavarro.

—Si me recompensáis, os guiaré por la oscuridad de las calles hasta vuestra casa.

Acepté su oferta. Me pidió la moneda antes de ponernos en marcha. No se la di.

—Tendréis vuestro pago cuando llegemos a casa. ¿Dónde está el candil?

—No me hace falta candil —respondió secamente.

No me esperó para echar a andar. En menos de la mitad de lo que se tarda en decir los mandamientos de la ley de Dios, ya lo había perdido de vista.

—¡Chaval del demonio! ¡No vas a tener otra recompensa que mi puño si no apareces de nuevo!

El sonido de sus pasos también se había apagado en la calle oscura.

Detuve la marcha y, al mismo tiempo, un tremendo hedor a vinazo ofendió mi olfato. Algo o alguien se movía torpemente a mi derecha.

—¡Periko, no juegues conmigo!

Una forma bastante más grande que Periko se abatió sobre mí entre gruñidos y resoplidos, como un jabalí. Oí el silbido de una espada al rasgar el aire, que se extinguió, al menos, a dos palmos de mí. Cosa extraordinaria. Con el reclamo de mi voz hasta un ciego me hubiera atravesado de lado a lado. Me burlé de él.

—¡Creo que cualquiera de las putas del Regimiento maneja mejor la espada que tú!

Mi adversario bramó encolerizado antes de acometerme por segunda vez. Sin desenfundar, doblé de golpe tanto mi espalda como mis rodillas. El choque por poco no da conmigo también por tierra. El ruido me avisó de que mi enemigo se encontraba en el suelo.

Dudé un instante si matarlo en ese mismo momento. En lugar de ello, me alejé de aquella calleja aprovechando las sombras. Durante un buen tramo, me acompañaron los insultos del caído:

—¡Sucio renegado! ¡Ladrón de mujeres! Te he de ensartar esta espada por el culo.

Desde mi nueva casa podía haber ido a la catedral directamente. Preferí desviarme por la calle de los Peregrinos para presentarme con Gilen. Mi amigo me había aconsejado lucir mis mejores galas. Así lo había hecho, vestía la ropa del día que crucé el puerto. Llevaba más rotos y descosidos en mi humor que en mi capa o mi camisa.

—Jerónimo de Ibero. Hombre realmente señalado.

Gilen hizo caso omiso a mi pulla.

—No se trata de un don nadie. Es hidalgo. Representa a la villa de Larrasoña en las cortes de Navarra. Combatió fieramente en Flandes por el reino y la fe.

—¡Caramba!

—¿Por qué caramba?

—Para mí eran otros los que han combatido por el reino y la fe.

—¡Joanes, te lo ruego!

Mis respuestas demasiado sinceras estremecían a Gilen. Con mi amigo de la infancia me costaba más callar lo que me rondaba por la cabeza.

—La orden de Santiago, has dicho, ¿no es así?

—Una de las más señeras de la cristiandad. Un brazo daría por ser miembro de ella.

—Pues en la corte francesa no se la oí mencionar a nadie.

Mi pequeña maldad lo encorajinó todavía más.

—¿Qué saben en la corte francesa de las órdenes santas? En los países súbditos del rey de España, ingresar en una de ellas representa uno de los mayores honores.

Gilen me había explicado que «todo aquel que era alguien en Pamplona» se encontraría en el atrio de la catedral, y así era. Un gran grupo de hombres rodeaba el pórtico del templo, engalanados como para una fiesta. Algunos se saludaban con grandes y exageradas reverencias; otros conversaban a grandes voces distribuidos en pequeños grupos.

A Gilen ya se le había olvidado nuestra pequeña discusión.

—En Pamplona solo hay algo más importante que acudir a actos como este: que los demás te vean.

También el secretario del virrey repartió reverencias y cabezadas de cortesía a diestro y siniestro, con un entusiasmo en consonancia a la importancia de cada cual. Yo me limitaba a imitarle. Mi amigo me explicaba quién era quién en un tono inaudible para los otros:

—Observa a aquellos de la derecha. El larguirucho es Joanes de Iracheta, regidor de Pamplona. El que está hablando con él es Lope de Esparza. El de la barba tupida. Señor del palacio de Artieda y merino de la merindad de Olite. El más bajo es Jaime Díaz de Armendáriz, señor de Cadreita. Todos ellos beaumonteses.

Igual que Gilen hice una pequeña inclinación hacia ellos, tratando, de paso, de grabar sus nombres y sus caras en mi cabeza.

—¿Esos otros?

—Todavía más beaumonteses. El que acaba de descender de su montura es Tristán de Beaumont, señor de Beorlegui, cerca de Oteiza. Su sobrino se encuentra al lado, Francés Carlos de Beaumont, señor de Arazuri. Parecería que se entienden bien entre ambos, pero todo el reino sabe que andan enemistados a cuenta de una herencia.

Mis ojos se cruzaron con los del más joven. Mostraba un aspecto enfermizo y deslucido. El señor de Arazuri, a diferencia de los demás, respondió con un pálido gesto a mi saludo no muy entusiástico.

—El que va hacia ellos es Martín Cruzat, señor de Oriz y también él regidor de Pamplona.

Gilen le estaba cogiendo el gusto a su labor de presentador.

—¿Es familia de Bautista Cruzat, el dueño de mi casa?

—Primo. Y mucho más rico que Bautista.

—¿No hay ningún agramontés?

—A la izquierda.

Gilen tornó hacia ese lado las saluciones, a la vez que me informaba de cuantos le respondían.

—El de la barba cana es el más principal de todos ellos: León de Garro, vizconde de Zolina y señor de Javier. Participa en el Consejo Real.

Me aproximé hacia su lado, para que pudiera verme bien. No abandonó lo que estaba haciendo pero al menos me dirigió una mirada.

—Con él está León de Ezpeleta, señor de Beire, y también Martín de Bertiz, señor de Bertiz y de Oco. Más adelante...

Un nuevo murmullo de gente nos avisó de la llegada de más personalidades. El virrey y el gobernador no llegaron juntos, pero se juntaron, cada cual con su cortejo, delante de la catedral, lo cual dio lugar a una larga serie de saluciones, puesto que todo el mundo se dirigió a presentarles sus respetos. Traté de permanecer aparte del barullo, pero Gilen me obligó a sumarme al resto.

—Que te vean —volvió a decirme.

Me vieron. En un momento dado el ojo solitario de Pedro de Navarra se posó en mí, aunque no despegó los labios. Idiáquez actuó de manera distinta.

—Me causa gran contento, Mailu, veros aquí —soltó en voz alta en cuanto me vio.

Cuantos no habían advertido mi presencia, lo hicieron en ese momento. Aguanté sus miradas y cuchicheos sin alterar mi rostro. Por otro lado, la curiosidad hacia mi persona apenas duró un momento. Todos entraron a la catedral siguiendo al virrey, en el orden prefijado por el rango de cada uno: primero los del Regimiento de Pamplona; a continuación, los grandes nobles; caballeros e infanzones, por último. También en el interior del templo nos agrupamos siguiendo la misma jerarquía. Nosotros éramos de los últimos. En ese instante advertí que todos los que estábamos ahí compartíamos una condición.

—¿Dónde están las mujeres? —pregunté.

Gilen me miró escandalizado.

—Nunca se ha visto a una mujer en un acto semejante.

—En la corte de Francia, sí.

—Por suerte, esto no es la corte de Francia.

—Tú lo has dicho, Gilen.

Aquel lugar me retornó multiplicado la sensación de ahogo que me producían las iglesias de París. Me pregunté cómo puede rezarle uno a Dios cegado por las imágenes de piedra o de madera, por las vidrieras de mil colores y por las pinturas y los tapices, tanto oscuros como resplandecientes. La ceremonia se desarrolló extensa y aburrida, como acostumbran los papistas. Mientras se celebraba, Gilen me hacía partícipe, en voz baja, de los detalles de cada hito. No lo atendí tanto como debiera, porque no dejaba de imaginar cómo desnudaría en el día de la victoria aquel lugar ataviado de las prendas del demonio. Solo una vez mis oídos se agudizaron. Justamente cuando el delegado y comendador que la orden de Santiago tenía en Navarra confirmó la limpieza de sangre del tal Jerónimo de Ibero:

—... en sus venas no corre sangre judía, ni mora, ni villana ni de penado por el Santo Oficio...

No haber sido contaminado por dichas castas era, al parecer, el primer requisito para convertirse en caballero de Santiago.

Tras ello, el comendador empezó a ponderar las demás gracias del tal Jerónimo de Ibero, y volví a abstraerme por el tiempo que restaba. No recuerdo ni un solo nombre de la lista de sus testigos, aunque esta era más larga que un día sin vino. Si no

hubiésemos tenido que permanecer de pie, difícilmente habría permanecido despierto. Cuando la gente empezó a salir, Gilen tuvo que retenerme para que no abandonara el lugar infringiendo la jerarquía.

—¿El caballero de Mailu?

Un muchacho acababa de pronunciar mi nombre en el pórtico de la catedral. No tendría más de diez años. Era hijo de un linaje importante, tal como declaraban sus ropajes. Había visto a más de uno como él, pequeñas réplicas de sus padres o abuelos, en el interior del templo. Antes que nada se presentó. Era nieto de León de Garro y traía un recado suyo para mí.

—El vizconde de Zolina y señor de Javier tendría gran placer de recibirnos un día en su casa —me declaró sin trabarse.

Enmudecí de la sorpresa. Gilen me susurró al oído:

—No te conviene. Si te reúnes con el jefe de los agramonteses, te enemistarás con los beaumonteses. Piensa en una buena excusa.

Si el muchacho escuchó el razonamiento de Gilen, no lo dejó entrever. Reparando en su serio semblante, se diría que alguien había puesto en sus pequeñas manos un asunto de vital importancia. Tal como él se había dirigido a mí, así le contesté yo, de caballero a caballero.

—Decidle a vuestro abuelo que será un gran honor para mí aceptar su invitación.

Gilen reprimió una maldición a mi lado.

—¿El próximo jueves? —el muchacho traía bien aprendida la lección.

—El próximo jueves.

Eché a correr sujetándose el sombrero con la mano para que no saliera volando.

Gilen estaba enfadado conmigo.

—Eres un necio, Joanes. En Pamplona todo el mundo lo sabe todo de todo el mundo y esta es una ciudad beaumontesa.

No me tomé el trabajo de responderle. Me importaban un higo sus razones. Estaba contento. Por fin la diosa Fortuna me sonreía.

Pero todavía no había concluido todo. Los participantes en el oficio de la catedral nos encaminamos en procesión por las calles de la capital. La encabezaba el nuevo caballero, con una gran cruz entre sus manos. Le seguían el resto de caballeros de Santiago de Navarra. Detrás, todos los demás. Según me explicó Gilen, la tradición mandaba recorrer la totalidad de la ciudad. Gracias al cielo, comenzó a llover, en forma de torrente frío y tupido con olor a nieve. La gente comenzó a dispersarse, abandonando al nuevo caballero y a sus cofrades, y nosotros, con la gente, corrimos también hacia la casa de Gilen.

Nos encontrábamos ya en la Rúa de los Peregrinos cuando una voz nos detuvo.

—¡Esperad, Gilen!

Se acercó hasta nosotros un hombre que, con su sombrero, trataba de protegerse como podía del chaparrón.

—¿Quién es? —le pregunté a mi amigo.

La voz se le tornó ronca al secretario del virrey.

—Miguel de Ollacarizqueta, abogado y síndico del reino. ¡Continúa hacia casa!

—¿No vamos a estar con él?

—Tú no.

Me tomó del brazo y me acompañó hasta la puerta, casi corriendo, por la calle que el aguacero había dejado vacía. Había decidido ser obediente y así hice. Me introdujo en casa, mientras él se quedaba fuera.

—Ve al fuego cuanto antes. Ya me deshago yo de esta garrapata del demonio.

Antes de cerrarse la puerta vi al tal Ollacarizqueta, zigzagueando para evitar los charcos que la lluvia iba formando en el suelo.

—Por Dios, Gilen —le oí decir—. ¿Por qué no quieres que conozca al caballero bajonavarro?

La morada y el huerto del vizconde de Zolina se encontraban junto a la iglesia de San Nicolás. Me sirvieron allí la comida más opulenta de todo el tiempo que llevaba en Pamplona. El señor de la casa, con cada plato, me quiso dar muestra de su grandeza, además de su carácter dadivoso. Como era propietario de rebaños y viñas en la zona de Javier, de ahí procedían los quesos y vinos que me sirvió. El pan, en cambio, había sido elaborado, aquella misma mañana, en un horno de la calle de los carpinteros con harina de trigo de Zolina. El ternero provenía de sus propiedades de Zabalegui; así como las alubias que nos habían servido antes, entre las que nadaban algunos trozos de tocino, cuyo origen se le olvidó mencionar a mi anfitrión. Si le hubiese preguntado, me hubiese descrito con sumo gusto hasta el menor detalle de la pocilga en cuestión. Para terminar, unos dulces.

—¡Elaborados con la miel de las colmenas que poseo en Iruinlarrea!

No le confesé que guardaba mejor recuerdo de los que preparaban en París los cocineros italianos de la reina madre de Francia. Era manifiesto que sus posesiones, entre las que incluía a su mujer, eran el tema preferido de conversación para el vizconde.

—¿Os ha agradado la comida? Todo lo que me traen de mis propiedades no valdría para nada sin el arte de mi esposa doña Inés para mandar a los cocineros.

También en casa del vizconde de Zolina el matrimonio hablaba castellano entre sí, pero ello no era tan sorprendente, por ser la tal doña Inés natural del reino de Aragón. Escuché, por otro lado, poco su voz; tan pronto como finalizó la comida se perdió por el interior de la casa y no volvería a verla.

Fuera el tiempo era desapacible. Aunque ya no llovía, un aire frío sacudía inclemente. A pesar de ello, el vizconde insistió en mostrarme sus yeguas, que guardaba más allá de las murallas, en un lugar llamado Euntzemearra.

—Quedaréis atónito cuando veáis mis potros. Les corre por las venas sangre de la raza de los corceles moros.

Me acordé de los airados criadores de caballos que unos pocos días antes venían de reunirse con el virrey mientras yo me encontraba en palacio.

—Por desgracia, no podéis vender estos hermosos potros vuestros fuera de aquí.

Se lo había dicho con intención de meter el dedo en la llaga, creyendo que me podía favorecer. El jefe de los agramonteses, en cambio, dibujó una sonrisa pícaro y siguió elogiando a sus yeguas, como si no hubiese oído nada.

Además de un sirviente, el nieto del vizconde también nos acompañaba, el mismo que el otro día me había traído el mensaje de su abuelo a la salida de la catedral. Nos escoltó montado en su montura, sin abrir la boca. Nos adentramos por la calle de Zapatería, hasta la puerta de la Taconera. Tan pronto cruzamos las murallas me interrogó el vizconde:

—Acabáis de venir de la Baja Navarra. ¿Es cierto que el ejército del duque de Vendôme está a punto de atacar?

Se lo agradecí en silencio. Hacía tiempo que porfiaba por cómo sacar el tema.

—Es posible —respondí—. Vi muchos soldados a los pies del puerto el día en que huí a este lado.

No me había alejado ni una sola vara de la respuesta que le di el primer día a Pedro de Navarra.

—Pues el señor de Garro opina distinto.

Estaba mencionando nada menos que a un señor labortano. Cuando andaba por Ayerra a las órdenes de Belzunce, una de las misiones que tenía encomendadas era no dar respiro al dueño del castillo de Medionde. Era cosa sabida que Garro se había aliado con los españoles en contra del rey de Navarra. Sin embargo, me resultó inaudito oír mencionarlo precisamente en Pamplona. El vizconde se percató de mi sorpresa.

—Yo también soy Garro, primo suyo —me informó.

Estaba claro. León de Garro, así me dijo Gilen el día en que me habló del vizconde. No había reparado en ello.

Añadió:

—Nunca hemos dejado de tener noticia el uno del otro.

Me pregunté si alguna vez habría estado incluido yo en tales informaciones.

—Es sorprendente que Garro opine así. Siempre ha sido perspicaz, pero todos perdemos visión según pasan los años.

Lo que dije no fue del gusto del vizconde.

—Eso es una necesidad —se me revolvió con brusquedad.

Obviamente, Garro era más joven que él.

—A menos que os haya tratado de mentir.

—¿Por qué iba a mentirme a mí?

Me aventuré:

—¿Cómo sabéis que no ha vuelto a congraciarse con el rey de Navarra? ¿Cómo sabéis que no ha vuelto a bailar al ritmo del bearnés y a decir lo que a él le conviene?

—¿Mi primo Garro congraciado con Vendôme?

—¿Tan imposible es? —insistí sin desalentarme—. En tiempos pasados la casa de Garro era de las más volcadas en favor de los Albret, tanto en Lapurdi, como en este lado de Navarra.

Resultaba claro que las suelas del vizconde no se hallaban cómodas por el camino que había tomado la conversación. Apartó la vista de mí como si lo que acababa de decir lo avergonzara.

—Son historias pasadas, de antes de que yo naciera.

—Vuestros antepasados estuvieron en Noáin, en Amaiur, en Fuenterrabía. Siempre en defensa de los reyes de siempre.

El vizconde giró la cabeza hacia su nieto, preocupado al parecer por lo que podría deducir el muchacho de nuestra charla.

—No comprendieron de primeras la bienaventuranza que les llegaría de aceptar la grandeza de España.

A duras penas reprimí el deseo de gritar.

—¿Tanto bien le ha traído a Navarra? ¿Tanto bien les ha traído a las casas de Garro, Zolina y Javier? Veos a vos mismo, que ni podéis vender vuestros caballos a quien deseáis.

Me contestó con la misma voz tranquila de antes.

—Mailu, no os preocupéis tanto por mis caballos. Os he de contar un pequeño secreto: los dejo en manos de mi primo Garro y él se los vende a los católicos franceses para que los utilicen contra Vendôme. Cuento con la autorización del virrey para ello. Claro, que nadie tiene que saberlo.

Volvió a recuperar la sonrisa. A mí, en cambio, cada vez me costaba más trabajo no mostrar mi furia.

—No tenéis de qué preocuparos. De mi boca no saldrá una palabra.

—Ni de la mía, Mailu.

De ello no estaba tan seguro. Me rondaba la fuerte impresión de que había actuado con ligereza al descubrirme tan pronto.

Habíamos llegado ya al lugar que llaman Euntzemearra. Ante nuestros ojos teníamos las yeguas y potros del vizconde. Tampoco eran nada del otro mundo, aunque me los hubiera ensalzado como si fuera a comprarlos. Para ser sincero, en cualquier lugar en Francia había visto monturas de mejor estampa. Los cumplidos que a cuenta de ellas dirigí a su propietario sonaron a protocolarios. El viento cada vez soplaba más frío. La luz empezaba a escasear. Zolina ordenó que nos volviéramos. Al contrario que a la ida, el camino de vuelta lo hicimos en silencio. La panorámica de las puertas de la ciudad devolvió el habla a mi anfitrión.

—Mirad, Mailu. Yo también, de joven, soñé con el regreso de los Albret. Dejé de soñar cuando se arrojaron al lodazal de la herejía.

Se quedó callado como tratando de medir el impacto de sus palabras. No en mí, sino en su joven nieto, que nos seguía. El muchacho escuchaba atentamente las

palabras del anciano. Zolina alzó la voz.

—Los hijos de las casas de Zolina, de Javier y de Garro queremos vivir y morir en el seno de la Santa Madre Iglesia de Roma. Y, en tanto en cuanto soy cabeza de los agramonteses, puedo deciros con seguridad que entre todos los hombres de mi parcialidad ni uno solo conozco que albergue otras ideas.

—¡Cuánto me alegro!

No debió de advertir mi dolida ironía.

—Ahora somos los súbditos más fieles del rey de España, diga lo que diga de nosotros la canalla beaumontesa.

Se me ocurrió otra pulla que no llegué a pronunciar.

—Resumiendo, no sé quién lleva razón, si mi primo Garro o vos. En cualquier caso, si al herético Vendôme se le ocurriera asomar la nariz por el puerto, tened la seguridad de que mi cansado y viejo brazo se complacería de volver a tomar la espada junto a mi hijo y mi nieto. ¿No es así, Agustín? —se dirigió directamente al muchacho.

—Claro que sí, abuelo.

Martín cumplió mi mandato y me trajo papel, pluma y tinta. Le pedí el dinero de vuelta y arrojó unas monedas en mi mano. Hice ademán de contarlas, aunque en verdad no tenía ni idea de cuánto costaban, en Pamplona, los útiles de escritura.

El muchacho no se fue de la habitación. Sin pedirme permiso, se quedó en un rincón, mientras yo, sentado a la mesa, preparaba el tintero y las plumas. Era media mañana y la luz se filtraba por la ventana, por lo que no tuve que pedirle que encendiese ninguna vela. Cuando estaba a punto de escribir, hizo ademán de marcharse. La pregunta se me ocurrió cuando ya estaba cruzando el umbral:

—Martín, ¿de dónde eres?

Volvió la cabeza como si sospechase algo malo de la pregunta. Hasta el momento pocas veces había mostrado interés hacia él.

—De la Rochapea, señor.

—¿También lo son tus padres?

—De la Rochapea ellos también. Devotos del apóstol San Pedro.

—Supongo que también lo serían tus abuelos.

El necio asomó por su rostro. Le sucedía a menudo.

—Diría que sí —respondió, sin mucha seguridad—. Para saberlo con exactitud debería preguntar en casa.

Lancé un suspiro algo desalentado, que Martín tuvo que considerar una orden de marcharse, puesto que dio un paso hacia adelante, ya fuera de la habitación. Mi voz volvió a retenerlo.

—¿Te han hablado alguna vez en casa de la época anterior a que los españoles conquistaran este reino?

Volvió a aparecer el necio en su mirada. En un esfuerzo por recordar frunció la boca y los ojos.

—No lo recuerdo —terminó por contestar.

—¿No has hablado nunca de ello con tus amigos, con la gente de tu edad?

—Entre los amigos hablamos de ir a las Indias. O a Flandes, a matar herejes.

Me ordené a mí mismo no enojarme.

—¿Sabías que, antes de que nos dominaran los españoles, este reino tenía sus propios reyes?

Abrió los ojos de par en par, asombrado, al parecer. Volvió a achicarlos de repente, como si se le hubiera hecho la luz.

—Habláis de la época de los reyes franceses, señor. Menos mal que los expulsamos, ¿no es cierto?

Martín caminaba a mi lado con un candil en la mano. Su misión era alumbrarme el camino, pero la lamparilla peligraba en sus manos. Acababa de despertar al muchacho y todavía se encontraba medio dormido. Le advertí al oído:

—Si se te cae al suelo, a fe que te arrepentirás.

Mi callada amenaza tuvo la virtud de enderezar al criado y, en apariencia, al menos, despertarlo.

Todavía faltaba un poco para que amaneciera. Las calles de Pamplona estarían sumidas en la más completa oscuridad de no ser por los caminantes que, como yo, se guiaban con un candil. No todos llevaban el mismo destino. Tampoco eran una multitud. Sí tantos como para no poder saber si se acercaban o se alejaban cada vez que escuchaba ruido de pasos. Aquella madrugada difícilmente podría colegir si los espías de Pedro de Navarra seguían vigilándome.

Conforme nos aproximamos a San Cernin las luces aumentaron en número. Bajo el pórtico había un grupo de jóvenes criados. Martín se quedó con ellos, sin entrar.

—No hace falta que me esperes —me despedí de él.

A pesar de que en el interior no hacía calor, un sudor se apoderó de mí nada más cruzar la puerta. No era algo nuevo. Cada vez que penetraba en una iglesia papista, mi cuerpo expresaba así su desasosiego. Tal abundancia de imágenes y ornamentos me producían una sensación de agobio. Tantos santos, tantas cruces, tantos pasajes de la Biblia pintados o cincelados... me vencía la sensación de que fueran a caer sobre mí y aplastarme.

Menos mal que comenzó la misa. Menos tiempo habría de pasar en aquel interior opresivo. El sacerdote recitaba sus latinajos, de cara al altar, y la gente le respondía de igual forma. No faltaban feligreses en San Cernin en la misa de laudes, aunque no en mismo número de hombres y mujeres. En el lado de los hombres, primaba el pueblo llano y había muchos huecos. El otro, en cambio, estaba repleto de mujeres de toda clase y condición: tanto hijas de nobles como de criados, tanto esposas de

caballeros como de campesinos.

Admirado de tal rareza, me dirigí al lado que me correspondía. Entre tan pocos hombres no me fue difícil encontrar a Bakedano, en la última fila de personas, los más apartados del altar. Me acerqué a él sin hacerme notar demasiado.

—¿Habéis comprobado que nadie os seguía?

Respondí, de igual modo, entre susurros:

—Tan solo somos dos feligreses a los que la fe ha juntado en la primera misa de la mañana. Y no somos los únicos que hablamos.

Delante de nosotros, conversaban en voz más alta unos individuos que lucían el pañuelo oscuro de los carniceros. Por otro lado, entre las féminas tampoco estaban todas tan devotamente concentradas en los oficios. En ellas puse mi mirada.

—¿Qué es lo que atrae hasta aquí a toda esa tropa de mujeres?

El librero rio quedamente.

—Ahora mismo lo veréis.

En el altar, el oficiante se volvió y plantó sus reales sobre un asiento de madera labrada. Otro clérigo, bastante más joven, subió entonces al púlpito y comenzó a hablar:

—Mis buenos cristianos...

Varias docenas de gargantas suspiraron al unísono.

—... Así como nuestro Dios vistió a los animales terrestres, a las aves del cielo a los peces del mar y a los árboles de la selva con su vestimenta peculiar...

Amén de buena planta, el sacerdote estaba dotado de una voz potente, que acompañaba de precisos movimientos de manos y estratégicos gestos que abrían y cerraban labios y ojos. No leía lo que decía ni parecía necesitarlo. Sus extensas frases parecían fruto de largas reflexiones, pero, al mismo tiempo, las emitía dando la sensación de estársele ocurriendo y encadenándolas en ese mismo momento.

—¡Tiene labia nuestro curita!

—Todavía no se ha ordenado, aunque tiene edad para ello. Solo es subdiácono. Pero como tiene el don de la palabra, le dejan predicar.

No estaba muy versado en la jerarquía eclesial romana.

—Sea cura, diácono o subdiácono, lo que está claro es que tiene éxito entre las mujeres.

—Extraordinario. ¿Cuándo se ha visto en Pamplona a esposas y hermanas de hidalgos, letrados y escribanos acudir a oír el sermón en vascuence junto con los campesinos y los peones? Yo, jamás. Por si acaso, a mi mujer le tengo prohibido venir.

Reí quedamente, mientras aguzaba la vista hacia las filas de mujeres. Las mantillas con que se cubrían y la poca luz de la iglesia se confabulaban para que fuese en vano tratar de distinguir sus facciones. Me las imaginé fascinadas, sin perderse una sola palabra del joven predicador.

—Entonces este hombre prodigioso debe de ser Pedro Agerre.

—El mismo. De Urdax. Veo que ya habíais oído hablar de él.

—El otro día escuché su nombre, nada menos que de labios del virrey.

—¡Puesto que su mujer es una de las hechizadas! Y, con ella, la hermana del marqués de Andía, las hijas de varios miembros del Consejo Real, la mujer del abogado Ollacarizqueta...

—¿Ollacarizqueta?

—El síndico del Reino. ¿Lo conocéis ya?

A lo sucedido después de salir de la catedral no podía dársele rango de conocimiento.

—El otro día lo tuve frente a mí.

—Una persona interesante. Tendríais que pedirle a vuestro amigo Abaurre que os llevara ante él.

—¿Por qué a Abaurre?

Todavía me tenía escamado el extraño comportamiento de Gilen, el día anterior, con el tal Ollacarizqueta.

—Porque es su cuñado. ¿No os lo ha dicho?

El corazón me dio un vuelco. Solté más alto de lo que hubiese querido.

—¿Abaurre está casado con una hermana de Ollacarizqueta?

La gente más próxima a nosotros nos hizo llamativos gestos de silencio. Bakedano me miró sorprendido.

—Es Ollacarizqueta el que está casado con la hermana de Abaurre —me dijo en voz baja.

El joven subdiácono había abandonado ya el púlpito. Empezaban de nuevo los latines. Volví por segunda vez la mirada hacia las mujeres. Tan en vano como antes.

—Y vos, ¿habéis avanzado algo en vuestros propósitos?

La pregunta de Bakedano me atrapó todavía aturdido. Tuvo que repetirla para que pudiera enterarme.

—No gran cosa —confesé un poco avergonzado.

—Ya os advertí de cómo andaban por aquí las cosas.

Me estaba reclamando claramente un reconocimiento de su fino instinto. No se lo concedí. Además, seguía sin perder ojo del grupo de mujeres.

—No sé quién ha llenado de fantasías la cabeza de vuestros superiores.

Desde que mi llegada Pamplona yo mismo me había preguntado lo mismo más de una vez.

—En lugar de atender a mis mensajes, quién sabe qué alocado mandarían a esta ciudad, que de un granito de arena ha armado todo una montaña en Pau y en Saint-Palais.

Empezaba a asquearme. No había ido allá para oír de su boca lo que yo ya sabía.

—De todos modos, he tenido algún encuentro discreto con cierta gente estos últimos días.

—¿Y bien...?

—Alguno sí ha mostrado interés en lo referente a vuestra empresa.

El sacerdote se levanta, estirando tanto como puede la espalda. Últimamente le duele más que de costumbre. Da unos pequeños pasos por el habitáculo, se dirige a la ventana y asoma por ella su cabeza. El olor hace que vuelva a meterla. Las lluvias de primeros de septiembre se están alargando este año y el hedor que llega de los muelles de las orillas del Garona no es más amable que el de San Juan de Luz en la época de la ballena.

Desde que llegó a Burdeos no sale de esta casa. Las misas las dice en su interior, algunas veces a solas; otras veces, para el dueño, Martín Zubiaur, y su familia. Come sin salir de la habitación. El resto de su vida se le ha ido trabajando. *Facito aliquid boni operis, ut diabolus semper te inveniat occupatum*, le aconsejó San Jerónimo a un amigo. O lo que es lo mismo, no estés jamás ocioso, haz constantemente alguna buena obra, para que así el diablo te halle siempre ocupado. Sería cuestionable la bondad de las obras que Agerre ha llevado a cabo estos últimos días. El diablo, al menos, lo sorprendería trabajando, en el caso de que tuviera el capricho de presentarse ante el clérigo.

El mandato de Íñigo de Cárdenas lo sorprendió de camino, dos días después de salir de Angulema. Nada más ni nada menos que permaneciera en Burdeos y que no se moviera de allí hasta no haber traducido al castellano la totalidad del manuscrito del hugonote. Eso le ordenaba el embajador de España en París. Le sorprendió el tono abrupto del mensaje. Agerre lleva muchos años al servicio de un reino acostumbrado a desembolsar constantemente grandes cantidades de dinero para su defensa, gasto del que no siempre recibe un provecho inmediato. Sin embargo, el clérigo pocas veces ha percibido impaciencia por ello. Parece que Cárdenas ha empezado a arrepentirse de haber puesto a su esbirro Jeannot al servicio del clérigo navarro. Por otra parte, el mandato del embajador no ha sido para mal.

Tan pronto como salió de Angulema, fue consciente de que no tendría energías para continuar su viaje sin leer de cabo a rabo la nueva entrega del manuscrito del tal Mailu. Hasta llegar a Angulema, había parado en cada posada del camino real. De ahí en adelante, había decidido que no eran los lugares idóneos para esa ocupación. En La Couronne, lo pusieron en un mismo aposento con dos orfebres parisinos. En Barbizieux, tuvo que compartir lecho con un tratante de puercos del Périgord. En ambos casos había solicitado una habitación y una cama individual tan pronto entró en la posada. Ha observado que el hábito despierta poca admiración entre los hosteleros, en estas tierras emponzoñadas por la Reforma.

Otra cosa ha sido en Burdeos. Aquí cuenta con una pequeña habitación individual, obsequio del embajador, en la casa de uno de sus informantes. De esa forma le resulta fácil cumplir la orden de Cárdenas. No escribía tanto desde su época

de Salamanca. Los mensajes que enviaba desde Sara a Pamplona solían ser bastante más breves. Comprueba con agrado que no se ha producido mella en la soltura que tanto le alabaron en la ciudad castellana.

En todo caso, la lectura del manuscrito de Mailu completa el placer de su estadía en Burdeos. No se arrepiente del tiempo que emplea en ella. La parte que le trajo Jeannot a Angulema le remueve tanto el interior como las dos que anteriormente se había llevado a los ojos. Tan vivamente como condena el contenido, le agrada la forma también esta vez. Le agrada hasta el punto de envidiar las manos que han redactado esas líneas desasosegantes. En esa pugna de sentimientos contradictorios, todavía no ha decidido si lo que sus ojos releen es lección o perdición. Si es buena simiente, llamada a dar fruto, o si es mala semilla, que debiera dejarse secar sin esparcirse. Por el momento el clérigo de Urdax solo sabe una cosa. El trabajo del hugonote se encuentra inconcluso. Y desea conseguir su continuación, igual que se ha apropiado de las partes anteriores. Quiere más. Necesita más, para poder volver con paz a su casa parroquial de Sara.

Agerre introduce el manuscrito en la bolsa y clava sus ojos sobre la mesa, también ella repleta de papeles y, junto a ellos, un tintero, plumas ya desafiladas y, sobre todo, restos de vela. Docenas de ellas. No solo sobre la mesa. También en el suelo de la habitación. Recuerdos de todas las velas que en ese lugar han ardido estos últimos días. Ha mandado tantas veces a la criada de la casa al cerero, que el propio Martín Zubiaur le mostró su sorpresa el otro día:

—¿Pero la luz del sol no es suficiente para vos?

Zubiaur se ocupa en traer bacalao desde Bilbao, para lo que se sirve de barcos que manda de vuelta cargados de trigo. Complementa sus ingresos espionando para la corona española a los navíos ingleses y holandeses que atracan en Burdeos.

—Así habría de ser, si no fuera que mi deber de trabajar para el rey no me hurtase también las noches —calló Agerre al comerciante bilbaíno.

Ya van doce años desde que Zubiaur se instaló en el gran puerto del Garona. Su mujer es bordelesa, también lo son sus hijos. Cuando se dirige a ellos, el bilbaíno habla como si hubiese nacido en el mismo puerto. Las veces en que le oye hablar en español, a Agerre le recuerda a los estudiantes vizcaínos de Salamanca. El hecho de que le diese ocasión de practicar su propia lengua no ha sido el único motivo para simpatizar con él.

—Si es para el rey, proseguir trabajando de noche.

Zubiaur, a pesar de ser bastante más viejo que Agerre, tiene un aspecto vivaz y bonachón. Se nota que sabe de trabajos que solo pueden realizarse en horas nocturnas.

—¡Henriette! —llama a la criada—. Ve pronta a comprar más velas a don Pedro, antes de que oscurezca.

En su época de Salamanca, Agerre también gastaba en velas una buena parte del dinero que le hacían llegar de parte del virrey desde Pamplona.

También entonces el ansia de saber le hurtaba las noches.

Agerre estaba en Salamanca cuando le llegó la noticia de que Alonso de Idiáquez ya no era virrey de Navarra. Nunca ha sabido quién se ocupó de mantener en vigor el trato al que había llegado con el conde de Aramayona. Tal vez su secretario, un tal Abaurre, bajonavarro. No se interrumpió el flujo de dinero desde Pamplona. Si ello hubiera ocurrido, no habría podido durar ni una sola semana en la ciudad castellana. Difícilmente podría haber pagado el lecho duro y la frugal comida que le proporcionaban en la casa de huéspedes de la calle Escoto. Ya no contaría con los cuatro reales que por un revolcón le pedían las meretrices de los barrios vecinos al Tormes. Tendría que salir siempre con las manos vacías después de rebuscar por entre las estanterías de las oscuras tiendas de los libreros de la Rúa Nueva.

Si el puterío de Salamanca sorprendió al subdiácono llegado de Pamplona por su cantidad, su gobierno y su ordenación, más le pasmó la abundancia de libros y la facilidad para conseguirlos. Ni de lo uno ni de lo otro había tanto, ni por asomo, en la capital de su reino. Así como en la Casa de Mancebía de Salamanca podían encontrarse mujeres de las dos Castillas, de Andalucía, de Portugal, de Berbería y del reino de Nápoles, los libreros de la misma ciudad ponían en venta género procedente de Sevilla, Alcalá, Medina del Campo, Barcelona y Amberes. Incluso sucedía que en Salamanca la carne y el saber podían darse la mano, porque en las casas de lenocinio no faltaban los libros. Aunque la mayoría de las rameras no sabía leer, no se negaban a aceptar los manuales de los estudiantes como pago, en caso de que anduviesen escasos de dinero. Con ejemplares comprados en prostíbulos completó Agerre su primera y reducida biblioteca.

No paró ahí.

Llevaba poco tiempo en Salamanca, cuando ya no le bastaba con los libros de los bachilleres. Comenzó a fatigar la vista con los que frecuentaban licenciados y hasta doctores, que incluso llegaba a copiar a mano. A veces eran sus profesores quienes se los recomendaban. Otras veces los elegía fiado a su propio criterio. Ni siquiera consultaba si estaban en el Índice, lo cual dio pie a gran número de habladurías en torno a él entre los alumnos, que juzgaban sospechosa la sed de conocimientos del navarro. Los vizcaínos, aunque de la misma nación que él, no fueron los últimos en darle la espalda.

A Luis de Villarejo lo conoció en una de aquellas casas a orillas del río. Discutía sobre el precio de unos manuales con la mujer que acababa de llevarse a la cama. Si Agerre no hubiese mediado en el trato, ella lo hubiese engañado sin duda. Gracias a su intervención, el ingenuo tuvo que pagar dos maravedíes menos. Agradecido, invitó a una ronda al navarro en una taberna de la calle Escuderos. No les costó mucho llegar a ser uña y carne.

Villarejo era ocho años más joven que Agerre. Su padre era un caballero de una localidad cercana a Cuenca, en Castilla la Nueva. Desde que conoció a Agerre, tuvo a

bien soportar junto al estudiante navarro los rigores del recién llegado a Salamanca, sin importarle los rumores que sobre su nuevo amigo circulaban por la universidad. «Si es verdad que recibís lecciones del Demonio, yo también quiero endemoniarme». Agerre le precedía en la afición por lo escrito. Se intercambiaban libros y luego los comentaban largamente, e incluso discutían sobre ellos. En la famosa polémica entre Domingo Báñez y el doctor Luis Molina, Agerre se inclinó a favor del dominico, y Villarejo, en cambio, optó por el jesuita. No por ello se rompió su amistad. A pesar de lo que pudiera colegirse del pasaje que en la casa de mancebía dio inicio a su relación, el conquense tenía mejor olfato a la hora de seguir la pista a los libros. Soto y Zumel, Venegas y Granada... Agerre aportaba obras al alcance de cualquiera a la cofradía que entre ambos tenían formada. Villarejo, en cambio, traía libros desconocidos por la mayoría o que solo se mencionaban en voz baja.

«Este es para disfrutarlo dos veces, cuando nadie te vea», con una amplia sonrisa. Agerre leyó *Ars Amandi* en la portada. El arte de amar. Entre los escritores de la antigüedad, el navarro conocía a Séneca, a Plutarco y a Catón, aunque no siempre de fuente directa. Nada sabía de ese tal Ovidio. En cuanto lo sostuvo entre sus manos sintió que, con solo tocarlo, estaba cruzando la raya de lo vedado. Sin embargo, como dijo San Jerónimo, *Quidquid non licet magis desideratur*. Uno desea más, siente mayor inclinación, hacia la cosa prohibida, la que no es lícita.

En tres noches lo leyó de cabo a rabo, en un estado de excitación constante. Empleó otras cuatro en transcribir palabra por palabra su contenido. Fueron noches en vela, con pausas solo para atemperar un tanto el dolor de su atareada mano. Mientras tanto, disfrutó, disfrutó por partida doble, como su amigo le había sugerido de forma difusa. Al octavo día volvió a juntarse con Villarejo. Le devolvió secamente lo prestado, sin darle las gracias.

«¿No tienes nada que decir?», se sorprendió el amigo. Agerre prefirió no responder. El joven castellano traía otro libro para él: *Satira*, de Juvenal. Conversaron brevemente. Agerre alegó que tenía obligaciones. Acordaron una cita para el día siguiente, en una plazoleta contigua al palacio Sotomayor.

El navarro no volvió a ver a Villarejo. Al día siguiente no apareció a los pies de la torre del Clavero, sino los hombres del Santo Oficio. El libro de Juvenal se hallaba desde la víspera en poder de la santa institución, cuando Agerre lo llevó allá para delatar a su amigo. La copia del *Ars Amandi* lo ha acompañado en sus viajes durante estos últimos años, desde Salamanca a Pamplona, desde Pamplona a Lérida, desde Lérida a Tarbes, y de allá a Baiona, a San Juan de Luz y, por último, a Sara. En todos esos lugares le ha resultado útil a la hora de tratar con las mujeres, aunque también es cierto que antes de leer a Ovidio ya había aprendido su gran verdad: *Sed sunt diversa puellis pectora: mille animos excipe mille modis*, esto es, que igual que múltiple es el carácter femenino, también son múltiples las formas de doblegarlo.

Cuando supo que De Lancre andaba a su acecho, entre las cosas que Agerre arrojó al fuego se encontraba la copia que había realizado quince años antes en

Salamanca. La ha echado de menos, que Dios le perdone, en las noches de París.

La casa de Miguel Ollacarizqueta se encontraba en el otro extremo de la ciudad, en la calle Sanduandia, cerca de la larga Rúa de los Curtidores. Era el último día de noviembre, en el que los papistas celebran a San Andrés. Llegué empapado. El tiempo mostraba su peor cara. Me abrió la puerta una criada de bastante edad. En la cocina había tres o cuatro niños, sin nadie más. Me observaron como a un intruso con sus ojos redondos. Dejé la capa y el sombrero mojados junto al fuego para que se secasen. Vi más puertas, pero no sabía si había alguien detrás de ellas. La criada me introdujo en una habitación contigua.

—¡Caballero de Mailu! ¡Qué gran alegría!

Miguel Ollacarizqueta me hizo una exagerada reverencia que tuvo la virtud de aumentar mi fastidio. Me sentí obligado a responderle:

—Yo también estoy complacido de conocer vuestro hogar.

No era más que una media verdad. Él recibió mis palabras tan afectadamente como si la dicha fuera completa.

—¡Qué alegría! —repitió.

Mis ánimos ya alterados se alteraron aún más.

—Está claro que necesitaréis dónde sentaros.

No era la primera mesa repleta de libros y documentos que veía desde que había llegado a Pamplona. El caos de aquella estancia superaba con mucho todas las vistas anteriormente. Además de la mesa, también las estanterías e incluso el suelo se veían cubiertos de papeles sueltos y cuadernos.

—El trabajo de abogado y síndico me obliga a vivir entre escritos —se excusó.

Tuvo que desalojar de papeles otra silla para poder ofrecérmela. En el cuarto había una chimenea, pero no estaba encendida. Ollacarizqueta llevaba una manta sobre los hombros. Mis ojos se posaron en ella.

—Seguramente tengáis frío. La criada ahora os traerá algo para cubriros. Un poco de vino también nos hará bien.

Acepté las dos fuentes de calor. El abogado las pidió elevando la voz desde la puerta. Cuando habíamos retomado la conversación, volvió a entrar la mujer de antes. La lana era suave, y el vino, sabroso.

—Temía que nuestro amigo Gilen os hubiera convencido para que no vinierais.

Ollacarizqueta era un hombre agradable. Hacía todo lo posible por ser amable conmigo. Pero algo dentro de mí me prevenía contra él. Le respondí suavemente:

—Gilen Abaurre teme que me reúna con quien no me conviene.

Yo también sabía ser sociable.

Mi interlocutor amplió su sonrisa y bajó la voz, como se hace con el amigo o el malhechor.

—Y probablemente yo no os convenga.

Era verdaderamente encantador aquel Ollacarizqueta. Algo que me daba más motivos aún para profesarle un odio cerval.

—Así es, de creer a Gilen Abaurre —fui más allá en mi cortesía.

—Y es que así soy yo, una persona nada conveniente. Pero a vos eso no os importa —dijo ampliando todavía más su sonrisa ya de por sí amplia.

Era tan encantador que tuve que contener mi mano para que no encontrara la empuñadura de mi espada. Medité la respuesta más adecuada. No quería que me volviese a suceder lo mismo que con Zolina. Si había de delatarme, cuanto más tarde mejor.

Sin pretenderlo, adopté el mismo tono que Ollacarizqueta. Nadie diría que no se trataba de mi mejor amigo.

—Gilen solo procura mi bien cuando me suele dar consejos de esa índole.

Ollacarizqueta pasó de la sonrisa a la risa. Soltó una carcajada, a pleno pulmón, franca.

—¿Vuestro bien?

Se me acrecentó el deseo de desenvainar la espada y clavársela en mitad del pecho. En lugar de ello, resistí la tentación, mencionando algo que no hubiera debido.

—Al parecer, vuestro trabajo de abogado y síndico os ha acarreado conflictos con el virrey alguna vez.

Alzó orgullosamente el mentón.

—Cada vez que ha tratado de menoscabar a Navarra.

—Los españoles también os han prohibido libros.

No debía haber dicho «los españoles». Afortunadamente, el término no amedrentó al interlocutor.

—Libros que defendían los derechos de Navarra.

—Vos, al fin y al cabo, no sois grato a las autoridades; y yo, un recién llegado de tierras afectas al rey de Navarra... Quiero decir, al duque de Vendôme.

Su sonrisa no se desvaneció ni un tanto, ni se enfrió un ápice su afectuosidad. Era la primera vez que me sucedía desde que había llegado a Pamplona. En mi interior, una parte de mí estaba asqueada; pero la otra mitad, entusiasmada. Continué entregado a esta última:

—Lo cual me hace a mí sospechoso.

—Pero, ¿sospechoso de qué?

Su aflicción parecía sincera.

—Y los que no sospechan de mí, me consideran extranjero.

Se levantó. Abrió los brazos, tanto que temí que me fuera a abrazar, como Gilen el otro día.

—Yo no, de ninguna de las maneras. Un bajonavarro a mis ojos es tan navarro como un hijo de Tudela o de Estella.

Lo hubiese reventado a golpes. Por el contrario, la gratitud asomó a mi rostro sin

mucho esfuerzo por mi parte.

—Vuestras palabras me llenan de contento. Nunca he esperado yo otra cosa.

Sus ojos brillaron, todavía más afables, más encantadores. Con cuánto gusto lo hubiera cegado.

—Yo mismo también estoy casado con una bajonavarra. Del País de Mixa —agregó.

Podía responder que ya lo sabía. No hice tal cosa.

—Que ha nacido y vivió en Garriz.

Tan de Garriz y del País de Mixa como yo mismo.

—Además os conoce.

Y tanto que me conocía. «Cuando esto acabe, me llevarás lejos, muy lejos de aquí», me dijo una vez. No la llevé a ninguna parte. Ella fue la que hizo de mí un hombre. Ella me hizo probar el amargo veneno de los celos por primera vez. Era precisamente de ese viejo licor del que estaba bebiendo desde el mismo momento en que entré en aquella casa.

La puerta, que se abrió de repente, dio paso a una mujer. Era una mujer de su casa, indistinguible de las que en esos momentos se encontrarían en la mayoría de las casas de Pamplona. Llevaba recogido hacia atrás su cabello moreno, que ya comenzaba a platear. El amplio cuello del vestido le cubría toda la garganta. El jubón que la cubría acababa en punta más abajo de la cintura, ocultando apenas los delantales firmemente atados. Había engordado algo de cintura y tripa, y su rostro había empalidecido. Su espalda comenzaba a encorvarse. Miraba sin brillo en los ojos. Nada en ella recordaba a la muchacha de veinte años antes. De pronto, se me ocurrió que ella podría estar pensando lo mismo de mí.

Me levanté.

—Señora —incliné la cabeza.

—Señor —respondió Ramona empleando la misma fórmula.

Martín me abrió la puerta de casa.

—El secretario del virrey está en la cocina —me informó.

En su voz aprecié que, Dios sabe por qué, el muchacho juzgaba que la de Gilen Abaurre no era una visita que en ese momento me fuese a llenar de alegría. En sus ojos se percibía la satisfacción que le producía ir a ser testigo de un espectáculo gratuito.

—He encendido el fuego para él. Le he ofrecido de beber. Lo ha rechazado.

Esperó mi aprobación. Pasé por delante de él sin decir nada. A mitad del pasillo me percaté de que el chico me seguía. Con una mirada salvaje le prohibí dar un paso más.

Mi viejo amigo se encontraba junto al fuego, con los ojos clavados en las débiles llamas. A diferencia de la calle o del resto de la casa, el interior de la cocina estaba

caldeado. Sin embargo, a mí se me enfrió el ánimo al ver allá a Gilen. No sonrió como de costumbre. Yo era el que debiera estar dolido con él, en lugar de él conmigo. No obstante, fue él quien empezó a hablar.

—Por fin vienes.

Por su tono se diría que añadía un insulto nuevo a una antigua ofensa. Con las manos a la espalda, lo miré como se hace con los locos o los tontos.

—Ahora mismo me he enterado que teníamos una cita —le respondí.

Dio un paso hacia mí con el dedo índice levantado.

—¡Has estado en casa de Ollacarizqueta, no lo niegues!

Estuve a punto de estallar en una carcajada. Escenas semejantes eran habituales, veinte años antes, en las obras de teatro que se representaban para la corte parisina. No me reí.

—¿Vuestros espías nunca duermen?

Yo también actuaba. Aunque el papel que yo interpretaba era calmado.

—Te rogué que no fueras. Te dije que no te convenía.

Parecía poseído por la fiebre, hasta tal punto se hallaba transfigurado por la ira.

—Si te parece, prefiero ser yo quien decida qué me conviene.

Iba a responder algo, todavía más fuera de sí. Lo interrumpí antes de que abriese la boca:

—He visto a Ramona.

Volvió la vista hacia la chimenea. Frunció el ceño ostensiblemente. Me recordó a un niño atrapado en falta.

—A tu hermana —añadí, sin necesidad.

Las mejillas de Gilen parecían a punto de estallar de puro encarnadas. Seguramente a causa del calor, puesto que su rabia parecía un tanto mitigada.

—¿Cuándo pensabas decírmelo?

Sin contestarme, me replicó con voz ronca:

—Tú tampoco me has preguntado por ella estas semanas.

Era cierto. No le había preguntado por ella. Ramona se limitaba a aparecer en mis más dulces sueños. También en los más tristes.

—Esperaba a que fueses tú el que la mentaras. No consideré buena señal el que no lo hicieras.

No solía decir muchas verdades esos días. Lo que acababa de decir era de las pocas.

—Entonces, ya conoces qué ha sido de Ramona. Deja ya de dar la murga con ella. Y aléjate de Ollacarizqueta.

Volví a hablar desde lo más adentro.

—Ollacarizqueta me importa un pepino. Ramona, en cambio...

Gilen era ahora el que parecía el más sosegado de los dos.

—Ramona es una mujer casada. Una honesta señora de su casa de Pamplona. Esto no es París.

Se marchó sin despedirse, dejándome a solas. No salí tras él, a decirle cuanto no quería oír. En lugar de ello, me quedé mirando el fuego, tal como se encontraba Gilen cuando entré. Una voz me sacó de mi ensimismamiento.

—Señor, si deseáis juntaros con tal dama, yo puedo buscaros la forma de conseguirlo.

Salí con las últimas luces del día. Me dirigí primero al final de Tejería, desde donde torcí hacia las rúas de San Martín y Zuarrondo, hasta las casas de los canónigos. Me detuve siete u ocho veces en aquella parte del trayecto. Simulaba quedarme mirando las tiendas de los mercaderes y vendedores de las calles, pero en verdad observaba a los compradores y a los que examinaban las mercancías. No sorprendí a nadie tras mis pasos, espiándome. Dejé atrás la Chapitela y me adentré por la calle de los talabarteros, hasta Sanduandia. Miguel Ollacarizqueta se encontraba en el pórtico de su casa, esperándome. Mala suerte para mí, hoy no iba a subir a su casa.

—Pensaba que no llegabais. Salí a la calle tan pronto vino el mensaje de vuestro criado.

Sus ojos inflamados, la frente sudorosa. Fuera de sí, como un joven soldado en la víspera de su primera batalla. Con un gesto, le rogué que bajase la voz. En esa calle el tráfico de gente era menor y los vecinos podían estar escuchando desde sus casas. Incluso la propia Ramona, desde la de mi nuevo amigo.

—He dado un buen rodeo, para cerciorarme de que nadie me seguía —le susurré al abogado.

Mis palabras tuvieron la virtud de poner todavía más nervioso a Ollacarizqueta. Me pregunté por primera vez si había actuado bien poniendo a aquel hombre al corriente de nuestros planes.

Eché a andar, yo delante y el abogado detrás. Me alcanzó y me cogió suavemente del brazo.

—Me conmueve vuestra confianza. He pasado media vida entre legajos, aguardando la ocasión de hacer algo valioso por Navarra. Vos sois quien me estáis dando ahora la oportunidad de hacerlo.

Me solté de su mano.

—No es este momento de proclamas.

En los alrededores del consistorio había guardias del Regimiento, armados de espadas y alabardas. Eran tan evidentes los esfuerzos de Ollacarizqueta por no cruzar su mirada con la de ellos que resultaba sospechoso. Ya había oscurecido, pero la mayoría de las tiendas se encontraban alumbradas. En su librería, Bakedano le ofreció a Ollacarizqueta una cálida bienvenida, como si se tratase de alguien importante.

—¡Señor licenciado, cómo vos en mi humilde casa!

Parecía tan sorprendido como complacido de ver allí al abogado.

Con Bakedano había otra persona, algo más joven que yo. A simple vista me pareció alguien de letras, también él.

—Miguel de Ilarregi, maestro —nos presentó el librero—. Además de excelente cliente, ferviente partidario de nuestros monarcas legítimos.

—Y represaliado por ello —añadió, orgulloso, el recién conocido.

—¿Habéis padecido prisión? —le pregunté con curiosidad.

—Ojalá hubiese sido así —suspiró—. He tenido que dar clases a espaldas del Regimiento, puesto que se me ha prohibido ejercer en las escuelas de Pamplona, tanto en la de la Navarrería, como en la de San Cernin o en la de San Nicolás. Mucho menos en los Jesuitas. Al parecer no sé leer y escribir suficientemente bien, cosa que es incierta, como salta a la vista. Si no fuera partidario de la casa de Albret, no me lo hubiesen proscrito.

—Él es el autor de algunas hojas volanderas que he distribuido en alguna ocasión por la ciudad.

La vez anterior Bakedano había afirmado ante mí que él mismo era el autor de dichos escritos. No se lo recordé.

En tanto comenzaba la reunión, recorrí de nuevo las estanterías de la librería. Tomé en mis manos un ejemplar en el que no había reparado en mi visita anterior. *La vida de Lazarillo de Tormes y de sus fortunas y adversidades*. No se consignaba al autor.

—Acaba de llegarme desde Toledo —me informó el librero—. Lleváoslo si así lo deseáis. Y traédmelo cuando lo acabéis. No os arrepentiréis.

Lo devolví al estante.

—No leo en castellano.

—Eso que os perdéis.

Bakedano atrancó la puerta de la librería, en cuyo interior ya estaba encendida una luz en el cubículo ciego y cerrado contiguo a la trastienda. Los libros que vi la vez anterior allá seguían, apilados en el suelo. Conté cinco sillas rodeando la mesa.

—¿Solo viene uno más?

El día anterior le había dado otro doblón de oro para acrecentar su fervor. No me quedaban muchos más.

—No es seguro que venga —me respondió Bakedano.

Reí amargamente:

—En las Termópilas 300 lacedemonios se enfrentaron a 100.000 persas. Aquí somos cuatro navarros para luchar contra varios miles de españoles.

Bakedano se encogió de hombros.

—Desde el primer día os dije que esas optimistas noticias que habían llegado a Saint-Palais no tenían pies ni cabeza.

El argumento del vendedor de libros no retuvo la ironía amarga en mi interior.

—Un abogado, un librero y un maestro. No podría haber mejor tropa para

expulsar a los españoles. No nos falta más que un cura y una mujer si queremos armar el ejército más aguerrido que se haya visto jamás. Ojalá que el que falta por venir sepa al menos manejar la espada.

Los había ofendido y en las circunstancias en las que estábamos ofender a la gente que iba a actuar conmigo no parecía lo más conveniente. Ilarregi me replicó:

—Señor, puede que no sepamos manejar un arcabuz, pero pensando no somos mancos. Si somos pocos, será nuestro intelecto el que compense la falta de armas y de manos.

—¿Intelecto? —me burlé—. ¿Desde cuándo ha vencido el intelecto a la fuerza?

Era indiscutible. A cualquier otro lo hubiese callado esa obviedad. No así a Ilarregi.

—La minúscula hoguera que nosotros encendamos, tal vez, no expulse a los lobos del bosque, pero sí que mostrará el camino a otros que puedan convertir nuestras humildes llamas en un incendio devastador.

—Muy bien dicho —le respondí— Desgraciadamente, solo está muy bien dicho. ¿Qué llama vamos a poder encender si no es con los libros de esta tienda?

A mi lado, noté que Bakedano se inquietaba viendo peligrar su oficio.

Ollakarizketa no había pronunciado una palabra hasta el momento. Desde que entramos en la librería, sus ojos iban encendiéndose y su frente cubriéndose de sudor. Fue una sorpresa oír su voz en medio de la reunión.

—Entonces, para iniciar la revuelta, tendremos que hacer algo espectacular, algo verdaderamente grande, que remueva la conciencia y abra los ojos de todos los navarros.

Su reflexión fue seguida de silencio. Lo que decía no parecía ninguna tontería.

—¿Qué, por ejemplo?

Los ojos de Bakedano traslucieron la misma duda. Él tampoco sabía qué podría tener esa capacidad. Ilarregi, sí.

—¡La ciudadela, claramente! —exclamó.

Esta vez no reí.

—Todos los navarros odian el fuerte —explicó el maestro—. Los vecinos de Pamplona, porque sus cañones apuntan hacia sus casas. Los de la Cuenca, porque están obligados a contribuir en su edificación con sus ganados y su mano de obra.

Ollakarizketa se mostró de acuerdo. Miré a ambos como si estuvieran borrachos.

—¿Queréis tomar la ciudadela? ¿Sabéis cuántos soldados hay en su interior?

—Tomarla no, hacerla explotar —repuso el maestro, cada vez más enardecido.

El abogado volvió a mostrar su conformidad con su compañero:

—Claro que sí, explotarla. Nuestros soldados han derribado castillos en Italia empleando la pólvora.

Aquello me ofreció un flanco para atacarle.

—¿Quiénes son esos soldados «nuestros»?

Ollakarizketa enrojeció.

—No es fácil desprenderse de las malas costumbres —se humilló.

Pasé a aspectos de más enjundia.

—Perfecto. Los españoles han hecho explotar castillos con pólvora en Italia. ¿Dónde está nuestra pólvora?

Mi pregunta enmudeció el grupo.

El librero no se había destacado hasta el momento en la discusión, de lo que había deducido que tenía poco ánimo para actuar. Pero fue él quien rompió el silencio.

—Podríamos robarla.

—¿De dónde?

—El molino de la pólvora se encuentra junto al puente de la Magdalena. Está custodiado pero eso no debiera ser un impedimento si actuamos con mano e inteligencia.

Reflexioné rápidamente sobre lo que acababa de oír. Sin duda, era lo más interesante de cuanto se había expuesto en aquella reunión. No obstante, había un problema que no podía obviarse.

—Supongamos que entramos en el dichoso molino de la pólvora, nos hacemos con ella y salimos sanos y salvos. ¿Alguien sabe cómo manejarla y hacerla explotar en el lugar y en el momento necesario? Yo no, y eso que soy soldado. Así que vuestras mercedes, mucho menos.

Nadie respondió a mi envite, así que redondeé mi argumento:

—Distinto sería si tuviésemos quién lo hiciera.

Bakedano contestó al instante.

—Ya lo tenemos.

Unos golpes devolvieron el silencio a la oscura trastienda. Desde fuera, alguien llamaba a la puerta.

Bakedano hizo un gesto para que nos tranquilizáramos.

Entró el recién llegado y fue todo uno el gesto de levantarnos y quedarnos mudos. El extraño portaba el sombrero de ala corta y las anchas y cortas calzas de los oficiales españoles. Tenía un solo brazo. Apestaba a vino. Tan pronto entró, me clavó su mirada de reprobación, afilada como la punta de una lanza.

—Este es el alférez Lekanda —dijo Bakedano—. Él...

Le pisé la palabra:

—¿Qué hace aquí este enemigo? ¿Cómo le habéis dejado entrar?

El librero respondió con una autoridad que no le había visto emplear hasta entonces:

—Dejadme hablar y lo sabréis.

Victoria de Ayala. Habían pasado casi veinte años desde que la amé y la perdí en París. Nunca supe quién me la arrebató ni quién provocó que su cadáver apareciera flotando sobre el Sena. La amé y lloré su pérdida. Luego la olvidé, igual que he

olvidado a otras.

El deje de Lekanda me reavivó el recuerdo de Victoria.

—... Así que yo soy navarro, tan navarro como vosotros —terminó el artillero su explicación.

Era extraño. La bella alavesa también me explicó que su lugar de origen había pertenecido en otro tiempo a los reyes de Navarra. ¡Incluso me hizo prometer que si rescataba a Pamplona del poder de los españoles, también debería conquistar Álava! ¡Pobre Victoria! Creía que hablaba con el rey de Navarra. Entregado a juegos amorosos, se lo prometí, sin gran intención de cumplir mi palabra. Siempre me había preocupado por el reino; pero no por su pasado. Para mí no se diferenciaban demasiado lo que acababa de escuchar por boca de Lekanda y las historias de lamias y de Basajaun, el señor de los bosques, de mi infancia.

El maestro Ilarregi contradijo al artillero:

—Lo que habéis dicho no tiene ningún sentido. El hecho de que en otro tiempo esa Vizcaya vuestra se hallase bajo el poder de nuestros reyes no os convierte en un navarro a día de hoy. También lo fue antes Castilla, y Aragón.

¿Castilla y Aragón fueron alguna vez navarras? Se trataba de una noticia verdaderamente desconcertante para mí. No así para el alférez español.

—Me importan un bledo Castilla y Aragón. Los vizcaínos somos navarros y no hay más que hablar.

Ollakarizketa no se mostró más comprensivo.

—Si los grandes historiadores no nos engañan, antiguamente esta tierra perteneció a Roma y eso no nos hace a nosotros romanos.

Me pareció un razonamiento contundente. No para Lekanda.

—Pero es que yo sí soy navarro.

Solo se me ocurrió una cosa. Aunque se trataba de un asunto viejo, era más reciente que los referidos por el resto.

—En sus años mozos, mi difunto abuelo participó en las guerras contra los castellanos. En una de ellas, le arrebató su espada a un enemigo, después de darle muerte. Era uno de los hombres de Gómez González de Butrón. Se llamaba Martín Epaltza.

Me levanté y les mostré:

—Esta es aquella espada.

Por primera vez desde que hubo entrado en la trastienda de Bakedano, palideció la cara del artillero, enrojecida por el vino.

—María Epaltza era nuestra madre. De Jauregia de Orozko. Un hermano pequeño de mi abuelo murió en aquella guerra.

Su voz pareció debilitarse, por el cansancio o por la duda. Súbitamente le volvió la energía.

—Con todo, aquellos días hubo más navarros-navarros levantados contra sus reyes que navarros-vizcaínos. Lo que hayan hecho los antepasados de cada cual en

siglos pasados no es buena escala para medir la navarritud de nadie.

Ollakarizketa e Illarregui comenzaron a protestar. Señal de que sus antepasados habían luchado con los buenos. La discusión ya se alargaba demasiado.

—En el nombre de Dios, Mailu, venid conmigo.

Bakedano volvió a revestir sus palabras con una autoridad tan inusitada que nadie se opuso.

Salimos al exterior cerrando tras de nosotros las dos puertas. La calle estaba vacía y oscura. Yo hablé primero.

—No me fio de ese español —murmuré. Sabía que en las casas cercanas los vecinos todavía no dormían.

—Dice que es navarro —me respondió, tan callando como yo.

—No anda bien de la sesera. Yo también puedo decir que soy alemán y ello no me convierte en alemán.

Se encogió de hombros.

—De acuerdo, se trata de un loco. Sus argumentos no valen nada. ¿Y qué nos importa? Estos lares están llenos de locos. Seguramente tampoco nosotros somos muy cuerdos.

—No me gustan los locos —le contesté a falta de un argumento mejor—. Ni tampoco los borrachos. Está claro que bebe demasiado.

—Pero es un eficaz informador. Todo lo que saben en Saint-Palais y en Pau de la ciudadela de Pamplona se lo deben a este hombre.

No quería dar mi brazo tan fácilmente a torcer.

—Este es un asunto que va más allá de dar información.

—Por eso mismo lo necesitamos. Aparte de vos nadie más sabe usar la espada. Lekanda está dispuesto a emplear la suya al servicio de Navarra. ¿Cuál es el problema?

Se me habían acabado los argumentos. No tenía intención de contarle al librero la historia del burdel. Volvimos a entrar en la librería. A tiempo. Los que habían quedado dentro discutían a voz en grito.

Bakedano les comunicó la noticia:

—El caballero de Mailu está dispuesto a aceptar en nuestra pequeña empresa al alférez Lekanda.

Si la verdad valía algo, yo no había dicho tal cosa. No por ello abrí la boca. Callaron los gritos. Ollakarizketa se mostraba asombrado. Illarregi, apesadumbrado. Lekanda parecía el más sereno, complacido, pero sin llegar al entusiasmo. De su semblante podía concluirse que él no albergaba duda de que las cosas fueran a ser así.

—Habéis tomado la decisión más prudente, porque hoy os traía una gran noticia.

Lekanda y yo aparecimos juntos ante la puerta de la casa de Juan el Vizcaíno para pasmo del tuerto que hacía las veces de portero.

—Adelante, excelencias. ¡Qué sorpresa!

Guzmán me despojó de la espada más raudo que otras veces, probablemente preocupado por si nos fuésemos a enzarzar allí mismo. A Lekanda lo recibió con más cortesía que a mí. No me dolí por ello. Al fin y al cabo, eran soldados del mismo ejército.

En el pasillo del primer piso me encontré de frente con Periko. No nos habíamos vuelto a cruzar desde que me abandonara en la calle a oscuras. Su cara palideció al verme, y todavía más cuando advirtió que venía acompañado de Lekanda.

—¿Acaso ves un fantasma? —se burló el artillero.

No me dio tiempo a ponerle la mano encima. Oculto en algún rincón del lupanar, no volvimos a ver al muchacho en toda la noche.

—Se ha de enterar si lo atrapo.

—Deja en paz al muchacho. Bastantes palos le da ya a diario Guzmán. ¿No le has visto la cara?

Una chica andaluza nos sirvió el vino. No había ni rastro de Beatrice por ahí. Mejor así. Todavía no entendía cómo me había dejado convencer por el artillero para que bebiésemos una pinta juntos. No había pasado ni una semana desde que hubiese intentado matarme.

Aquella noche no había mucho ajeteo en la casa de Juan el Vizcaíno. Más escándalo se escuchaba en el segundo piso. En el primero, las putas disputaban entre sí para hacerse con los pocos parroquianos. No tardamos en echar a nuestra andaluza con cajas destempladas.

—Así conversaremos más cómodamente —dije yo.

—No has de temer por eso.

No me agradaba el tono cercano que había adoptado él. A mis ojos, el hecho de estar en el mismo bando no lo convertía en amigo.

—Entre todos los presentes solo aquel es capaz de entendernos en vascuence y no parece que esté muy por la labor.

Apuntó con el dedo hacia un borracho que hablaba solo. Un joven caballero que parecía haber venido de algún señorío próximo a Pamplona. Trataba de llevárselo con ella una de las muchachas de la casa, una italiana morena. La misma que se fue con Ayanz el primer día que aparecí por ese lugar.

—¿No hay ninguna mujer de por aquí?

—Las putas navarras no ejercen en Navarra —respondió Lekanda de buen humor—. Es regla del puterío.

—¿Tampoco hay putas de Vizcaya?

—Las putas de Vizcaya son navarras.

Su seriedad era cómica, pero no me reí.

—Seis años, pardiez, en el tercio del maestro Francisco Arias de Bobadilla.

La andaluza nos trajo más vino, tal como le pidió el alférez. Esta vez, no hizo intención de quedarse con nosotros.

—Todavía no hemos brindado por nuestra misión.

Mi copa chocó con la de Lekanda, sin sacar mucho ruido. Podía haber fingido mayor entusiasmo. No lo hice. El artillero chasqueó con la boca.

—No te veo muy animado.

—No lo estoy.

Sin darme cuenta, yo también había adoptado el mismo tono de camaradería.

—¿No me crees?

Acercó sus barbas excesivamente a las mías.

—Te lo he dicho antes. Es de buena tinta. De boca del mismísimo Pedro de Navarra. Ayer mismo se lo notifico al capitán y a todos los tenientes.

Retiré la cabeza para alejarme de su aliento. Olía mejor un mulo dejado a pudrir.

—Y uno de ellos te lo ha contado a ti.

—Así es.

—Al menos, no estaríais bebidos.

Sus carcajadas resonaron por todo el burdel. Su copa volvía a estar vacía. La andaluza acudió al instante con la jarra en la mano. No tenía ganas de volver a brindar, pero brindamos. La italiana por fin consiguió arrastrar al joven caballero por el pasillo que conducía a las habitaciones. Nos encontrábamos solos, nosotros y la puta andaluza, que nos miraba con cara de aburrimiento.

—¡Pardiez! ¿Es que no te alegra poder golpear a los españoles donde más les duele? ¿O también vas a empezar tú, como los demás, a echarte para atrás, una vez escuchado mi plan?

La camisa que cubría su muñón parecía la hoja de un árbol sacudido por el viento, agitada con cada palabra de su dueño.

—No es de sorprender que los otros piensen que la empresa que propones está fuera de su capacidad y voluntad. No son soldados y se les nota. Yo mismo me quedé sin aliento al saber quién puede ser nuestro objetivo.

—¿Y cómo andas tú de capacidad y de voluntad?

—De voluntad, sobrado. Desde niño sueño con algo semejante.

—Pues he aquí la ocasión de cumplir tu sueño.

—Ojalá sea así.

—No tengas duda en ello.

La palmada que me propinó en la espalda con su única mano me hizo estremecer. Hacía mucho tiempo que nadie me ofrecía una muestra tal de amistad.

En ese momento una pareja entró por el zaguán del burdel. Él era un oficial español, de menos edad que mi amigo y seguramente de menor graduación. Ella, por su parte, era Beatrice, mi valona. Y la de Lekanda. Aunque hubiesen querido no podían negar que salían de uno de los cuartos del pasillo. El rostro del joven militar perdió todos los colores al ver al alférez. Desapareció de nuestra vista, antes de lo que tarda un corazón en dar un latido. Beatrice tuvo la suficiente entereza como para disimular su sorpresa con una sonrisa.

—¿Ahora sois amigos? —nos preguntó en su pobre castellano, acercándose a nosotros.

Lekanda le contestó en vascuence, de forma que solo yo pudiera comprenderlo:

—Dos que van a matar a un rey, ¿qué otra cosa pueden ser sino amigos?

Ya había visto a aquel hombre rondando mi casa. No podía ser de otra manera, porque no era de los que pasaban desapercibido. Primero, por su tamaño. Era bastante pequeño, apenas una verga de largo desde los pies a la cabeza. Su ropa también destacaba. Un cuero negro de vaca, de los que no se suelen ver por Navarra, protegía su diminuta presencia del mal tiempo, cubriéndole de la cabeza a los pies e incluso dejando una cola que arrastrar por el suelo.

En mi época de París tuve ocasión de ejercitarme en el arte de descubrir espías. No requiere de un gran esfuerzo si se dispone de un poco de olfato. Suelen estar quietos en lugares con gran perspectiva visual. Los delatan sus ojos atentos. Este, en cambio, me engañó. El minúsculo portador del cuero negro iba andandico, a lo suyo, todas las veces que me cruce con él. Sin olvidar sus ojos, los de alguien que, alejado del mundo, solo está concentrado en sí mismo. Lo tomé por un vecino. Llevaba cuatro semanas en la Rúa Mayor del Barrio Nuevo y no conocía a todo el mundo.

Así que aquel día de principio de diciembre no me despertó ninguna sospecha cruzarme con el hombrecillo. Andaba poca gente por las calles, a causa del viento y la llovizna. Tampoco podía verle la cara, de tan oculta como la tenía bajo la negra piel empapada. Pasó justo a mi lado, al parecer, en dirección contraria a la mía. Fue después de cruzar la puerta de la Tejería cuando lo vi detrás de mí. Pasito a pasito, como siempre, también él cruzando las murallas. Caminé con los puños cerrados hasta el molino de la pólvora. Volví la cabeza antes de entrar. Sobre el puente cercano había un buen número de gente, mendigos en su mayoría, que tenían vedada la entrada en Pamplona. Entre ellos vi caminar a mi hombrecillo. Parecía que, en vez de seguirme, se dirigía al hospital de la Magdalena. Me acordé con asco de sus leprosos, con lo que borré de mi mente a mi presunto perseguidor.

En el molino había cuatro personas. Dos soldados de guardia, otro hombre en el almacén del zaguán, y un cuarto en el interior, en la zona en que se accionaba la maquinaria. A este último no lo vi pero sí pude oírlo hablar con los del almacén. Tenían una veintena de barriles a la vista de todo el mundo, cada uno de aproximadamente cien libras. Uno de ellos se encontraba abierto y de él tomaron la harina negra que me vendieron. El chico del almacén vertió una libra dentro de la bolsa que yo traía, a un precio de seis reales. Podía pedirle otras nueve, sin necesidad de aportar un permiso firmado por el gobernador. No perdí ocasión de departir con ellos sobre los pormenores de su trabajo. Habían sufrido carestía de azufre el pasado otoño, pero ahora elaboraban pólvora sin problemas, seis días por semana. Los miércoles cargaban todos los barriles en una carreta tirada por cuatro caballos. Una

semana antes, habían enviado catorce para surtir a las tropas de la frontera. Otros veintidós se habían quedado en Pamplona, en la ciudadela. Los martes era el día en que el almacén se encontraba más lleno.

Cuando salí del molino el mal tiempo había empeorado todavía más. La lluvia era más tupida, y el viento, más fuerte. Los mendigos habían desaparecido del puente de la Magdalena, seguramente para refugiarse debajo. Rodeé las murallas a buen paso, agarrando fuerte el sombrero de ala ancha, camino de la puerta de Tejería. No tardé en detenerme. Una carroza me impedía el paso en medio del camino. No era un vehículo cualquiera, construida en buena madera y con los dinteles de las puertas pintados de oro y azul. Al parecer, recién salida de la ciudad, apuntaba hacia el puente de la Magdalena pero sin avanzar un paso. Junto a ella, el conductor se inclinaba hacia una de las ruedas, sin preocuparse del chaparrón. Entre las murallas de la ciudad y la orilla del Arga no se veía más seres vivos que él, yo y las cuatro mulas que tiraban de la carroza. Pasé a su lado, sin detenerme. Si el vehículo había sufrido algún percance tendría que apañárselas sin mí. En ese momento alguien salió de la parte trasera del coche. Se trataba del hombrecillo de antes, vestido con su cuero negro de vaca. Sostenía un puñal. Mi mano se fue directa hacia la empuñadura de mi espada. No llegué a desenfundar el acero. Noté en mi espalda una punta afilada dispuesta a atravesar la capa mojada.

—Acompañadnos, señor —me susurró al oído el conductor de la carroza.

Esos cuatro mulos habían debido de cargar antes con mayor peso que el nuestro. Recorrieron el camino bastante velozmente, sin tropiezos, sin aflojar el paso ni detenerse. Por dónde nos llevaron, eso no llegué a verlo; cubrían las ventanas de la carroza unas cortinas de colores azules y dorados, igual que los dinteles. Después de desarmarme, no me llegaron a atar, pero hice todo el viaje sin moverme, vigilado por mi inadvertido espía. Si lo hubiese intentado, habría podido vencerlo, acometiéndole por sorpresa. Opté por no hacer la prueba. No puedo negar que sentía curiosidad por saber quién era mi captor. Sabía al menos que no se trataba del virrey de Navarra ni del gobernador de Pamplona, puesto que no estaba yo ni muerto ni en un calabozo de la ciudadela. Le formulé algunas preguntas a mi minúsculo guardián. En vano, ya que no despegó los labios hasta que la carroza se hubo detenido. Calculé que debíamos hallarnos a un par de leguas de Pamplona.

—Vuestra espada, señor —dijo devolviéndome el arma.

Me encontraba en el patio interior de un castillo. Y no de un castillo cualquiera. Contaba con cuatro torres en pie, una en cada ángulo, lo cual, sabía perfectamente, se trataba de una excepción en la Alta Navarra, después de que los españoles la conquistaran.

Un criado, con gran ceremonia, me hizo pasar al interior. Podría decirse que me encontraba allí como invitado, si no fuera porque mi pequeño y mudo guardián no se

despegaba un palmo de mí. Entramos en un comedor, ricamente adornado, con paredes cubiertas de bellas imágenes y grandes tapices. En un lugar destacado, lucía un escudo con pequeños cuadrados diagonales dispuestos en fila que alternaban el dorado con el azul. En un lado había un escritorio de color blanco. Las sillas, en cambio, eran de cuero negro. En el suelo, una gran alfombra con diversas filigranas que alternaban el azul con el verde y el amarillo con el rojo. En una larga mesa habían dispuesto sitio para dos, con un alto asiento para la presidencia y otro más bajo para el otro. El primero de ellos tenía ya su ocupante.

—Sed bienvenido al castillo de Arazuri. Tenéis ante vuestros ojos el solar de los Beaumont. ¿Sabíais que hace ochenta años durmió aquí el duque de Alba la víspera de su entrada en Pamplona?

No le calculé más de veinte o veintidós años. Era un hombre fino de cuerpo y de rostro, como también lo era la barba que oscurecía el mentón de su rostro taciturno. Incliné la cabeza:

—Noble señor...

Sus ropajes así lo señalaban: vestía telas de Flandes y sedas de Italia; de su cuello colgaba un collar de oro de las Indias. De cualquier forma, incluso desnudo, la arrogancia que exudaba habría señalado su alta cuna. Puse mi mente a trabajar: alguna otra vez había tenido ante mí aquel rostro lúgubre. Se percató de mi esfuerzo.

—Hace dos semanas. En el exterior de la Catedral. El día en que nombraron a Jerónimo de Ibero caballero de la orden de Santiago.

Efectivamente, tenía ante mí a Francés Carlos de Beaumont, señor de Arazuri. Nada más ni nada menos que el nieto del traidor que ochenta años antes había vendido a Navarra.

—No era el mejor día para conversar —prosiguió—. Demasiada parentela. Demasiados mirones.

Tenía noticias mías. Me hablaba en vascuence, despacio, muy despacio. Falta de costumbre, probablemente, más allá de dar órdenes a los criados y los perros.

—Pensé que en casa hablaríamos de forma más distendida. Mi Joaniko ha acertado trayéndoos hasta aquí.

Mi pequeño acosador y raptor, el tal Joaniko. Ya no lo tenía a la vista, pero sabía que continuaba en la sala.

—Vuestro Joaniko ha empleado convincentes razones para persuadirme a venir aquí.

—Tal vez debió de olvidársele mencionar mi invitación.

—Si me lo hubiera dicho, seguramente no hubiese precisado sacar su puñal.

La curiosidad me alejaba de la tentación de la ira.

—Espero que no os haya visto nadie entrar al carruaje. En esta Navarra nuestra hasta los arbustos tienen ojos y las zarzas oídos.

Había en su lobreguez un rayo de luz: sus ojos se iluminaban con el brillo de los febriles o de los locos.

—¿Tanto secreto merecía este pequeño cónclave nuestro?

En lugar de responder, me señaló el asiento libre con un gesto. Una criada surgió de la nada y empezó a servirnos la comida. Resultaba engorroso tener que levantar tanto los brazos para llegar hasta ella. Beaumont tampoco parecía cómodo teniéndolos que bajar tanto.

—Os lo diré claramente: no estaba seguro de que quisierais reuniros conmigo.

—¿Por qué no, señor?

—No disimuléis —me reconvino—. No soy tan ingenuo. Mi familia sirve a España desde hace un siglo.

¡Menuda noticia! Afortunadamente en Pamplona estaba adquiriendo todavía más habilidad para disimular lo que realmente me rondaba por la cabeza que cuando hice de rey de Navarra en París.

—¿Y qué hay en ello de censurable para un refugiado como yo? Alguien cuyo único afán al llegar Pamplona no ha sido otro que el de servir a España y a la Iglesia verdadera.

Lo que hizo aparición en sus labios no llegaba a un atisbo de sonrisa.

—Que Dios me perdone. He olvidado que venís aquí para acogeros a los amorosos brazos de Roma y Madrid, dejando atrás la herejía y el servicio del duque de Vendôme.

—Así es —respondí.

—Así es, sí. Desde hace un mes no se habla de otra cosa en las casas y palacios de Pamplona, en los conventos y en los atrios...

Hasta ese momento no me había percatado del todo de cuánto que hablar había dado mi aparición a los aburridos habitantes de la capital.

—... Dios es grande y nuestro rey Felipe casi más grande aún. *Te Deum laudamus...*

—... *te Dominum confitemur...*

Lo había aprendido en París y estaba dispuesto a cantarlo hasta la última línea. De pronto, sus dos ojos febriles comenzaron a chispear.

—Ya vale, Mailu. No soy tan necio como el gobernador y el virrey. A mí no vais a engañarme.

No pestañeé. Aunque hubiese sido el noble más principal del mundo, hacía falta algo más que el enfado de un jovenzuelo para descubrirme yo mismo.

—Desconozco de qué habláis, mi señor.

No me percaté de que lo tenía sobre la mesa. Tampoco me di cuenta de que lo sacara de debajo. Simplemente lo vi, abierto, entre sus manos, con tapas de piel —*Konfesionea*— y unas pocas hojas impresas dentro, que ahora leía Beaumont

—*Creemos que obrando de común acuerdo las tres personas de la Trinidad...*

Leía despacio, entrecortadamente. Parecía fuera de entendimiento, un imbécil. Con bastante probabilidad era la primera vez que leía en lengua vasca.

—... *creó Dios todas las cosas por su poder, su sabiduría y su bondad*

incomprehensible ...

—¡Despreciable ladrón! —se lo arrebaté de las manos.

Por segunda vez en el mismo día, sentí al instante la punta afilada del acero en mi espalda. El tal Joaniko no estaba dormido. Colocado detrás de mí, solo necesitaba una orden de su señor para atravesarme de lado a lado como a un pollo. Beaumont le hizo un gesto a su sirviente para que se retirase. Dejé de sentir la presencia de Joaniko tan rápido como me apercibí de ella.

—Deberíais cuidar vuestros bríos —dijo Beaumont, sentándose de nuevo—. No tenía intención de apropiarme del librito.

Sin dejar de estar de pie, me guardé el ejemplar bajo la camisa como si se tratara del bien máspreciado. Quizá se tratase de mi bien máspreciado en esos momentos.

—¿Cuándo me lo habéis quitado? —pregunté ásperamente.

El enfado me nublababa el pensamiento. Estaba delatándome de una manera bastante estúpida.

—Ni siquiera advertisteis que os faltaba.

Enrojecí. La vergüenza, no obstante, no me hizo cambiar de tema.

—¿Cómo me lo habéis quitado?

Pensaba en Martín. Sin la colaboración del muchacho difícilmente habría llegado el libro a sus manos sin yo saberlo.

Saciar mi curiosidad no era una de las prioridades de Beaumont.

—Toda Pamplona vive engañada.

Aplaudió como celebrando algo.

—Engañado, el virrey. Engañado, el gobernador. No habéis retornado a la Iglesia de Roma. Seguí al servicio del rey de Navarra.

Sentí un escalofrío en el interior, tan fuerte que no advertí en el momento que había dicho «rey de Navarra», en vez de «duque de Vendôme» o, simplemente, «Vendôme». Saqué la espada de su funda y di un paso atrás, volviéndome hacia Joaniko, que, viendo a su señor en riesgo, ya estaba frente a mí, con su puñal en la mano.

—Decís verdad. No soy ni papista ni traidor. Estoy dispuesto a morir ahora mismo por mi reino y por mi fe.

Beaumont observó mi vigoroso arrebató sin mudar su lúgubre semblante. Se diría que se compadecía de mí.

—Mailu, no habéis comprendido nada. Quiero servir al rey de Navarra. Quiero ser herético. Y me debéis ayudar en ello.

Bajo el azote de la lluvia y el viento, el pie de la muralla parecía más cubierto de barro y más endeble los andamios apoyados en ella. El mal tiempo no ralentizó las obras en la ciudadela. Igual que el día que conocí Pamplona, animales y gentes trabajaban a buen ritmo alrededor de la fortaleza. Incluso diría que en sus

enloquecidos ajetreos se apreciaba una circunspección que no percibí aquella primera vez.

También en el portón los nervios estaban a flor de piel, no como aquel día.

—¿Se espera a alguien? —les pregunté inocentemente.

Me pusieron un guía tan pronto como les declaré quién era.

—Es la tercera vez que vengo. Conozco el camino.

No sirvió de nada. Seguramente cumplían órdenes.

Crucé el amplio patio de la ciudadela tras los pasos de un jovencísimo soldado. Estando en mitad de ella, me topé con Lekanda, que instruía a unos soldados sobre el funcionamiento de un cañón. No nos dedicamos un solo gesto.

Pedro de Navarra se encontraba con otro hombre sobre las murallas traseras de la ciudadela, desde donde observaban los esfuerzos de hombres y bestias. Trabajaban con denuedo en aquella parte, aunque no por mucho rato. Ya pronto oscurecería y tendrían que marcharse.

Nada más tenerme en frente me reprochó el gobernador de Pamplona:

—Llevo desde esta mañana esperándoos, Mailu. ¿Dónde demonios os habíais metido?

Podría mentirle pero le dije la verdad.

—En Arazuri. He almorzado con Francés Carlos de Beaumont.

No esperaba una respuesta semejante, tal como advertí en el parpadeo de su único ojo.

—Os dejaría un buen dolor de oído, de tanto hablar mal de su tío, su tía y sus primos.

—No hemos tratado de temas familiares.

Seguía sin alejarme de la verdad. Habíamos hablado de muchos asuntos, humanos y divinos, pasados y futuros, pero no de su familia.

—Ha sostenido litigios con toda su parentela por casas y tierras familiares y los ha perdido todos.

—Lo desconocía.

Así era. Beaumont no había mencionado nada de ello.

—Dicen que el resquemor que ello le produce le ha hecho perder la cabeza.

Le hubiese complacido que yo confirmase tales rumores. No le di esa alegría.

—Si es así, conmigo se ha fingido bien cuerdo.

—Si no era para hablar mal de su familia, ¿qué quería de vos el señor de Arazuri?

Le contesté sin rubor:

—Deseaba oír de mi boca los detalles de mi conversión.

Tampoco esperaba esta respuesta.

—¿Tanto le interesan al joven Beaumont los asuntos de fe?

—Después de oírle, diría que sí.

No se lo creyó del todo.

—También me mencionó una importante visita que Pamplona recibirá en breve

—añadí, sin que me preguntase.

Miré hacia los pies de la muralla, que los trabajadores abandonaban en ese momento.

—Esa es la razón de que apresuréis los trabajos de la ciudadela, ¿verdad?

De nuevo no volvía a mentir. Beaumont había traído el tema a colación. Todos los nobles y autoridades principales estaban al corriente de la llegada del rey de España, aunque se les había pedido que no lo difundieran hasta que no se acercase el día.

El castigado rostro de don Pedro parecía que fuera a incendiarse.

—Mirad, Mailu. Está bien que procuréis amistad entre la nobleza navarra. Pero tan importante como eso es elegirlos bien. La protección del señor de Arazuri supone un endeble amparo para vos.

—Me acordaré de vuestro consejo, excelencia, la próxima vez que el descendiente de los Beaumont me sienta a su mesa.

Rozaba el límite de lo imprudente con el viejo Polifemo. No tenía rango suficiente como para hablarle de ese modo. Afortunadamente se giró hacia el hombre de su lado, que, sin quitarme ojo, estaba siendo testigo mudo de nuestra conversación.

—Esta persona me ha traído noticias de la Baja Navarra.

De la Baja Navarra. Nada más oírlo me puse en estado de alerta. Tal vez me había confiado demasiado al atender a la llamada del gobernador.

—Ya os conocéis —soltó don Pedro, divertido—, aunque, según él me ha confesado, nunca hayáis estado cara a cara.

Por primera vez me fijé en el compañero del viejo soldado, como él ya hacía conmigo desde hacía buen rato. Tenía aspecto de comerciante. O, quizá, de escribano. Soldado, al menos, no era.

Dije no conocerlo.

—Undiano —me señaló él—. Joanes Undiano.

Cuatro años atrás ese hombre era el principal confidente de los españoles en Lapurdi y la Baja Navarra. En la época que trabajaba para Belzunce, hubiera dado medio sueldo mío por atraparlo. Ahora solo me importaba una cosa: que el tal Undiano no supusiera una amenaza para mí y para mis planes.

—Estáis en deuda con él. Él nos ha confirmado de cabo a rabo la historia que vos nos contasteis al llegar.

Nos saludamos sin calor.

—Me complace que vuestras informaciones no me hayan dejado por mentiroso.

—También a mí que ahora estemos en el mismo bando. Si es que efectivamente lo estamos.

Era una pulla, pero no sonrió al decirla.

—¿Acaso lo dudáis?

—Joanes Mailu, «la espada del reino y de la fe». No hace ni cuatro años que así os proclamaban los fieles de Vendôme en la Baja Navarra.

—Ese Joanes Mailu está muerto. Ahora, con el mismo nombre, es otro quien anda

por el mundo, en virtud de la gracia de Dios.

—¿Lo veis? —don Pedro a su confidente—. Ante vuestros ojos tenéis el milagro.

—Lo veo, excelencia.

Su rostro distaba de mostrar una total seguridad.

—Ahora, Undiano, quiero que también nuestros amigos de la Baja Navarra y Lapurdi puedan ver este pequeño milagro con sus propios ojos. Traed a Pamplona a Etxauz y al joven Agramont, al señor de Saint-Pée, y a Garro, y a todos los demás que cobran de nuestra plata.

Me revolvía las tripas la idea de reunirme con esa sarta de traidores y todavía más la de bailarles el agua.

—Quiero que se percaten de que la grandeza de España no se halla solamente en su oro o en su ejército. Quiero que sepan que también la fuerza de la razón está de nuestra parte. Nos vendrá bien ahora que nuestros soldados pelean en París. ¿Vos lo organizaréis, no?

Hablaba con Undiano.

—Haré como me mandáis. Sin embargo, ya sabéis que para ello...

—... que para ello necesitaréis dinero, claro está. También contaréis con ello. De todos modos, Undiano, tenéis algo que aprender de nuestro nuevo amigo Mailu. Desde que se encuentra aquí no me ha pedido ni una sola moneda de cobre.

El confidente me miró con odio, que se acrecentó con las siguientes palabras de don Pedro.

—¿Sabéis, Mailu, en cuánto ha tasado este pájaro las últimas informaciones que me trae de la Baja Navarra?

El confidente hizo un gesto de protesta.

—No puedo ni imaginármelo —respondí.

—200 ducados.

En mis tiempos de Ayerra hubiera mandado ahorcar a quien osara pedirme ese dineral por sus servicios.

—No es algo que España no pueda pagar si las noticias lo merecen —dije.

—¡Evidentemente! —saltó el confidente.

Haber salido en su defensa no hizo que se suavizase el rigor con que me miraba. Don Pedro simuló no haberlo oído.

—Veo que sois generoso con el dinero del rey —me dijo en tono de broma—. Juzgar vos mismo si el precio es el adecuado. Undiano, contadle al caballero de Mailu qué noticia habéis oído en las tierras de Vendôme.

No debía de parecerle una historia que debiera compartirse conmigo. El gobernador tuvo que reiterar su orden.

—En Navarra, el mayor riesgo para nuestro rey Felipe no procede de Vendôme, que se encuentra enredado sitiando París, sino de la revuelta que al parecer están organizando en Pamplona hombres a su servicio.

Simular yo el asombro más desorbitado fue cuestión de segundos.

—¡Válgame Dios! Ojalá no suceda nunca una desgracia de tal suerte.

Ambos, primero don Pedro y unos pasos detrás Undiano, sopesaban mi respuesta. Añadí sin miedo, a media voz:

—¡Precisamente ahora que nuestro rey Felipe va a venir a Pamplona!

A Don Pedro no le agradó mi mención.

—No os preocupéis de nuestro rey. Dios y yo nos ocuparemos de su bienestar durante el tiempo que esté en Navarra. ¿Habíais oído algo de esa revuelta antes de venir aquí?

—En prisión no se lo escuché a nadie, ni a los carceleros ni a los presos — contesté, añadiendo a mi ingenuidad un punto de ofensa.

Eso no le bastó.

—¿Y tampoco desde que estáis en Pamplona?

—Excelencia, conocéis de sobra por dónde he andado. En todos los rincones de Pamplona tenéis perros guardianes. Si ellos no se han olido nada, ¿cómo iba a apreciar mi pobre nariz el tufo de un asunto de tanta gravedad?

Agerre, el ambiente de la calle Saint Catherine le trae el recuerdo del ajetreo de París. Durante los días que se ha pasado escribiendo y leyendo en el cuartucho de Zubiaur, apenas se ha dado cuenta del escándalo que procedía de abajo. Ahora, le ensordecen los gritos de los carniceros, de los panaderos y de los cereros de Burdeos, pregonando sus productos. De los muelles cercanos, por su parte, llegan compradores en tropel. Él solo se ha detenido delante de un talabartero, donde ha comprado una funda para guardar los papeles que lleva debajo del brazo. Lo ha conseguido más barato que en la capital francesa, después de un duro regateo. Siguiendo las instrucciones de Zubiaur, cruza la plaza de Saint-Projet, santiguándose ante la cruz de piedra situada en el centro. De detrás de ella sale Jeannot.

—¡Monseñor!

No es poca su alegría al encontrarse con el esbirro del embajador. A pesar de sus andrajos. A pesar de su pechera, repleta de cruces y escapularios. A pesar del muñón de su pierna danzando por el aire.

A Agerre no le gusta el sitio donde están. Desde que ha salido de casa de Zubiaur, tiene la sensación de que le siguen. Es como una especie de comezón, el rasguño que provocan unos ojos al clavarse sobre la piel. Unas cuantas veces ha vuelto súbitamente la cabeza. En ninguna de ellas ha atrapado a nadie observándolo. Sin pararse detrás de la cruz, le hace una señal al cojo parisino para que le siga.

Agerre camina ligero. Jeannot, ayudado por su cayado de níspero, lo sigue ágilmente a pesar de su única pierna. Deben utilizar sus codos para abrirse paso a través de la Rue de la Merci, tantos son los transeúntes que la llenan. El pórtico de la iglesia Saint Michel también está repleto de gente, con los ojos girados hacia las largas agujas del templo. Los peregrinos que van a Santiago se adentran en su interior. En ese ambiente la pechera del sirviente se destaca poco.

Dentro de la iglesia, les cuesta encontrar un rincón discreto. No son los únicos que entran allá a negociar. Amén de los vendedores de reliquias y escapularios, algunas mujeres ofrecen sus servicios a feligreses y viajeros sin reparo, pese a la presencia de crucifijos e imágenes sagradas. Agerre siente encenderse en él la llama del deseo. Para alejarla de sí, se vuelve hacia Jeannot.

—Aquí tienes tu parte —deposita el saquito de piel que acaba de comprar en la única mano que le queda libre al mensajero.

El hombrecillo se lo ata a la espalda sin verificar su contenido. Contiene unos cuarenta pliegos. No ha pasado ni una hora desde que el sacerdote ha llenado el último de ellos.

—¿Está todo? —le pregunta el cojo.

Agerre ríe, a pesar de que el mensajero no haya dicho nada gracioso.

—Precisaría meses para acabarlo en su totalidad y su excelencia el embajador no me ha otorgado sino unos pocos días. Tendré que seguir trabajando.

El mensajero se encoge de hombros, despreocupado. Ello no desanima al clérigo.

—He añadido una carta dirigida a él, para que se persuada de cuán beneficioso para el reino resultaría que yo continuase con mi trabajo.

En realidad, en estos pliegos que ha entregado a Jeannot, Agerre ha vertido muy poco del contenido del manuscrito del hugonote. La mayor parte ha salido de la propia cabeza del sacerdote.

—Ahora, lo tuyo.

Lleva días soñando con este momento. Ayer recogió de un librero la parte que Jeannot le trajo a Angulema. Igual que las otras dos, también la ha mandado encuadernar con fino hilo de lino. Lo mismo hará, tan pronto como la lea, con la parte que el sirviente va a dejar en sus manos. ¿Será la última? Así lo espera.

—¿Dónde está lo mío?

Jeannot agita la mano que no sostiene la muleta. Sus dedos y uñas lucen negros de porquería. Pero no sostienen nada. Su mano está vacía. Completamente vacía.

El sacerdote comienza a sudar.

—¿No habéis podido robarle nada más?

Los diminutos ojos del mensajero miran hacia otro lado.

—Se ha acabado el escrito.

—¿Se ha acabado?

Las palabras le suben dificultosamente por la garganta.

—Vuestro amigo hugonote se ha esfumado. Ha desaparecido. Se ha evaporado. Llevo una semana buscándole. No aparece por ningún lado.

Si no se hallara en el interior de una iglesia, el sacerdote empezaría a maldecir. Agerre quiere la continuación de «su» manuscrito. Durante los últimos días la esperanza de que fuera así ha viajado con él. No pueden frustrársela ahora. Y mucho menos un enano paticorto. Pero fue el Espíritu Santo el que dejó escrito, valiéndose de la pluma de Salomón: *Spes quae differtur affligit animam*. La esperanza que se retarda aflige el corazón, atormenta el alma.

—¿No se alojaba en casa de un caballero de Saumur? Un tal Dampierre, me dijiste.

Le cuesta contener la ira.

—Se alojaba hasta que la semana pasada se marchó. Pero no lo hizo a otra casa u hostel de Saumur. Puedo aseguraros que también hemos indagado en ellos.

Así debía ser. Los hombres del rey de España son capaces de llegar a Saumur e incluso a lugares más extraños. Agerre no se muestra conforme.

—Estará en alguna ciudad cercana. Volvería a Tours, quizá, o se adelantaría hasta Poitiers.

—Puede ser.

El tono del cojo tiene algo que todavía altera más a Agerre.

—Si nuestros informantes no duermen, pronto olerán su rastro.

El silencio que acompaña a sus palabras causa pavor en el sacerdote. Jeannot alza las dos manos. Ambas. También la que sostiene el bastón.

—No va a ser posible —anuncia, sin ninguna pena—. Acaban de ordenarnos desde la embajada que dejemos en paz a vuestro dichoso hugonote. La orden, al parecer, parte de Madrid. Nos quieren a todos en París, vigilando los primeros pasos de la nueva regente de Francia.

No quería volver a posar su vista en él. Se ha prometido que no volverá a sostenerlo en sus manos. Pero ha tenido que dar cauce a un deseo que lo acogotaba. Se ha pasado los últimos tres días relejendo el manuscrito inconcluso del hugonote, de nuevo sin salir de su cubículo de Burdeos. Henriette le ha llevado allá la comida. A cargo de la criada de la casa han quedado también las velas para alumbrar el cuarto al llegar la tarde. La joven tampoco ha dejado de llevar a vaciar los bacines que ha ido llenando Agerre, que ni siquiera ha salido fuera a hacer sus necesidades. El comerciante bilbaíno ha rondado su puerta, preocupado, considerando locura la desgana del sacerdote por abandonar su habitación. Ha querido hacer venir al médico, «antes de que sea tarde». El navarro ha tenido que hacer gran uso de su palabra para persuadirle de lo contrario.

Volver a leerlo no ha desvanecido la rabia que le causó la noticia que le trajo Jeannot. Sigue maldiciendo en su interior al mensajero parisino y, de manera especial, al embajador Íñigo de Cárdenas. En Salamanca a eso solían llamarlo *ira per vitium*, esto es, ira por vicio, enfado pecaminoso. Durante el tiempo que no ha estado volcado en el escrito del hugonote, ha pensado largamente en su venganza. Ha terminado por advertir que ella ha tomado ya cuerpo y está siendo transportada por el propio Jeannot a Íñigo de Cárdenas, por medio de la traducción, o lo que sea, que ha perpetrado.

Mendacem oportet esse memorem dice el viejo refrán. Agerre sabe que la mentira tiene flacos fundamentos. Sabe también que la mentira necesita muchas composturas y aderezos y, aun así, nunca se la hermosea y encubre lo bastante. Tampoco ignora que si el mentiroso quiere que su mentira pase por verdad y triunfe, tiene que porfiar en ello; tiene que haber previsto de antemano qué es lo que ha de responder al uno y al otro. Ahora poco le importa todo ello.

Cuando escribió solicitando la ayuda del embajador en París, habló de «documentos de suma importancia». Tenía que atenerse a algo así, si quería que la tupida red de información y apoyo con que España cuenta en Francia se pusiera en marcha para atrapar a su oscuro hugonote. Pero ello conllevaba un precio: el contenido de la supuesta traducción que debía recibir Íñigo de Cárdenas tenía que ser «de suma importancia», ni un punto menos.

Estos días, en los ratos en que ha descansado de leer, Agerre ha tenido otro

entretenimiento: ahora se imagina la cara del embajador cuando inspeccione los folios que él ha puesto en manos de Jeannot. No es baladí lo que le ha hecho llegar a través de él. Nada menos que un plan secreto de los hugonotes para apropiarse del trono de Francia y atacar a España por todos los lados imaginables. Todo venía especificado. Los nombres de los colaboradores y enemigos de los promotores del supuesto plan, los pasos que seguirían, las fechas en que lo efectuarían. Hace un año no podría haber llevado a cabo un trabajo así. Ha vertido en esas líneas todo lo que ha escuchado y leído en el año que ha pasado en París, tanto los temores de los profesores de la Sorbona, como las esperanzas de los esbirros del embajador o las fanfarronerías de los panfletos hugonotes, todo mezclado, revuelto y agitado, ordenado y dispuesto de una manera novedosa. Agerre estaba satisfecho con el resultado, porque pensaba que, viéndolo Íñigo de Cárdenas, no le quedaría otro remedio que seguir manteniéndole el sostén de los últimos meses. Ahora sabe que no sucederá tal cosa. Le llegará al embajador, qué duda cabe. Y temblarán todos los servicios del rey Felipe, conmocionados por las noticias llegadas de Burdeos. Pero para entonces ya será tarde. No habrá quién siga la pista del hugonote y él, Agerre, se encontrará ya en Sara, entregado de nuevo a su labor parroquial. Darse cuenta de todo ello ha contribuido a recuperar su paz de espíritu.

La nueva lectura, por otro lado, le ha valido para fijarse en cosas que le pasaron desapercibidas en la primera ocasión, gracias a lo cual ha podido, por ejemplo, comparar los primeros pasajes que, por obra de la casualidad, llegaron a su poder a las puertas de París, y estos últimos, hurtados por Jeannot para él. No es diferente el autor de estos y de aquellos. No obstante, por comparación a los de la primera parte, se advierte que los últimos capítulos están redactados con frases más cortas, motivadas, parecería, por cierto cansancio del autor. También se percibe que el hilo de la narración, antes continuo, se muestra más entrecortado en las últimas entregas, como si no se acomodara todo lo que desea contar con el tiempo del que dispone para ello. ¿Ha expirado ya su plazo en este mundo o continúa en algún lado vertiendo su vida al papel? La imposibilidad de responder a esta cuestión le agría el gesto.

Agerre se levanta de su silla evitando lo más posible castigar sus doloridos huesos. Se acerca a cortos pasos hasta la ventana. Al asomarse vuelve a asaltarle el conocido hedor procedente de abajo. Sin embargo, mantiene fuera su cabeza. Igual que el otro día, le acecha la sensación de que alguien le observa desde la calle. Desde la ventana solo ve el ir y venir tranquilo de la gente. Bajo la casa de Zubiaur va aplacándose el constante fragor del día. La tarde está domeñando la ciudad de Burdeos. Dentro de poco, el interior de la habitación se volverá tan oscuro como el túnel de un topo. Menos mal que pronto regresará Henriette, la criada. Como ha hecho casi a diario durante los últimos días, Agerre la ha enviado a por velas a casa del cerero.

Henriette carece de toda belleza. Por su pequeña boca asoman dientes negros y torcidos. No obstante, es bien dispuesta y sus ojos negros tienen cierto brillo. El

sacerdote tiene la seguridad de que no se negaría a otros requerimientos si mediase en ello alguna moneda. Desde que no tiene qué leer, el deseo carnal ha resucitado en él como un tormento. Recuerda la cita de San Ambrosio: *Piae mentis est, vulnus sentire peccati*. Buena señal es sentir la herida del pecado. Vuelve a asomarse a la ventana. Henriette debe de estar a punto de llegar.

El propio Martín me advirtió de que nos estábamos poniendo en riesgo saliendo tan temprano. Los hombres del Regimiento todavía andarían haciendo la ronda por las calles. Si nos encontrábamos con ellos, no resultarían convincentes nuestras explicaciones. Había que cruzar toda la ciudad desde la Rúa Mayor del Barrio Nuevo hasta Sanduandia, y todavía faltaba un buen rato para que empezase la misa de San Cernin. Difícilmente podría excusarme de estar allá a esa hora.

No obstante, Martín y yo salimos de casa cuando todavía faltaba bastante para el amanecer. Las campanas de San Cernin acababan de dar las cinco. La misa no empezaría hasta la hora sexta. Como la vez anterior, me acompañaba mi criado con un candil en la mano, que le alumbraba el rostro y le dejaba asomar las marcas de los palos que le propiné dos días antes, en premio a su doble juego en favor de Beaumont. Ahora trabajaba para mí y, en vez de golpes, recibía a cambio una moneda de plata. Del mismo material era la pulsera que yo llevaba en el bolsillo y que el muchacho había conseguido Dios sabe dónde. Se la había pagado con creces sin preguntarle su origen.

Lo más seguro era adentrarse por las calles en silencio. En silencio y con gran atención para no mancharse los pies en los abundantes charcos de la vía. Una inquietud me hizo romper el mutismo:

—¿Todo está bien atado con tu primo? —le pregunté en voz baja a mi criado.

Había sido una gran suerte que el pariente de Martín estuviese empleado en la casa de Ollakarizketa.

—Será él el que salga hoy alumbrando a la mujer del síndico.

—Ruega a Dios por que así sea. Si no, tus espaldas volverán a saber de mí.

Por una vez la suerte jugaba a mi favor. Llegamos sin tropezarnos con nadie hasta el final de la calle de los talabarteros. Ya no debíamos más que aguardar allá. Entretuvimos el tiempo con una conversación en voz queda.

—Así que el esbirro de Beaumont también es pariente tuyo —le pregunté a Martín.

—Mi tío Joaniko, hermano de mi madre.

—En casa de Beaumont, en la de Ollakarizketa... ¿Hay alguna casa en que no trabaje un familiar tuyo?

El corazón se me desbocó al ver que una luz se acercaba por la calle de Sanduandia. Pronto llegaron a nuestra par. Se trataba de tres personas. El primero de ellos, un muchacho de la edad de Martín, hacía de guía con una luz en la mano. Detrás de él, una muchacha no mucho mayor, a cuyo lado iba una mujer envuelta en un manto de piel, que cubría su rostro y su cabeza con una mantilla.

—¡Ramona!

Me salió de muy adentro y más alto de lo que hubiese querido.

—Caballero de Mailu —repuso ella en un tono mucho más quedo.

No había cólera en su voz por toparse conmigo tan a destiempo y a deshora. Tampoco sorpresa. Quizás ya había sido avisada que se encontraría conmigo camino de la iglesia. Nos brindamos los cumplidos habituales. Alguien que nos viera pensaría que en Pamplona era cosa de todos los días encontrarse a esas horas en sitios semejantes. Pronto pasé más allá de los cumplidos:

—¿Necesitas la mantilla para protegerte del frío?

—Del frío y de la mirada de los hombres.

De nuevo traté de encontrar en esa figura cubierta de pies a cabeza algún rastro de la Ramona de hace veinte años. El resultado de la búsqueda resultó pobre.

—No acostumbro a llegar tarde a misa —nos apresuró.

El primo de Martín y la criada habían obtenido ya su recompensa por mediación de mi criado. Se adelantaron unos pasos, dejando sitio para que pudiera caminar junto a su señora. A Martín no pude alejarlo tanto. Necesitaba su candil cerca para no andar a ciegas por las calles en penumbra. No hubiese sido tan mala cosa, si el niño del demonio no transportara, junto con el farol, sus atentos oídos. Me importaba un higo. Los nobles parisinos suelen hablar cualquier cosa ante sus sirvientes, mientras que estos se fingen sordos. Decidí comportarme como un gran señor del Louvre.

Me llevé la mano al bolsillo, para sacar la pulsera que le compré a Martín y ofrecérsela a ella.

—No me diréis que estáis aquí por oír el sermón de Agerre, el de Urdax —me espetó.

Mi mano se echó atrás instintivamente.

—No lo digáis porque no os creeré.

Seguía poniendo la misma cara afilada que veinte años atrás. Sin embargo, la que me inició en el amor, olvidándose del tuteo de entonces, me trataba de vos. No hice yo otro tanto.

—No tienes por qué creerlo. ¿Qué tiene ese curilla, que trae locas a casi todas las mujeres de Pamplona?

—Un bonito verbo, eso tiene, no como la mayor parte de los hombres de esta ciudad, incluidos los que estáis de paso.

He ahí, en toda su viveza, otro distintivo de antaño: el descaro. No pude evitar mostrarme celoso.

—Hace veinte años no hubieses andado detrás de un repartidor de hostias. Eras una intachable reformada.

Soltó un bufido burlón.

—¡Hace veinte años! Eso es tanto como decir una eternidad. Era tan joven y tan ignorante, que ni sabía lo que era la Reforma. Decidme ahora: ¿a qué habéis venido?

Volví a introducir la mano en el bolsillo. Mis dedos rozaron la pulsera. Imaginé

los ojos de Ramona, un instante después, brillando tanto como su plata.

—Quería estar contigo.

—Ya estuvisteis conmigo el otro día.

—Sin tu esposo.

Detuvo el paso.

—Bien que necesitáis a mi marido para otros asuntos.

Volví a sacar la mano del bolsillo sin la pulsera. Endureció la voz:

—Decid de una vez lo que tengáis que decirme e iros por vuestro camino, antes de que nadie nos vea juntos. Hay quien puede reconocerme incluso por la toquilla y las mujeres casadas como yo no andan con desconocidos de madrugada por las calles.

Prefería seguir caminando, pero ella seguía firme en el lugar donde se había detenido. Los tres criados nos esperaban, Martín a nuestro lado; los otros dos, más apartados, aparentemente esperando a que reanudáramos la marcha, pero, en el fondo, atentos a nuestras palabras. No los defraudé:

—He venido a buscarte.

La doncella emitió un breve sonido a unos pasos de nosotros. Los dos muchachos suspiraron.

Ramona reanudó la marcha. El resto la imitamos un instante después. Las campanas llamaban a los fieles desde la torre de San Cernin.

—Llegáis veinte años tarde, Joanes —oí que decía Ramona, levantando la voz sobre el repiqueteo—. Ya no soy aquella que dejasteis en Navarrenx.

—¿Alguien es el mismo de hace veinte años? —forcé yo también mi garganta—. ¡Qué no habré sido yo en este tiempo! Precisaría de un libro más grueso que el de Amadís para consignar todas mis andanzas. He estado en lo más alto, tanto que no lo creerías. Y también en lo más bajo. Alguna vez he probado el cielo; muchas, el infierno.

—¿Creéis que lo mío ha sido más sencillo, desde que los vuestros me expulsaron de Navarrenx como una ramera hasta el día de hoy?

No había ido allá para debatir eso. Mi mano empezó a buscar otra vez la pulsera en el bolsillo. La cogí y, encerrada en el puño, la saqué para ponérsela en su mano. Martín acercó la luz en ese momento. Casi ni la miró.

—No la quiero.

No acepté su devolución, así que se agachó y la depositó en el suelo antes de echar a andar. No pude hacer nada mejor que recogerla de ahí.

—Deja a ese chupatintas y vente conmigo.

—Volveos a la Baja Navarra. Regresad a vuestro reino. Aquí no tenéis nada que hacer.

En sus palabras no había rastro de temblor ni de duda. Decidí descubrirme por completo.

—También mandaremos aquí dentro de poco. Entonces yo seré alguien importante.

Otros tres pares de orejas escuchaban. Estaba poniéndolo todo en peligro.

—Pobre Joanes. Después de veinte años, sigues soñando.

Solo nos faltaban unos pasos para llegar al pórtico de San Cernin. Los faroles de otros feligreses nos habían adelantado en el último tramo. Había notado dos o tres veces clavados en nosotros los ojos de los que caminaban junto a los mozos que portaban las luces. Le hice un gesto a Martín para que se detuviera. El muchacho estaría satisfecho. Tendría cosas que contarle a Beaumont. Me hizo una pregunta muda mirando en dirección a la iglesia.

—No —le confirmé.

Ramona, altiva, prosiguió hasta reunirse con sus dos criados. Antes de entrar en la iglesia se volvió hacia mí. Extendió su dedo índice. Muchos años atrás acostumbraba a hacer lo mismo cuando me regañaba por alguna cosa.

—Dejad de envenenarle la cabeza a mi marido. No lo volváis a ver, no os reunáis con él, no aparezcáis más por nuestra casa.

En la trastienda solo estaban Bakedano e Ilarregi. No obstante, no retrasé la noticia:

—Un gran noble de aquí ha mostrado su voluntad de servir a nuestro rey.

Su asombro aplacó el disgusto que arrastraba desde el amanecer.

—¿Quién? —preguntaron ambos al unísono.

—Conviene a nuestra empresa que lo sepa la menor gente posible.

Enseguida me percaté que entre esa minoría selecta se incluían a ellos mismos.

—¿Se trata de León de Garro? —me preguntó el maestro.

Otro día les había informado de mi encuentro con el cabeza del bando agramontés.

El librero le respondió por mí:

—¡Quita, quita! A los Garro ya no les queda sino agua en las venas. En todo caso será otro: Martín de Bértiz. O León de Ezpeleta.

Volvieron sus ojos hacia mí a la espera de que se lo aclarara.

—Acabáis de oírme: no os daré su nombre.

Con ello debía haber bastado. No fue así.

—¿Y por qué no un beaumontés? —intervino Bakedano—. Últimamente algunos de entre ellos suelen quejarse más del virrey que sus enemigos agramonteses.

Esta vez fue Ilarregi el que se me adelantó.

—¿De quién se trata? ¿De Lope de Esparza? Imposible. Más fácil es que sea Jaime Díaz de Armendáriz.

Olvidados de mí, discutían entre ellos como dos lavanderas en el lavadero.

—¡Anda ya, Díaz de Armendáriz! —exclamó Bakedano—. ¿Y por qué no el mismísimo Francés Carlos de Beaumont?

Creo que palidecí. Afortunadamente, no me observaban.

—Pues más fácil lo creería de Francés Carlos —rebatió Ilarregi. Parecía cómodo con el cariz que había tomado la conversación—. Al estar reñido con toda su familia, que el descendiente de Luis de Beaumont se pusiera al servicio del rey de Navarra sería una manera de darles un sopapo a todos ellos.

El asunto había ido demasiado lejos. Fingí enojarme.

—¿Qué tontería es esta? ¿Quién es Francés Carlos de Beaumont?

Mis dos compañeros de conspiración me miraron como si se asombraran de que continuase allí. Tras lo cual empezaron a interrumpirse el uno al otro, dándome detalles que no había obtenido de boca del propio Pedro de Navarra:

—El conflicto ha surgido por la herencia de su tía Beatriz de Beaumont —explicó Ilarregi—. Dejó todos sus bienes a las carmelitas, cuando ella se metió monja, dejando sin nada a su sobrino.

—Y también está el asunto del título de condestable... —añadió Bakedano.

—... que, al morir su tío, el Consejo de Castilla abolió, con la anuencia de toda la familia... —continuó Ilarregi.

—En particular con el beneplácito de Tristán de Beaumont, que prefería que nadie fuese condestable de Navarra a que lo fuera su sobrino Francés Carlos —concluyó Bakedano.

Hasta aquel momento no me había percatado de lo bien que se complementaban los dos amigos y de su nivel de confianza mutua.

—Una disputa familiar no inclina a nadie hacia una causa honorable.

Era una necedad por mi parte. En Francia, los nobles necesitaban aún menos motivos para pasarse de un bando a otro. Afortunadamente mis compañeros consideraron mis palabras una negación al nombre propuesto casi como broma.

—Mejor si es así, porque Francés Carlos tiene escasa influencia entre los nobles e hidalgos de Navarra —declaró Bakedano.

—Dicen que está como una cabra —precisó Ilarregi más crudamente.

Cada palabra de ellos tenía la virtud de aumentar mis dudas. Ya bastaba de hablar de Beaumont, pero quería plantearles otra cuestión:

—El citado gran noble, además de su voluntad de servir al rey de Navarra, también me ha expresado su deseo de convertirse a la fe verdadera.

En Saint-Palais, Enekot Ezponda me aconsejó que esquivase el asunto de la religión tanto como pudiese. En Francia cada vez había más papistas partidarios de Enrique. No hace falta decir que ello no me alegraba demasiado.

—¿Para servir al rey de Navarra es indispensable romper con Roma? —preguntó Ilarregi con aspecto preocupado.

—No es imprescindible.

Era una aclaración que tenía que haber dado yo, pero que respondió Bakedano. Al maestro, al menos en apariencia, le bastó con la explicación de su amigo.

Dirigí mi conversación por otros derroteros.

—¿Tenéis preparada la proclama? —le pregunté al enseñante.

—Es una tarea que tiene costos. La tinta, el papel, las plumas, la luz...

No tenía intención de poner otro doblón en sus manos.

—Pedídselo a nuestro amigo Bakedano. Puesto que a él le he dado para eso y para más.

El librero no tuvo redañones para contradecirme.

—No obstante, puedo adelantar algo.

Ilarregi mostró un papel lleno de garabatos y tachones.

Después de leer algunas líneas, se lo devolví.

—Habremos de sacarlo también en vascuence para que lo comprendan todos los navarros.

—Es trabajo en vano —repuso Bakedano—. Los labradores, artesanos y criados van por el camino que deciden los nobles, clérigos y burgueses. Aparte que ninguno de ellos sabe leer.

No tenía ganas de discutirlo. Haría lo que considerase conveniente cuando tuviese el escrito en mi poder.

Ilarregi continuó blandiendo su papel.

—Ollakarizketa quería darle el visto bueno. ¿No va a venir?

—Creo que hoy no va a poder.

Ni tan siquiera había informado de la reunión al marido de Ramona.

—Pensaba que la opinión del abogado nos convendría.

En ese momento llamaron a la puerta. Esta vez no me sobresalté. Esperábamos a Lekanda, para ver qué noticia traía de la ciudadela. Y así era. El artillero entró en la trastienda, pero no venía solo. Lo acompañaba el propio Ollakarizketa.

—Me he encontrado casualmente con él por la calle. Parece que no tenía idea de nuestra reunión.

Todas las miradas se clavaron en mí, casi todas sorprendidas. La de Ollakarizketa, ofendida. Todos me pedían explicaciones porque yo era el encargado de avisar al síndico. Afortunadamente Lekanda venía ansioso por soltar la noticia:

—Esta mañana nos han avisado a los oficiales de la ciudadela de la fecha de la llegada de Felipe. El canalla llegará a Pamplona el 28 de diciembre. Tenemos dos semanas por delante para planear cómo acabar con él.

Concluimos la lección de religión. Tres horas ininterrumpidas hablando de la predestinación y la eucaristía, del sacerdocio y las imágenes, de las Sagradas Escrituras y del obispo de Roma. Francés Carlos de Beaumont resultó mejor alumno de lo que esperaba. Aunque en más de una ocasión dudé si me estaba entendiendo, mostraba interés, algunas veces exagerado, por aprender todo lo que le decía. Yo me encontraba exhausto y no deseaba otra cosa que abandonar la sala del castillo de Arazuri. Pero todavía tenía trabajo.

—Esta es la proclama que el otro día os mencioné.

Francés Carlos estaba sentado en el mismo asiento del otro día, como un rey en su trono. No hizo el más mínimo ademán por recoger el papel que le ofrecía.

—Ahora no tengo ganas.

—Está en castellano. Os será más fácil de leer que la del otro día.

—No importa. Leédmela vos mismo.

No deseaba hacer el ridículo con mi pobre romance. Junto con el original de Ilarregi también me había traído un borrador de la traducción que estaba realizando. Empezar a leer en vascuence, a su manera, fue una pequeña venganza:

A la muy santa Iglesia de Navarra, a la muy esforzada nobleza navarra, a las muy dispuestas villas navarras...

—¿No debiera la nobleza ser citada por delante de la Iglesia? —me interrumpió.

—Así es el uso habitual.

Ignoraba si estaba en lo cierto, pero mi tono era tan resolutivo que no admitía réplica.

—Así sea. ¿Pero a qué iglesia se refiere? ¿A la nuestra o a la de aquel que llaman Santo Padre?

No hacía ni una hora que le había enseñado a nombrarlo como «aquel que llaman Santo Padre».

—No es menester concretar qué iglesia es. Cada navarro ha de pensar que nos referimos a la suya. Una vez expulsemos a los españoles, ya tendremos tiempo de erradicar la papistería de la faz de las tierras navarras.

Beaumont aceptó mi parecer con un gesto. Volví a la lectura de la proclama:

... pasan ya 80 años que España, con alevosía y artimañas, arrebató las tierras de esta parte de los puertos a sus legítimos y verdaderos propietarios...

—Con alevosía y artimañas... y la ayuda de una tropa de traidores. ¿Por qué no mencionáis las intrigas que llevaron a cabo mi familia y sus afectos?

Suspiré. Antes no preguntaba tanto.

—No hay por qué decir siempre toda la verdad. Será más fácil que se nos unan más familias nobles y más hidalgos si no les recordamos qué hicieron sus abuelos y bisabuelos aquellos años.

No lo convencí del todo.

—En mi familia hay muchos de esa detestable casta. Mi tía Beatriz, mi tío Tristán. La semana que viene, el día que el rey Felipe llegue a Pamplona, mi tío será uno de los cuatro nobles que portarán el palio que lo cubra. ¿Qué opináis de ello?

—Que ojalá estallasen los cuatro.

—Ese honor me correspondía a mí, no a mi tío.

Ahora sí que no entendía nada.

—¿Es que acaso es un honor llevar bajo palio a nuestro mayor enemigo?

—Eso no tiene nada que ver. El honor me correspondía a mí, y a ningún otro. Aunque fuera para aprovechar la ocasión y matarlo. En la Navarra venidera quedará perfectamente definido a qué casa y, dentro de cada una, a qué miembro, le

corresponden tales honores, ¿no es así?

Nunca pensé cómo se repartirían en la Navarra venidera las funciones y favores entre las casas y los linajes.

—Así será, sin duda.

Continué con la lectura:

... 80 años en que los navarros sufrimos una continua vergüenza bajo el yugo extranjero. 80 años en que su ejército, sus jueces y sus obispos comen a nuestra costa. 80 años...

—Y sus caballos.

—¿Sus caballos?

—También sus caballos comen a nuestra costa.

Le eché una aviesa mirada. No le importó.

—¿Sabéis cuánta comida consumen sus caballos?

—Tanto como el mío.

—Y a cambio no nos permiten que vendamos nuestros corceles donde queramos.

Estaba al tanto de ese asunto desde el mismo día en que llegué a Pamplona.

—Hay quien, traidores sin igual, les dejan pastar de balde sus caballos en sus prados. Precisamente, mi tía Beatriz y mi tío Tristán...

Empezaba a impacientarme. Proseguí leyendo del papel entre mis manos:

80 años sojuzgados. 80 años vencidos y sometidos, tiranizados y derrotados. Y venimos precisamente para dar luz a esas tinieblas que duran ya 80 años. No habéis trabajado en vano los que habéis mantenido viva la llama de la esperanza. No habéis...

Beaumont bostezó.

—Demasiado largo, quizá.

No había llegado todavía a la mitad de la mitad de la proclama.

—¿El rey de Navarra no dispone de ninguna prisión como con la que cuenta el rey de España en Orán?

La pregunta me desconcertó hasta tal punto que, en lugar de mandarle a tomar viento, le respondí:

—En Navarrenx, en el Bearne. La conozco bien.

Necesitaba a aquel hombre. Deseaba estrangular a aquel hombre.

—No firmaré la proclama si no me prometéis que encerraréis allá a mi tía Beatriz y a mi tío Tristán una vez hayamos expulsado a los españoles de aquí.

Le pedí a Beatrice que descorriera las cortinas. Estaba con ella desde la sobremesa y quería ver a la luz del sol el cuerpo que había abrazado durante toda la tarde. Ella no se movió de debajo de la manta.

—Nos está prohibido.

—¿Por quién? ¿Por Guzmán? Ese mentecato me ha de oír.

Fui a levantarme. Mis pies llegaron a pisar el frío piso de la habitación. Beatrice me retuvo poniendo su mano en mi cintura. Sus dedos tenían un tacto áspero.

—No es Guzmán, sino las ordenanzas del Regimiento. Mientras trabajamos, no deben vernos ni desde fuera ni desde dentro.

Al hablar, su pequeña boca desprendía vaho. Aparte de la cabeza, solo tenía descubierto el brazo derecho. Eso me impedía ver el fino anillo que le había obsequiado el otro día adornándole el anular de la mano izquierda, pero sí, en cambio, la pulsera destinada a Ramona rodeándole el antebrazo. Beatrice no le quitaba ojo, no sé si para mostrarme su gratitud o porque verdaderamente estaba complacida con el regalo.

—De hecho, tampoco deberíamos encender luz alguna mientras estáis con nosotras en las habitaciones.

En una mesita junto a la cama había tres restos de vela. La débil llama de la cuarta iluminaba pálidamente nuestro alrededor.

—No sucede así en los burdeles de París.

Me senté en la cama con las piernas cubiertas por la manta. A diferencia de ella, una camisa cubría mi tronco.

—Esto no es París.

Mis piernas buscaron el calor de su costado desnudo debajo del cobertor. Hacía tiempo que no crepitaba el fuego que habíamos encendido al comenzar la tarde.

—Eres la segunda persona que me lo recuerda estos días.

Me incliné hacia un lado y recogí dos copas de vino del suelo. Le ofrecí la más llena, la suya, pero no quiso tomarla. Apuré la mía hasta el final, y quité un sorbo de la que había rechazado. Sabía que en la jarra no quedaba ya nada.

—Le pediré más a Periko. Creo que se le ha pasado bastante el miedo que me tenía.

—Le he dicho que le habéis perdonado.

—¡Vaya! No sabía que había hecho nada parecido.

Me volví para contemplarla de nuevo. Sonreía.

—En cualquier caso, cambiaré en breve esa ordenanza.

—¿Para qué queréis cambiarla?

—Para poder verte entera cada vez que vengo sin necesidad de estas malditas velas.

—¡Qué frío! —susurró mientras se apretaba contra mí—. ¿Podréis hacer tanto?

—Puedo ser alcalde de Pamplona en poco tiempo.

—¡Mentiroso! Si alguna vez sois alcalde de Pamplona, dejaréis de venir a verme.

Se volvió hacia el otro lado dándome la espalda. Volví a lamentar la falta de luz que me impedía examinar detenidamente todos los detalles de su fina piel.

—No permitáis que me enfríe —dijo, en voz muy baja.

Su mano agarró mi entrepierna. Sentí el frío de su pulsera en el vientre.

—No sé si podré otra vez.

—Seguro que sí —cerró su mano, casi hasta producirme dolor.

Estaba en los últimos coletazos del envite, cuando llamaron a la puerta. Fuera había oído ruidos antes, pero no les hice caso, estando como estaba enteramente entregado. Beatrice se aseguró de que me hubiera vaciado antes de hacer ademán de levantarse. La retuve poniendo mi mano sobre su hombro. Abrí la puerta en camisa, después de que el visitante llamase por segunda vez.

La mirada bizca de Guzmán me pedía disculpas desde el otro lado de la puerta. Por la frente le caían goterones de sudor.

—Señor, el alférez Lekanda hace ya más de una hora que espera.

—Que espere. Yo he pagado por toda la tarde.

Los bramidos de Lekanda se oían desde el otro extremo de la casa de Juan el Vizcaíno.

—Enseguida va a anochecer. Ha amenazado que si no entra ya, destrozará toda la casa.

—Bobadas de borracho.

—Grita sin parar que pronto vais a ser cadáver.

—¡No me ha durado mucho su amistad!

Beatrice se había levantado y, vestida con un jubón, disponía mis ropas. No tenía sentido seguir bravuconeando. Guzmán nos dejó a solas, algo aliviado en su temor. Beatrice dibujó un gesto de asco cuando el español desapareció de nuestra vista.

—¡Maldito farsante! Nunca os fieis de él. Os clavaré un puñal por la espalda, si no andáis atento.

Tomé ambas manos de la valona, la que portaba el anillo y la que lucía la pulsera. Sus ojos oscuros brillaban. Me dio un último consejo:

—No te afanes demasiado en ser alcalde de Pamplona.

En el pasillo me encontré de bruces con Lekanda, seguido de Guzmán, que lo vigilaba. El tufo a vino me golpeó cuando acercó su cara a la mía.

—Considérate afortunado porque todavía tengamos cosas que hacer juntos —me dijo balbuceante—. De lo contrario, estabas muerto.

Le costaba tenerse en pie. Lo más probable era que se quedase dormido tan pronto se acostase con Beatrice. Con ese mísero consuelo alcancé el zaguán del burdel. El jefe de una compañía de arcabuceros conversaba vivamente con un funcionario de la Cámara de Comptos acerca de la frontera y de las «pretensiones de los franceses». La muchacha andaluza del otro día les atendía. Le pedí un vaso de vino y me senté junto a los dos tertulianos por ver si escuchaba algo interesante. Guzmán, de nuevo, andaba de aquí para allá, buscando a Periko.

—Otra vez ha desaparecido ese demonio de niño. ¡Le voy a romper los huesos si lo pillo!

La andaluza le reprochó:

—¡De verdad que lo has de quebrar, si sigues dándole esas tundas!

—¡Cállate, higo seco!

El oficial y el funcionario habían pasado a otros temas sin interés para mi empresa. Vacié la copa y me dirigí hacia Guzmán a fin de que me devolviera la espada. En la casa de Juan el Vizcaíno las armas de los parroquianos se custodiaban en un cofre junto a la entrada. En ese momento había varias. A pesar de ello, no tuve que decirle a Guzmán cuál era la mía.

—El otro día me fijé en ella —me dijo al entregármela—. Es una espada vieja y pesada, que en manos hábiles ha de espantar al enemigo más terrible.

Acepté el halago secamente. Cada día me gustaba menos aquel hombre. Mi frialdad no intimidó al alcahuete.

—Precisamente me estaba preguntando: ¿cómo es que, siendo el caballero de Mailu un espadachín tan ducho, no le pone término de una vez por todas al asunto del alférez Lekanda?

—¿Término?

—Tal como se suele entre caballeros, claro está.

Primero me até la espada al cinto. Después, le respondí:

—¿También andas calentando los cascos a Lekanda para que se bata en duelo conmigo?

—¿Calentando, señor?

—Qué tranquilo te quedarías si acabáramos el uno con el otro lo más lejos posible de aquí, ¿no es así?

Sus ojos bizcos se torcieron todavía más.

—Un caballero como vos debería comprenderlo. El Regimiento no estará nada contento conmigo si sucede una muerte en esta casa.

Abrí la puerta.

—Eres un sucio gusano, Guzmán.

Me marché de la casa de Juan el Vizcaíno conteniendo las ganas de patear al rufián. Ya había anochecido, pero todavía las calles no estaban completamente vacías. En la siguiente bocacalle me salió un hombre al encuentro.

—¡Joanes!

La capa le cubría el rostro. Sin embargo, reconocí fácilmente a Gilen, mi viejo amigo. No había vuelto a estar con él desde el día en que se presentó sorpresivamente en mi casa.

—¡Por todos los demonios! Llevo aquí esperándote desde primera hora de la tarde.

Ya estábamos a mediados de diciembre. Aunque estaba escampado, había claros restos de lluvia tanto en el suelo embarrado de las calles como en la ropa del secretario del virrey.

—Si sabías dónde estaba, solo tenías que haber entrado.

—En Pamplona me conoce todo el mundo. No puedo manchar mi reputación poniendo un pie en un lugar de mala fama.

Me encaminé hacia casa, con Gilen al lado.

—Así que vas detrás de las criadas. O tienes una amante en otra casa.

—Ni lo uno ni lo otro —respondió ofendido—. Sería infringir la ley de Dios.

Gilen se apartó la capa del rostro. Debíamos de estar ya lo suficientemente lejos de la casa de Juan el Vizcaíno.

—Hablas como un perfecto hugonote. Creía que en la Iglesia romana todo estaba solucionado con la confesión.

—No blasfemes, Joanes —me susurró—. No, al menos, tan alto.

Estaba hambriento por toda la actividad de la tarde. Pensé en la triste cena que Martín me tendría preparada en casa. Caminábamos por la calle Chapitela. Se me ocurrió algo mejor.

—Vayamos a Lindatxikia, a cenar.

Necesité varios pasos para aceptar la invitación.

No estaba todavía cerrada la taberna que conocí con Ayanz recién llegado a Pamplona. Unos muleros, seguramente aragoneses, eran los únicos parroquianos. No habían terminado con todas las habas y todo el tocino de la olla de la casa. También le quedaban nueces al mesonero.

—No te habrás acercado a Ramona, espero —me preguntó en cuanto nos sentamos a la mesa.

—Está claro que no.

Creyó mi mentira, o fingió creerla.

—Y a mi cuñado Ollakarizketa lo dejarás en paz, ¿no?

—Llevo más de una semana sin verlo.

También pareció tragarse esa bola.

—Dentro de tres días es víspera de Navidad. Sería estupendo que vinieras con nosotros a la misa de ese día y a la de la mañana siguiente.

Yo también me tomé mi tiempo antes de responder. Teníamos la cena sobre la mesa. En mis años parisinos, la celebración de la Navidad se me antojaba una de las papisterías más repugnantes.

—¿Recuerdas qué nos decía el ministro Etxeberri acerca de la Navidad?

Una pequeña sonrisa apareció fugazmente en la comisura de sus labios.

—«Idolatría», «abominación», «anticristo»...

De pronto se ensombreció su semblante, como avergonzado de sus palabras. No tardó en volver al tema anterior:

—Te convendría que la gente principal de Pamplona te viese en las cuatro celebraciones.

La primera cucharada casi se me atraganta.

—¿Cuatro? En París solo eran tres: la misa del gallo, la de amanecida y la del día.

—Aquí todas esas y, además, la misa de víspera, el 24 a la tarde.

—¡Qué suerte tenemos los habitantes de esta ciudad!

—¡Cierto! —afirmó con poco convencimiento.

No estaba seguro si le hablaba en broma o en serio.

—Entonces, vendrás.

Lo más sencillo era decir que sí.

—Ya veré.

Suspiró.

—¿Sabes las últimas noticias?

Tenía la boca llena de alubias. Retrasé mi contestación hasta tener el suficiente espacio para poder mover la lengua.

—Los puertos están nevados desde ayer.

—¡Joanes! El rey Felipe llega a Pamplona dentro de cinco días.

Me encogí de hombros.

—Puede que algo haya oído.

—¡Voto a Satanás! No se habla de otra cosa desde hace dos semanas. Es la primera vez que viene a Pamplona.

Su entusiasmo me resultaba ofensivo. Gilen, mi amigo de la infancia, tan ufano por poder ver al rey de España. Tanto, que ni comía ni bebía.

—Va a ser un día que nadie en Navarra olvidará jamás, Joanes.

Tenía que haberme callado. No lo hice.

—No me cabe ninguna duda.

Le agradó. Lo noté en su gesto de beneplácito.

—Yo estaré ahí, Joanes, entre los señores principales que lo recibirán en la puerta de la Taconera, y participaré además en el cortejo que se dirigirá desde allá a la catedral.

—Moriré de envidia todo el día.

—Eso mismo te quería decir, Joanes. Me harías el hombre más feliz si ese día me acompañaras a dar la bienvenida al rey Felipe.

Estábamos cansados y cada vez veíamos menos. En la trastienda de la librería de la Rúa de los Saqueros al candil no le quedaba ya mucho aceite. Era el momento de repararlo todo, paso por paso, para que cada uno supiera puntual y fielmente cuál era su cometido. Bakedano había tomado la dirección de la reunión; le respaldaba en ese derecho el hecho de ser propietario del local. Estaba enfervorecido desde que el día anterior le hubiese dado un tercer doblón de oro. Por primera vez desde que empezamos a reunirnos, había visto al librero tomar anotaciones. Blandiendo la pluma, empezó a leer el resumen de todo lo acordado.

—Así pues, pasado mañana es el día indicado. Siendo Navidad, el trajín de las iglesias de la ciudad hará que los guardias estén más relajados.

Hubo quien, en un principio, había preferido el día anterior o el posterior. Resolvimos la cuestión sopesando largo y tendido los pros y los contras de cada opción. Además, era martes y ese día se encontraba más provisto el molino de la pólvora.

—Ocuparse de los vigilantes del molino será tarea de Mailu y Lekanda.

Yo mismo los había visto junto a la puerta de la aceña, día y noche: siempre eran dos. Sería cuestión, pues, de repartírnoslos. Aunque no resultaría tarea fácil la cooperación entre nosotros dos.

—Para que nuestra empresa no se malogre, deberéis reconciliaros de aquí en adelante.

Los otros tres miembros de nuestra cofradía también se habían percatado de la frialdad repentina entre Lekanda y yo. No nos fatigamos demasiado en responder ni él ni yo. Bakedano mostró su frustración.

—Recordad que la entrada del molino se divisa desde las murallas de la ciudad.

Casi a tiro de mosquete, lo sabía bien.

—No olvidéis que los guardias de las murallas enseguida tocarán alarma si pasa cualquier cosa. Con lo que...

Con lo que para abatir a los dos vigilantes sería precisa la noche, para que los vigías de las murallas no se apercibieran, pero transportar la pólvora debería hacerse a la luz del día, entre otras razones, para que los vigías no sospechasen nada. Para poder compatibilizar ambas tareas, deberíamos comenzar la misión antes de que amaneciera y finalizarla con las primeras luces del día.

—Para cuando reventéis la puerta, Ilarregi y yo ya estaremos ahí con el carro.

—Mi misión, pedirle el carro al padre comerciante de mi alumno —afirmó el maestro—. Ambos os ayudaremos a sacar y cargar los barriles de pólvora.

—¿Quién conducirá el carro? —pregunté. No habíamos hablado de eso.

—Yo mismo —terció Bakedano—. De joven transportaba libros desde Estella a Pamplona.

Se volvió seguidamente hacia Ollakarizketa. El cuñado de Gilen no había fallado a la reunión, aunque hasta el último momento había albergado la esperanza de que no asistiera.

—De vuestra cuenta, avisar a los que trabajan en la casa de labranza que poseéis cerca del convento de San Pedro de que apareceremos por ahí. Espero que sea gente que sepa callar sin hacer preguntas.

El letrado estaba deseoso de aportar algo. Aceptó de buena gana su parte de trabajo.

—Mañana mismo iré allá a informarles de nuestra llegada.

—No olvidéis que la pólvora se quedará allá escondida hasta que la saquemos el 27.

Se volvió hacia el artillero.

—El resto está de vuestra mano, Lekanda.

El vizcaíno respondió con voz ronca, sin mirar a nadie.

—Ya os lo he dicho: en Italia y Flandes he dispuesto millares de artilugios semejantes.

—Nadie duda de eso. Hablo del resto.

—Soy un alférez de España. Nadie me detendrá hasta llegar a la Taconera. Si Mailu cumple bien su parte, cuando llegue el momento, prenderé la mecha y lanzaré el carro contra el cortejo de Felipe, saltando yo después.

Todos los ojos se volvieron hacia mí. Repetí lo que ya les había dicho.

—Yo estaré ahí, vestido con mis mejores galas, junto con el virrey, los consejeros reales, el gobernador, los altos funcionarios y todos los miembros de las Cortes de Navarra.

Le devolví el dardo a Lekanda.

—Podéis, pues, estar tranquilo. Os haré la señal en el momento preciso. Albergó mayores dudas sobre si los mulos del carro arremeterán contra la gente.

Me contestó torciendo el gesto:

—De un mulo se consiguen cosas inimaginables con solo ponerle un poco de pólvora en el culo. Si os la pusiera a vos, acertaríais de pleno.

—Mi culo no necesita tal, para arremeter contra el enemigo. Precisamente, si fallaseis, tendré dispuesto mi puñal para acabar con la sierpe de Felipe.

—No os preocupéis. No fallaré.

Sobre la trastienda cayó un denso silencio. Una palabra más alta, un movimiento brusco, una mala mirada... y Lekanda y yo nos habríamos lanzado el uno contra el otro. No llegó a suceder.

—Tras lo cual, deberá estar dispuesto vuestro gran noble anónimo. Y los manifiestos —me dijo Bakedano.

—Estarán dispuestos.

Gilen estaba contento.

—Ha venido todo el que es alguien en Pamplona, y no paran de mirarte —me dijo, antes de que comenzase la misa.

San Martín tenía los ojos de piedra. La Virgen María, de madera. San Juan, de vidrio. San Pedro, de óleo y de resina. Nuestro Señor Jesucristo, de tela. Y todos me miraban a mí. Al hombre más observado de la catedral de Pamplona.

Había asistido en los días anteriores a algunas celebraciones papistas, así que se había mitigado ya en mí el escándalo que me producían. Concentrado en imitar hasta el límite de lo cómico la devoción de Gilen y su familia, respondí, junto a ellos, a los latines, simulé no perder ripio del sermón en castellano del obispo y comulgué fervorosamente.

La misa de víspera de Navidad resultó un insoportable acto de dos horas.

—A la misa del gallo también vendremos juntos, ¿no? —me preguntó Gilen, exultante, a la salida.

—Tengo pensado acudir a San Cernin. El otro día estuve oyendo al subdiácono Agerre, hombre de gran elocuencia.

Estaba convencido de que ya lo sabía.

—Me aprovechó mucho escuchar la palabra de Dios en el idioma que mejor manejo. Desearía que su predicación volviera a alimentar mi alma y mis sentidos.

El silencio de Gilen y el semblante ruborizado de Teresa, su mujer, me indicaron que algo sucedía.

—No creo que Agerre dé el sermón de hoy en San Cernin.

—¿Ha enfermado?

Teresa cogió a sus hijos y los apartó de nosotros, mezclándose entre el gentío que acababa de salir de la catedral. De labios de su esposo tampoco salió ninguna declaración que no pudiera escuchar cualquiera.

—Solo sé lo que se dice. Una historia triste y terrible, que nada agrada a nuestro Señor.

Le hice un favor a Gilen dejando el asunto en ese punto. Mi amigo de la infancia, a cambio, no insistió con la misa del gallo. Él tenía tantas ganas de quedarse a solas como yo, cuando nos despedimos.

Ya había oscurecido, pero, como excepción, las puertas de la ciudad continuaban abiertas con motivo de la Navidad. Salí de la ciudad con el gran grupo de campesinos que, cruzando la puerta de Tejería, volvían a sus casas de escuchar misa. A un muchacho de la Rochapea le di una moneda de cobre para que me iluminara con su antorcha el camino hasta San Pedro. Antes, para ver cómo andaban las cosas, me acerqué hasta el molino. Cuando uno de los guardias empezó a acercarse a mí, me di la vuelta. En el puente de la Magdalena, los mismos mendigos de antes estaban ahora bajo él, al calor de un fuego. Algunos ya se habían acostado y parecían dormir, apenas cubiertos. A su lado, rugía el agua del Arga. Era el cuarto día que no paraba de llover.

—Mi padre dice que esta noche se desbordará el río —me informó el muchacho de la antorcha.

Siguiendo las instrucciones dadas en la trastienda de la Rúa de los Saqueros, llegué hasta la casería de Ollakarizketa, donde ya esperaban Bakedano e Ilarregi con el carro. Lekanda llegó más tarde. Quién sabe cómo encontró el camino, borracho y sin luz como iba. ¡Le costaba tenerse sobre el caballo! Solo faltaba el dueño de la casa.

—El señor letrado me prometió que él también aparecería —nos dijo el rentero, respondiendo a nuestras preguntas.

El hombre nos hablaba sin poder levantar sus ojerosos ojos del suelo. Se encontraba en los huesos y vestía de harapos, como la mayoría de los míseros labriegos de las inmediaciones de Pamplona. Pero todavía lucía rollizo y elegante comparado con su mujer y su tropa de hijos.

En vano aguardamos a Ollakarizketa. No apareció. Requerí la opinión de los demás. Lekanda clamó a voz en grito que quería seguir con la misión. Ilarregi, en cambio, era partidario de volver a casa y de intentarlo de nuevo al día siguiente, aunqueuviésemos que traer arrastras al letrado. A ambas alternativas les veía

ventajas e inconvenientes. Bakedano, cada vez más acalorado, dirimió la cuestión:

—¿Para qué esperar? Quiero hacer algo de verdad antes de envejecer.

Aunque la noche iba a ser corta, había que dormir algo. Sin embargo, la construcción era tamaña a sus habitantes. La casa de labranza no llegaba a una chabola medio derruida, donde las personas compartían espacio con las bestias. En aquellas estrechuras, solo una mano milagrosa habría conseguido aposentar a cuatro personas más. Sin olvidarse de los dos caballos y los cuatro mulos del carro. El librero y el maestro se acomodaron en el interior del vehículo. Rechacé la oferta del rentero, para dormir con Lekanda en el catre de él y su mujer.

—Voy hasta el puente de la Magdalena. Desde ahí vigilaré el molino hasta que llegue la hora —les informé a mis compañeros de aventura.

—Voy contigo —balbuceó Lekanda.

El borracho pretendidamente navarro quería acompañarme. No hubo forma de convencerlo de lo contrario. Dejamos atados los últimos detalles con los otros dos y, envueltos en nuestras capas, nos pusimos en camino hacia el puente de la Magdalena, yo unos pasos por delante. El río quedaba a nuestra derecha. La oscuridad no nos dejaba ver el agua, pero por el ruido podía advertirse cuán crecida iba la corriente por las lluvias de los últimos días.

Había imaginado el camino repleto de labriegos que se dirigían a misa del gallo. No andaba nadie por la zona. El viento soplaba violento, los perros de las haciendas vecinas nos ladraban y, en aquella penumbra, no contábamos con otra guía que el murmullo del agua cercana. Temí que Lekanda fuese a parar al Arga. No se cayó, aunque caminaba tambaleándose. Hice todo el camino sin despegar los labios. En un momento empezamos a oír una serie de sonidos espantosos.

—Andando andando mira que hemos llegado hasta el mismo infierno —masculló el artillero.

No era exactamente así, pero parecido. Nos encontrábamos cerca del hospital de leprosos. Y suyos eran, al parecer, aquellos gemidos y lamentos. Casi prefería encontrarme con una danza macabra de demonios que tener cerca a los afectados por esa enfermedad maldita. Apretamos el paso y dejamos a un lado lo que debía de ser el hospital. El vizcaíno, a pesar su borrachera, de algo se daba cuenta pues no era el que más lento caminaba de los dos.

Un sonido distinto nos salió al paso. Los mendigos que dormían debajo del puente se encontraban sobre él. Tal como había predicho el joven que a la ida me había alumbrado el camino, las aguas se habían desbordado y la riada los había atrapado mientras dormían. Se encontraban empapados y atemorizados.

—Nos falta Pascual —dijo uno de los peregrinos.

Olía a vinazo peor que Lekanda.

—Y los guardias del molino no atienden a nuestros gritos —se quejó otro.

Aquellas eran buenas noticias. En el molino, oyeran lo que oyeran, se lo atribuirían a los mendigos.

Los espantamos con la espada. Lloraron y gimotearon rogando que les permitiésemos quedarse allá. No nos apiadamos:

—¡Quien no nos obedezca irá directo a galeras!

Desaparecieron, quién sabe a dónde, dejándonos solos. No teníamos más que esperar en ese mismo lugar hasta que se acercase el alba. Nos sentamos sobre el suelo mojado y dejamos que pasaran las horas. Lekanda se recostó a mi lado. No había pasado ni un instante cuando ya roncaba como un cerdo. Acallado por el bramido del agua y del viento, era improbable que llegara al otro lado del río, hasta los oídos de los vigilantes del molino. Yo también me dormí poco después. Si soñé algo, no fue un hermoso sueño.

—¿Nunca has estado en Flandes?

No sabía cuánto tiempo había pasado. Antes incluso de levantar la cabeza, ya había puesto mi mano sobre la espada. Me levanté sujetándola, dispuesto a defenderme.

—Yo estuve allá seis años, en el tercio del maestro Francisco Arias de Bobadilla.

Nadie me atacaba. Todo seguía tal y como estaba cuando cerré los ojos: la oscuridad, el viento, el rugido del río y un frío que se colaba hasta el tuétano. Todo, excepto Lekanda. El alférez ya no roncaba.

—¿Nunca has estado en Flandes? —repitió en un tono que me pareció belicoso.

Negué primero con la cabeza, luego de viva voz.

—Pues allá ya había heréticos franceses, aliados con los rebeldes flamencos.

Aunque lo quisiera evitar, sus razonamientos eran los de un soldado español al uso. No compartí mis reflexiones con él. Se le notaba la resaca. Así como su rabia hacia mí.

—Allá se quedó mi brazo. En un pueblo de mala muerte llamado Aalst.

Se percibían sus nervios a flor de piel, como un soldado que se prepara para entrar en combate.

—¿Nunca se te ocurrió unirse a los flamencos? —le pinché—. El yugo que somete la cerviz de Navarra es el mismo que lo hace con Flandes.

No respondió. Seguramente nunca se había percatado de ello.

Delante de nosotros, una familia cruzó el puente. Conducidos por un débil farol, iban un padre y una madre, sus hijos y una abuela anciana, en dirección a la calle de Tejería.

—Os perderéis la misa de laudes si no os apresuráis —se dirigió a nosotros el hombre.

Aunque en esa oscuridad no se veía, sabía que las hambrientas caras que nos miraban eran semejantes a las que habíamos visto en la finca de Ollakarizketa.

—No creo que el cura empiece hasta que yo llegue.

Mi bravuconería tenía el riesgo de que a continuación nos pidiera alguna limosna. Al contrario, tuvo la virtud de aligerar su paso. Su lucecilla pronto se alejó de nosotros.

—¿Sabes por qué aprecio tanto a Beatrice?

El habla recuperada de Lekanda era seca y aguardentosa. Como él antes conmigo, no me tomé el trabajo de responder.

—Me recuerda horrores a una mujer que conocí en Namur. Yo no sabía su idioma, ni ella el mío. Pero cuando me hablaba susurrándome al oído, se me antojaba un canto celestial. Iba a casarme con ella.

Su pausa era una invitación a que preguntara. Ahora sí, hice lo que quería.

—¿Y? ¿Lo hiciste?

—Murió antes, a causa de unas fiebres.

Su ronquera ahora no era solamente consecuencia de la resaca. Si hubiera sentido una mínima solidaridad hacia aquel hombre, debería habérsela mostrado en ese momento. A mí también se me había muerto alguna amada. Sin olvidar todas las que se habían alejado, perdido, desaparecido. No quería hablar de mis historias amorosas. En lugar de ello, preferí dar oídos a los lamentos de los leprosos, al silbido del fuerte viento, a los ladridos de los perros lejanos y cercanos.

—Bueno, Mailu.

Tan pronto lo oí, advertí que se arrepentía de haberme mostrado sus heridas.

—Llevaremos a cabo, codo con codo, nuestra tarea de hoy. Dentro de tres días trataremos juntos de acabar con Felipe. Pero todo eso no me va a hacer más amigo tuyo. Grábate esto en la cabeza: cuando esto acabe, te mataré.

Así la espada en su vaina. Me salió una voz tan altiva como la que había usado con el beato labriego:

—No te temo. Los de nuestro linaje sabemos tratar con vosotros. De Orozco era también la primera muerte que hizo mi abuelo.

La voz de Lekanda se volvió más dura.

—Pues, nuestro abuelo combatió en Noáin y aquel día se cansó no poco persiguiendo a navarros cobardes que corrían como gallinas mojadas.

Ahora me tocaba a mí soltar una mayor. Y luego a él responder con otra más grande todavía. Así hasta que, sin otro remedio, nuestras espadas acabaran rompiendo el círculo. Algo que vi interrumpió nuestra estéril discusión.

—¡Mira! —susurré.

Dos luces, como dos luciérnagas en el estío, rasgaban el velo de la negra noche.

—¡La nueva guardia se dirige al molino! —dijo el artillero, tan quedamente como yo.

Observamos desde la oscuridad el trayecto de las luces. Terminaron por detenerse bastante cerca de nosotros y entonces supimos que habían llegado a su destino. Cuando volvieron a ponerse en marcha, fue para alejarse. Los vigilantes del turno anterior volvían a la ciudad y los recién llegados los sustituían en la puerta del molino.

—Enseguida llega el alba.

—¿No hemos de esperar a Bakedano y los demás?

—Hasta que no amanezca no ha de partir el carro.

Nos dirigimos ambos a ciegas hacia el puente. La oscuridad nos apretaba el uno contra el otro. Preferíamos tocarnos, herirnos, pisarnos, antes que abandonarnos solos a esa negrura. Al menos no nos precipitamos al Arga. Avanzamos, tropezándonos y trastabillando, hacia el molino invisible, sin seguridad de estar yendo por el buen camino. No tuvimos que ponernos de acuerdo para detenernos al mismo tiempo. Jadeábamos, pero ambos tratábamos de contener la respiración. Encogidos, esperamos la primera luz del día. Nuestros ojos enseguida fueron capaces de vislumbrar algo.

Había que resolverlo todo con rapidez. Nos plantamos frente al molino con los puñales en la mano. Para nuestra sorpresa, allá no había ninguna garganta donde clavarlos. El lugar se encontraba vacío. Los vigilantes no podían estar sino en el interior del molino. Tratando de ver algo, abrí la puerta de par en par. Lekanda me empujó a un lado, como pugnando por ser él el primero en entrar.

—¡Alto en nombre del rey!

No eran dos, ni tres ni cuatro, sino fácilmente unas ocho alabardas las que había en el interior. Yo saqué la pistola. Lekanda, su espada.

—¡Sucios gusanos! Despedíos de esta vida.

No me quedé a ver cómo lo mataban. Me di media vuelta y salí corriendo como alma que lleva el diablo, sin mirar atrás, en dirección al puente. Enseguida escuché una detonación. Después otra. Me disparaban con mosquetes desde las murallas. El día que despuntaba era mi enemigo, pero la misma luz que les daba a los mosqueteros cuenta de mi posición me advirtió que no podría atravesar el puente. Sobre él, otro grupo de soldados me cortaba el camino. De improviso, me asaltó el cansancio. Y, con él, el deseo de rendirme.

—Francés bujarrón, ¿sabes por dónde te he de meter esto?

Cegado con el puente, me había olvidado de los que estaban dentro del molino. Debían de haber acabado ya con Lekanda, y corrían tras de mí. El primero de ellos se me abalanzó con la alabarda. Bajo aquella pobre luz no debió de reparar en mi pistola. Advirtió tarde que lo apuntaba en plena cara.

Reemprendí la huida al mismo tiempo que apreté el gatillo. No hacia el puente, desde donde sus ocupantes comenzaban a moverse tratando de rodearme. En diez pasos estaba a orillas del río. La crecida de las aguas me frenó. La corriente seguía rugiendo, pero no tanto como para acallar los ruidos e imprecaciones de mis perseguidores. Salté y fié mi alma a esa masa oscura y viva.

La luz del día que despunta no es todavía de gran ayuda. Lo ha hecho tantas veces desde que salió de Paris, que no necesita pensar para comprobar, con un simple tirón, la firmeza de la sujeción del cofre que viaja sobre el mulo. Monta sobre el animal y lo espolea con los talones. Zubiaur ha partido ya sobre su caballo por la calle que empieza a atestarse. Cuando por fin lo alcanza se encuentra cerca de la puerta de la ciudad. Los vigilantes les dejan salir sin mirarlos siquiera. Parece ser que conocen al comerciante bilbaíno. Agerre se despide sin duelo de Burdeos.

—No os apenéis —se vuelve hacia él Zubiaur—. El sol ya alumbra en el cielo y dejamos atrás el aire infecto de la ciudad.

Ambos argumentos son grandes verdades: por un lado, los rayos del astro bañan todos los rincones; por otro, ahora puede respirar sin miedo a que el hedor lo ahogue. Pero el corazón de Agerre no se alegra con ello.

—¿No os quitáis de la cabeza vuestro hugonote?

Para librar la boca de juramentos, San Crisóstomo recomienda poner freno a la lengua. O, como él escribió: *Malam iurandi consuetudinem ab ore nostro auferamus, fraenum imponamus linguae*. El consejo también podría servir cuando uno siente el impulso de sincerarse: si no quieres ceder al capricho, cierra la boca, contén la lengua, igual que al caballo deseoso de salir al campo. Hubiese sido mejor si todo esto lo hubiera pensado ayer. Bien arrepentido está ahora de haberse sincerado tanto con Zubiaur acerca de sus asuntos.

—Ya no me ronda por ella. Pensaba en el camino que me falta para llegar a mi destino —mentí.

—Mejor así. A un sacerdote como sois vos no le conviene leer escritos de un herético, por mucho interés que puedan tener.

Zubiaur es un hombre pequeño y calvo, que pasa de la cincuentena. A pesar del calor, viste calzas largas españolas con su cinturón estrecho. No es de los que permanecen callados, hoy menos que nunca.

—Conozco bien a los herejes. Me apresaron en mi barco cuando iba de Bilbao a Flandes.

—¿Los de La Rochelle?

—Ingleses. Me tuvieron preso en una cárcel cerca de Londres, hasta que mi familia pagó el rescate.

—Mal trance.

—Sí y no. Aprendí inglés. No es mala ayuda para poder espiar en nuestros puertos. Sin pretenderlo, pusieron en mis manos un arma que les ha acabado haciendo daño. Mal trance, sí, pero de todos los malos trances se puede sacar algún provecho.

Agerre celebra el razonamiento del comerciante bilbaíno. Al fin y al cabo, él podría decir lo mismo. Hace diecinueve años, la muerte de la hermana de un miembro del Consejo Real dio un vuelco a la plácida vida que llevaba en Pamplona. A cambio, lo puso en camino de Salamanca. En la ciudad castellana, por su parte, la obligación de denunciar a su amigo Villarejo le costó gran desazón y remordimiento de conciencia. El cura que lo oyó en confesión espantó sus temores recordándole aquel dicho de Salomón: *Non contristabit iustum quidquid ei acciderit*, que viene a querer decir que, sucédale lo que le suceda, nada puede afligir al justo. «Porque vos obrasteis justamente, haciendo que la ley de Dios recayera sobre el malvado».

Si albergaba alguna reserva, algunos días más tarde se le dispó, cuando Fray Marcos de Villalba lo mandó llamar. Fray Marcos era abad del colegio de San Bernardo y, según se rumoreaba, centinela mayor del rey en Salamanca, empleando a los mejores alumnos a su servicio. «He aquí a nuestro brujo navarro, al alumno de la escuela del demonio», lo saludó. Sabía de Agerre, señal de que llevaba tiempo observándolo. «Vais por buen camino. Si aprendéis presto y no tropezáis en asuntos de mujeres, habrá un hueco para vos en la gobernanza del reino».

En la primera condición hizo caso de Fray Marcos. En la segunda, no tanto. Por otra parte, continuó proveyendo al Santo Oficio, en la creencia de que lo hacía de forma confidencial. Por desgracia, en Salamanca, nada permanecía durante mucho tiempo en secreto. El subdiácono navarro pronto volvió a sentir sobre él la desconfianza de sus compañeros. Con mayor motivo que antes.

Eso no lo amilanó.

Una tarde, un espadachín le salió al encuentro cuando volvía de la casa de mancebía a su hostel de la cuesta del Sancti Spiritus. Nunca llegó a saber quién lo pagaba. Tres semanas antes, había denunciado a dos alumnos extremeños por comportamientos deshonestos. También habían transcurrido justo dos meses desde que había puesto a un asturiano camino de la prisión, por haber dudado de la santidad de los pastores de la Santa Madre Iglesia. Llovía y, para que no se mojara, llevaba bajo el manto un ejemplar de la *Guía de pecadores* de Luis de Granada, que acababa de adquirir en el burdel. El atacante clavó su espada en el libro, creyendo alcanzar su corazón. No penetró una pulgada en la piel del estudiante navarro. Una vez hubo pasado su convalecencia en el hospital, lo obligaron a salir de Salamanca. A veces, la vieja herida le quema en el pecho. Hoy, por ejemplo.

—Va a llover —le dice a su compañero de viaje.

Zubiaur mira el cielo claro y ensancha las fosas nasales igual que haría una foca, tratando de inhalar la mayor cantidad posible de aire.

—Tenéis ojo de marino para el tiempo. Antes del mediodía, va a caer una buena —confirma—. Al menos, a mí me pillaré bajo techo, en casa del que hace mis vinos.

Zubiaur solo va a acompañar a Agerre en el primer tramo del viaje. Antes de una legua, se desviará hacia el Médoc. La noche anterior le ha hablado largo y tendido sobre la oportunidad de llevar a España vino de esa zona.

—Deberíais venir conmigo y ver los viñedos, y dejar para otro día los caminos de Gascuña.

Agerre no acepta el ofrecimiento.

—Quienes me esperan ya estarán impacientes por mi tardanza.

Ayer mismo recibió la carta del obispo Etxauz, que ansía reunirse con él y tener entre sus manos el escrito del hugonote. En Pamplona, por otro lado, le han comunicado por varios mensajes cuán duro se les hace la falta de sus informaciones.

—Tal vez la gente que os aguarda pueda soportar vuestra falta otra semana más.

Unos pocos días antes estaba dispuesto a quedarse en Burdeos hasta leer completa la historia de Mailu. Ahora que sabe que eso no va a ocurrir, Agerre solo desea marcharse.

—Si es cierto que los hombres al servicio de nuestro rey Felipe andan tan ocupados con los asuntos de París...

Eso también es fruto de la conversación de ayer. Verdaderamente Agerre se arrepiente no poco de haber hablado tanto anoche.

—... aquí en Burdeos, o en vuestra frontera de allá abajo, dentro de poco no necesitarán de nosotros.

Agerre dista mucho de tal opinión.

—¿No os habéis dado cuenta? Con la muerte de Enrique viene una nueva etapa en las relaciones de nuestros dos pueblos.

Agerre algo sabe de eso. Estaría en disposición de añadir datos que Zubiaur ni imaginaría, en el caso de tomarse el capricho de transmutar a palabras cosas que debiera guardar en silencio.

—A diferencia de su marido, la viuda, María, es una católica ferviente y amiga de España. Desde el momento en que la nombren regente, nuestro trabajo menguará enormemente. Nuestra época llega a su fin, don Pedro.

—Pudiera ser. No lo sé.

Pero sí lo sabe. Sabe, precisamente, que no sucederá tal cosa. Lo enviaron al reino de Francia para servir a España y a la Santa Madre Iglesia. Primero, a Tarbes, a donde llegó el seminarista desde tierra enemiga para que el obispo del lugar, partidario de la Santa Liga, lo ordenase sacerdote. Y desde Tarbes a San Juan de Luz y a Baiona, sin pasar, por si acaso, por el Bearne y la Baja Navarra. Todas esas idas y venidas tuvieron lugar durante la guerra entre los dos reinos y, aparentemente, sin despertar ninguna sospecha. Ya han pasado quince años desde entonces, durante los cuales ha cumplido, incluso entusiásticamente, con todo lo que se le ha pedido. ¿Puede acabar todo eso? Ni pensarlo. El sacerdote no tiene ninguna duda: en la nueva situación no disminuirá la necesidad de él o de gente como él, ni a ojos de la corona ni de los que no son la corona. Al contrario, cree que la tarea, la de verdad, está aún por llegar.

—Pero lo que perdemos por un lado lo podemos ganar por otro —Zubiaur no quiere renunciar a su tema de conversación—. El comercio entre los dos reinos aumentará, lo que nos puede suponer pingües ganancias a quienes estemos bien

colocados. Deberíais permanecer a mi lado, don Pedro. Si lo solicitáis, la Santa Madre Iglesia podrá daros la dispensa.

Rechaza la oferta de su amigo con una tímida sonrisa.

—No me veo en la piel de comerciante.

Zubiaur suspira. Seguramente, esperaba algo así.

—Entonces, continuad sirviendo a España y combatiendo a los enemigos de la fe, allá donde estéis —le desea el comerciante.

En mi sofoco, lo confundí con un tronco de dos ramas. Otro más entre los cientos de troncos y ramas que se apilaban en las orillas, después de haber sido transportados por el crecido Arga. Acababa de fallar otros en dos presas anteriores. No podría soportar por mucho tiempo más en el gélido río. Mientras las aguas turbias me llevaban como un juguete, sentía que había recorrido toda una legua, aunque tal vez no fuese ni una cuarta parte. Me abandoné al río embravecido, tomándolo por mi salvador, y considerando que, cuanto más lejos de mis perseguidores, sería mejor para mí. Había olvidado que más mortal que las alabardas de los enemigos puede resultar el agua. Su abrazo me había llevado cuatro veces a su seno, tan pronto veía un supuesto tronco ante mis ojos. Pude sacar la cabeza otras tantas veces, lo suficiente como para respirar, cuando ya me había resignado a la muerte. Vivo por el momento, pero no por mucho más tiempo. Las fuerzas se me agotaban y me traían aturdido todos los golpes que iba recibiendo, sobre todo en la cara, contra piedras y maderos.

No tuve mucho mérito, porque fue el agua la que me catapultó hasta el falso tronco. Solo hube de estirar mi brazo izquierdo para sujetarme a una de sus supuestas ramas. Me encontraba tan aliviado por salir del aprieto que no me di cuenta de lo blando de su superficie. Me aferré a él con todas mis fuerzas, para empezar a dirigirme hacia la orilla. No habría avanzado una rama, cuando el corazón se me detuvo en seco.

A un palmo de mí, unos ojos me miraban.

El rugido de las aguas apagó mi grito. Y menos mal. De otra forma, lo hubiesen escuchado desde las murallas. Poco me faltó para volver a entregar mi cuerpo a los furibundos brazos del Arga. Y así lo hubiera hecho si de pronto no me hubiese percatado que la vida se encontraba ausente de aquellos ojos. Mi supuesto tronco era un hombre escuálido y desnudo; claramente cadáver. Suyas eran las dos piernas que acababa yo de tomar por ramas. El susto me dio alas para volar a tierra firme.

No me sentiría más aliviado si me hubiese liberado de un cepo. Jadeando y, al mismo tiempo, temblando de frío, me senté en la orilla, desde donde parecía imposible haber confundido la piel blanquecina del cadáver desnudo con la corteza oscura de un árbol. Empezaba a hincharse, igual que se hinchan los perros ahogados.

Hice recuento de mis pérdidas. El sombrero me lo había arrebatado el agua. También la bota de mi pie izquierdo. En algún lugar del lecho del río estarían así mismo mi espada y mi pistola, regalos de mi abuelo Miguel que viajaban conmigo desde los diez años. Solo conservaba el puñal. El resto de la ropa se encontraba tan mojada que no resultaba de gran ayuda. Temblaba.

Sin necesidad de examinar el lugar, el olfato me informó sobre dónde me

encontraba. Pamplona estaba bien surtida de olores de todo tipo, pero aquel hedor pestilente no lo había experimentado más que en el barrio de los curtidores. A este lado del río, a unos treinta o cuarenta pasos, tenía la primera y mísera casa de aquella orilla, levantada con adobe y débiles maderos. Así que el otro extremo del río correspondía al barrio de la Rochapea. No se veía a nadie en aquella zona, pero según avanzara el día no tardaría en empezar el trajín de gentes. Por otra parte, me andarían buscando tanto a un lado como al otro del río, sin olvidar que los centinelas de las murallas podrían estar divisándolo todo. Esperaba que el día encapotado contribuyera a disminuir su visión.

Unos ladridos hicieron que me levantara. Un perrillo sarnoso empezó a rondarme surgido de algún lado. Con él iba un jovenzuelo, atento a los saltos y movimientos de su animal. El perro, al final, hizo amago de morderme los pies. Se salvó por poco de un puntapié mío cobijándose rápidamente tras el muchacho. Igual que cuando lo vi por primera vez haría unas cinco o seis semanas, el chico iba descalzo y vestido con andrajos. Sus ojos mostraban tan poca luz como entonces.

—Dominguillo Ansa —lo saludé.

Sacudió la cabeza como un anciano. Tenía buena vista; me recordaba, a pesar de mi penoso estado. No parecía sorprendido ni asustado, aunque el espectáculo que presenciaba tendría poco de tranquilizador. Yo, por mi parte, le hablé simulando la mayor naturalidad. Como si no estuviera empapado de arriba abajo y descalzo de un pie. Como si no fuera descubierto y tuviera un puñal en la mano.

Me giré hacia el cadáver del río:

—¿Lleva mucho tiempo ahí?

—Ha aparecido esta mañana, arrastrado por las aguas.

—¿Es de la familia?

Si así fuera, también sería pariente mío.

—Mi padre dice que parece un mendigo.

Me acordé de los vagabundos del puente de la Magdalena. La víspera les faltaba un tal Pascual.

—Mi padre siempre dice que los Ansa nunca mueren ahogados.

—Tu padre lleva razón. ¿Dónde está ahora?

El chico señaló las cercanas murallas.

—Todos han ido a la misa de laudes. A mí me han dejado cuidando del abuelo. El abuelo no se mueve ni dice nada. Lo único que hace es comer y cagar.

De nuevo señalé hacia el cuerpo del río.

—¿Sus ropas?

El muchacho dudó. Antes de contestar se sorbió con gran ruido los mocos.

—No me acuerdo.

—Pero te acuerdas de la moneda de plata que te di la otra vez.

Todavía llevaba mi dinero atado al cinto. Aunque lo había intentado, el río no había logrado arrebatármelo.

El muchacho bajó la voz, como temeroso de que alguien lo oyera.

—Las ropas están junto al fuego, secándose.

—Te daré dos iguales que aquella que te di, si me traes la ropa del ahogado.

Un breve destello iluminó por un instante sus mortecinos ojos.

—Le faltan los zapatos y también el sombrero.

—Te doy otra moneda si me traes los de tu abuelo.

Todavía no había terminado de desvestirme cuando llegó Dominguillo. Sin reparar en absoluto en mi piel desnuda, fijó sus ojos codiciosos sobre la ropa que iba dejando una a una en el suelo, mucho más elegante y cara que los guiñapos pestilentes que él me acababa de traer.

—No son para ti —le advertí.

Por tercera vez señalé al hombre del río.

—¿Has ayudado alguna vez a vestir el cuerpo de un muerto?

La camisa me estaba estrecha y los zuecos del abuelo de Dominguillo resultaban algo grandes para mis pies. La piel de cabra que debía protegerme del mal tiempo, por su parte, era un trapillo comparada con mi capa. Acostumbrado a ser un caballero orgulloso y envarado, no me hacía al caminar encogido de campesinos y artesanos. Llevaba el puñal oculto entre la ropa y temía que me pudiera herir el vientre.

Si mi nueva vestimenta servía de algo lo pude comprobar al cruzar el puente del barrio de los curtidores. Los soldados que lo custodiaban no me dedicaron una sola mirada. Más adelante quedaba el portal de la Rochapea, que entraba en Pamplona. Todo estaba lleno de gente, campesinos y sus familias, en su mayor parte, que subían o bajaban de oír la misa de Navidad. Me fijé mientras dudaba si unirme a ellos: una elegante carroza tirada por cuatro mulos salía de la ciudad. Sus dinteles estaban adornados de oro y azul.

Conocer de antemano su destino me facilitó todo. Me puse en camino dándole la espalda a la ciudad. Mi cuerpo todavía no se hallaba recuperado y los zuecos más grandes de lo necesario no me ayudaban precisamente. Teniendo en cuenta las circunstancias, me moví con bastante agilidad. Me detuve un momento para arrancar la rama de un olmo. Ya había dejado atrás algunas casas de la Rochapea, cuando a mis espaldas escuché los relinchos y el trabajoso chirrido de bestias y carroza. Me planté en medio del camino de un salto.

—¡Beaumont! —exclamé, levantando la vara.

Espantado, uno de los mulos se puso sobre los cuartos traseros. Otros dos se detuvieron de golpe. El cuarto no, de tal manera que chocó con el que tenía delante, viniéndose al suelo. La destreza del conductor evitó que volcase el carro, tirando con todas sus fuerzas de las riendas.

—Hideputa del infierno...

Me amenazó con su látigo.

Sin prestarle atención, me aproximé a la carroza por un lateral.

—Tengo un asunto urgente para el señor de Arazuri.

Al momento se abrió la portezuela del coche. El pequeño Joaniko salió fuera, hecho una furia.

—¿Cómo te atreves, perro sarnoso?

Le vi la intención de golpearme. Lo sujeté por las dos muñecas. ¡Un mendigo agarrándole!

—Estás pidiendo el infierno y lo vas a tener —forcejeó y yo con él.

Tenía la suficiente fuerza como para hacerle dar con sus huesos en tierra. Por suerte para él, también vigilaba de reojo al conductor, que parecía dispuesto a participar en la fiesta.

—¡Soy Mailu, condenado idiota!

Volvió a abrirse la puerta de la carroza. Tal como pensé, Beaumont también viajaba en su interior.

—¡Entrad rápido!

El conductor quedó pasmado, frustrado en sus ganas de atizarme. Joaniko tampoco quedó satisfecho.

—Excelencia, quizá no es conveniente.

—Yo decidiré lo que es conveniente.

Me coloqué frente a Francés Carlos de Beaumont dentro de la carroza. Las cortinas estaban echadas. Joaniko marchó de mala gana a ayudar a levantar al mulo.

—¿Vuestra vestimenta tiene algo que ver con lo que ha sucedido esta mañana en la Magdalena? En Pamplona no se habla de otra cosa, aunque no he sacado nada en claro.

Le narré brevemente todo lo sucedido desde la víspera. En su rostro la preocupación iba creciendo con cada palabra mía.

—Ahora tendréis que darme cobijo y esconderme, hasta la llegada del monarca español. La pólvora ha fallado. Nos queda el puñal para acabar con el lobo.

No me expresé conformidad alguna. Aquel joven asustado poco tenía que ver con el fervoroso hombre que conocí en Arazuri.

—Juradme que solo vos sabíais de mí entre todos los que debíais participar en lo de esta mañana.

—Solo yo, excelencia.

Joaniko y el conductor habían terminado con el mulo. Beaumont me hizo salir de la carroza. Quería hablar con su sirviente a solas. Su conversación no duró mucho. Beaumont enseguida volvió a pedirme que entrara dentro.

—Haremos como pedís. Seréis mi huésped en Arazuri, hasta que regreséis a Pamplona a cumplir con vuestra misión.

Joaniko cambió su lugar trepando sobre la carroza para ir a calentar el asiento junto al conductor. Se le había iluminado el rostro. Mala señal.

Nos pusimos en marcha sin hablar. El que tanto había preguntado en Arazuri no tenía curiosidad de saber nada volviendo de Pamplona. Yo tampoco ardía en deseos de conversar. Me encontraba cansado, con todo el cuerpo dolorido, y necesitaba

reposo. Creo que me adormecí. El repentino parón de la carroza me despertó.

—¿Hemos llegado?

—Los mulos necesitan beber —me informó Beaumont al instante.

Mal mulero el que no da de beber a las bestias antes de emprender el viaje. Descorrí la cortina: volvíamos a estar a la vera del río, solo que en un lugar bastante apartado. No se veía ninguna población cerca. En las últimas semanas había recorrido ese camino lo suficiente para saber que no nos encontrábamos muy lejos de Orcoyen.

—Preciso ir a hacer una necesidad —dijo Beaumont atropelladamente.

Con la mano sujetando los calzones, salió a toda prisa por una puerta de la carroza. Demasiado deprisa, tal vez. Allá algo estaba fuera de lugar. No tuve tiempo a pensar qué pudiera ser. El conductor y Joaniko estaba en la otra puerta. Ellos también tenían la mano diestra entre la ropa y, por sus rostros, no traían muy buenas intenciones.

—Sal, Mailu.

Estúpidos. Tenían que haber venido cada uno por un lado. En cuanto Joaniko dijo tal cosa, yo ya había salido por la otra puerta, por la misma que acababa de salir Beaumont, que seguramente no esperaba que reaccionase yo tan pronto al peligro. Cuando puse mis manos sobre él, todavía estaba a pocas varas de la carroza, dispuesto a presenciar mi muerte. Contra mí, no usó otra arma que un grito atemorizado. Para cuando sus esbirros rodearon el vehículo y se plantaron frente a mí, ya mi daga amenazaba la garganta de su señor. No tuve ni que negociar con ellos.

—Parad, ineptos —aulló el aterrado Beaumont—. ¿No veis que me matará si dais un solo paso más?

Yo apretaba mi cuerpo contra el del joven noble tan fuertemente que me dolía el brazo izquierdo. A pesar del frío, sudaba abundantemente. Ahora era mi turno:

—Tirad vuestros puñales al río.

Esa orden les costó más cumplirla. El conductor lo hizo primero. Joaniko, después, lanzando su arma con rabia. Me dirigí a este último:

—Ahora tú, quítate la ropa y vete a buscar tu arma allí donde la has arrojado. Y tú —le dije al conductor—, vuelve a subir a la carroza.

El mulero obedeció pronto mis palabras. Joaniko continuaba allí, sin moverse. Presioné un poco el mango del puñal. Beaumont reaccionó al instante:

—¡Joaniko! Desnúdate y métete al río, sin más cuento.

Al suelo cayó su negra piel de toro. Tras de ella, el resto de la ropa. Los ojos del esbirro ardían, pero su blanca piel tiritaba cuando metió los pies en el agua. No iría más allá; no me importaba. Levanté a Beaumont, que se quejaba calladamente. Amenazándolo con mi arma, lo obligué a subir de nuevo a la carroza.

—Me vais a devolver a Pamplona. Luego, rogaréis a Dios para que no me atrapen, porque mi caída será también la vuestra.

No andaba casi nadie por la Rúa de los Saqueros. Las tiendas y los puestos se encontraban cerrados por razón del día que era. El silencio era enervante. Solo había trasiego cerca de la librería de Bakedano, junto a cuya puerta había un grupo de soldados. De allá salía un magistrado de la Corte Mayor, al que había conocido de la mano de Gilen Abaurre, acompañado de un funcionario del mismo tribunal. Uno de los soldados me expulsó de malas formas de allí.

—Maldito palurdo, ¿qué haces aquí fisgando? ¡Venga, anda a tu huerto!

Me encaminé hacia el Barrio Nuevo, sin recuperarme del apuro. Por el camino no había nadie. Aquel día, en Pamplona, el único pálpito de vida se encontraba en las iglesias. Estaría en peligro, a nada que en cualquier cantón alguien me preguntase qué hacía fuera de cualquiera de ellas.

En la Rúa Mayor, solo había movimiento en torno a mi casa, donde también entraban y salían soldados y letrados. Reconocí mi libro en las manos de uno de ellos: *Konfesionea*. Igual que mis armas, triste final el suyo, después de recorrer tantas leguas conmigo.

El trajín no había atraído más que a unos pocos mirones. A uno de ellos le pregunté qué sucedía. Se quedó mirando las heridas de mi rostro antes de responderme.

—Un espía francés. Dicen que se ha ahogado en el río. Ahora parece ser que se llevan a su criado a la ciudadela.

Me alejé de allá, más despacio de lo que habría querido.

Desde las torres de las iglesias empezaron a repicar las campanas, señal de que finalizaban las distintas misas del día de Navidad. San Cernin era en ese momento la iglesia más cercana. No me costó mezclarme con la gente que salía de ella. Anduve de grupo en grupo, con el oído atento. En muchos de ellos hablaban de «espías franceses» y «topillos». No eran pocos los que también mencionaban el horrible final de la hermana de un miembro del Consejo Real.

Aprovechando que entre la gente me encontraba más protegido, fui avanzando lentamente hacia Sanduandia. Trataba de imitar el habitual paso fatigado de los labriegos, pero quién sabe si lo hacía bien. A diferencia de en la Rúa de los Saqueros y en la Rúa Mayor del Barrio Nuevo, por ahí no circulaban hombres de armas. Sin saber si ello debía tranquilizarme o preocuparme aún más, decidí no alejarme de allí. Después de deambular un rato más, vi acercarse a Ollakarizketa y toda su familia. Con ellos iban el criado y la criada que conocí la madrugada que me junté con Ramona. Ninguno de ellos había faltado a la misa del día de Navidad.

Ramona iba envuelta en el elegante manto de piel de las últimas veces. Esta vez también llevaba mantilla, pero tenía la cara descubierta. En sus ojos había cierto aire de desafío, como si estuviera dispuesta a defender a ella y a los suyos de cualquiera. A su lado, el abogado presentaba un aspecto lastimoso. Traía ojeras y el rostro enrojecido, como si fuera presa de la fiebre. Venían cogidos del brazo, él al de ella, no al revés. Comparada con Ollakarizketa, la hija de los Abaurre lucía fresca como

una manzana. Hasta aquel momento no la había visto más que de noche o bajo la pálida iluminación del interior de su casa. La luz del día la favorecía. Pasaron por delante sin fijarse en mí.

—¡Su señoría! —exclamé, cuando ya me mostraban la espalda.

Salvo los niños, todos se volvieron hacia mí, incluso los dos criados. No me arriesgué a que me reconocieran. En lugar de descubrirme, agaché todavía más la cabeza debajo del sombrero, tratando de compensar la descortesía con la mayor apariencia de humildad.

—Un asunto que os concierne.

El lóbrego semblante del letrado se tornó aún más sombrío.

—¡Maldito sarnoso! No me extraña que te hayan apaleado antes.

A pesar de mi cerviz humillada los golpes de mi cara seguían siendo evidentes. Todavía no había sacado toda la mierda de sus entrañas:

—Ve a aprender modales, en vez de importunar a los que son más que tú.

Ramona recibió con aprobación el arrebato de su marido. Sin dirigirme una mirada más se dirigieron hacia la puerta de su casa. No me di por vencido.

—Tengo un recado para vos... de parte del vizconde de Zolina.

Se me ocurrió ese nombre, como podía haberseme ocurrido el de cualquier otro gran noble. Mi mentira no encendió el rostro de Ollakarizketa pero sí hizo que mostrara cierto interés. Ramona asintió con la cabeza. El letrado me abrió la puerta.

—Entra.

A ella la perdí de vista escaleras arriba. Al síndico lo seguí hasta la pequeña habitación que ya conocía. Seguía revuelta de papeles. Papeles sobre la mesa, papeles sobre la silla, papeles por el suelo. Ollakarizketa cerró la puerta y encendió una vela. Se notaba que estaba nervioso. Me habló dándome la espalda, ásperamente:

—Di lo que tengas que decir y lárgate.

Saqué el puñal entre mi ropa harapienta. Esta vez no hice como con Francés Carlos de Beaumont. Le tapé la boca a la vez que le plantaba la punta del arma sobre el cuello. Susurré a su oído:

—Si gritas o pides ayuda, te abriré un agujero hasta los sesos.

Sus mejillas adoptaron la palidez de un muerto.

—¿Has entendido?

Hizo un leve gesto afirmativo. A cambio, yo fui alejando mi mano de su boca, pero no el puñal de su cuello.

—No tenemos dinero en casa.

El miedo le hacía tartamudear.

—Te puedes meter tu dinero por el culo.

Al pánico se juntó en su rostro la incredulidad. Usé la mano que tenía libre para alzarme el sombrero.

—¡Mailu!

Seguramente hubiese preferido que fuese un ladrón. Se arrodilló al instante ante

mí y empezó a gimotear, mientras extendía su mano, como tratando de encontrarse con la mía. La rechazé violentamente.

—Por todos los demonios, ¡no lloriquees!

Inclinó la cabeza como si quisiera ofrecirme su cuello. Su voz salió de una muy profunda sima:

—Os ayudaré a escapar de Pamplona.

—Tendría que estar loco para encomendarme a ti.

Me coloqué tras él. Temblaba. Dispuse mi mano sobre su cabeza, como para cogerle de las greñas, pero sin hacerlo todavía.

—¿Qué es lo que queréis?

Moqueaba.

—La verdad.

Dio un gran suspiro.

—No puedo.

Ahora sí que tiré de su cabello atrayendo su cabeza hacia mí. Su rostro lleno de mocos y lágrimas me ofrecía una extraña visión.

—¿Cuál ha sido la recompensa por traicionarnos?

Llevé el puñal hasta su garganta, ahora sin protección. Le apretaba el canto del arma, pero él no podía saberlo.

—No he sido yo —soltó Ollakarizketa, con voz cada vez más desfallecida.

Acerqué el acero hasta que tocó la sudorosa piel del abogado, para que sintiese su frialdad. Un escalofrío recorrió su cuerpo.

—Gusano mentiroso.

Le di la vuelta al puñal. No el dorso, era el filo con lo que ahora le amenazaba.

—¿Cuál era tu recompensa?

Lo había hecho en otras ocasiones. No era un asunto muy complicado. Un poco de presión hasta introducir el cuchillo en el cuello. Después, solo había que mover la muñeca de un solo golpe, con suavidad, como cuando se corta pan recién horneado.

—¡Tu recompensa! —repetí, ya sin esperanza ni deseos de escuchar su respuesta.

—Yo recibí la recompensa, Joanes, porque he sido yo quien te ha delatado.

Ramona cerró tras de sí la puerta de la habitación. Ya se había desprendido tanto del manto como de la mantilla. Habían desaparecido el vestido de cuello alto y su jubón en punto que le había visto vestir en casa. En su lugar vestía una blusa y un simple delantal. El cabello antes recogido le caía sobre los hombros.

—La recompensa y el pago: no volver a verte.

Aquella Ramona era la que más se parecía a la que recordaba de mi juventud. Más gorda, más vieja, más cansada, pero lanzando chispas por sus ojos, como antaño. El tono con el que me hablaba era el mismo que el de entonces.

—Te lo advertí, Joanes. Te pedí que volvieras a la Baja Navarra. Te rogué que dejases en paz a mi marido.

Solté los cabellos de Ollakarizketa. Bajé el puñal.

—¿Cómo puedes pensar que fuera a tirar por la borda todo lo que he conseguido con sangre y sudor durante los últimos veinte años por las locuras de un maldito soñador?

El fuego de sus ojos me quemaba. Me quemaba la piel y las entrañas. Me defendí débilmente:

—No eran solo sueños. Teníamos una oportunidad.

—¡Menuda oportunidad! Un borracho, un loco, un librero y un triste maestro para expulsar a los españoles.

—Un general no elige a su ejército.

Su sonrisa hizo que mis tripas hirvieran.

—¿Te has nombrado general? —me soltó, más Ramona que nunca.

Ollakarizketa todavía estaba ante mis pies, inclinado hacia delante, casi postrado, lloroso. Lo así del cuello tan fuertemente como antes del pelo. Lo levante a la fuerza y lo empujé hasta la puerta.

—Si tienes piedad de ti mismo y de tu familia, estate callado y no te muevas de casa —le ordené mientras lo echaba fuera de la habitación.

Ramona y yo estábamos solos. Se encontraba enfrente de mí, con los brazos en jarras, esperando quién sabe qué. Me miró con el mismo semblante que muchos años antes, cuando me quería dejar clara su mayoría de edad. De repente me sentí niño, muy niño.

No sé si se tiré el puñal al suelo o se me cayó. La empuñadura tembló cuando clavó su punta en el suelo. No sabía qué hacer con la mano que se me había quedado libre. Ramona dio un paso y me agarró por la entrepierna, firme y a la vez suave. Sin hacer casi esfuerzo me empujó hasta la silla. Sobre ella había un montón de papeles, sobre los que me sentó ella. Me puso la mano en la mejilla.

—Se te está hinchando toda la cara. Pronto no te reconocerá nadie.

—Mejor así.

—¿De dónde has sacado esas calzas de campesino?

Me las bajó hasta las rodillas.

—Son de un muerto.

No le expliqué dónde estaban mis calzas largas de caballero.

—Yo también estoy muerto —añadí—. Joanes Mailu está muerto.

Alzó su delantal. La negra mata de su bajo vientre seguía tal como la recordaba.

—Entonces está será mi primera vez con un muerto.

Se colocó encima de mí, apresándome entre sus muslos. Trate de agarrarla por las caderas pero ella rechazó mi abrazo. Me rendí. Me había rendido desde el momento en que había entrado en la habitación. Además, su interior era suave. Y su piel olía a musgo húmedo, aunque fuese musgo de otoño.

Me cabalgó en silencio, a trote lento y corto, como se cabalga a un viejo garañón. Unos quedos gemidos me indicaron que ella había terminado. No me había vaciado aún cuando ella se hubo vaciado de mí.

—Vete y no vuelvas —me ordenó, rehuendo mi mirada.

Las tabernas empezaron a abrirlas por la tarde. En la de Lindatxikia sacié el hambre de todo el día. Me vieron tan zurrado y menesterozo, que me obligaron a enseñarles la moneda antes de servirme de comer. En la mesa de al lado, dos parroquianos hablaban entre dientes sobre los espías franceses que buscaban por las inmediaciones de Pamplona.

Cuando salí ya era de noche.

El trajín de soldados no había cesado por las calles. Tanto españoles como hombres del Regimiento de Pamplona. De estos últimos eran los que me salieron al paso frente a la iglesia de San Cernin. Acercaron sus luces a mi rostro. Los comandaba un individuo de fino bigote, mayor que yo.

—¿Qué te ha pasado en la cara?

—Un burro me ha arreado una coz esta mañana.

Creí que con esa tonta respuesta bastaría. Me equivocaba:

—No te conozco. ¿Quién y de dónde eres?

Estaba plantado en mitad de la calle, impidiéndome el paso. Desde allá me miraba con la prepotencia que los pamploneses de buena cuna reservan para las gentes de más allá de sus murallas.

Me vino a la cabeza el nombre de mi abuelo.

—Miguel... de Aibar —susurré, tan sumiso como un campesino de la cuenca de Pamplona.

—Pues por aquí no se va a tu pueblo. Además, ya han cerrado las puertas de la ciudad. ¿A dónde vas ahora?

—En el pueblo me han hablado de un tal Guzmán, de la casa de Juan el Vizcaíno.

Oí unas risas ahogadas en el grupo de soldados. Los miré como si no comprendiese lo que las motivaba.

—¡Estúpido andrajoso! ¿Vas al burdel del Regimiento?

Me dio un puñetazo en el pecho.

—Del burdel no sé nada. Me han dicho que vaya a donde Guzmán, que él me alojará.

—¿Tú qué eres, judío o hereje? ¿No sabes que hoy es día de Navidad y que el burdel está cerrado?

Fingí turbarme con gestos todavía más exagerados. Inclinando todavía más la cabeza, haría falta muy buen oído para oír mi voz.

—Solo quiero alojamiento.

Hice ademán de volver sobre mis pasos. Él me lo impidió agarrándome fuertemente por la mandíbula, mientras que otro me volvía a acercar la luz. Las burlas crecieron entre el resto.

—La coz de un burro no deja esas heridas. ¿Sabes lo que pienso?

No le respondí. Sabía que mi respuesta no le interesaba y, además, no resulta

sencillo hablar cuando te están oprimiendo el borde de la boca.

—Pues que alguien te ha atrapado intentando robarle y que te ha dado una buena tunda. ¿Así que eres un ladrón, Miguel?

Me estaba haciendo daño. Demasiado daño, como para que lo soportase durante mucho tiempo sin sacar el puñal y clavárselo entre las costillas.

—Venga, dímelo, Miguel, ¿eres un ladrón? —me preguntó apretando más fuertemente mi mandíbula.

Me saltaban las lágrimas. Apreté los puños y abrí la boca tanto como pude:

—¿Acaso es pecado pedirle la voluntad de Dios a la buena gente, su señoría?

Me salió una voz ridícula, lo que acrecentó las risas de los que me cercaban. Incluso las de su jefe de fino bigote.

—Pedir la voluntad de Dios, sí, y si no te la dan, ¿robarla?

Me soltó, pero no por ello calló:

—Escúchame, piojoso. Estamos hartos de la basura de mendigos como tú. Tienes suerte de que hoy buscamos un pez más grande. Si mañana te veo por estas calles, primero te zurraré hasta no dejarte un hueso sano, y después irás a la cárcel, para que de allí te manden a la ciudadela, para ponerte de una vez a trabajar levantando las murallas. ¿Lo recordarás?

Incliné todavía más la cabeza, mientras hervía por dentro.

—Lo recordaré, señor.

Con un empujón me indicó que tenía permiso para irme.

En la calle de la casa de Juan el Vizcaíno había menos luz que de costumbre. Fue Guzmán quien me abrió la puerta; lo supe por su voz, porque en aquella oscuridad casi no distinguía su rostro. Me saludo agriamente en su castellano.

—Debes de ser el único habitante de esta ciudad que no sabe que esta casa cierra en Navidad.

Le contesté en el mismo idioma. Algo había aprendido en las últimas semanas.

—Quiero estar con Beatrice.

Advertí su sorpresa. Beatrice estaba destinada a caballeros, funcionarios y oficiales, alguien inalcanzable para campesinos y soldados rasos.

—Vete a pelártela a una esquina. Las mujeres de la casa hoy no reciben a nadie.

Decidí arriesgarme:

—Dadme alojamiento por esta noche. Mañana estaré con Beatrice. Os pagaré bien.

Lo que decía y la manera de decirlo no casaban bien con mi vestimenta.

—Aguarda aquí.

Cuando volvió a abrir la puerta sostenía una lámpara en sus manos. Una lámpara y también una espada. Tan pronto como examinó mi cara, me dejó pasar al portal de la casa. No me lo dijo pero ya sabía que me había reconocido.

—Claro que tendréis una cama. Y también una mujer, si lo deseáis. Habéis dicho Beatrice, ¿no es así?

De pronto, el alcahuete era todo suavidad y buenas formas. Ya conocía esa versión embaucadora de Guzmán. Se me hizo tan repugnante como las otras veces.

—Aunque las circunstancias no sean las habituales, las reglas de la casa son las mismas. Hay que depositar las armas en la entrada.

Levanté mis brazos alrededor de la cintura.

—Me ha sucedido algo no debiera pasarle a ningún caballero: hoy he perdido mi espada.

A pesar de la penumbra, pude notar cómo esbozaba una sonrisa.

—Ojalá la recuperéis.

Tenía ocasión de preguntarme por mi ropa y mi aspecto. Prefirió embestir por otro flanco:

—Acabáis de decir que me pagaríais bien. Lo preferiría por adelantado.

No tenía intención de discutirlo. Busqué mi bolsa de dinero en el cinto. Los ojos estrábicos de Guzmán sacaban chispas. Puse un doblón de oro, de los últimos que me quedaban, en la palma de su mano. Al instante desapareció dentro de su bolsillo.

—¿Periko? El cabroncillo estará oculto en algún rincón. Va desear no haber nacido cuando le ponga la mano encima.

Nos encontrábamos al pie de las escaleras. Estremecía ver tan silencioso y oscuro un lugar que solía ser testigo del trajín de tanta gente. Guzmán puso la lámpara en mis manos:

—Id vos delante, puesto que ya conocéis el camino. Quiero asegurarme de que nadie os ha visto entrar.

El cansancio de todo el día debía de haberme nublado el entendimiento, porque no reparé en lo estúpido de su excusa. Mientras comenzaba a subir las escaleras, percibí como abría de nuevo la puerta. Me di cuenta que volvía sin cerrarla, como a toda prisa. Oí sus pasos subir también por la escalera, tras de mí. No me hubiera dado media vuelta si un grito no me hubiera impelido a ello:

—¡Cuidado, Mailu!

Conforme me giré, lancé la lámpara contra Guzmán. Su grito me indicó que le había caído por encima todo el aceite caliente. Al mismo tiempo, también sentí yo que mi pecho ardía. Mi movimiento había obligado a anticipar su estocada al alcahuete, pero no había impedido que acertara. Con la lámpara apagada todo volvía a estar a oscuras. A pesar del dolor, metí la mano entre mis ropas en busca del puñal. A la vez que lo sacaba, mis oídos me avisaron de que el español atacaba de nuevo. Me tiré de cabeza hacia donde debían de estar sus pies. Caímos ambos rodando escaleras abajo. Por el camino perdí el puñal. Él también su espada. A falta de otras armas, nos acometimos con los puños, con los pies, con los dientes, con las uñas. Yo peleaba en silencio. Guzmán, en cambio, bramaba:

—¡A mí la ronda! ¡A mí la ronda!

Una claridad repentina nos sorprendió en el suelo. Yo trataba de cegarle, clavándole los dedos de mi diestra en la cuenca de sus ojos, mientras que mi mano

zurda se afanaba en zafarse del lazo que sus dos manos habían trenzado alrededor de mi cuello. Yo me encontraba más débil, a causa de la sangre que iba perdiendo. Guzmán vio al recién llegado antes que yo.

—¡Muchacho del demonio! ¡Dame eso!

Se separó de mí con una patada, liberándome así el cuello.

—¡Rápido, estúpido!

Periko se colocó entre ambos. En una mano sostenía una lámpara como la del alcahuete, y en la otra, algo que podía ser un palo. Guzmán extendió su mano hacia él, mientras hacía ademán de levantarse del suelo.

—Por todos los demonios, te he dicho que...

No terminó la frase. El muchacho extendió repentinamente su puño, algo más debajo de su frente. Parecía haber querido pegarle, pero no me pareció que lo hubiese tocado. Sin embargo, Guzmán se derrumbó a mi lado. De su ojo izquierdo creí ver sobresalir los tres brazos de un crucifijo. Solo entonces comprendí que Periko acababa de clavar el puñal que yo había perdido en uno de los ojos de su amo.

Me encontraba a un paso de ellos, sin poder aguantar el dolor en el pecho. Desde allí pude ver cómo las pequeñas manos del muchacho registraban el cadáver. Ni una sola de las monedas le dejó, mucho menos el doblón de oro que acababa de entregarle.

Fuera de la casa, se oían voces humanas:

—¡Aquí está la ronda! ¿Quién nos reclama?

Me solté la bolsa del cinto y se le entregué a Periko.

—Dáselo a la señorita Beatrice —le dije.

El barbero me produjo un grito de dolor al despegar la gasa. La tela había quedado pegada a la herida, sobre la piel y la carne. Dos semanas antes, aquel hombre había cauterizado mi herida del pecho, valiéndose de un hierro rusiente, antes de verter trementina sobre la misma. Me había quedado una cicatriz negruzca, pero que ya estaba seca, salvo por el trozo de postilla que se había levantado pegada a la gasa, por donde sangraba en estos momentos. El cirujano, sin reparar en ello, dijo algo en castellano, usando la palabra «espasmo». El fraile lo tradujo a mi idioma desganadamente.

—Si has sufrido algún tipo de opresión en esta zona.

El monje se encontraba detrás del barbero. No había casi sitio para estar a su lado en esa pieza tan estrecha. Detrás del fraile, el carcelero debía de estar fuera de la celda.

—Creo que no.

El bigote del barbero se movió de arriba abajo, satisfecho. Al parecer sus cuidados no resultaban siempre tan exitosos. Según les contó al fraile y al carcelero, con una herida como la mía se le había muerto uno hacía seis meses. Comprendía la

mayor parte de lo que decía. Importaba poco si el fraile no se molestaba en traducirlo todo. Solo la última frase.

—Parece ser que su trabajo aquí ha terminado.

Por el alto ventanuco entraba un frío insoportable. Me puse de nuevo la misma camisa ensangrentada que llevaba desde el día de Navidad. Devolví la espalda a la paja del catre. Era un mal lecho, pero no peor que el del calabozo de Navarrenx.

Sin despedirse, salió el barbero, después de recoger sus aparejos en un bolso. Parecía tan satisfecho de mi recuperación como de perderme de vista a mí y a aquel lugar. El fraile ocupó su puesto ante mí. Veinte años atrás, mis correligionarios franceses, en sus panfletos, los retrataban como a este, con una barriga que desbordaba sus hábitos.

—¿No me has de pedir la bendición, Miguel?

En la prisión real de Pamplona me había convertido en Miguel para todo el mundo. Miguel de Aibar.

—Por supuesto, vuestra bendición.

Había poco fervor en mi respuesta. No me moví ni un palmo de la tarima sobre el suelo.

—¿No te vas a arrodillar?

Con el rostro dolorido, me llevé la mano a la herida. No todo era teatro. Todavía me dolía la estocada de Guzmán. El clérigo, visiblemente irritado, trazó una cruz en el aire y se marchó volando del calabozo, tras los pasos del cirujano. El carcelero también se fue con ellos, después de cerrar la puerta. No tardó en volver.

—Eres afortunado, Miguel —me dijo desde la puerta abierta del calabozo.

Jugueteaba como un niño con el juego de llaves. Un par de días antes, cuando salí al patio por primera vez, comprobé que a veces las utilizaba como arma en la cabeza de los presos. Hasta entonces, solo me había podido quejar de su locuacidad.

—Casi nadie saldría vivo con tu herida. Tienes que agradecersele al Señor de los Cielos.

—No hago otra cosa desde que me metisteis en este agujero.

No le gustó mi respuesta.

—Pero solo habéis salido del fuego para caer en las brasas. De la horca no podréis escapar tan fácilmente.

Me encontraba tumbado y así seguí, con los ojos clavados en el oscuro techo del calabozo. Entre las grietas de la madera veía deambular a las chinches. El crudo viento de enero aullaba por el ventanuco.

—Un juez justo no me sentenciaría. No hice más que defenderme.

—Los desgarramantas como tú no se defienden, se entregan.

—¿Ese alcahuete era más que yo?

El carcelero se acercó más a donde estaba volteando las llaves.

—Había sido soldado de España.

—Gran cosa, se mire por donde se mire.

Hacía grandes esfuerzos por refrenarme.

—Te tienes por más de lo que eres. ¿Sabes qué favor me ha pedido el fraile?

Volví a cerrar los ojos. La visita del barbero me había dejado francamente cansado.

—Que le encargue a algún carcelero que te dé una buena tunda de palos, a ver si se te quitan esos aires de caballero.

Se le notaba el deseo de cumplir los deseos del religioso. No por ello abrí los ojos.

—¿A qué esperáis? Viniendo la petición de un fraile, seguro que os recompensan en el cielo.

—Lo haría encantado, si no supiera que la mano de alguien de arriba te guarda y te protege.

Abrí los ojos. En el techo las chinches seguían danzando.

—¿Qué os hace pensar tal cosa?

—Tu ropa dice que no tienes en el bolsillo ni para pagar la primera visita del barbero. Pero nunca he tenido ante mí un labriego tan soberbio. ¿No serás nacido de algún prohombre?

Esta vez sí que clavé mi mirada en él.

—¡Por fin os dais cuenta!

A su cara rechoncha asomó la preocupación.

—¿De quién? —me preguntó atropelladamente.

—Es alguien tan grande y elevado, que, si lo supierais, quedaríais pasmado. Obviamente me es obligado mantener en secreto su nombre.

Advertí que el carcelero dudaba si le hablaba en serio o en broma.

—Ya que lo sabéis, os parecerá justo cambiarme a un calabozo que tenga chimenea.

El bribón dudó.

—El alcaide me despellejaría si lo hiciera. En las Reales Cárceles de Pamplona, los asesinos siempre deben estar aislados y en los calabozos individuales no hay chimenea.

—La ley no se cumple siempre en las Reales Cárceles de Pamplona —respondí un tanto rabiado.

—Es el sonido del dinero lo que hace que cambie la ley.

En Navarrenx había aprendido a caminar con los pies encadenados. Los hierros de la prisión del rey de Navarra me obligaban a caminar dando el equivalente al cuarto de un paso normal. Las de la cárcel de Pamplona, en cambio, me permitían dar un tercio de paso sin riesgo de caerme. Al propio carcelero que me puso los grilletes le había llamado la atención mi habilidad para moverme.

—¿En cuántas cárceles habéis estado, Miguel?

En el patio de la prisión, nos quedamos solamente los presos que teníamos visita. A la mayor parte se les notaba nerviosos. Llovía. Todo el suelo estaba embarrado. Por fin, alguien —no sé si preso o carcelero— dio un grito y comenzaron a entrar los que venían de fuera. Enseguida, un gran alboroto se apoderó del patio. Entre los visitantes predominaban las mujeres. Niños también, no pocos. Uno de ellos tenía sus ojos clavados en mí.

—¡Periko!

Quién sabe si se hubiera acercado a mí de no haberle llamado yo. Le colgaban de los labios sus mocos de siempre. Los restos de golpes de su cara parecían ya antiguos. Traía una gran manta bajo el brazo. La depositó en mis manos, sin un saludo y sin quitarles ojo a los grilletes de mis pies.

—De parte de la señorita Beatrice.

La lana se había mojado por la lluvia. La acaricié como se acaricia la piel de una mujer.

—¿Cuánto has tenido que pagar?

—Tres monedas al alcaide; dos, al de las llaves, y otro más al carcelero. He repartido otras cinco monedas para que mañana, pasado y al otro, tengáis carne en la cazuela y aguardiente por la tarde.

Hice mis cálculos, incluyendo los honorarios del barbero. En el peor de los casos, todavía le quedaría una pequeña suma a Beatrice.

—Dice la señorita Beatrice que no os preocupéis por los dineros. Venderá el anillo y la pulsera, si fuera menester —recitaba Periko la lección aprendida.

—Dile a la señorita Beatrice que no haga eso de ninguna manera.

Se encogió de hombros. Entre sus preocupaciones no estaba lo que fuera a hacer la valona con mis regalos.

—¿Ha llegado el sustituto de Guzmán?

—Diego de Aretxabaleta.

—Castellano, también él.

—De la parte de Guipúzcoa. Habla nuestra lengua, aunque sea a la manera de Lekanda. Me pega menos que Guzmán.

Sin preocuparse por la lluvia, los visitantes —madres, esposas, hijos e hijas— seguían conversando, riendo aquí, jurando allá y sollozando acullá. Se le notaban a Periko las ganas de alejarse de ese alboroto. Yo no quería que eso sucediese.

—¿Y qué se cuenta por ahí fuera? —le pregunté bajando la voz—. ¿No se habla ya de espías franceses?

—Ya no, desde que apareciera en el río el cadáver del tal Mailu.

En vano esperé una sonrisa de complicidad. Su rostro mojado por la lluvia desprendía la mayor de las gravedades.

—Algunos otros debían de estar huidos.

—Se dice que llegaron a Francia.

No le pregunté de dónde le había venido la noticia. Me alegré por Bakedano e

Ilarregi. Estaba ansioso de noticias y a mi alrededor continuaba la algarabía.

—El rey Felipe no ha venido.

—En su lugar mandaron soldados desde España.

—¿Más?

—Y más que van a llegar. Así me dijo el otro día María, la andaluza.

No puse en duda las fuentes de María, la andaluza. Seguramente se lo oiría decir a alguien en la cama.

—¿Algo más?

—Ejecutaron a una mujer en el Arga el otro día. Estuve viéndolo.

Sus ojos brillaron. A mí también me brillarían a su edad si hubiese tenido la suerte de presenciar una ejecución.

—Tenía que ver con la muerte de una hermana de un miembro del Consejo Real. El verdugo le introdujo tres veces la cabeza bajo el agua, porque tardó en ahogarse. Van a quemar viva a otra mujer en la Taconera por el mismo asunto. Tampoco me lo quiero perder.

—¿No arrestaron a algún cura, por tener algo que ver con todo ello?

—Agerre, el subdiácono de San Cernin. Ya no está en Pamplona.

Bajo una lluvia cada vez más tupida, los carceleros habían empezado a empujar a los visitantes hacia la puerta de salida. También estaba allá el encargado de las llaves, con ellas en la mano, dispuesto a emplearlas contra quien fuera. Periko no fue de los últimos en moverse. Me costó detenerlo, corriendo sobre el barro con mis pasos disminuidos, un tercio de lo que debían, por culpa de las cadenas. Lo agarré por el hombro.

—Quiero que le lleves un mensaje a una persona.

No se volvió.

—¿Me pagaréis?

—Te pagaré.

Al secretario del virrey no le obligaron a mancharse los zapatos con el barro y los excrementos del patio. El jefe de la cárcel lo hizo pasar a su *scriptorium*, me imagino que sin dejar de rendirle reverencias. Para cuando me llevaron allá, el fuego estaba encendido. Ofrecí mis manos a la chimenea casi hasta quemármelas. Después, la espalda. Nos habían dejado solos, pero Gilen no se fiaba. Se acercó hasta la puerta y la abrió. No había nadie al otro lado, con la oreja pegada a la puerta.

—Así que es verdad. Estás vivo. No quiero ni saber cómo has hecho para convertirte en Miguel de Aibar.

Cumpliendo su deseo, no le di el más mínimo detalle.

—Ramona nos denunció —murmuré.

—Claro que fue Ramona.

Estuve por preguntarle si su hermana le había dado los detalles, incluido lo

sucedido en la pequeña estancia de casa de Ollakarizketa. No se lo pregunté.

—Luego me llegó la noticia de que había aparecido tu cuerpo en el río. Me llamaron para ir al cementerio. Necesitaban a alguien que confirmara si de verdad eras tú.

—Y tú lo confirmaste.

—Efectivamente, declaré que aquel era Joanes Mailu.

—Vuelvo a estar en deuda contigo.

—Más de lo que crees —respondió secamente—. Yo mismo pagué al sirviente de la casa del señor de Guenduláin, para que él también dijese que el muerto eras tú.

Me traía algo pasmado tan buena disposición.

—Encontraré la manera de devolverte ese dinero.

Lo rechazó con un gesto, como si desechase una idea estúpida.

—Tu criado, Martín, según parece, estuvo negando que fueras tú, pero mi palabra tuvo mayor fuerza que la de ese piojoso.

Estaba conmovido. Con la excusa del fuego, me di media vuelta y extendí mis manos hacia la chimenea.

—Uno no puede fiarse nunca de la servidumbre.

—Ese diablo de Martín llevaba varios días en la ciudadela y tenía prisa por salir. Sus calabozos son más fríos que los de las Reales Cárceles y sus carceleros, más despiadados. Va a tener que pasar un año trabajando en la nueva fortaleza.

También había acercado los pies al fuego, y con los pies, el resto del cuerpo. Era agradable sentir el calor en la frente y las orejas.

—*Qui amat periculum in illo peribit*, dice el Eclesiastés.

—Creía que habíais eliminado los latines de las Sagradas Escrituras.

—Todavía no de los del Viejo Testamento. También llegará. Hace cuatro años, cuando me convirtieron en inquilino de Navarrenx, nuestro viejo Leizarraga aún seguía traduciendo sin parar en La Bastida.

—¡«Nuestro Leizarraga»! ¿Sabes cuál ha sido para mí el día más dichoso de los últimos años?

—Ni idea.

—El día que me hiciste creer que habías pasado a mi bando. Todo mentira y engaño.

Las llamas eran rojas, como el dolor que supuraba la herida de Gilen. No le pregunté si mi amistad le había acarreado algún disgusto con el virrey o el gobernador. Sospechaba que sí y prefería no saberlo.

—Con tantas mentiras y engaños por parte mía, ¿por qué no has procurado mi perdición?

—Para ese momento ya sabía que nuestro rey Felipe no vendría a Pamplona.

—En realidad no vine a matarle, sino a que Navarra se alzase. De pronto, surgió la oportunidad. Pena que no se llevase a efecto. Hubiera sido hermoso.

—¿Hermoso?

Su escándalo manifiesto no le hizo alzar la voz. Yo le pregunté tan en voz baja como él:

—¿Qué te ha dado ese canalla?

—Lo que nunca me dio el rey de Navarra.

Estaba cansado de la conversación. El frío calabozo tal vez no era tan mal aposento comparado con aquel cálido *scriptorium*. Me alejé unos pasos del fuego.

—Mañana se celebra mi juicio —le conté—. Quieren enviarme a balancearme en una cuerda.

Durante unos instantes no se oyó nada más que el crepitar del fuego.

—No tiene por qué ser así —soltó—. He hecho alguna gestión.

La noticia me provocó una alegría extraña, superficial, sin alma ni fundamento.

—Me quieres siempre en deuda contigo.

—Yo también lo he estado contigo.

—No lo recuerdo. ¿Cuándo fue eso?

Fui el cuarto en atravesar la puerta de las Reales Cárceles de Pamplona. Como las veces anteriores el secretario de la Corte Mayor leyó en voz alta mi sentencia. A esas horas no faltaba público en la plaza del Consejo. Unas veinte o treinta personas, la mayoría parientes de los condenados. De nuevo, destacaban las mujeres y los niños. Mi sentencia la conocía desde hacía dos semanas, cuando la leyó el propio juez en la audiencia, con mayor severidad que ahora el secretario:

—A Miguel de Aibar, de oficio desconocido, por haber dado muerte en una pelea al alcahuete Guzmán de Yáñez, se le condena a 200 latigazos y 15 años en las galeras del rey, nuestro señor.

El látigo ya lo habían empleado sobre mi espalda una semana antes. En esa misma plaza del Consejo. Hubo más de trescientas personas presenciándolo. Periko, como no podía ser menos, era una de ellas. La lluvia y el frío no les asustaron; allá estuvieron todos, hasta que el verdugo me dejó la marca del último latigazo. Después me aplicaron vinagre y agua sobre la espalda lacerada. El fuego del infierno no habrá de quemar menos. Como era incapaz de caminar a consecuencia de los golpes, la cuerda de presos condenados a galeras se quedó sin salir de Pamplona. Ahora no me encontraba mucho mejor. Cojeaba y caminaba encorvado, y el dolor de la espalda me alargaba las horas del día. No obstante, el día anterior un médico juzgó que el viaje no me mataría.

Me quitaron los grilletos de los pies y me pusieron otros, más ligeros y algo más largos. También me pusieron grillos en las manos, y alrededor del cuello otra cadena, grosera y pesada, enganchada a la cuerda que nos mantenía unidos a todos los presos, como caballos que llevaran al mercado. A ellos, al menos, no les cortan las crines, mientras que a nosotros nos habían pelado la cabeza y las barbas, dejándonos como avellanas mondas y lirondas. El distintivo del galeote.

—A Carlos de Beúnza, mozo de molino, por robar harina del molino de Biurdana, tres años en las galeras del rey, nuestro señor.

La boca fina del secretario leyó la sentencia del que me seguía. Lo encadenaron detrás, igual que a mí. Era un muchacho joven y fuerte, con el descaro de los habitantes de la capital.

—¡Listo para el viaje! —dijo entre dientes, en tono burlón, cuando lo ataron con nosotros.

Estábamos obligados a guardar silencio. El segundo en la cuerda acababa de ganarse un varazo por haber hablado. El mozo de molino, en cambio, estaba dispuesto a desafiar a nuestros guardias.

—¡Príncipe!

Me habían puesto ese sobrenombre en las Reales Cárceles. El desarrapado que, en opinión del resto, estaba recibiendo tan buen trato, tenía que ser hijo de rey.

—¡A ver si yendo detrás de ti, se me pega algo de tu suerte!

No me arriesgué a un varazo por responder a semejante tontería. El guardia que se encontraba más cerca lo hizo de mi parte:

—Eres estúpido, chico —le dijo a la vez que lo golpeaba en la cabeza con el mango de su alabarda—. Le han hecho flaco favor al no ahorcarle. Nadie condenado a quince años vuelve de las galeras.

Cuando llegamos a dieciséis, cerraron las puertas de la cárcel. El secretario concluyó su lectura y depositó en manos de la persona que lo acompañaba los papeles utilizados en el acto. Él tampoco se reprimió a decirnos unas palabras:

—Soy Luis de Ciriza, comisario y vuestro dueño, vuestro guía y carcelero hasta que os entregue a manos del rey. Los que os acompañan son mis hombres.

A nuestro alrededor habían otros tres soldados, además del que acababa de hacer sonar la cabeza del tal Carlos Beúnza. Llevaban cada uno una pistola y una alabarda como armas.

—Habéis cometido horribles fechorías y por ello os han impuesto un castigo justo. Las Cortes Generales de Navarra me han encomendado la tarea de guiaros hasta Cartagena, y así lo haré, Dios mediante. Si me obedecéis, no tenéis por qué temerme. Si tratáis de jugárnosla en lo más mínimo a mí o a mis hombres, no os quedará un solo hueso entero.

Tras guardar los papeles en una funda, subió a su montura y dio la orden de partir. Uno de los guardas sujetaba el cabo de la cuerda que nos mantenía unidos. Tiró con tanta fuerza que el primero de la fila lanzó un quejido de dolor. Los que íbamos atrás apresuramos el paso.

Algunas de las mujeres y los niños de la plaza rompieron a llorar y sollozar. Hubo quien intentó abrazar a uno de los presos. Los guardias la hicieron retroceder. Entonces la vi, a Beatrice, detrás de toda la gente. Cumplía fielmente lo que las ordenanzas del Regimiento establecían sobre cómo debían salir a la calle las meretrices: se cubría con una toca amarilla que nunca antes le había visto, y no

portaba ninguna joya, ni en los dedos ni en los brazos. Sus ojos no derramaban lágrimas, como los de las otras mujeres.

—Mirad, una puta —exclamó el bocazas que tenía detrás.

Lo hubiese hecho pedazos. Con mis propias manos o con la cadena. El mismo guardia de antes se me adelantó.

—¡Ya te callarás!

Volvió a golpear al estúpido en la cabeza con el mango de la alabarda.

Agerre parte de par de mañana, después de hacer noche en Saint Vincent. Arde en deseos de dejar atrás los pantanos de Gascuña y sus empapados caminos. Solo le queda un amargo resto del pesar que le produjo saber que ya no recibiría ningún ejemplar más del escrito del hugonote. Casi se le ha olvidado. Además de en su ropa mojada, nota en sus doloridas nalgas y en la espalda la carga de los últimos días de camino. Comparado con los días anteriores, el recorrido de hoy es una nadería: solo le faltan nueve leguas para alcanzar Baiona. Quiere llegar a la ciudad, al palacio del obispo Etxauz, antes de que oscurezca.

El año anterior, cuando la garra de De Lancre comenzó a cernirse sobre el cuello de Agerre, Etxauz le encontró cobijo en la Sorbona. El baigorriano, no obstante, prefirió no reunirse personalmente con Agerre. La sombra funesta del magistrado bordelés provocaba pánico incluso en el obispado de Baiona. Por ello, cuando partió para París, el párroco de Sara evitó el camino de la costa. En Giche se despidió de Lapurdi y, dejando atrás Hastings, cruzó Gascuña vía Dax. De allá se dirigió a Lesperon y Laharie, camino de Burdeos.

Ahora, en cambio, sus pasos lo llevan de Lesperon a Castets, aproximándose poco a poco hacia la costa, puesto que Etxauz lo aguarda en Baiona, ansioso de su informe. Agerre tiene poco que contarle que no le haya hecho saber ya. Desde que abandonó París, el pasado mayo, le ha mandado cartas desde casi todos los lugares en los que se ha detenido. Será un gran placer repetirle de viva voz a su amigo y protector todo cuanto ya le ha escrito, mientras disfruta de una buena cena.

Agerre recuerda el día en que conoció a Etxauz. Hacía mejor tiempo que hoy. Acababa de llegar, recién ordenado sacerdote, desde Tarbes a Lapurdi. Había hecho el viaje presa del temor y la preocupación de que alguien lo tomara por un enemigo español y lo hiciera apresar. Llegar a Baiona no lo tranquilizó apenas, al ver tantos soldados en sus calles. No dejaba de preguntarse si, después de aquel insensato viaje, alguien lo estaría esperando, si alguien le brindaría su mano. Entonces, Etxauz lo recibió en su palacio y, posando sus vivaces ojos sobre él, le dijo en un tono de reproche: «Al final habéis venido a ayudarnos desde España. Os habéis hecho esperar». Agerre tuvo que disculparse, alegando los largos años de estudio en Salamanca. No mencionó la herida de espada que puso término a dichos estudios. Pero tantas explicaciones eran superfluas. Durante los últimos años, Etxauz había sido cumplidamente informado sobre el sacerdote de Urdax por los sucesivos virreyes de Navarra, desde que el cargo lo ocupara Idiáquez, conde de Aramayona. Los amigos bajonavarros y labortanos del rey de España llevaban años esperando al sacerdote. Etxauz, después de conversar con él, le ofreció confesión y una mesa bien surtida.

Hoy no espera menos. Una buena conversación, por supuesto, y también algo que entonces no necesitó: un fuego agradable donde secar sus ropas empapadas. Además, perdón para sus pecados, y comida y bebida, en ese orden. A Agerre no le sería suficiente el sacramento para su alma si este no fuera seguido de otro para su cuerpo. Ni tampoco al revés. Entretanto, habrá de poner sobre la mesa de Etxauz el escrito inconcluso del hugonote. Desde que Jeannot se le presentó con las manos vacías en Burdeos, han disminuido bastante sus deseos de mostrar a nadie los tres fajos de papel, cosidos con hilo de lino, que lleva con sus pertenencias. Lamentablemente, no podrá esquivar ese trámite, después de haberlos ponderado tanto en sus últimas cartas.

Con la mente en el obispado de Baiona y en una camisa seca, Agerre clava los talones en el costado del animal, que se revuelve y sacude la cabeza, pero que apenas acelera el paso.

—¡Mulo del demonio!

Los pantanosos parajes de Gascuña ya estarían suficientemente embarrados y enfangados sin necesidad de la lluvia. El cielo llora a su paso desde que partió de Burdeos. El incesante aguacero, además de empapar a bestias y humanos, deja casi impracticables los caminos. Diez años antes no hubiese dudado, como cuando viajó de Pamplona a Lérida, y de allá a Tarbes, y, recién ordenado, de Tarbes a Baiona. Pondría pie en tierra y aligeraría al mulo de su carga. Estos días, se siente incapaz de añadir fatiga a su fatiga. Sale ganando en la moderada limpieza que presentan tanto su calzado como su hábito. A cambio, se ve frenado el paso del animal.

Juzgando insuficiente el trabajo de sus talones, Agerre está ahora a punto de arrearle en el cuello al mulo. No lo hace. No porque se compadezca de la bestia. No quiere sacar la mano de entre la ropa y dejarla a merced de la lluvia ni un solo momento.

Desde la media noche, el tiempo ha empeorado en este último tramo de Gascuña. En todo este tiempo, no se ha cruzado con un solo viajero. El chaparrón ha despejado el camino, del que se han esfumado comerciantes, peregrinos y soldados. Él mismo ha empezado a considerar la idea de detenerse. Tal vez lo haría, si no fuera porque no tiene a mano otro refugio que alguna de las míseras granjas que aquí y allá flanquean el camino, bastante menos atractivas que la casa de un obispo.

Para amilanar a Agerre es necesario algo más que la soledad. Algunos días antes, alabó la seguridad de los caminos gascones ante el mismo Zubiaur. Ahora una suerte de congoja hace presa del sacerdote. Se acuerda de la sensación de ser espiado que días atrás lo asaltó por dos veces en Burdeos, primero en la plaza de Saint-Projet, después en la propia casa de Zubiaur.

—Por todos los demonios, Pedro. Te estás alelando —se abronca a sí mismo en voz alta.

Pero no se está alelando.

Al principio lo confunde con el ruido que producen las gotas de lluvia al romper

contra la tierra embarrada y contra su cuerpo. Al poco le parece oír el sonido de una tos humana. El ruido de cascos de otra cabalgadura acaba por prevenirle. Gira el cuello hacia atrás.

A unas veinte o treinta varas de distancia ve a un jinete que viene en su misma dirección.

Agerre le encuentra un aire conocido, aunque no sabe de dónde: la capa empapada le cubre la cara. Lo que sí distingue perfectamente es el extremo de una espada asomándole por un costado. Viene a lomos de un vistoso caballo negro, de los que no se ven ni en Francia ni en España.

El sacerdote aviva el paso de su mulo. En vano. El jinete no necesita mucho tiempo para alcanzar a Agerre, que lo saluda nervioso, en el tono de los viajeros que no tienen nada que decirse. A pesar de la lluvia, saca la mano derecha por debajo de la capa y la coloca instintivamente sobre el cofre de madera que lleva delante. Es ahí donde transporta sus escasas pertenencias, los libros que trae de París, los papeles del hugonote. Si ha logrado traer todo sin problema hasta aquí, no quiere perderlo ahora, cuando apenas le faltan tres leguas para llegar a Baiona. Mentalmente ruega al cielo para que el recién llegado le deje atrás de una vez por todas.

El cielo no atiende sus plegarias. Los ojos del caballero están clavados sobre él.

—¿Agerre?

La sorpresa es tan grande, que se le escapa un pie del estribo. El mulo, notando algo extraño, lanza una coz al viento. La sacudida de la grupa del animal acaba por poner en peligro la estabilidad del sacerdote, quien se las ve y se las desea para detener a la bestia.

Todo sucede en un abrir y cerrar de ojos.

Ha evitado el accidente pero el esfuerzo le hace derramar ríos de sudor que se mezclan con las gotas de lluvia que bajan por su rostro. El jinete también ha detenido el paso y lo observa, guarecido tras su capa. A pesar de ella el clérigo puede advertir que le falta la mitad de su oreja izquierda y que sus ojos tienen el pálido brillo del enfermo. Vuelve a apreciar su tos, una tos húmeda y repulsiva, tras la cual escupe al suelo un oscuro gargajo. Al sacerdote le recorre un escalofrío. Todas las veces en su vida que ha imaginado cómo se le presentaría el demonio si viniera en busca de su alma, se le aparece con mirada y toses parecidas. Le vienen a la memoria las palabras de San Juan: *Vae terrae et mari, quia descendit ad vos diabolus, habens iram magnam*. Proteged tierras y mares, mala os espera, porque el diablo enfurecido ha descendido sobre vosotros.

—Eres Agerre, ¿verdad?

La pregunta repetida le hace bajar la mirada. Asiente con una endeble sacudida de cabeza. Acaba de reconocer al hombre con el que, saliendo de París, se cruzó en la puerta de Saint Honoré el pasado mes de mayo.

—Tengo un presente para ti —le dice, con el mismo tono cavernoso que emplearía el guardián de las puertas del infierno.

El sacerdote no ha reparado hasta ahora en la funda que porta en su mano el caballero. La reconoce: él mismo se la compró a un talabartero de Burdeos. El jinete introduce la mano dentro y saca un fajo de pliegos, escritos por las dos caras, que planta ante los ojos de Agerre sin miedo a que se mojen. El sacerdote reconoce su letra en los papeles que empiezan a emborronarse a causa de los goterones. El corazón se le detiene, como si estuviese oyendo su condena al fuego eterno. El desconocido le está mostrando la supuesta traducción de Burdeos que encomendó a Jeannot y que debía llegar a manos del embajador Íñigo de Cárdenas. Agerre quiere decir algo pero las palabras no le vienen a la boca. El recién llegado habla por él.

—Están algo manchados. No creía que ese cojo tragasantos fuera a sangrar tanto.

El hugonote extiende el brazo como para hacerle entrega del fajo. Tras unos instantes de duda, Agerre se apresta a recogerlo. Demasiado tarde. El jinete ya ha abierto su mano y abandona los papeles a merced del viento y la lluvia. Algunos de ellos se los lleva el aire. La mayor parte, caídos cerca de las patas de las bestias, empiezan a deshacerse en el barro en cuanto llegan al suelo. La diabólica mirada del jinete sigue clavada en el sacerdote. Tose de nuevo. Escupe de nuevo.

—Devuélveme lo que es mío.

El hugonote no golpea a Agerre. No lo hiere. No emplea con él ninguna violencia. Solo lo intimida, sin necesidad de desenfundar la espada. Sobrecogido por el terror, el sacerdote deja obedientemente que el hugonote le ate las manos a la silla. No opone resistencia cuando le cubre los ojos con un pañuelo viejo y sucio. Le ha quitado el cofre donde guarda sus cosas y por ello viaja más cómodo sobre la silla. No obstante, apenas disfruta de dicha ventaja. Cegado e impedido para moverse, el pánico que le atenaza le hace más ciego y más impedido aún. El mulo se pone en movimiento sin que lo guíe nadie. Al habersele aliviado del peso del cofre, el paso debería ser también más ligero. Sucede lo contrario, ahora avanza más pesadamente. El temblor redoblado en su espalda y posaderas le señala al sacerdote que han abandonado el camino real de Baiona y entran en un sendero de menor rango. Teme caer de la cabalgadura, lo que le hace olvidar a Etxauz y la cena que iba a disfrutar con él. El traqueteo en la oscuridad le produce tanto escalofrío como la fría lluvia. El caballero, delante, comanda el cortejo. De él solo le llega el sonido de su entrecortada respiración.

Llegan a la orilla de un río o lago. Agerre lo identifica por el sonido que producen las gotas de lluvia sobre la superficie del agua, distinto al que emiten al chocar contra el barro. Un sudor frío recorre la espalda del clérigo. No quiere morir ahogado.

—Estáis a tiempo. Liberadme ahora y vuestros pecados os serán perdonados — implora en un quejido a su captor.

El silencio de su interlocutor no hace más que aumentar su terror.

Agerre distingue a un lado el quedo parloteo de una gran masa de agua en movimiento que podría ser el ancho río Adur. Alguien le saca los pies de los estribos. Es seguramente el propio hugonote, porque no percibe a nadie más. A continuación,

le desata las manos de la silla. No tiene tiempo para celebrar el alivio que eso le produce: la persona que anda a su alrededor lo derriba con un violento abrazo, tras lo cual se las vuelve a atar, a la espalda esta vez. Acto seguido, lo conduce a empujones hasta obligarle a subir a una superficie bamboleante, donde lo abandona a su suerte. Agerre casi preferiría el contacto de la áspera mano de su captor. Imposibilitado para permanecer de pie, se clava de hinojos en ese piso movedizo. Todo sigue balanceándose hasta remover sus tripas.

Una húmeda ráfaga le golpea la cara. Se han puesto en marcha. Hasta este momento no se ha dado cuenta de que es a una embarcación a donde le ha subido el hugonote, una barca o una chalupa. No sabría decir si alguien más viaja con ellos. El caballo y el mulo sí. Relinchan y dan coces, y la voz cansada del captor intenta calmarlos. Para Agerre no hay palabras de ánimo. Vomita dos veces antes de que acabe su periplo acuático. No para de llover.

Llegar a tierra y tener que volver a montar sobre el mulo apenas mejora el temple del sacerdote, que reanuda el camino entre quedos lamentos.

Advierte que anochece por el frío repentino. Nota al mulo cabecear, muestra de su cansancio. Agerre hace ya rato que va temblando. Pero el hugonote no detiene el paso. El clérigo está a punto de dormirse sobre la silla cuando las mismas manos de antes lo descienden al suelo. No tiene certeza sobre el tipo de techumbre bajo el que se encuentran. Bien podría ser una chabola o una cabaña de pastores. Atado de pies y manos, se ha hecho un ovillo sobre la superficie seca. A pesar del cansancio, duerme poco e, incluso cuando duerme, sueña con el infierno.

Al día siguiente, se ponen en marcha en el mismo estado de silencio y ceguera. De su raptor no le llegan sino sus toses y sus escupitajos. De tanto en tanto, también su respiración, ruidosa y entrecortada. No le da nada de comer y muy poco de beber, pero tampoco nota que el jinete haya probado bocado. Sus nalgas le indican que, también hoy, cabalgan por senderos más estrechos, lejos del camino real. Cuando por fin se detienen, diría que es por la tarde.

El hugonote esta vez le desata las manos, aunque le deja la venda de los ojos puesta. Está tentado de preguntarle si se la puede quitar. No se atreve. Tiene la mano de su captor colocada sobre su hombro, como una garra. Le hace daño.

El cese repentino de la lluvia le indica que vuelven a estar a cubierto. No es la borda de ovejas de la víspera. Atraviesan una puerta; es lo que le parece, al menos. El suelo de tierra le da pocas pistas sobre el tipo de edificio donde se encuentran. Gracias a las manos del hugonote no tropieza cuando comienzan a descender unas escaleras. Por sus pisadas puede reconocer que faltan algunas losetas. Agerre se le mete hasta el tuétano el olor a humedad y a cerrado. Al final de las escaleras, el hugonote le obliga a sentarse sobre el suelo. La pared está fría. El clérigo quisiera plantearle la posibilidad de encender un fuego donde secar la ropa mojada. Un sonido de cadenas estrangula su intención. Antes de que pueda preguntarse para qué serán, un grillo le sujeta los dos tobillos. Forcejea. En vano.

—Puedes encomendarte a Dios o al diablo. No vas a salir de aquí —rompe el silencio la voz cansada del hugonote.

Por un resquicio del trapo que le cubre los ojos entra un poco de luz que le da el valor suficiente para quitarse la venda. Primero ve la vela recién encendida. A continuación un fajo de papeles, justo a su lado. El hugonote se está yendo.

—¿Lo querías leer, no es cierto? Pues, léelo ahora —dice, antes de cerrar la puerta del calabozo.

Agerre no extiende la mano hacia los folios. Se queda tal como está, con los ojos humedecidos por las lágrimas. Quisiera poder reflexionar, pensar, cómo ha llegado a este trance. Solo acuden a su mente las palabras de San Agustín: *Hostem suum invenit, quo confugerat*. Anda huyendo del enemigo y resulta que topa con él.

TERCERA PARTE

YA NO EXISTE NAVARRA

Confirmaba lo que alguien escuchó decir la víspera en el puente. Nuestra galera, La Peregrina, sería la tercera en dejar el puerto. La tercera detrás de La Capitana y La Patrona, y por delante de La Bazana. El día todavía no había amanecido, pero el último tramo de aquella noche de comienzos de julio venía templado. Al comenzar a remar, enseguida nos estorbarían las recias ropas de galeote. Se había levantado un suave aire del sur. Nos hizo bien, para animar un poco a los que íbamos sentados en el banco.

—Al menos despleguemos velas, para descanso de nuestros brazos —dijo un berastegiarra, al que llamaban Katuzaku, desde la bancada de delante.

Katuzaku llevaba más tiempo que nadie en el banco de La Peregrina. Había intentado ahogar a un vecino metiéndolo en un saco después de una disputa. Como premio, nueve años de galeras.

—No te alegres tan pronto. Vamos a tener que remar de lo lindo hasta sacarla a alta mar.

El que acababa de hablar, sentado tres bancadas más adelante, era de Fuenterrabía. Ya he olvidado su nombre. Era remero a sueldo, como casi la mitad de los que movían La Peregrina con la fuerza de sus brazos.

—¡Callad! —mandó el alguacil, que vigilaba a los galeotes desde la popa.

Nos estaba prohibido hablar mientras estuviésemos atados al remo o el barco maniobraba.

—¡Callad o recibiréis un vergazo!

Tampoco recuerdo de qué pueblo era el alguacil. Guipuzcoano, en todo caso. En La Peregrina, todos los marinos, casi todos los soldados y la mayor parte de los remeros eran de la Provincia, ya estuvieran por su voluntad o forzados. Prácticamente lo mismo sucedía en las otras tres galeras que navegaban con nosotros.

—¡Cállate, picha corta!

Casi todos los del puente de La Peregrina se echaron a reír. Salvo yo, que tenía al autor de la gracia a mi lado, un bocazas redomado.

—Eres un necio, muchacho —le susurré, algo fatigado, a Carlos de Beúnza.

Llevaba encadenado junto al mozo de molino de Biurdana desde que partimos de Pamplona, hacía año y medio.

—Has vuelto a ganarte una buena somanta de palos —le anuncié con desgana.

Con Beúnza había partido hacia Cartagena y, tras atravesar España entera, habíamos vuelto sobre nuestros pasos, desde el reino de Murcia hasta Guipúzcoa. Todo ello a pie, atados a una cadena. Llegamos primero a Fuenterrabía. Al final, a Pasajes. En todos los sitios, sus comentarios fuera de lugar le habían acarreado semejantes premios al mocetón.

—Esta vez no me tocarán —no debería de estar tan seguro, porque también él bajó el tono de voz—. Mira cómo está el pasillo.

En el puente de La Peregrina, por la parte de proa, andaban amontonados, además de los hombres de armas del propio barco, un centenar de mosqueteros y piqueros. Tropas de refuerzo para el ejército español de Bretaña. La mayoría iban sentados en el suelo, sobre sus pertenencias y sus hatos. Otros seguían de pie, sin lugar donde aposentarse.

—Casi van encima de nosotros, sin sitio para respirar —insistió mi amigo—. ¿Quién va a pasar entre ellos para apalearme?

Por ese lado llevaba razón Beúnza. Los soldados viajaban con tanta estrechez que casi se nos metían en las bancadas. En el momento de empezar a remar no sabíamos cómo nos apañaríamos, porque ese exceso de pasaje deberíamos moverlo nosotros con la fuerza de nuestros brazos durante los próximos días.

—Sueñas, si crees que el alguacil no te ha reconocido —le desengañé al joven—. Antes de que salgamos a alta mar, le informaré al cómitre. Te dejarán hecho un guiñapo, si no es esta noche, mañana, o pasado mañana.

La luna llena no alumbraba tanto como para ver el gesto de indiferencia de Beúnza. En la galera, solo había luces encendidas en proa y en popa.

—Eso habrá que verlo, *Príncipe*.

En el último año y medio le había advertido cien veces que no me llamase así. Un día estuve a punto de ahogar al infeliz, rodeándole el cuello con la cadena, pero no sirvió de nada. Hacía tiempo que había decidido ignorarlo.

—Navarro bobo —le espetó Katuzaku a mi vecino desde la bancada anterior—. Ojalá movieras los brazos tan ligeros como la lengua, así nos llevarías a todos volando hasta Bretaña.

—Hasta Bretaña o más lejos, si queréis.

El convicto de Berastegi rió brevemente. Sabía que todos los que nos rodeaban estaban escuchando.

—Tendrás dónde demostrarlo. Todavía nos faltan doscientas leguas. Y hay un ancho mar por delante. Este no es el tranquilo estanque levantino de moros y catalanes.

Beúnza buscó mi complicidad.

—Tampoco somos moros ni catalanes. Nosotros somos de otra casta. ¿No es cierto, Miguel?

Al igual que en la cárcel de Pamplona, en La Peregrina también era Miguel, Miguel Aibar. Permanecí callado, sin terciar por nadie.

—En eso llevas razón —respondió Katuzaku—. Ni moros ni catalanes. Nada más que unos puercos navarros, siempre dispuestos a iros con los franceses.

—¡Guipuzcoano hideputa!

No se trataba de la frase más sensata para ser pronunciada en voz alta en un barco lleno de gentes de la Provincia. En un segundo, unos cuantos puños se elevaron entre

los remeros y los soldados, dispuestos a castigar al osado joven. No me encontraba con ganas de defender a mi paisano, pero tampoco estaba dispuesto a dejarme golpear por nadie.

—Eres más mentecato de lo que creía, muchacho —le susurré al causante de la pelea.

El conocido sonido de un silbato devolvió a todos a sus puestos. Durante los meses anteriores, habíamos sido instruidos a palos para obedecer en cuanto oíamos ese silbato. Agarramos los remos, atentos.

Desde proa, se alzó una especie de murmullo, al que siguió otro, más alto, procedente de algunas gargantas.

—Es el capellán —explicó alguien—, que bendice el barco y a sus ocupantes.

Me vino un insulto a la mente, pero no llegué a pronunciarlo. Tenía el estómago vacío, por más que la cena hubiera sido algo más abundante que las de los últimos meses. Antes de empezar a trabajar, ya tenía la espalda empapada de sudor. Mis manos sostuvieron la áspera madera con más fuerza, a la espera de la siguiente orden. No se hizo de rogar.

El tambor empezó a atronar.

—¡Remad!

Lo habíamos practicado cientos de veces y ocurrió tal como lo habíamos aprendido: los sesenta remos de la galera se levantaron al unísono, como si fuéramos uno, y al unísono dividieron las sucias aguas de la bahía de Pasajes.

—¡Remad!

Antes de llegar a la mitad del canal, ya me dolían los brazos. Sobre el acantilado, podía observar, a la izquierda, las luces del castillo de Santa Isabel. Más adelante, a la derecha, las del castillo de Txurrutella. A partir de allá, el oscuro mar abierto. Cerca de nosotros, casi encima, en el pasillo central entre los remeros de estribor y los de babor, algunos soldados rezaban; otros, lloraban en silencio.

—Iban en el barco que atacó el año pasado Zumaia.

El ayudante del alguacil, que en ese momento estaba al cargo del puente y de sus ocupantes, hablaba de dos remeros de La Peregrina. Los marineros, así como el resto de los remeros, los llamaban herejes. O, si no, franceses.

—Se quedaron en tierra cuando los zumaiarras los hicieron retroceder.

El ayudante del alguacil hablaba de dos jóvenes imberbes. Tan pronto como los oí adiviné su procedencia. Aquel acento solo lo había escuchado dentro de los muros de La Rochelle.

—¡Mira que tener que remar junto a esa gentuza!

El interlocutor del ayudante del alguacil era un remero a sueldo, de los que los castellanos llamaban *buenas boyas*. De los 190 remeros del Peregrina —180 trabajando cada vez, y diez más para sustituir a muertos y enfermos—, 80 eran

buenas boyas; la mayor parte, gente de los puertos guipuzcoanos. El resto tampoco éramos todos condenados a galeras: había una docena de esclavos, cautivos de guerra. Todos, moros de Berbería, salvo los dos de La Rochelle.

—¿El cómitre no los ha separado a cada uno en un extremo de la galera, como a los moros?

Uno iba en estribor, como yo, ocho bancadas por delante. El otro, en cambio, a babor, cinco por detrás.

—Claro que los ha alejado —afirmó el ayudante del alguacil—. Y les da de vergazos si los ve juntos.

—Pues, todavía se juntan. ¿No vas a hacer nada?

—Todavía no estoy tan aburrido, hombre.

El ayudante del alguacil comenzó a hablar de una lecherita, morena, de ojos picaruelos, que había conocido en San Sebastián. El remero a sueldo se sumó gustoso al nuevo tema de conversación. Pasé al lado de ellos, saliendo del pasillo central.

Era el segundo día de navegación. Teníamos el viento favorable y el cómitre había decidido encomendar durante un breve rato a las velas la tarea de llevar La Peregrina hasta Bretaña. Casi todos los remeros disfrutábamos del descanso alejándonos un tanto de los bancos. Al menos ahora se podía transitar por el pasillo central. Algunos de nuestros pasajeros se habían instalado en otras partes de la nave.

Beúnza también había salido de su asiento y conversaba con otro, también navarro, y que había venido con nosotros en la misma cuerda, de Pamplona a Cartagena y vuelta. No les sentó bien que no me parara a conversar con ellos.

Los rocheleses se encontraban a estribor, cuchicheando en voz baja. No se callaron cuando me apoyé en la borda, a su lado. Daban por supuesto que allá nadie los iba a comprender. Entre suspiros, recordaban el lugar que los vio nacer. Al parecer, estábamos pasando frente a La Rochelle, aunque fuera a unas cuantas leguas. Desde la galera no se divisaba la costa, solamente agua por los cuatro costados. Ellos no precisaban de la vista para saber dónde se encontraban.

Primero, acercarme. Luego, empezar a hablarles con cualquier excusa. Seguidamente, una vez ya disipada su desconfianza natural, ir al grano. Ese era el plan que había pergeñado nada más ver juntos a los herejes. No fue así como actué.

—*J'suis navarre. Réligionaire, comme vous* —les solté, tan pronto como me pareció que los oídos ajenos estaban lejos.

La sorpresa les dejó sin habla. El mayor de ellos apenas tendría veinte años; el menor, unos dos menos. Ambos me miraron como a un fantasma que se hubiera presentado de pronto.

—Soy navarro —les repetí palabra por palabra—. De la Religión.

Fue el mayor el que me replicó:

—¡Vete a tomar por culo, mierda de vasco!

A continuación de lo cual, añadió el más joven, tan desabrido como su compañero:

—En La Rochelle nos ciscamos en Navarra y los navarros.

No apreciaba particularmente a la gente de La Rochelle. En aquel bastión de la Reforma francesa, estuvieron a punto de matarme la primera vez que suplanté a Enrique. Había sucedido veinte años atrás.

Me acordé de ello cuando golpeé con los puños al más joven. El mayor saltó sobre mí. Rodamos por el suelo en una confusión de brazos y piernas. Los galeotes y los soldados enseguida formaron un círculo a nuestro alrededor. El ayudante del alguacil debió de darse cuenta y avisó a su superior. Nos separaron a vergazos y a vergazos nos llevaron ante el comité.

Se llamaba Pedro de Mendiburu. De Lezo. Pequeño, rechoncho y bizco, como Guzmán, el alcahuete. No era mucho mejor persona que él. Gobernador del barco y jefe absoluto de sus hombres de mar. A los navarros nos tenía atravesados.

—¡Qué tenemos aquí, dos franceses y uno que medio!

Nos nombró a los tres, pero hablaba para mí. Y todavía más, cuando apostilló:

—¿También dos herejes y uno que medio?

Quién sabe de dónde sacó tal idea. Todos le aplaudieron la agudeza, como cuando se escucha una broma malvada. A mí se me puso el corazón en un puño, viéndolo tan próximo a la verdad.

Alguien denunció:

—Antes de empezar a pelear, estaba hablando en francés con ellos.

Los ojos atravesados de Mendiburu cobraron mayor severidad si cabe. Sentí tensarse la soga alrededor de mi cuello.

—Señor...

Todavía me costaba llamar a un ser semejante «señor».

—Aprendí francés en Flandes —inventé algo.

Se le abrieron los ojos, asombrados quizá, y eso convertía en todavía más ridícula su mirada aviesa.

—Estuve allá al servicio del rey —añadí.

Parecía dudar. Y la duda también asomó a los rostros del alguacil y todos los demás.

—¿De qué hablabas con tus amigos heréticos?

—No son mis amigos —dije la verdad—. Tramaban escaparse —mentí—. Les estaba recriminando —mentí todavía más.

Me quitaron los grilletos para subirme a la barca que había de sacarme de La Peregrina. Era una sensación agradable a la vez que extraña. En año y medio era la primera vez que caminaba sin cadenas. Tenía los dos tobillos repletos de costras. Se me habían cubierto de pus varias veces en todo ese tiempo.

Conté dos remos más que en nuestra galera a cada costado de La Capitana. También un cañón más en la proa. Los galeotes me recibieron con curiosidad. A pesar

de ir sin cadenas, mi ropa y mi cabeza afeitada les revelaban que era uno de ellos. El puente de esa nave se encontraba tan atestado de gente y de objetos como el nuestro.

El cómitre, que había venido conmigo, dio explicaciones a la persona que se presentó a recibirnos. Nos condujeron a popa y desde allí al interior de la nave. En La Peregrina nunca había estado en aquella parte. Me asombró lo pobre del camarote: no le faltaba de nada —una cama, una mesa, una silla, un cofre, un crucifijo, algunas estanterías—, pero su pequeño tamaño y la corta distancia entre los objetos producían angustia y agobio. Solo entramos el cómitre y yo, no cabíamos más. Ya había una tercera persona dentro. Aunque nunca la había visto, conocía su nombre, puesto que el cómitre me lo acababa de comunicar: Carlos de Amezketa, jefe de la escuadra de Guipúzcoa y comandante de la expedición. Los castellanos lo llamaban «Amézquita».

Clavé mi mirada en la punta de mis pies mientras él me examinaba. Bastaba reparar en su semblante taciturno para comprender que se trataba de una persona severa. Mi cómitre depositó un papel en sus manos. Sabía qué era; en ella se detallaban todos los detalles de mi condena. Había viajado conmigo, desde que dejé Pamplona dieciocho meses antes, y sabía que era custodiado en un cofre de La Peregrina junto con el de cada uno del resto de los forzados.

—Miguel de Aibar —leyó Amezketa—. Sin profesión conocida, vagabundo, mendigo, presunto ladrón, homicida... En este papel aparecen muchas cosas sobre ti. Ni una palabra, sobre ninguna estancia en Flandes.

—Cuando me atraparon, nadie me preguntó sobre el asunto, señor.

—Entonces, he de pensar que eres un necio. Los jueces suelen ser más compasivos con las personas que han servido al rey. ¿En Navarra no sucede igual?

A mi lado, el cómitre soltó un bufido de alegría. Al parecer, tampoco Amezketa nos apreciaba demasiado. Respondí por el lado más favorable, sin levantar la vista del suelo.

—En Flandes aprendí a matar gente. No sabía, señor, que eso me pudiera favorecer.

—Matar al enemigo del rey no es ningún deshonor —me respondió secamente.

Y añadió:

—En Flandes hay pocos navarros. ¿Cuándo y con quién estuvisteis allá?

—Hace unos diez años. Menos, quizá...

Fingí confundirme en las fechas. Para responder a lo otro, traje a la mente las historias escuchadas al difunto Lekanda.

—... Serví en el tercio del maestro Francisco Arias de Bobadilla... de piquero.

Estuve a punto de decir «artillero», como Lekanda. En el último momento opté por un oficio más humilde, que no pudiera atraer demasiadas preguntas.

—¡Caramba! No serviste con cualquiera.

Mi música agradaba a Amezketa.

—Cuando lleguemos a Bretaña, Juan del Águila se alegrará. Según he oído, fue

compañero de armas de Bobadilla en Flandes.

«¡Mierda!», pensé. Era tarde para rectificar.

—Eso, si no te ahorcamos antes con los dos herejes.

La saliva se me atravesó en la garganta. Creía que la conversación iba por mejor camino. Volvió a inclinarse sobre mi papel.

—Según pone aquí, no te manejas bien en castellano. Realmente curioso para alguien que ha servido al rey. ¿O hablabais todos vascuence en tu escuadrón?

Me quedé en blanco. No se me ocurría ninguna respuesta apropiada.

—Y siguiendo con las curiosidades, todavía algo más curioso: el castellano no lo aprendiste, pero parece ser que el francés sí.

A mi lado, el cómitre produjo otro sonido. Estaba esperando a que Amezketa le diese la orden de sacarme las entrañas. Tenía que decir algo convincente antes de que fuera demasiado tarde.

—Me manejo en castellano, señor, cuando me conviene. Y en la cárcel de Pamplona no me convenía. *Se lo digo de verdad, vuesa merced.*

Por primera vez desde que lo tenía frente a mí, el jefe de la escuadra de Guipúzcoa esbozó una media sonrisa.

—Así que estás hecho un buen tunante. ¿Y tu francés?

Esta vez la contestación me vino rápidamente, robándole el recuerdo al difunto Lekanda.

—La mayor parte se lo debo a una mujer que conocí en Namur.

Compuse un rostro soñador y añadí:

—Beatrice.

Seguramente no esperaba una confidencia semejante. Su sonrisa desapareció, dando lugar a una expresión todavía más severa que antes. Se diría que sentía envidia.

—Es nombre de puta. ¿Lo era, Miguel?

—Sí, mi señor. Era puta, una grandísima puta.

Aquel no era el habla humilde que el jefe de la escuadra guipuzcoana deseaba oír de boca de un galeote. El largo silencio que vino a continuación se me figuró el preámbulo del trueno.

Por fin dijo:

—Si te envío a Pamplona, los jueces se reirán poco de ver que les has engañado. Tienes suerte, Miguel, de que estemos lejos de allí. De momento, precisamos remeros en las galeras. Más adelante, quién sabe, podría ser que necesitáramos gente que sepa francés cuando lleguemos a Bretaña.

Amezketa hizo señal de que nos marcháramos el cómitre y yo. Mendiburu parecía apenado. Él también había debido de creer que no saldría con bien de la prueba.

—Primero los arcabuceros. Ocho.

Habíamos visto al capitán de la nave, al cómitre y al primer oficial de los soldados preparar los detalles del desembarco. Mientras tanto, La Peregrina realizó las maniobras de amarre, dirigidas por el piloto. Había prisa por vaciar el barco de pasajeros y concluir con el hacinamiento de cinco días. En la víspera, un marinero se lio a puñetazos con uno de los soldados que transportábamos y esa misma mañana, a vista ya de la costa de Bretaña, un artillero de la nave le mostró el cuchillo a uno de los arcabuceros de la expedición. Poco faltó para teñir de sangre el puente.

—¡Menuda paz nos van a dejar! —exclamó, delante, Katuzaku.

El de Berastegi, como el resto de los hombres de La Peregrina, estaba harto de no poder pisar el pasillo central a causa de la gente y las vomitonas. Harto de no poder coger turno para las letrinas de proa. Durante esos seis días, hasta nos había resultado difícil conseguir sitio para dormir debajo de las bancadas.

Una segunda barcaza se adosó a la nave por babor. A continuación, bajaron por la pasarela otros ocho soldados, con su impedimenta. El capitán solo había puesto a asalariados a manejar los remos de las barcas. La indignación que ello había causado entre los remeros libres había sido considerable, pero ello no consiguió que el comandante de la nave revocara su decisión. Los galeotes le estábamos agradecidos, por mucho que supiéramos que no lo había decidido así para favorecernos, sino por reducir el riesgo de fuga. Después de cinco días remando sin pausa, el añadido de la barca se nos antojaba insoportable, estando como estábamos ya extenuados. Habíamos tenido mar gruesa, y el viento en contra. Habíamos visto a uno de entre nosotros caer fulminado sobre el remo, y a otros seis, enfermar. El cadáver de uno de ellos lo habían arrojado por la borda el día anterior, tras un breve responso del capellán. A cambio de todo ello, menos víveres y más vergazos que los asalariados.

—Ojalá revienten los greñudos —masculló Beúnza a mi lado.

La cabeza afeitada era la marca de los forzados. Si tratásemos de huir, ello nos delataría. Los asalariados, en cambio, podían dejarse el pelo tan largo como quisieran.

La salida del mozo de molino llegó a oídos de uno de sus destinatarios.

—¡Cerdos pelones! Vosotros sí que vais a reventar, pero de pura envidia, cuando nos veáis desembarcar y follarnos a todas las francesas.

En otra ocasión se hubiese iniciado una disputa entre ellos y nosotros. En ese momento, estábamos todos demasiado rendidos como para proferir algo más que unos apagados gritos.

Volvieron las dos barcas y cada una recogió a otros ocho hombres para llevarlos a puerto. Lo hicieron seis veces, en total. No se nos repartió la cena hasta que La Peregrina no estuvo vacía de pasaje. Nada más que unas galletas duras y un poco de agua para ablandarlas. Por la mañana había corrido la especie de que el capitán repartiría vino si llegábamos a puerto antes de que oscureciese. No vimos vino alguno.

Algunos de entre nosotros se asomaban por la borda y explicaban al resto lo que

veían.

—¿Cómo es la Bretaña?

—Lo que se ve desde aquí no es tan distinto a los alrededores de Pasajes.

—¿Cómo has dicho que se llama?

—Blavet, si no he escuchado mal.

Los dos galeotes de La Rochelle se levantaron cada uno de su bancada y se juntaron en medio del pasillo. Sentados en el suelo, se pusieron a departir tranquilamente. El cansancio que revelaban sus rostros no era menor que el del resto.

Sin embargo, tener su reino ante los ojos les encendía la mirada de débiles destellos desconocidos para el resto de los forzados. Advertí que el cómitre los había visto. No les regañó ni mandó al alguacil para que devolviese a cada uno a su puesto. No era buena señal. Algo en mi interior me empujaba a hablar con ellos y avisarles del peligro. No me moví de mi sitio. Siguiendo los consejos de un viejo galeote, me puse a restregarme los brazos doloridos. Tenía ambos como muertos.

Desde el amanecer la gente estaba inquieta en la galera. Habíamos visto marchar a tierra firme tanto a soldados como a marineros de las otras tres naves. Primero a los de La Capitana; luego, sucesivamente, a los de La Patrona y La Bazana. Bajaban a tierra alegres y animados. La sonrisa llenaba su rostro mientras pisaban tierra firme.

—¡Este suelo no se balancea! —les oímos a todos, una y otra vez, la misma tontería.

De La Peregrina, en cambio, no permitieron salir ni a un solo hombre desde que el día anterior nos dejaron las tropas de refuerzo. Los marinos y los soldados de la nave rabiaban. Rabiaban los oficiales y los greñudos.

—¿Alguien nos va a decir por qué tenemos que quedarnos en este bote del demonio? —preguntaba un marinero de Orio, sin ocultar su enfado.

Para más inri, teníamos tierra firme más cerca que ningún otro barco. Por orden de nuestros comandantes, pasamos las primeras horas del día aproximando La Peregrina hasta casi tocar la barra del puerto. Desde el lugar en que terminamos anclándolo, solo faltaban unos pocos golpes de remo para llegar al embarcadero. El resto de galeras se habían quedado bastante más distantes. Desde donde estábamos podíamos divisar las caras de la gente, hasta el punto de poder distinguir si se presentaban sombrías o alegres, contrariadas o despreocupadas. Tampoco a ellos les faltaría distracción a nuestra costa.

—¿Qué hemos hecho mal? ¿Por qué nos castigan de este modo? —demandaba en voz alta un piquero de Segura.

A los galeotes nos divertía su indignación. Al contrario que soldados, marineros y greñudos, nosotros no teníamos derecho a abandonar el barco. Si no hubiésemos temido su venganza, nos hubiésemos burlado de los que mostraban tantos deseos de salir de La Peregrina. Beúnza era de los que no se refrenaba:

—Peor para vosotros. Si nosotros no salimos, vosotros tampoco.

—No seas mentecato —le contestó uno de Zegama, de oficio ladrón de ganado—. A nosotros también nos acabarán por sacar de la galera, pero no será para que visitemos los burdeles y las tabernas de Francia. Nos meterán en calabozos, bien encadenados, y nos pondrán a construir fortalezas, que es tan penoso como remar.

El cómitre había distribuido distintas tareas entre los galeotes. Yo aparejaba las velas, con más gente. Otros se empleaban en los remos o los aparejos. Había un grupo que había sido enviado a limpiar la sentina.

Quizás estaba alterado por el nerviosismo general. O sospechaba que había algo más tras esa extraña decisión. En un momento dado me percaté que había aumentado considerablemente la cantidad de personas apostadas en el muelle, frente a nuestra galera.

—No sé a qué viene esa curiosidad. Nos miran como a salvajes traídos de las Indias —dijo Katuzaku.

De pronto sonó el silbato del cómitre. Dejamos al instante lo que hacíamos. En la proa, los oficiales impartieron idéntica orden a los hombres de guerra de la nave, y el piloto hizo lo propio con los marineros. La ansiedad subió de grado en todos los rincones de la galera. El alguacil y sus ayudantes cruzaron el puente de lado a lado. Uno de sus auxiliares portaba los instrumentos de desferrar.

Se dirigieron primero a los rocheleses:

—Pierres, Sauveur.

Luego a nosotros:

—Carlos, Miguel.

Libres de cadenas pero rodeados de hombres de armas, nos llevaron a Beúnza y a mí, junto con los franceses, hacia la popa, adonde habían sacado una mesa desde el interior del barco. El capitán se encontraba detrás de ella, con un entretenido de su consejo. El cómitre también formaba parte del grupo. Junto a ellos, el escribano del barco lo vertía todo al papel, introduciendo con suavidad la larga pluma en el tintero.

Con el mozo de molino de Biurdana acabaron pronto. Bastó para ello el testimonio del alguacil:

—Me insultó, delante de toda esta morralla.

La morralla éramos nosotros.

—Para que aprenda quién es quién en esta galera, que reciba 80 latigazos. La próxima vez, si la hay, será colgado del árbol.

En las galeras del rey de España se denominaba árbol al palo mayor.

Arrastraron al gimoteante Beúnza hasta la mitad del puente. Sacaron una bancada al pasillo central y, una vez le quitaron el jubón y la camisa, lo ataron a ella bocabajo. En otras galeras suele haber músicos, mayormente sarracenos, que tocan la chirimía y el tambor. En la escuadra de Guipúzcoa solo había tamborileros de la Provincia, que tocaron el primer redoble cuando el látigo del alguacil empezó a rasgar el aire. Luego vinieron setenta y nueve más. Beúnza aulló ostentadamente en los primeros treinta. A

partir de la mitad, de su boca solo salían unos débiles lamentos. En los últimos, ni siquiera eso. Cuando lo desataron del banco, se lo llevaron entre dos galeotes al camarote del barbero. En todo el rato que duró aquello no se escuchó una sola palabra en toda la galera.

El destino del mozo de molino acentuó el pánico en el rostro de los dos rocheleses. Sabe Dios qué entendían. Seguramente no gran cosa, pero hasta un ciego veía que la cosa pintaba mal para ellos.

El escribano leyó del papel que sostenía:

—Pierre de La Rochelle y Sauveur de La Rochelle, condenados a remar para el rey de por vida por su iniquidad y los pecados cometidos contra la Santa Iglesia Católica y contra el reino de España, el 10 de julio de 1593 se reunieron en el puente de La Peregrina, de la escuadra de Guipúzcoa, para conspirar contra el rey, desobedeciendo las órdenes del cómitre del navío, Pedro Mendiburu y utilizando subrepticamente el idioma francés, para no ser comprendidos de nadie. El buen galeote Miguel de Aibar, ducho en la lengua francesa, es testigo de tal acto, habiéndoles escuchado y entendido planear la fuga del navío, traicionando al rey que les hizo misericordia cuando fueron apresados y que les ha vestido y alimentado hasta la fecha.

El capitán aprovechó la pausa del escribano para preguntarme:

—¿Es así, Miguel?

Las miradas de los dos rocheleses se volvieron hacia mí. La del mayor no expresaba más que odio. La del menor, súplica.

—Bueno, yo lo que les oí decir...

El cómitre me interrumpió.

—¿Es así, Miguel?

Tragué saliva.

—Es así, señor.

El capitán le hizo un gesto al escribano para que prosiguiera.

—Estimando que tal acto aborrecible merece castigo y, siendo el único razonable, la muerte, yo, Gracián de Salaberri, capitán de la nave Peregrina, de la escuadra de Guipúzcoa, por la gracia de Dios, en nombre de Felipe, rey de España y de las Indias, ordeno que Piarres de La Rochelle y Sauveur de La Rochelle sean colgados por el cuello en el palo mayor de este navío hasta que den su último aliento. Que Dios los perdone. En Blavet, reino de Francia, dado el 6 de julio del año 1593 de nuestro Señor.

La pluma estaba dispuesta en el interior del tintero. El capitán fue el primero en firmar. Luego vino el turno del resto de la mesa.

Los dos rocheleses no dejaban de mirarme, con ojos inflamados en sangre y llenos de preguntas. Seguramente esperaban que les tradujera las palabras del escribano. Nadie me pidió que hiciera tal cosa.

El capellán surgió de la nada y empezó a decir latines delante de los dos

condenados. Los desgraciados le replicaron con insultos, lo cual les acarreó una tanda de varazos.

Un joven marino trepó al árbol, con una gruesa maroma enrollada al cuerpo. Tenía manos y piernas hábiles. En un santiamén, colgaban de lo alto dos extremos de soga. Fue entonces cuando los rocheleses se dieron verdaderamente cuenta de lo que les deparaba el destino. El mayor de ellos comenzó a maldecir; a sollozar, el menor. Hicieron falta siete personas para desvestirlos, porque se resistieron con uñas y dientes. Los condujeron llenos de golpes y arañazos al lugar donde antes estaba el banco ensangrentado de Beúnza. Colocaron la soga al cuello del más joven. Presa del pánico, empezó a mirar a izquierda y derecha, como si buscase a alguien. Intenté ocultarme entre el gentío para que sus ojos no se topasen con los míos.

Pude escaparme de la mirada del rochelés. No así de la del cómitre.

—Miguel —me ordenó—. Elige a nueve personas entre los forzados para que tiren de la soga. Tú serás el décimo.

Entré en la ciudadela de Blavet custodiado por dos hombres de armas. La obra estaba todavía sin finalizar, y se veía por doquier a los que parecían presos trabajando. Aquel ladrón de ganado sabía de qué se hablaba, cuando nos auguró días como aquel a los forzados de La Peregrina.

Mis dos custodios me dejaron en manos de un tercer soldado, al que seguí por un pasillo hasta una puerta cerrada. Llamó tres veces golpeando la gruesa madera. Abrieron al instante. Amezketa salió al exterior, cerrando la puerta tras de sí. Venía con rostro de circunstancias, como si estuviese tratando un asunto de vital importancia. En cuanto me vio, me agarró del brazo.

—Escucha bien, navarro de mierda, porque no te lo he de decir dos veces: vas a entrar ahí dentro conmigo. Escucharás con atención lo que un francés va a leer y todo lo que diga lo traducirás puntualmente al castellano. ¿Has oído?

Asentí. Soltó mi brazo y se dirigió de nuevo a la puerta.

—Si me dejas en ridículo, el destino de tus dos amigos heréticos te parecerá venturoso.

La sala se encontraba llena de gente, casi todos oficiales, entre los que destacaba una persona de más edad y elegancia que el resto. A él se dirigió Amezketa:

—Aquí está, su excelencia.

Sería unos diez años mayor que yo. La barba cana, que ya le raleaba, le alcanzaba hasta el pecho. Nadie me informó de quién era, pero por su aspecto no podía ser más que Juan del Águila, jefe del ejército español en Bretaña. No debí de caerle bien.

—Válgame Dios, Amésquita, ¿este es el sabio galeote que ha de suplir la tarea de mi Vernier?

La pregunta no avergonzó a Amezketa.

—Si vuestropreciado Vernier estuviera en disposición de rendir servicio, no

osaría traer ante vuestra excelencia a una basura humana como esta, mi señor.

—Verdaderamente no parece muy docto. ¿Qué es, ladrón, asesino, moroso...?

—Asesino.

—Tiene aspecto de ello.

—Sirvió en Flandes a las órdenes de Arias de Bobadilla.

Aquello no lo predispuso a mi favor.

—Asesino y, además, holgazán. Si hubiese servido a mis órdenes, le hubiese quedado tan poco tiempo como a mí para aprender francés o flamenco, de tan ocupado que hubiera estado matando a herejes y rebeldes.

Esa ofensa no hizo que apartase un solo músculo de mi actitud de galeote sumiso. Prefería su desprecio a las preguntas que pudieran desvelar mi mentira.

—No os falta razón, señor —repuso Amezketa, arrimando el ascua a su sardina—. Pero ello será para nuestro beneficio en este momento en que se os mueren y enferman los intérpretes.

Águila, como aburrido, hizo un gesto a otro hombre que se encontraba en la sala. A parte de mí, él era el único que no tenía apariencia militar. Sería un escribano o un notario. Yo mismo noté su desazón. Fijándose en sus gestos y movimientos, se diría que preferiría encontrarse en cualquier otro lugar antes que allí.

—Sí, señor —murmuró con marcado acento extranjero.

Sin mediar pausa alguna, comenzó a leer en francés con voz tan mortecina que me pilló desprevenido. Ya habían pasado cuatro o cinco líneas cuando comprendí que aquello era lo que yo debía traducir al castellano. No tuve más remedio que interrumpirle:

—*Veillez recommencer, sire.*

Hacer escuchar mi voz por primera vez en aquella sala fue como disparar con un mosquete. Mi ruego no distaba mucho de una orden. El escribano se calló y se giró hacia Águila, con creciente nerviosismo, solicitándole permiso. El militar, cada vez más enfurruñado, asintió con la cabeza. Comenzó desde el principio. En cuanto pronunció las primeras palabras, comencé yo:

—Excelencia, maestro de campo del antiguo tercio de Sicilia, jefe en la parte de Bretaña de la muy católica armada de su majestad Felipe...

Me callé. El escribano leía mucho más rápido de lo que yo era capaz de traducir. Le pedí, más suavemente en esta ocasión, que fuese más despacio:

—*Plus doucement, s'il vous plait.*

Puede que no me oyera. No ralentizó el ritmo de lectura. Al revés, iba más rápido que antes, siempre con el mismo tono mortecino. Mis ojos rodearon la sala. Amezketa empezaba a preocuparse. Águila, por su parte, enrojecía de rabia.

En tres pasos me planté delante del escribano. Esta vez me conduje con poca cortesía:

—Trae eso aquí.

Se lo arrebaté. Hacía año y medio que no leía nada. Los ojos se me nublaron por

un momento. Les costaba concentrarse en esas líneas retorcidas. Me fijé lo primero en la firma:

—Su excelencia Felipe-Manuel de Lorena, duque de Mercoeur y gobernador de Bretaña...

—¡Mercurio! —resumió Águila, pasmado.

—Eso es, Mercurio, que envía desde Nantes sus más cordiales saludos y felicitaciones por la victoria cosechada por vuestra armada en Vannes y Crevique contra ingleses y hugonotes franceses.

Hice una pausa para poder respirar. Todos los presentes me miraban de hito en hito.

—Mercurio, asimismo, os comunica que también él combate duramente contra nuestro común enemigo, en pro de una sola y verdadera iglesia, y de la Bretaña, y también os informa que sus soldados han sostenido encarnizadas luchas en Morlaix y en Dinan contra los hombres del duque de Montpensier...

—Y seguro que las perdió —dijo Águila, despreciativamente.

—... Y que en todas ellas su ejército hubiese obtenido mejores resultados si hubiese contado con el dinero prometido por el muy católico rey de España. En ese sentido, os recuerda, señor —me dirigí directamente a Águila—, que todavía le faltan 80.000 escudos de los 200.000 apalabrados, lo cual...

—¿Qué le faltan 80.000? ¿Cómo se atreve ese sucio francés?

—... lo cual, con mucho pesar, le impide proporcionaros, señor, el apoyo que desearía, en la expedición para la conquista de Brest. De hecho solo puede poner a vuestra disposición 700 lanzas, 100 mosquetes y 100 caballos.

—¿700 lanzas? ¿Qué clase de insulto es ese? ¿Qué broma pesada? ¿Qué...?

—A parte de ello —le devolví la carta al todavía estupefacto escribano—, saludos, cumplidos, parabienes a los reyes, alabanzas a la Santa Madre Iglesia y...

—¡Basta!

Amezqueta, otra vez agarrándome por el brazo, me llevo a empellones hasta la puerta. Una vez la atravesamos me propinó el primer mandoble:

—Tú no has aprendido francés con una puta.

Me volvió a golpear.

—Tú no eres un vagabundo sin oficio.

Un tercer golpe.

—Tú eres otra cosa y te voy a romper todos los huesos si no me confiesas qué y quién eres.

La puerta que habíamos traspasado se abrió en ese momento. Era Águila, a tiempo de evitar el cuarto puñetazo.

—Amésquita, quiero a tu docto forzado conmigo hasta que Vernier se recupere. Para empezar, ha de redactar en buen francés una respuesta para Mercurio.

Mi intermediación era en vano. El campesino solo hablaba bretón, con lo que el comisario podía realizar el trato igualmente con gestos. Pedía trece reales por cuarenta ocas. Yo le ofrecí seis. Al final, el ejército español los consiguió por nueve. El comisario no estaba satisfecho.

—Me dan 7.000 reales con los que debo llevar hasta Brest a un ejército de dos mil hombres.

Se llamaba Spinho, natural de Portugal.

—Precisaría el doble para una campaña de un mes, aún teniendo en cuenta que la mitad de los víveres los robaremos por el camino.

Traté de fingir una preocupación pareja a la de mi interlocutor por los problemas económicos de las tropas de su majestad católica. Spinho, al menos, era una buena fuente de información.

—Ayer envié diez carretas de trigo a un pueblo llamado Pontivy, a unas dieciocho leguas de aquí. Parece que andan tratando de arrebatar el castillo de allí al herético duque de Rohan.

Recordaba al duque de Rohan, firme entre los firmes dentro de los religionarios franceses. El comisario no tuvo impedimento en mostrarme el camino que llevaba a Pontivy.

—No hay más que seguir el curso del río.

Memoricé la indicación.

—¿Sabes qué me ha dicho el comisario? —me volví hacia Salbide.

Mientras estaba al servicio de Águila, había sido privado de mis cadenas. A cambio, Salbide, un joven de Zarauz, tenía la misión de vigilarme noche y día por orden de Amezketa, que también le había entregado un grueso garrote para usarlo conmigo si fuese menester. Lo habría hecho con gran gusto, pero yo no le había dado ocasión. Hablaba poco castellano y me valía de ello para confundirlo.

—No, no sé qué ha dicho.

Me hablaba como si entre ambos no existiese una distancia de veinte años.

—Que con el dinero del rey tiene pensado pagar una buena tropa de bellas para los remeros guipuzcoanos.

En las últimas dos semanas, las mujeres habían constituido el principal tema de conversación de mi guardián.

—¿De veras?

El siguiente ofertante traía un pequeño rebaño de ovejas. Hablaba tan poco francés como el anterior.

—No le ofrezcáis más de cinco —me dijo Spinho.

Un recadero me libró de las fatigas de un nuevo regateo. Precisaban de mí, sin más demora, en la ciudadela. El portugués me despidió con pena. Desde ese momento, debería cerrar los tratos él.

—¿No te cansas, Salbide, de ser mi sombra? —le pregunté, de camino, a mi escolta.

—Si escaparas seré yo al que Amezketa convierta en galeote.

El robusto zarauztarra, uno de los más hábiles remeros entre los asalariados, era un palmo más alto que yo. Afortunadamente, tenía bastante menos desarrolladas las entendederas que los músculos.

Amezketa no se encontraba en la ciudadela, sino en el puerto. Entre ambos puntos, apenas había trescientos pasos de distancia. Hacia allá me encamine, con Salbide siempre pegado a mi espalda. El jefe de la escuadra de Guipúzcoa se encontraba en el muelle, con sus ayudantes, supervisando el transporte por barca de víveres hasta las galeras. La Peregrina se hallaba en el mismo lugar en que la dejé dos semanas antes.

—Vernier ha regresado a su puesto —me vomitó Amezketa nada más verme—. Águila ya no te necesita.

Podía leerse en su cara cuánto le alegraba la noticia.

—Pasado mañana partiremos hacia Brest, en apoyo del ejército que va por tierra. Seguirás haciendo de intérprete, pero ahora para mí, y sin dejar de remar. Tendrás tiempo para todo.

Traté de no expresar ningún disgusto. No quería aumentar su felicidad. Desconozco si lo conseguí.

—Esta noche volverás a La Peregrina.

Así que no sería tan inmediata mi vuelta a la galera.

—Los oficiales de la tropa enviada por Mercurio cenan hoy con nosotros. Estarás ahí conmigo.

Los comensales, ahítos de beber y comer, recibieron la última oca con ostentosos gestos de asco. A esta también la conocía bien, porque al mediodía había sido adquirida con mi intermediación, al igual que todas las que, antes de ella, habían ido circulando hasta la mesa y de las que no quedaban más que los huesos.

Un oficial bretón se puso en pie:

—Brindemos ahora por el demonio que abrirá las puertas del infierno a Enrique de Navarra y a todos sus hugonotes.

La traducción corrió a cuenta de Vernier. Así lo habíamos acordado al comenzar la cena. Una él, otra yo. Aquella resultó ser una de las intervenciones del oscuro secretario del Franco-Condado más aplaudidas de la noche.

Un solo comensal alargó la mano hacia la bandeja en que yacía la oca asada y chorreando aceite. Se trataba de uno de los caballeros venidos de fuera, de tez muy morena y constitución robusta. Sin valerse de cuchillos, le arrancó al ave un muslo, generoso también él, que en un abrir y cerrar de ojos desapareció dentro de su boca. Alguien propuso entonces brindar por la tripa rebosante del señor de La Fontenelle y todos alzaron sus copas. Esta vez no necesitaron de mi traducción o de la de Vernier para entenderse.

Se le había dado comienzo a la cena con la luz del día. Estaban finalizando bajo las llamas de las antorchas. Entretanto, habíanse vaciado unas cuantas barricas de

vino traídas de Nantes por los bretones.

De pie, detrás de los comensales, aparté la mirada de la oca desmembrada. No tardaron en llevársela, pero la mesa todavía estaba llena de pan recién hecho. Tenía los pies cansados y la espalda me dolía de haberme tenido que inclinar tanto en las últimas horas. Tanto Vernier como yo habíamos sido espectadores del pantagruélico banquete, sin llevarnos nada a la boca.

El otro intérprete llevaba con Águila desde los tiempos de Flandes. Su lugar, pues, había estado junto a su jefe, a un lado, y al jefe de los bretones, al otro. Al principio, se había comportado conmigo altanero a la par que celoso. Debía de temer que le fuera a quitar el trabajo. Ahora tenía un aspecto que inspiraba compasión, sudoroso, casi sin voz, entre el estruendo cada vez mayor, manchado del vino y la saliva de sus dos vecinos. Todo ello, con el estómago vacío.

Mi tarea, al menos, había resultado más liviana. Me tocó colocarme entre Amezketa y un caballero de nombre Le Cornu, del que no había oído hablar nunca. Pronto advertí el gran respeto con que lo trataban el resto de bretones.

—¡Le Cornu! ¡Le Cornu! —prorrumpieron en un par de ocasiones, como recordándose alguna hazaña pasada.

Aquello no debió de ser del agrado de Amezketa. Más allá de los cumplidos al comienzo la cena, esta había transcurrido sin decirse gran cosa. El bretón, aparentemente aburrido, había estado conversando conmigo, de espaldas a la mesa. Me hizo preguntas sobre España. Seguramente no contesté a todas acertadamente, pero, a cambio, me ofreció una copa de vino, que me sirvió para suavizar la garganta, pero también para atraer la desaprobación de Amezketa:

—Dile al Cornudo que solo los hombres de armas tenemos derecho a beber aquí.

Traduje al bretón esas palabras, si bien aligeradas de la ofensa gratuita. La respuesta no se hizo esperar:

—Cornudo dice que el vino lo han traído ellos y que se lo ofrece a quien quiere.

No era esa la opinión del guipuzcoano. Contestó de malas maneras:

—Dile a Cornudo que en esta mesa mandamos los españoles.

Había alzado la voz lo suficiente como para cortar las demás conversaciones. Todos nos prestaban atención. Yo cumplí mi trabajo. Al instante le devolvió Le Cornu su razonamiento.

—Cornudo dice que aquí sois solo invitados, no los amos. Además ha añadido que no le extraña que los españoles sean tan tacaños con sus amigos, si ni siquiera se muestran generosos con los propios españoles.

No contento con eso, también me puso pan y un cuchillo delante, invitándome a servirme. No tuve tiempo de ponerle la mano encima. Amezketa, de un manotazo, mandó el pan al suelo.

—Dile a Cornudo... —dijo a voz en grito.

—¡Silencio, señores!

Águila y el jefe de los bretones se habían levantado en medio de la mesa. Sin

quitar ojo a Amezqueta, el maestro de campo del viejo tercio de Sicilia levantó su copa:

—¡Brindemos por la iglesia católica de Roma y por su principal valedor, nuestro rey Felipe!

—Salud —contestaron todos.

También Le Cornu y Amezqueta, este último con desgana manifiesta.

—Y ahora, señores, cada mochuelo a su olivo, que mañana no nos faltará tarea.

Vernier vertió al francés las palabras de su señor. Para entonces, los caballeros bretones se levantaban ya ruidosamente para salir al exterior.

—*Ken ar wech all!*

—¿Qué dicen ahora? —preguntó el jefe de la escuadra de Guipúzcoa.

Estaba fuera de sí.

—No es francés. Apostaría a que se están despidiendo de nosotros.

Hubiese regalado más sus oídos diciéndole que se trataba de un insulto. Parecía buscar una excusa para mostrar su espada a Le Cornu. Y se le estaba escapando la oportunidad para ello. Yo pagué su disgusto.

—Aquí termina tu trabajo. En la galera te esperan con los brazos abiertos para encadenarte otra vez —me recordó.

Salí tras los bretones. Iban bastante bebidos, cantando en su idioma. Peones y caballos los esperaban en el patio de la fortaleza. A mí, en cambio, era Salbide el que me aguardaba con su garrote. Al zarauztarra, que había dormido los últimos días a mi lado en la ciudadela, parecía no afectarle tener que volver a la galera.

—Nos espera la barca en el muelle.

El muchachote también había bebido. En la ciudadela, la fiesta no se había limitado al comedor principal.

—Estúpidos bretones. Las ocas, al menos, estaban sabrosas.

—Si las has probado, has tenido más suerte que yo.

No había comido oca. Me habían prohibido también llevarme cualquier otra cosa a la boca. A cambio, me había hecho con el cuchillo de cortar el pan, que ahora llevaba oculto dentro de mi jubón.

—Más que probar —se rió a mi cara—. Casi me he comido una entera. Nosotros no tenemos escuela, pero nos tratan mejor que a vosotros.

Salimos mezclados con los bretones por la puerta de la ciudadela. En un momento dado, Le Cornu se percató de mi presencia y comenzó a hablarme desde lo alto de su montura. Él también se volvía a casa con las ganas de pelea insatisfechas.

—Algún día le reventaré la cabeza a ese jefe tuyo.

Se refería a Amezqueta.

—¿Qué dice? —me preguntó Salbide.

—Nos está invitando a su campamento. Han traído a un grupo de mujeres desde Nantes. Ahora les toca follar.

—¿De veras?

Como si tratara de responder a la pregunta de Salbide, Le Cornu soltó otra larga razón acerca de los duelos que había celebrado hasta la fecha. Fingí traducírselo:

—Han traído a tantas mujeres que parece que tocaremos a dos.

Nos encontrábamos ya fuera de la ciudadela. Hacia la derecha, teníamos la desembocadura del río. Más allá, la bahía; en ella, La Peregrina; y en La Peregrina, el banco y las cadenas de nuevo. A la izquierda, en cambio, aguas arriba, el campamento de los bretones. Nuestros amigos tomaron esa dirección.

—Nos despellejarán.

—¿Por qué han de saber nada? Los de la barca estarán ya dormidos. Lo mismo les dará llevarnos ahora o hacerlo dentro de una hora.

Fui detrás de mi amigo Le Cornu. Un instante después, me seguía Salbide, como un perro al cazador.

—Si no hay mujeres, será tu cráneo el que pruebe mi garrote.

Había sacado ya del jubón el cuchillo que había robado de la mesa y lo llevaba en la mano, oculto a su vista.

—Tranquilo, hoy vas a darle quehacer a tu pajarito.

Era una noche despejada de finales de julio. En el cielo brillaban incontables estrellas. En la bahía, nuestras galeras se balanceaban sobre el mar dormido; sus crujidos nos llegaban hasta donde estábamos. Le Cornu había recommenzado a cantar, una triste tonada esta vez. Se había quedado un tanto retrasado respecto a sus compañeros. Nosotros íbamos justo detrás de él.

—¿Cómo hablaré con ellas, si no me entienden?

—Por gestos.

No debía fallar. La primera cuchillada tenía que ser para Salbide; la segunda, para Le Cornu. A poder ser, sin que lo advirtieran los que iban por delante. Si no, puede que la borrachera los hiciera correr más despacio. Me haría con el caballo del bretón y, para cuando los demás se diesen cuenta, habría huido al galope siguiendo el camino del río. Albergaba la esperanza de unirme a los hombres del duque de Rohan, en Pontivy.

Cerré la mano entorno a la empuñadura del cuchillo y extendí el brazo hacia mi izquierda. Quería golpear a Salbide de revés, tan fuerte como pudiese, en pleno corazón.

En ese momento se escuchó el galope de un caballo seguido de unos sonoros gritos. Alguien llegaba con gran estrépito en dirección a nuestros amigos bretones. Delante de nosotros, Le Cornu se apresuró a reunirse con los demás.

Mierda.

—¿Qué pasa? —preguntó Salbide.

—Cualquiera sabe.

Volví a guardarme el cuchillo en el jubón.

—Esto no me gusta. Volvamos al barco.

—¿Y si se trata de algo que deban conocer nuestros superiores?

Me adelanté, provocando que Salbide me siguiera. Los bretones se agolpaban fuera de sí alrededor del recién llegado. Algunos gimoteaban y otros suspiraban, algunos sollozaban y otros maldecían. Era difícil entender nada en medio de aquel alboroto. Le Cornu se contaba entre los más afectados. Parecía que la noticia, fuera la que fuera, le había aumentado la borrachera.

—¡Qué desgracia! ¡Qué desgracia!

El que tenía que haber muerto en mis manos repitió tres o cuatro veces la misma cantinela con los ojos llenos de lágrimas. Tras lo cual, bajó del caballo balanceándose peligrosamente. Yo era quien estaba más próximo a él; quizá por ello se arrojó a mis brazos, llorando y moqueando.

—¡Qué desgracia!

Su peste a alcohol me golpeó la nariz y la boca. Pero no por eso relajé el abrazo.

—Señor, ¿cuál es la desgracia? —pregunté gentilmente.

Había vuelto a asir el cuchillo. Salbide se encontraba más alejado. Sin necesidad de deshacerme del zarauztarra, todavía podía matar al bretón y hacerme con su caballo.

—Por todos los diablos, ¡nos han traído de Nantes la más triste noticia que podíamos recibir!

—¿Qué noticia, señor?

Apoyé la punta del cuchillo contra su pecho. Esperaba que estuviera afilada. No tenía más que apretar con todas mis fuerzas.

—Enrique de Navarra...

Detuve el cuchillo.

—¿Qué ocurre con Enrique de Navarra? —pregunté con más pasión de la que convenía.

—Que se nos ha hecho católico.

El cuchillo cayó al suelo. Todas las fuerzas me habían desaparecido de golpe. Se me ablandaron los dedos, los brazos desfallecieron, se me rindieron los pies. Abandoné los brazos de Le Cornu y busque sostén en el suelo.

—¿Qué es? ¿Qué ha pasado? —me preguntó Salbide, a mi lado.

No le respondí. Yo también estaba llorando.

El rostro enfermizo del hugonote parece iluminarse repentinamente. Se diría que muestra cierta admiración. Agerre, para la mañana, ya ha leído todos los folios que le dejó la víspera en el calabozo.

—*Otium sine litteris, est vivi hominis sepultura*, dijo Séneca.

No lo ha entendido. Lo lee en los ojos del hugonote.

—El ocio sin letras, la holgazanería del que no sabe nada, es la sepultura del hombre vivo. Le placería al maestro romano verme en mis circunstancias.

El sacerdote extiende sus brazos hacia el espacio cerrado, como si quisiera abarcarlo todo.

—No tengo otro quehacer aquí que leer —añade, forzando su cara a una sonrisa.

Su captor no responde del mismo modo.

—Tendrás que leer más despacio. No puedo escribir tan rápido.

Tose con una tos como si los pulmones le fuesen a reventar.

Es la primera vez en toda una semana que el hugonote habla de sí mismo. Agerre ya sospechaba que le traía sus escritos para que los leyera según iba escribiéndolos. Hasta ahora no ha tenido confirmación de ello. No sabe para qué lo ha traído hasta aquí. Ni por qué escribe. Ni mucho menos por qué se los da a leer. No se lo ha dicho y no alcanza a imaginárselo. Por el momento sabe que su vida no corre peligro mientras el hugonote siga escribiendo y él, leyendo.

La mazmorra cuenta con una tronera con barrotes, que le provee de luz, sobre todo por las mañanas, por lo que debe de estar orientada hacia el este. El hugonote solo le trajo velas el primer día. Desde que se agotaron, Agerre, para leer, tiene que valerse de los débiles rayos de luz que entran por el ventanuco. Ahora, de forma consciente o no, el hugonote se coloca justamente debajo de él, lo que le da ocasión a Agerre para analizar la figura de su captor. Tiene mucho peor aspecto que el primer día. La cojera se le notaba desde el primer momento, así como una tos cada vez más insistente, pero la palidez del rostro y la hinchazón de los labios son nuevas. Nuevas y, de algún modo, tranquilizadoras.

Una semana antes, el clérigo pudo ver su propia muerte, las puertas del infierno, en aquel rostro marchito. Enseguida recordó las palabras de Lucas con las que Dios reprende al pecador: *Stulte, hac nocte repent animam tuam a te, quae autem parasti cuius erunt?* Ah, necio, insensato, ¿qué es lo que dices? ¿Qué pensamientos son esos que traes? Esto es el fin para ti.

Ahora se acrecienta en su ánimo la sensación de que saldrá sano y salvo de este agujero. A pesar de lo escaso y asqueroso de la comida que le trae el hugonote. A pesar de que la cadena sigue oprimiéndole el tobillo.

Se ha acordado muchas veces de Etxauz durante estos días, con el que tenía una

cita, en Baiona, el día en que lo apresó el hugonote. Tenían mucho que contarse y de qué informarse. Agerre más de una vez ha especulado si, al no verlo llegar al obispado, se habrá preocupado y habrá tomado alguna providencia para iniciar su búsqueda. Aunque ello no garantiza de ninguna de las maneras que lo encuentren y liberen. Etxauz puede mucho en los pueblos de su diócesis, pero no es Dios. Tampoco es cosa segura que se encuentren en su jurisdicción.

Desde el primer día en que entró en el obispado de Baiona, Agerre supo qué esperaban en Pamplona de él. Etxauz añadió otra misión a la que le habían encomendado del otro lado de la frontera.

«En el reino de Francia la guerra entre la Fe y la herejía ha terminado, de momento. Al menos, la que se disputa con espada y arcabuz. Ahora la palabra será el medio por el que combatiremos. Los hugonotes han infestado estos lugares con sus escritos. En el País Vasco no han conseguido atraerse a mucha gente, pero mientras esos libros existan el peligro persiste. Nosotros necesitamos hacer otro tanto: libros que mantengan a nuestras gentes en la fe verdadera».

Agerre comprendió desde el primer momento que él era el elegido para ese cometido. Aceptó el encargo, cómo si no. Aunque eso no le hizo ponerse manos a la obra. Hasta tomar posesión de la parroquia de Sara, la provisionalidad fue el pretexto para no acometer el encargo. Durante el tiempo que siguió al inicio de su actividad parroquial, lo fueron las tareas aparejadas a la nueva rectoría. Tuvo, por fin, que comenzar, apremiado por el obispo. Pero le faltaba el molde. El modelo. En Salamanca había advertido qué complicado resulta escribir de la nada, y qué sencillo, en cambio, si se sigue el camino ya desbrozado por otro. Agerre no tenía a quién seguir. Las poesías escritas medio siglo antes por aquel sacerdote de Eihalarre no le servían. Tampoco las traducciones blasfemas del herético Leizarraga. En el momento en que De Lancre irrumpió en Lapurdi, solamente llevaba redactados unos pocos folios, repletos de notas y apuntes. El temor al consejero bordelés le hizo quemar también dichos folios mezclados con otros papeles. Por si acaso.

Durante el año transcurrido en París ha olvidado completamente la encomienda tantas veces postergada para otro día. Conforme se acercaba a Baiona, le ha vuelto su recuerdo. Y ese recuerdo devuelto, ha comenzado a imaginar cuál podía ser el camino. Pero quiere leer más. Necesita más.

El hugonote le muestra un trapo sucio. El sacerdote lo conoce bien, desde el día en que lo llevó ahí. No necesita preguntar para qué es. Como en los días anteriores, se deja mansamente cubrir los ojos. Las manos de su raptor le parecen débiles y temblorosas. Sin esperar a que lo empujen, avanza hacia la puerta abierta. En cualquier caso, camina sin prisa. El primer día, un tirón del hugonote lo arrojó al suelo. En el otro extremo de la cadena que lleva arrastrando de sus tobillos se encuentra la mano del hereje.

Tras subir penosamente las escaleras, el sol lo premia con su caricia. Llena los pulmones de aire y comienza a avanzar titubeante por miedo a caerse. Antes de tres o cuatro pasos, la tensión de la cadena lo hace detener.

—¿Adónde vas con tanta prisa?

La respiración dificultosa rebaja la autoridad del hugonote. Agerre, desde su oscuridad, lo ha escuchado toser y escupir al suelo.

—No quiero hacerlo en el mismo sitio de ayer —le explica—. El otro día pisé mis propios excrementos.

—No estás donde ayer.

Puede ser verdad. O no serlo. Cediendo a lo irremediable, el sacerdote da la espalda a la voz del otro. Se pone en cuclillas, mientras se alza la sotana.

—Los reyes de Francia cagan delante de toda la corte —le pincha el hugonote, en un momento en que la tos no le llena la boca.

—Yo no soy el rey de Francia.

Non mehercule inertia sed desiderio pristinae dignitatis. Cicerón algo sabía sobre la dignidad perdida, aunque a él, seguramente, nunca lo llevaron como a un perro a que cagara. Agerre, sin bajar la cabeza, reflexiona sobre lo difícil que es mantener alta la dignidad después de haberse visto obligado a ello. Por esa parte, prefiere llevar los ojos vendados.

La respiración fatigosa del hugonote llega hasta sus oídos, preámbulo de otra pulla:

—¿Cómo podéis convertir el pan en cuerpo de Cristo y el vino en su sangre, si cagáis como todos los demás?

Trata de no expresar su indignación. Recuerda las palabras del rey David a uno que trataba de castigar a otro que lo maldecía: *Dimitte illum ut maledicat iuxta praeceptum Domini.* Deja que me maldiga conforme al mandato del Señor.

—De esa blasfemia ni yo mismo os podría absolver.

—No necesito tu absolución.

Hechos sus deberes, el de Urdax se yergue y da un paso a un lado, para alejarse de sus excrementos.

—Estás manchado la cadena —le advierte maliciosamente su captor.

Agerre sabe que no es cierto. Para que tal cosa no sucediese, ha procurado, lo primero, antes de acercar sus posaderas al suelo, colocar la cadena hacia un lado, alejándola de sus nalgas. Le comunica al hugonote con un gesto que está preparado para volver al calabozo. No recibe respuesta. Después de esperar un rato en vano su orden o sus instrucciones, el sacerdote gira la cara hacia el lado donde más fuerte pega el sol, para lo que también le sirve el trapo sucio que tiene ante sus ojos. Igual que los días precedentes, Agerre se pregunta qué es lo que ese sol alumbraba. O, lo que es lo mismo, qué le oculta la venda. Sus manos están libres, podría quitarse el trapo de los ojos sin que su vigilante lo pudiera impedir. No lo hace y no lo hará. Tiene demasiado miedo a ser castigado. Aunque sea evidente la enfermedad de su captor,

no duda de que es capaz de maltratarle. El valor nunca se ha contado entre las virtudes de Agerre.

Si Etxauz no se lo hubiese aconsejado, por ejemplo, nunca habría emprendido viaje a París. De Lancre le producía temor, pero no era menor el que le provocaba el riesgo de volver al reino de Francia, a la nueva Babilonia. El burdel de Europa. Un lugar donde, tal como diría San Jerónimo, *libido numquam satiatur, et cum videtur extincta, reaccenditur, usu crescit et deficit*, el placer de la carne nunca se sacia del todo ni se apaga totalmente.

Dejó Sara de forma tan precipitada, que solo tuvo ocasión de escribir una breve carta a Pamplona, en la que daba escueta cuenta de la urgencia de un cambio de aires. Informaba también de que durante su ausencia sus servicios se verían interrumpidos. Ni siquiera hizo saber dónde se hospedaría en la capital francesa, por miedo a que le siguieran la pista.

Al vigésimo día de llegar a París, se presentó un hombre en la Sorbona preguntando por Agerre. De aspecto enfermizo. Palidísimo de piel. Con los ojos mortecinos y calvas en la cabeza. A pesar de ser cinco años más joven que él, asemejaba tener diez años más. Pedro de Zunzunegi, se presentó. Venía de parte de Íñigo de Cárdenas, embajador de España en la capital francesa. No le hizo saber cómo sabían su paradero. Se dirigió a él en vascuence, en el modo de hablar de Guipúzcoa. «Aquí también serviréis a España y a la Iglesia Católica».

El alguacil de la galera ordenó que nos dirigiéramos a estribor, hacia donde nos encaminamos sumisos, arrastrando pies y grilletes. Me costó dar los primeros pasos. Tenía las extremidades inferiores tan adormecidas, la espalda tan anquilosada, los brazos tan endurecidos, que caminaba tambaleándome y encogido, como un jorobado borracho. Desde que la víspera dejamos la ciudad de Mallorca, los forzados de La Soberana solo nos habíamos levantado de las bancadas para ir a las letrinas, sin otra visión que el sudor de nuestros compañeros de remo, ni otro pago que el látigo del cómitre. En medio de aquella confusión de cadenas Pere halló la manera de acercarse a mí.

—Pensaba que el cómitre te había puesto a los remos de las barcazas —me susurró el alicantino.

Hasta hace poco, Pere había estado a mi derecha en el banco, atado al mismo remo que yo. El cómitre terminó advirtiendo nuestra amistad. Lo cambió de sitio, al otro lado del puente.

—Eso pretendía el muy hideputa —respondí en el mismo tono callado. No tenía fuerzas para mucho más—. A ver si acababa de reventar de una vez por todas.

Es la ley del mar: el mejor cómitre nunca será más que puro veneno. Era algo que sabía desde hacía doce años, cuando pise el puente de mi primera galera, La Peregrina, y conocí a Pedro Men diburu, de Lezo. Todos los cómitres del mundo eran pura bondad comparados con el de La Soberana.

—El alguacil le advirtió que tenía prohibido salir de la nave, porque sé nadar.

Cuando me hallaba con Pere, las palabras me fluían con facilidad, aunque no tuviera fuerzas para hablar. Hasta que él se sentara a mi lado y comenzara a contar enrevesadas historias de mujeres, en La Soberana me decían el Mudo.

—¿Quién iba a decir —prosiguió el alicantino— que serías deudor del alguacil, que tampoco él es pequeño hideputa?

Mi espalda lo atestiguaba. El administrador del barco había empezado a negarme hilo, de tantas veces como tenía que coserme la blusa desgarrada.

—Hideputa, sí, pero no estúpido —Pere, respondiéndose a sí mismo—. No sería el primer alguacil de una galera del rey de España al que ponen a calentar el puesto de un galeote fugado.

—Corría poco riesgo —murmuré—. No estoy ni para dar una brazada.

La mayoría de los forzados se asomaron de buena gana por la borda, ávidos de horizonte. Yo hice lo mismo, aunque, al hacerlo, añadí un nuevo dolor a los de espalda y brazos.

—¿Sabes qué día es hoy?

No me fatigué en responder que no.

—7 de junio de 1605.

La noticia no alteró mi actitud. Hacía muchos años que no llevaba el cómputo de los días.

—Se lo he oído al piloto. Gracias a Dios no hablaba en vuestra lengua endemoniada.

El piloto de la galera procedía de Mutriku. Cuando la nostalgia lo acogotaba, me buscaba para hablar un poco.

—No me queda más que un año en esta mierda de barco.

Pere estaba en el banco, con cinco años de condena, por estar casado con dos mujeres a la vez. Ya había cumplido cuatro.

Cerré los ojos para evitar la luz cegadora. Para protegerlos coloqué mi mano callosa a modo de visera.

—No es lo único que le he oído al piloto.

A la escasa sombra de mi mano observé el mar; contemplé, así mismo, las barcas cercanas, un pequeño puerto y unas murallas sobre él. El sol de la tarde lo doraba todo.

—¿Has oído hablar del rey de Francia? Dicen que fue hereje, pero que luego se convirtió a la Iglesia.

Después de doce años, todavía no me había acostumbrado a esa clara luminosidad que me abrasaba las pupilas. Sí al calor sofocante de aquellos lugares, pero no a su luz.

—Todo pura farsa, al parecer, porque no ha dejado de ser un acerbo enemigo de España y la fe.

Al principio remaba con los ojos cerrados. Algo, a todas luces, peligroso. El alguacil la había emprendido conmigo a vergazos un par de veces, creyéndome dormido.

—Pues mira, el granuja se ha deshecho de su mujer y se ha casado con otra, con la total bendición del Papa.

Ni un solo estremecimiento por mi parte. Seguí en la misma postura, entrecerrando los ojos para esquivar el sol, tratando en vano de darles sombra con la palma de mi mano derecha. Pero dentro de mí algo se había revuelto, algo capaz de hacer revivir viejos recuerdos.

—A gusto me desharía de mi mujer y me casaría con otra. Desgraciadamente hay que ser rey para poder hacerlo.

Me salió desde muy dentro:

—Pocas mujeres hay tan hermosas como ella.

—Válgame Dios, pensaba que te habías quedado otra vez mudo. ¿De quién hablas?

—De la esposa del rey de Francia, o de quien lo ha sido hasta ahora.

—Así que la has visto con tus propios ojos.

Se dirigía a mí en tono de burla. Cualquiera podría advertirlo. Pero yo me

encontraba volcado en mis recuerdos tan repentinamente avivados.

—No solo la he visto, también la he gozado.

Las carcajadas de Pere resonaron en toda la galera.

—Qué cosas tienes, Miguel.

Al igual que doce años antes en La Peregrina, también en La Soberana era Miguel para todo el mundo. Miguel de Aibar, según los papeles que se custodiaban con los del resto de forzados en algún rincón de la galera.

—¡Hablas poco, pero cuando lo haces, tienes unas salidas que no tiene nadie!

A veces me entraba la duda de si alguna vez había tenido lugar una época en que yo era Joanes Mailu. Llegué a preguntarme si el tal Joanes Mailu no sería una fantasía mía, semejante a la de quien se inventó un tal Amadís.

—Sigue contándome sobre tu reina.

Pere cerró los ojos, como si soñase.

—¿Cómo eran sus pechos, grandes o pequeños? ¿Y su coño? ¿Cómo es el coño de una reina? ¿Es muy distinto del de una pescatera?

Sellé mis labios. Estaba arrepentido de haber cedido tan fácil al recuerdo. Sabía que Pere no me había creído. Resultaba impensable imaginar a un mequetrefe como Miguel de Aibar en el lecho de una reina. La insistencia del alicantino y mi necesidad de hablar era lo que temía.

—Puesto que era francesa, el pelo de alrededor de su coño debería de ser rojizo. Un hombre que estuvo en Flandes así me lo contó: en esos países son pelirrojas. También entre las piernas.

—Cállate, Pere.

—Venga, Miguel, vete a tomar por culo. Qué pronto te has cansado. ¡Por una vez que pones a trabajar la lengua!

Mi amigo apretó los labios con aspecto enfadado. Aproveché la ocasión para cerrar los ojos, pero ello me volvió a traer viejos recuerdos a la memoria. Margarita de Valois, la mujer del rey Enrique, debajo de mí. El vello que rodeaba su sexo era moreno.

Pere no pudo mantenerse mucho tiempo callado.

—Venga, Miguel, si no quieres hablar de mujeres, cuéntanos algo sobre las nieblas de Navarra.

Al alicantino le hacían gracia los dolores de cabeza que me ocasionaba el sol del Mediterráneo.

—Se dice que podéis pasaros semanas sin ver el cielo.

No recordaba haber dicho eso jamás. La alabanza de la patria de cada cual era un tema habitual de conversación en la galera. Había visto a hombres hechos y derechos emocionados hasta las lágrimas a causa de la añoranza. Mis compañeros de bancada no me habían visto incurrir en tal debilidad, puesto que recordar me despertaba la cólera y cargar con ella no era buena receta para sobrevivir en galeras.

—Vete a chuparle el rabo al capitán, Pere.

—Mejor el del capellán.

Volvía a mirar hacia abajo, hacia el agua verdosa, incapaz de levantar la vista. En vano trataba el alicantino de animarme. Noté cómo mudaba el tono. Pere también sabía ser serio.

—Si no cambias ese semblante, los marineros empezaran a apostar sobre ti.

Me encogí de hombros. El juego estaba prohibido en la galera, pero no se podía impedir jugar de otros modos. En cuanto un galeote empezaba a flaquear de salud, enseguida comenzaban las apuestas de los hombres de mar sobre cuánto le duraría el aliento. Algunos tenían un ojo clínico para calcular el tiempo de vida que le quedaba al remero en cuestión.

—¿Cuántas barcas vienen? —le pregunté a mi compañero.

—Nuestras cuatro grandes y tres más del puerto, más pequeñas. Entre todas traerán treinta toneles de agua.

—Entonces seguro que tendremos fuegos artificiales. En Mallorca embarcamos unos veinte.

El silbato del cómitre nos obligó a separarnos. Las siguientes dos horas las empleamos en subir los toneles de las barcas a la galera, utilizando para ello cuerdas y nuestros brazos cansados. Trabajábamos al límite de la longitud de nuestros grilletes, lo cual hacía todavía más fatigoso el de por sí extenuante trabajo. Por orden del capitán, distribuimos dieciocho toneles en el pasillo central del navío, entre las dos filas de bancadas. Llevamos otras pocas a proa, otras a la arrumbada, donde se colocan los soldados de las galeras para hacer fuego, y otras a la corulla, que es el lugar que ocupan los artilleros debajo de la arrumbada. El resto los dejamos en la popa, la zona donde se juntan el capitán, los oficiales y los entretenidos, así como las cocinas y la despensa del barco.

Volví a encontrarme junto a Pere. Estaba taciturno. Ahora no tenía ganas de broma.

—Maldito navarro, estás en lo cierto: pronto tendremos fuegos artificiales.

En los días de combate se nos doblaba la ración de agua, a nosotros, y a los artilleros. Disponer de agua en el puente también resultaba imprescindible contra los incendios que podía provocar el fuego enemigo.

Volvíamos a descansar, pero todos sabíamos que no sería por mucho tiempo. Jusuf acababa de unirse a nosotros cerca del palo mayor. También había estado sentado junto a Jusuf en el banco, hasta que el cómitre juzgó demasiado largas nuestras conversaciones.

—Le he oído a un oficial que los argelinos están atacando Mahón —nos comunicó, con una media sonrisa—. Vamos a socorrer a la guarnición de su castillo.

Jusuf, el morisco, tenía diecisiete años, de ellos más de uno en La Soberana. El cómitre nos obligaba a llamarle José, tal como se le había impuesto al bautizarlo. A él no le gustaba ni el nombre ni el bautizo. A los padres de Jusuf se les prohibió hablar en su lengua y rezarle a su antiguo Dios y fue precisamente por saltarse ambas

prohibiciones que los habían quemado como a terneros. Al joven lo condenaron a remar por seis años.

—¡Los argelinos atacan Mahón! —repitió.

—Pareces contento —repuso Pere, con brusquedad.

El alicantino odiaba a los moros todavía más que a los judíos. Y tenía doble motivo para odiar a Jusuf, por haber preferido la fe de los infieles desde que apareció por el barco, a pesar de estar bautizado según las leyes cristianas. Más de una vez hube de interponerme entre ellos.

—Estoy contento —su rostro imberbe era el de un ángel—. Nunca he participado en una batalla.

Resultaba difícil decir cuánto había de cierto en su candidez y cuánto de pura fachada. Ello lo salvaba, ante los ojos de Pere, del odio total.

—¡Estúpido del demonio! En una batalla la gente muere, y a mí me queda un año en este miserable barco. Cuando quede en libertad, me instalaré tierra adentro, para no volver a ver el mar en mi vida.

Otra barca, más pequeña, se aproximó a La Soberana, procedente del puerto, tripulada exclusivamente por dos jóvenes.

—¡*El meu verderol!* ¡*El meu verderol!* —gritaron desde su barquilla.

En sus manos mostraban pescados que medirían media caña. Empezaron a negociar con el dispensero que acababa de asomarse por la borda.

Igual que cuando atracábamos en Denia, Mallorca o Barcelona, me gustaba escuchar el idioma de aquellas gentes. Aunque no era idéntico, me recordaba el de Bearne, Gascuña y Auvernia.

El dispensero cordobés ya había dado muestras anteriormente de su ineptitud para las lenguas, y entre los hombres de mar y de guerra de La Soberana eran mayoría los andaluces, murcianos e italianos. El pescado habría despertado el apetito del capitán y los oficiales, puesto que el cómitre en persona vino en busca de Pere. Al gobernador de la galera los remeros le habían puesto el sobrenombre de Vela Floja. Presentaba unos extravagantes andares a causa de una antigua herida de guerra que le obligaba a oscilar todo su cuerpo en cada paso. Vino acompañado de un peón de alguacil, con los aparejos para desatar el tobillo del alicantino.

—¡Alicante, a popa!

No era la primera vez. Pere sabía aprovecharse de dichos momentos. Los breves ratos en que nos quitaban los grilletos eran para todos lo más cercano a la felicidad.

—Y vosotros —el cómitre se dirigió a Jusuf y a mí—, cada uno a vuestro sitio. No os quiero ver juntos.

No nos quedamos a esperar a que nos lo dijera dos veces.

Al cómitre le gustaba usar él mismo el azote, sin cedérselo al alguacil o a ningún otro subalterno. Siendo como era cristiano viejo de Castilla la Nueva, a nadie le resultaba extraño el odio que le profesaba a Jusuf. Yo, por mi parte, había tratado siempre de comportarme como un seguidor de la Iglesia romana, sin fallar en ninguna

de las papanaterías papistas. Pero me tenía entre ceja y ceja desde el día en que me escuchó con el piloto de la nave hablando en nuestra lengua.

Tan pronto como el cómitre se alejó con Pere hacia popa, Jusuf volvió a juntarse conmigo. Como ha quedado dicho, todos los galeotes llevábamos la cabeza y las barbas afeitadas, sin perdonar ni un solo pelo. Solo les dejaban un mechón a los esclavos moros y turcos, para que en el trance de la muerte su dios tuviera de dónde asirlos para llevarlos al paraíso. Jusuf había llegado a galeras sin él. Ahora lo exhibía orgulloso, para escándalo del capellán.

—¿No es una perspectiva extraordinaria? —me susurró.

Ignoraba de qué me hablaba.

—¡Una batalla!

En sus ojos se vislumbraba un fuego que no había advertido antes.

—¡Ojalá manden a pique esta cárcel en la que estamos!

—¿Con nosotros dentro?

—Poco importa, si propicia la victoria sobre los infieles.

En lugar del cándido Jusuf de un momento atrás, tenía a una persona diferente frente a mí. Más adulto. Más salvaje. Nunca había visto al morisco así.

—Yo también soy un infiel.

Hizo un gesto de estar al tanto, que tampoco tenía nada de inocente.

—No soy tan necio como Pere. Yo veo cosas que los demás no ven. Fuera de aquí, vos tendríais tantos problemas como yo con el Santo Oficio.

La intuición de aquel mocoso era mucho mayor que la del resto. Sin embargo, yo no tenía ninguna intención de delatarme.

—¿De dónde te has sacado tú...?

Me quedé con la palabra en la boca. De repente la espalda me ardía, como si me pinchase una banda de avispas.

—Mierda de navarro, ¿cuántas veces he de decirte que no hables con ese puto moro?

La verga de Vela Floja cayó sobre mí una segunda, una tercera y una cuarta vez. Sobre la cabeza, el cuello, la espalda. A continuación, la emprendió con Jusuf.

Hasta ese momento habíamos avanzado con bastante facilidad, sin cansarnos demasiado, con la ayuda de las velas. En el momento en que maniobramos para virar, el viento nos puso la brida. Los remos dejaron de ser de madera y se convirtieron en plomo en nuestras manos. Como era costumbre los días de batalla, nos habían dado vino para desayunar, pero su efecto ya se había desvanecido. El cómitre tocó su silbato, para que tambores y chirimías acelerasen el ritmo. Era difícil que nosotros hiciéramos otro tanto. El alguacil y sus subalternos empezaron a recorrer el pasillo central repartiendo vergazos a diestro y siniestro. Pero de poco valía. Podían despellejarnos, que no nos iban a acrecentar las fuerzas. No tardamos mucho en ver al

mismo cómitre, a la cabeza de un grupo de marineros, tirando de los cables de la vela mayor cerca de arboladura.

En proa, la artillería de La Soberana había enmudecido. Tal vez se había esfumado el enemigo al que perseguíamos. Me pregunte si todavía nos flanqueaban las otras galeras. El carel no me permitía comprobarlo y, además, no me atrevía a levantar mis ojos enrojecidos de las manos que sostenían los remos.

—Lo estamos haciendo mal —suspiró, como para sus adentros, el que se encontraba sentado a mi derecha.

Era de Extremadura. Había sido hombre de guerra en otra galera, hasta que mató a un marinero en una disputa.

—¿Por qué nos hemos alejado de Mahón? Ahora no pueden cubrirnos los cañones del castillo.

Ninguno de los que estábamos cerca teníamos modo de contestarle. Bastante teníamos con contener el sofoco. A lo lejos nos llegó el sonido de unos cañonazos. La Soberana tal vez no, pero otros peleaban bastante cerca de donde nos encontrábamos.

Emprendimos otro viraje. Si el anterior había sido a estribor, este era a babor. Delante de mí y a mi derecha, unos galeotes con poco tiempo en la nave se pusieron a vomitar. El sonido delataba que más allá, en proa, más de un hombre de guerra hacía lo mismo.

—¿Qué anda este maldito piloto?

El que acababa de hablar era el galeote de mi izquierda, un sevillano que había estudiado en la escuela para pilotos de la Casa de la Contratación de su ciudad. Terminaron por denunciarle por robar un cargamento de plata procedente de las Indias. De vez en cuando manifestaba su inocencia.

—¿Ha vuelto a emborracharse ese necio vizcaíno?

No todo era culpa del piloto mutrikuarra. Había mar gruesa. Las olas nos embestían por encima de la borda. Alguien decidió que ello no debía de frenarnos. Los marineros habían plegado la vela mayor y el cómitre volvía a hacer uso de su silbato. Los tambores y las chirimías redoblaban sus sonidos, pro-po-pon-pon, pro-po-pon-pon. Resultaba grotesco: a diferencia de las galeras de la escuadra de Guipúzcoa, en la española la mayoría de los músicos eran moros, tomados como esclavos en Berbería, y era contra sus compatriotas contra los que nos dirigíamos con el corazón que se nos iba a salir del pecho. Dos asientos más adelante alguien cayó desvanecido, sin fuerzas. Un mozo de alguacil vino hacia él agitando el azote en el aire. Los golpes no lo volvieron en sí. Nadie ordenó que lo recogieran de donde estaba.

El esfuerzo tensionaba nuestras cinturas desnudas hasta casi quebrarlas. Teníamos los músculos de los brazos a punto de desgarrarse. Las venas del rostro parecían dispuestas a estallar. En nuestras espaldas, en nuestras frentes, en nuestras sienes, el sudor se mezclaba con el salitre y la sangre. A cada golpe de remo, la vida parecía que iba a salir disparada por nuestras bocas.

Comprendimos que nuestro piloto había errado la maniobra cuando nos alcanzó una lluvia de fuego. Un cañonazo había alcanzado la arrumbada, donde se encontraban los soldados; otro, la parte delantera del puente. Los tambores callaron y, en su lugar, se impusieron gritos de pánico y de dolor. El humo nos impedía respirar, a la vez que nos cegaba. Algunos de nosotros se levantaron atropelladamente de sus puestos. El alguacil y su gente los devolvieron a ellos, empleándose con las vergas sin piedad. No hubieran tenido a dónde ir. En galeras, la cadena más corta es la de los días de batalla.

—¡Remad, hideputas, remad! —nos instaba el propio cómitre desde el medio del puente.

A duras penas, los músicos volvieron a sus tambores y chirimías. Los marineros empezaron a usar los toneles para apagar los fuegos encendidos aquí y allá. Yo, mientras tanto, buscaba a Pere con la mirada. El cañonazo había impactado en su lado. Algunos remeros se revolvían ensangrentados entre los restos de sus bancos. No podía ver si el alicantino era uno de ellos. La Soberana ya navegaba sin un par de remos por la parte de estribor.

Dirigí mi mirada a la corulla, bajo la arrumbada. Con ayuda de los soldados, los artilleros trataban de cambiar los cañones de lugar, para llevarlos a las troneras de estribor.

—La cosa se está poniendo muy fea —murmuró a mi lado el ex soldado castellano.

Alguien debió de querer darle la razón, porque volvieron a hacer fuego sobre nosotros, desde todavía más cerca. Si en la anterior descarga nos habían impactado dos veces, ahora fueron tres. Los que se llevaron la peor parte fueron otra vez los soldados de la arrumbada y los remeros del puente. Volvieron a restallar los látigos tratando de obligar a los galeotes a volver a sus bancos. No nos consoló en absoluto oír un instante después el rugido de un cañón de los nuestros. Antes de que su eco se extinguiese, las descargas de los mosquetes nos ensordecieron. Sabíamos qué significaba eso.

—Vienen a abordarnos —dijo el castellano.

Ya escuchábamos otros tambores y otras chirimías. Otras gargantas, que parecían rasgarse a gritos, y otros remos que, accionados por otros brazos, rasgaban la superficie del mar. Todo ello procedente del barco que venía a incrustarse contra nosotros. Alcé la cabeza. Me encontré con la sonrisa de Jusuf cuatro bancos más adelante.

—¿Pere? —le pregunté, haciendo caso omiso del alguacil y sus hombres.

El gesto del morisco me indicó que no sabía.

Los esfuerzos de nuestro piloto no fueron completamente en vano. En el momento en que nos clavarón el espolón, casi había conseguido colocar La Soberana de cara frente a la otra galera. Nos embistió en la proa, por la parte de estribor, de una manera tan violenta que me golpeé la cara con el remo.

—¡Ciando! ¡Ciando!

De nuevo, el cómitre se había olvidado del silbato y se dirigía a nosotros a voces. Solo que sus gritos poseían ahora un tono desesperado, ausente hasta ese momento. Con la cara ensangrentada, traté, junto con el resto de forzados, de mover el remo en la dirección contraria. Inútilmente, nos tenían atrapados y no soltarían la presa.

Algo estalló con gran estrépito muy cerca de mí. Unas manos invisibles me empujaron al suelo y quebraron el banco en mil pedazos. Las astillas se me clavaron como si fueran flechas diminutas en brazos, piernas y cintura. Por lo demás, tuve suerte. El cuerpo del andaluz amortiguó mi caída, mientras que el del castellano recibía de lleno el impacto. Sus sesos salpicaban mi camisa, cuando me levanté del suelo. El puente ardía; también ardían las ropas de algunos galeotes. Podía salir al pasillo central saltando por encima del cadáver del castellano, pero permanecí donde estaba, sin fuerzas, agarrado a un trozo de remo.

Los artilleros argelinos tenían una puntería diabólica. Había vuelto a hacerme un ovillo en el suelo, cuando mis oídos volvieron a ensordecen. Otra vez cayó sobre mí una lluvia de astillas y miembros humanos, si bien con menos fuerza que la vez anterior. El cañonazo había impactado algo más lejos de donde me encontraba. Precisamente, por la zona donde se sentaba mi amigo morisco.

—¡Jusuf!

Mi garganta no se encontraba en su mejor momento. Si hubiese sido de otro modo, tampoco habría escuchado nadie mi grito en medio de aquel caos. No me importó, porque pude distinguir a Jusuf entre el humo, tratando de volcar un tonel sobre el puente. Lo acompañaban dos marineros y otro galeote. Me alegré de ver a mi amigo sano y salvo. No obstante, renuncié a juntar mis manos doloridas y entumecidas a las suyas.

Una gruesa lámina de agua se extendió sobre el puente. Se dirigieron al siguiente tonel, que se encontraba más cerca de mí. El otro galeote se detuvo a mitad del camino, sin poder ir más allá. Su cadena no era lo suficientemente larga. Pero es que la de Jusuf no podía ser de otra medida.

En cuanto me di cuenta, me dio un vuelco el corazón: los grilletes del morisco se habían roto.

Volcaron justo a mi lado el segundo tonel. El agua me empapó las rodillas y las piernas, pero eso tampoco hizo levantarme. Estaba completamente aturdido, como si me hubieran arrancado lo que me quedaba de energía. Jusuf se plantó frente a mí.

—Mirad —me advirtió sobre lo que yo ya sabía, señalando alegremente hacia sus pies.

Él también tenía múltiples heridas, pero su rostro oscuro rebosaba viveza y determinación.

—Vámonos de aquí —me susurró.

El capitán de la nave y todos los oficiales, así como la mayor parte de los marineros, habían abandonado la popa para unirse al cuerpo a cuerpo entablado en la

proa. Algunos pocos remeros, los de confianza, los acompañaban armados de cuchillos y picas. Los sarracenos avanzaban con lentitud en su abordaje. El casco de La Soberana se hallaba hundido algunas cañas con respecto al de la galera enemiga. El estruendo de la batalla me impedía escuchar cómo entraba el agua en la entrañas de nuestro barco.

—Vámonos —repitió.

Yo en ese momento miraba a Jusuf como se les mira a los locos.

—¿Adónde?

Un mortal cansancio me mantenía sujeto al piso de puente. Sentía dolor en el rostro, en los brazos, en las manos. Me manaba sangre de multitud de pequeñas heridas. Me arrastré hasta la borda y apoyé en ella la espalda. Ya a nadie importaba qué hiciéramos los remeros. Podía ser uno más entre los muertos y los heridos.

—No quiero ir a ningún lado —dije casi como para mí.

Me oyó a pesar del estrépito.

—¿Envidiáis a los que ya están muertos?

Había envejecido diez años de pronto. Nada quedaba en Jusuf del muchacho asustadizo de hasta ese mismo día.

No tener que arrastrar cadenas concedía agilidad a los movimientos del morisco. Se dirigió al otro extremo del puente. Distinguió a Pere entre los restos de su banco. Al parecer, todavía quedaba un hálito de vida en el alicantino, y su cadena también había saltado por los aires. Los marineros y soldados heridos en la batalla eran llevados al cirujano, a un habitáculo de popa. Eso fue precisamente lo que hizo Jusuf con Pere, cogiéndolo de las axilas y arrastrándolo. A medio camino, nuestras miradas se encontraron de nuevo.

—¿Qué haces? —le pregunté.

Me sonrió pero no me dio respuesta alguna. Ya he referido las malas relaciones entre el alicantino y el morisco.

Jusuf pasó por delante del alguacil, en medio del caos y el tumulto del puente. No se dio cuenta de que el morisco no debería de ir caminando de aquella manera. Tras ello, perdí al muchacho de vista. Cuando volví a verlo, instantes después, en lugar de Pere, sostenía en sus manos un hacha con un gran mango. Debía de haberlo sacado de la despensa, tras dejar al alicantino con el cirujano. Se empleaba para matar a las ovejas y a los patos en las travesías largas. Traía además una cuerda alrededor de la cintura, de las que se usan para envergar la mesana, la vela menor de popa.

Sorteando a muertos y a vivos, Jusuf enfiló el corredor central del puente. Volaban flechas y mosquetazos. En proa, abordadores y abordados se mataban a golpe de espadas y de picas. Otro cañonazo había alcanzado el puente. Costaba respirar allá.

—¿Qué llevas en la mano?

La voz del cómitre se impuso por encima de todo aquel estruendo. Hubo de aparecer por algún lado; yo no me percaté de su llegada. Sus ojos estaban fuera de mi

campo de visión. Luego supe que contemplaban el hacha, estupefactos. En cambio sí podía ver los de Jusuf y puedo afirmar que ni pestañeó. El dueño y señor de todos los forzados de la galera portaba en una mano su azote; en la otra, su silbato. Parecía dudar cuál de ambos usar. Levantó el azote.

—¡Puerco morisco, arrójala ahora mismo...!

El cómitre cayó sin proferir un solo grito, hueco como un sapo, a los pies del muchacho. Jusuf, con la misma tranquilidad que si estuviese cortando leña, tiró para extraer el hacha de su cráneo partido en dos. Mientras venía hacia mí, uno de los mozos de alguacil se topó con él en mitad del pasillo. Huyó presa del pánico, al ver el hacha ensangrentada que portaba el joven.

—¡Levantáos! —me ordenó.

—Déjame en paz.

Alzó el hacha por encima de su cabeza.

—Eso, mátame de una vez por todas.

Un hachazo limpió hizo saltar por los aires los eslabones de mis grilletes.

—Ahora, levantáos.

Acepté de mala gana la mano que tiraba de mí.

La hazaña de Jusuf había tenido, inevitablemente, espectadores. Algunos galeotes empezaron a implorarle, mientras le mostraban sus cadenas.

—¡También la nuestra! ¡También la nuestra!

Eran esclavos moros, condenados a remar de por vida.

Jusuf dudó. El alguacil estaba de vuelta. Traía con él ayudantes y soldados, que, abandonando el combate de proa, venían hacia nosotros. Un crujido de la nave los detuvo durante un instante. La Soberana se inclinó un poco más hacia adelante. Jusuf dejó el hacha en manos del galeote más cercano, mientras le decía algo en su idioma.

Cuando regresó hasta el carel, había vuelto a ser el muchacho de antes. Su piel oscura había empalidecido. Miró al agua, y luego a mí, con el pavor reflejado en el rostro.

—Dicen que hay monstruos ahí abajo —me dijo en voz baja.

—Vamos, Jusuf...

Suspiré. Realizando un gran esfuerzo, me agaché y recogí unos maderos rotos del banco, aprovechando el revuelo en el puente. Los lancé al mar, justo debajo de donde nos encontrábamos. En el límite de mis fuerzas, me senté sobre la borda.

—Vámonos —le insistí, jadeando, a mi amigo.

No se movió. Su energía parecía haberse agotado.

El alguacil y sus ayudantes forcejeaban con los esclavos moros, tratando de arrebatarnos el hacha.

—Los monstruos están aquí arriba.

Tomó mi mano y también él se sentó sobre la borda. Saltamos juntos, sin soltarnos.

No era el único resto que flotaba sobre el agua. Si no hubiera estado tan agotado para mantener firme la cabeza, habría tenido ante mí un panorama de trozos de velas y mástiles, fragmentos del casco, pedazos de la borda y algún que otro cadáver. Las gaviotas desde el cielo debían de ver el mar moteado por los restos de la batalla. Pero como me encontraba medio cegado por el fuerte sol de junio, no reparé en el conjunto. Cuando un golpe de mar nos lo acercó, me di cuenta de que se trataba de un tonel. Llevábamos desde la víspera sin beber nada, y las horas que habían transcurrido desde el amanecer lo habían hecho bajo un calor sofocante. Entre el tonel y nosotros mediarían apenas unas veinte brazadas. Se lo hice ver a Jusuf:

—Tu Dios o el mío nos ha recompensado.

—No nombréis a mi Dios.

—No lo nombraré si remas con fuerza.

El joven no hizo nada de lo que dije. En lugar de mover los brazos, se sujetó más fuerte a la tabla, con las dos manos.

—Jusuf, estás atado. No hay peligro de que te vayas al fondo. No te pasará nada irremediable si sueltas una mano de la tabla y me ayudas a remar.

El agua de mar había enrojecido sus ojos negros; me miraba como si dijera necedades. No mostraba ninguna intención de ayudarme a llegar hasta el tonel.

Medí mis fuerzas. A la mar gruesa del día anterior le había seguido la calma. Un día horrible para los forzados que no podían aprovecharse de la ayuda de las velas. Al contrario que a Jusuf, a mí, a la luz del día, y con una perspectiva amplia, el agua no me provocaba miedo —algo de desasosiego sí, lo que no se veía bajo el agua—. La fatiga que me atenazaba antes de saltar de La Soberana, en cambio, no cesaba de aumentar con cada bocanada de aire que respiraba. Estaba consumido por el hambre y la sed. Sentía calambres en piernas y brazos. A pesar de que usábamos nuestra escasa ropa para proteger la cabeza, el calor me sofocaba los pulmones y me derretía la sesera. No era seguro que, si me desataba de la cuerda, pudiese volver a atarme.

Una salpicadura me devolvió a mi ser.

—¿Así?

Jusuf sujetaba la tabla con la mano derecha, igual que un amante abraza a su amada, mientras que con la izquierda daba tímidas manotadas al agua. Presa del pánico, pero sin dejar de manotear.

—Así.

Di brazadas más grandes de lo necesario, para que tomara ejemplo. Lo hizo. Tuve que corregir el rumbo unas tres o cuatro veces. Con todo, llegamos hasta el tonel en menos del tiempo que se toma en decir los diez mandamientos. La perspectiva del agua mitigaba el ardor de mi garganta. Mi amigo morisco se mostraba ahora tan ansioso por beber como yo.

—Agárrala, rápido.

Hasta ese momento solo habíamos visto la base del tonel. Le di la vuelta hacia nuestro lado.

—¡Mil diablos y dos mil demonios!

Al tonel le faltaba la tapa. En su interior se mezclaba el agua salada y el agua dulce.

Cerré los ojos. Sentía ganas de llorar. Jusuf seguía dispuesto a matar la sed, por encima de todo.

—Tampoco será tan mala.

Alejí el recipiente de madera de una patada.

—Un veneno no nos haría menos daño.

Olvidados sus temores, Jusuf extendió sus dos brazos fuera de la tabla y empezó a chapotear en el agua con pies y manos. Tuve que hacerle frente, haciendo fuerza en la otra dirección. Cuando se dio cuenta, me insultó en árabe. El agotamiento terminó por hacerlo callar.

«Es una muerte muy fea la del ahogado». Así decía Domingo Abaurre. Hacía tiempo que no pensaba en el verdugo de Garriz, mi padre verdadero, pese a la ausencia de lazos de sangre entre nosotros. Con Domingo Abaurre aprendí a nadar en el menguado Biduze. Gracias a sus enseñanzas estábamos todavía vivos.

Tal vez no por mucho tiempo.

—Cuando nos recojan los argelinos, no descansaré hasta que os despellejen, Joanes.

Joanes. En lugar de Miguel, Joanes. Después de doce años volvía a ostentar mi verdadero nombre. Todavía tenía un sonido extraño en mis oídos, como el eco de unos acantilados que no se ven. Todavía no había decidido si debía alegrarme por ello.

Jusuf algo advirtió en mi cara cansada.

—Tal vez preferís que os siga llamando Miguel. Me cuesta menos.

No habíamos dormido en toda la noche por miedo a ahogarnos. Por no adormecernos, habíamos intentado dejar un solo resquicio al silencio. Mantenernos despiertos también había sido un ardid para combatir el temor que nos inspiraba el agua oscura. Conté a mi joven amigo cosas que en La Soberana no le había confesado a nadie —ni siquiera a Pere—. Mi verdadero nombre es lo que más le sorprendió. A mí también me resultaba extraño al oírlo en mis labios. Ahora me arrepentía de haber hablado demasiado. Me arrepentía, mientras penaba de sed y cansancio. Un horrible cansancio.

Cerré los ojos. Volví a abrirlos. Y un instante después los cerré de nuevo.

Los cerré completamente.

El aviso de Jusuf me despertó.

—Si os dormís, no podré manteneros la cabeza fuera del agua.

Así le había advertido yo, un par de veces en la larga noche, ofreciéndole mi brazo de almohada. Pero ya no me encontraba con fuerzas como para hacer tal cosa. Ni, al parecer, mi amigo.

—No te pediré que lo hagas.

Durante un momento había soñado con Domingo Abaurre, el verdugo de Garriz. Había sido un sueño agradable, en el que nadie había traído a colación la muerte del ahogado.

—Si queréis rendiros al mar, no seré yo quien lo impida.

Por la noche había estado animando a Jusuf. Eso también había cambiado. Para animar a alguien es preciso tener algo de ánimo y a mí ya no me quedaba nada.

—Tarde o temprano sucederá.

—Hablad por vos, no por mí.

Jusuf había recobrado el coraje. En cambio, en mí aumentaban los deseos de dejar la tabla y abandonar mis brazos al mar.

—No veo muchos argelinos por aquí —le respondí—. Si nos encuentran los españoles, me amarrarán para siempre al banco, después de cortarme la nariz. A ti, en cambio, te descuartizarán entre cuatro galeras por la muerte del cómitre.

—Antes llegaremos a alguna costa.

Lo miré con odio. Me obligaba a buscar argumentos para desmentir sus razones, cuando solo deseaba no pensar en nada.

—Difícil será con la fuerza de tus brazadas. Y, aunque lo lográramos, sería una costa española. Con nuestro aspecto, no pasaría ni un día sin que nos denunciaran.

—No será así, si nos recogen los míos.

Extendí mi brazo cansado hacia el ancho mar.

—Sigo sin ver a los tuyos por ningún lado. Ni siquiera han sido capaces de mandar a pique a La Soberana.

Jusuf y yo, desde nuestra tabla, habíamos sido testigos de ello. La víspera, cuando los sarracenos estaban a punto de apoderarse de La Soberana, acudió otra galera a su rescate, la Santa Bárbara, que había navegado muchas millas junto a nuestra nave desde Cartagena a Mallorca y desde allí a Génova y Nápoles. Al final, los moros se marcharon por donde habían venido, tras sacar su espolón de la que fue nuestra galera. Los recién llegados, por su parte, remolcaron a la agujereada Soberana, sin preocuparse de nosotros. A Jusuf le fastidió sobremanera ese final sin vencedores ni vencidos. A mí, que me acordaba de Pere, no tanto. Ojalá pudiera continuar un año más aliviando las fatigas de los galeotes con sus divertidas historias de mujeres.

—Podrían volver los argelinos —volvió a intentar insuflarme optimismo Jusuf.

La sed me quemaba por dentro. Me costaba cada vez más conversar y me tentaba a opción de desatarme de la cuerda y ofrecirme al mar.

—¿Por qué van a volver? ¿A qué? ¿En busca de qué?

Se oyeron gritos y graznidos de gaviotas sobre nosotros; eso era lo único que se oía. Cuando ya no la esperaba, me dio la respuesta.

—Pues si queréis saber por qué, a qué y en busca de qué vuelven, mejor preguntádselo a ellos.

No había asomo de broma en sus ojos enrojecidos. Miré en la dirección en que él miraba. Entre las nubes, donde más fuerte pegaba el sol, asomaba una vela cuadrada.

Olvidándose del miedo a soltar la tabla, Jusuf comenzó a bracear mientras lanzaba gritos ininteligibles en su lengua. No lo ayudé. Todavía no sabía si debía alegrarme.

—¿Qué harán los tuyos con un perro infiel como yo? ¿Amarrarlo a sus galeras, como los españoles?

—Los argelinos son aliados del rey de Francia.

—Yo no soy francés.

—No pienso decírselo a los argelinos.

A Guerre ha advertido un cambio en los capítulos del manuscrito que el hugonote le deja en su calabozo. Están escritos con mayor celeridad, muestran mayores elipsis entre parte y parte, el hilo de la narración es cada vez más desnudo. Se han escrito a toda prisa, como si a su redactor el tiempo se le estuviese agotando.

Este mediodía también le ha traído la comida y con ella, un taco de hojas. No ha tenido que levantar la vista para darse cuenta de su paso lento, ni para escuchar sus toses cada vez más secas, ni para observar el temblequeo de sus manos o sentir sus ojos febriles.

—¿Hoy también pan duro, queso y manzanas? —le pregunta descaradamente a su captor.

Los primeros días le trajo conejo o alguna trucha asada. Van ya más de diez días que Agerre no toma otra cosa que pan, queso y manzanas en esta involuntaria posada. Triste cosa para el clérigo. Un almuerzo tan frugal como ese le recuerda a sus días de niño en Urdax.

El hugonote no le responde. Los primeros días solía provocarle. Hace ya una semana que no hace tal.

—Dispongo de algún dinero no muy lejos de aquí, en Sara. En la parte de Lapurdi. Doblones españoles, hechos con el oro de las Américas.

No tiene ni idea de si Sara se encuentra lejos o cerca. Lo deja caer por si pudiera servir para sacar alguna información. El hugonote no muerde el anzuelo. Tan callado como hasta el momento, de su boca solo escapa una dificultosa respiración.

—Están escondidos, en un sitio que solo conozco yo, donde los dejé al marcharme a París. Con ellos podría pagar una comida mejor.

El hugonote clava en el sacerdote sus ojos turbios. No podría asegurarse si ve algo con ellos.

—Y también algún otro servicio, que nos satisficiera a mí y también a vos, si tuvierais apetencia de tales cosas.

Por fin se ha atrevido, sin temor a la burla que podría esperar por parte del hugonote. Además de lo escaso de la comida, la dureza del lecho y la suciedad del lugar, la carencia de mujer atormenta duramente a Agerre en las últimas dos semanas.

La propuesta solo provoca un resoplido de desprecio en su raptor. Parece que hubiera hecho suyo aquel dicho de San Crisóstomo: *Regni non ita recordemur ut Gehennae. Timor enim promissione potentior est.* Debemos acordarnos del Paraíso y de sus grandes placeres, pero todavía más del infierno y de sus espantosos tormentos.

El sacerdote no insiste.

El hugonote arrastra sus pies escaleras arriba. El portazo que da es débil. No

obstante, provoca un estremecimiento en Agerre. Impulsado por una idea repentina, también él asciende por la estrecha escalera hasta la puerta cerrada, desde donde grita:

—¡Hugonote del demonio! Si os sucediera algo, ¿quién hay aquí que vaya a abrirme la puerta?

Repite dos veces la pregunta. Nadie le responde.

Con los ojos humedecidos vuelve hasta donde le ha dejado la comida. No tiene hambre, pero todavía le apetece menos ponerse a leer los papeles que le ha traído el hugonote. No, al menos, en este momento. Quién lo hubiese dicho unos pocos días antes. Opta al fin por una manzana. La muerde. Con algo más de ganas prosigue su frugal refrigerio con el queso. Deja el pan para el final.

Agerre recuerda con melancolía algunas comidas parisinas. En solo un año, en distintas mesas de la capital francesa, ha comido cosas que nunca había probado en Urdax, en Pamplona, en Salamanca o en Sara. En lugar de puchero, sopa. El melón y los higos, con nada menos que con jamón. Corazones de alcachofa revueltos con hígado de pato. Una hortaliza rojiza, que llaman zanahoria, preparada con hierbas. Pastas casi crujientes llamadas *lasagna* y *macaroni*, popularizadas por los cocineros de las reinas italianas. Un rollo hecho a base de carne de buey. Y especialmente los dulces, dulces preparados de mil maneras diferentes. Todas las colmenas de Francia trabajan para París.

Agerre probó en casa de Zunzunegi por primera vez tales viandas. Cosa rara, porque el guipuzcoano era mal comedor. Con cuatro porciones ya se llenaba. Zunzunegi también fue al primero al que escuchó hablar del asesinato. Se encontraba lamiendo sin mucha gana un poco de hígado de pato, que llaman *foi gras*, untado en pan de trigo, cuando de pronto soltó: «el mayor favor para nuestro rey y nuestra fe sería que desapareciera el disimulado hereje que se sienta en el trono de Francia».

Agerre tenía la boca llena, él sí, de pan de trigo. Le mostró su conformidad al guipuzcoano sacudiendo la cabeza, que saludó el ánimo de su comensal. «También para eso nos sería bienvenida vuestra ayuda».

El clérigo inclinó el cuello con todavía más vehemencia. Era un gesto de cortesía, en cualquier caso. No se veía colaborando en un regicidio. Otra vez más, desde que empezara la comida, sus ojos se le escaparon hacia el generoso escote de Madeleine, en busca de pensamientos más agradables. Madeleine había trabajado en las cocinas del Louvre. Ahora le preparaba la comida al guipuzcoano. Agerre pensó si la mujer no se esforzaba en vano, puesto que el hombre de la embajada apenas comía nada de los platos que la cocinera le ponía en frente. El sacerdote sospechaba que también le administraba otro tipo de servicios.

—Es hermosa, ¿no es cierto?

El hombre del embajador se lo había preguntado sorpresivamente. Su pícara sonrisa tuvo la capacidad de sonrojar a Agerre. Madeleine había traído el postre hasta la mesa: pastel, confeccionado con huevos y harina, cubierto con confitura de

arándanos. La mujer no retiró la vista en el acto. Ella también se había percatado de las miradas del sacerdote.

—Creo que tenemos los mismos gustos —insistió el guipuzcoano, sin disimular una tibia sonrisa.

Agerre no se esforzó en contradecirle. Era inútil, y también en ello llevaba razón San Agustín: *ne dicatis vos habere animos pudicos, si habeatis oculos impudicos*. No digáis que tenéis corazones puros y honestos, si es que tenéis ojos deshonestos y desvergonzados.

La inquietud ha hecho presa en Agerre. La luz que entra por el ventanuco le indica que el sol está ya alto. Hace rato que el hugonote debería haber aparecido por el calabozo a traerle de comer y beber. Hace rato que debería haberle tapado los ojos y sacado al exterior, a ciegas, atado por los tobillos. Como un perro. Y, aunque fuese de esa manera humillante, hacía rato que debía haber sentido la caricia del viento sobre su cara. Sin olvidarse de vaciar el vientre, para decirlo todo. Sin embargo, hoy todavía no ha aparecido el hugonote por el calabozo.

Agerre se dirige hacia la gruesa puerta hecha de hierro y madera. Con mucha precaución. No quiere tropezar en las baldosas que faltan en la escalera. Afortunadamente, el hugonote le despojó de la cadena en una de sus últimas visitas al calabozo. Con los labios pegados a la puerta cerrada, empieza a gritar desafortunadamente, llamándole. Hasta ese momento nunca ha empleado su nombre:

—Mailu, ¿por qué os retrasáis esta mañana? Estoy esperándoos, ansioso por continuar leyendo vuestro escrito.

Sus palabras tienen más de verdad que de halago. Como le sucedió en Burdeos, desde que ya no tiene nuevos capítulos para leer, Agerre siente que le falta algo. Además, se le hace más aburrida e insufrible su estancia en la mazmorra.

—Vuestro escrito me ha cautivado más que muchos libros. Quiero seguir sabiendo de vuestra vida, Mailu.

Diez veces ha pronunciado «Mailu» sin éxito alguno, hasta terminar por cansarse de repetir la misma cantinela. Decide entonces encarecer todavía más el nivel de las alabanzas. Puede que los oídos de su captor necesiten más miel.

—Señor caballero, igualable al autor del Amadís; y vuestro personaje, émulo del Caballero del León...

Un exceso. Lo sabe. No se refrena.

—... ¿seréis tan despiadado como para dejar a este humilde sacerdote sin su diario sustento?

En vano se fatiga junto a la puerta, tratándolo de caballero y de señor, para con ello ablandarle el corazón. Lo único que logra es aumentar aún más su desazón. Se le ocurre llamarle al grito de «Joanes», pero descarta mostrar tanta familiaridad.

Desorientado, expresa una cuestión que le ha rondado los últimos meses:

—Decidme: ¿soy yo el único lector de vuestro escrito? ¿No habéis pensado nunca en convertirlo en libro?

Otra vez no obtiene más respuesta que el silencio. El temor va creciendo dentro de sí. Grita malvadamente:

—¿Para qué os habéis tomado el trabajo de escribir todo esto? ¿Para que alguien sepa de vuestro paso por este mundo?

Agerre se calla para esperar una respuesta que no llega. Profiere con rabia:

—¿Sabéis qué creo? Que la mayor parte de lo que habéis escrito es mentira. ¡Una monumental mentira!

La resignación y el dolor de la garganta acaban por hacer callar al clérigo.

Tampoco ayer lo sacó el hugonote. Abrió la puerta del calabozo sin avisar y le dejó unas manzanas, agua y unos pocos folios junto al umbral. Para cuando quiso darse cuenta, la puerta estaba otra vez cerrada, y también entonces lo llamó infructuosamente. Todavía le queda un poco de agua, pero aquellas manzanas han constituido su última comida. La única ventaja es que, con la tripa tan vacía, no siente necesidad de hacer de vientre.

Agerre toma en sus manos el último pequeño fajo de folios que le ha dejado el hugonote. Preocupantemente pequeño. Ayer se preguntó si su captor no estaría volviéndose perezoso. Ahora, en vez de perezoso, juzga impedido al autor de ese texto que tanto le ha deslumbrado desde que saliera de París.

El grito que antes no ha proferido sale ahora de la boca de Agerre:

—¡Mailu! —otra vez Mailu—. No soy médico ni cirujano. Pero mi difunta madre era curandera. Alguna cosa me enseñó.

Que los perros vuelan era más cierto.

—Puedo ayudaros, que Dios me fulmine ahora mismo si no es verdad. Para ello, tendréis que abrirme la puerta.

Agerre aguarda de nuevo, como si aquella nueva razón pudiese convertirse, sin más, en su salvoconducto al exterior. Desde que llegó a este sótano, el silencio nunca le ha parecido mayor.

En las clases de Teología, en Salamanca, los profesores gustaban de recordar a los alumnos aquel dicho del Eclesiastés que dice *Nescit homo finem suum, sed sicut pisces capiuntur hamo, et aves laqueo comprehenduntur, sic capiuntur homines tempore malo*. No conoce el hombre su fin, pero así como el anzuelo coge a los peces, y a las aves el lazo, así también atrapa la muerte a los hombres.

Agerre comienza a pensar cómo será morir de hambre y sed. Sus manos empiezan a sudar.

—¡Traedme al menos a un cura que me confiese! —grita desesperadamente a la puerta.

Los ojos se le humedecen a la vez que comienza a suplicar en voz alta perdón por todos los pecados que ha cometido en vida, que no son pocos. Ahora se arrepiente de haber obrado contra los mandamientos de Dios y contra las dentelladas de su

conciencia, cediendo a las pérfidas ocasiones, las costumbres depravadas y los malos amigos. Maldice particularmente a sus amigos, por colaborar tan prestamente a colocar los cimientos de su perdición.

El guipuzcoano Zunzunegi, sin ir más lejos, el hombre del embajador en París, que, aunque tenía esposa e hijos en su tierra, dedicaba a las mujeres el poco tiempo que le permitían las maquinaciones contra el rey de Francia. No le bastaban con los redondeados y voluminosos pechos de Madeleine. Cuando la cocinera dejaba la casa, no perdía un solo instante en enfilear los sitios de lenocinio de la Rue des Célestins o de la Rue du Pélican. De él aprendió Agerre los retorcidos caminos que conducían a los peores antros de París. No le faltaba razón al bíblico santo Job: *In peccato vestro moriemini*. Moriréis en vuestro pecado, puesto que os halláis endurecidos y descuidados en él.

Habría empezado a tirarse del escaso pelo y a rasgarse el hábito cada vez más sucio, si no hubiese recordado su labor, su inmensa labor, valiosísima, en favor de la fe verdadera. Ese era el único contrapeso que podía alegar contra todos sus pecados en la balanza del Juicio Final.

Como Dios y el demonio se valen de los mismos instrumentos, también le debe al propio Zunzunegi la ocasión de salvarse. Una tarde lo condujo hasta una galante casa de la Rue Saint-Denis, donde «habría de reunirse con gente interesante». El guipuzcoano mostraba peor aspecto que de normal y no paraba de rascarse entre los muslos. Agerre le preguntó de quién era aquella hermosa casa.

«De un gran amigo de España».

Dejaron de lado la elegante fachada delantera, para dirigirse a la de atrás. Un personaje cojitranco y de baja estatura, vestido con harapos, les condujo al interior. No casaba con un sitio semejante, pero Agerre no se sorprendió por ello. Hacía unas semanas que había conocido ya a Jeannot. El hombre del embajador de España había ido a buscarlo a la Sorbona, para requerir cierta información sobre un profesor.

Encontró a más gente conocida en torno a la mesa del comedor anejo a la cocina. Uno de ellos era el propio embajador, Íñigo de Cárdenas, hombre taciturno y de pocas palabras. Otro era Gonthier, el jesuita. Aunque no tenía buena opinión de la Compañía de Jesús, desde que se encontraba en París ya había acudido más de una vez a la iglesia de Saint-Jean-de-Grève, a escuchar los sermones de Gonthier. Desde el púlpito trataba de miserables, corruptos y gusanos a los herejes, y de fariseo, hipócrita, infiel y lascivo al rey de Francia. Aparte de ellos, había otros dos hombres más, vestidos como grandes nobles, y una hermosa dama, de la misma clase, que actuaba como anfitriona. Vestía un generoso escote que nunca llevaría una mujer de Pamplona o Salamanca. A decir verdad, a él no le prestaron gran atención, lo que ofendió a Agerre, especialmente, el desprecio de la señora.

Todos tenían puesta su atención en otro hombre, más joven que el resto, aunque no era esa su principal característica: vestía y actuaba de manera visiblemente más modesta. Ello, de por sí, lo hacía parecer extraño entre aquella gente soberbia y

ostentosamente vestida. Pero había otra cosa que lo hacía destacar. Si Agerre había visto alguna vez a un hombretón semejante, ya había olvidado dónde y cuándo. Era tan alto como una estirada haya, y sus descomunales miembros, cubiertos a medias por una túnica verde, eran semejantes a palas de horno. Unos cabellos tan rojos como el fuego y unos ojos con la misma tonalidad le otorgaban un aspecto todavía más fuera de lo común.

En ese momento el jesuita era quien le hablaba:

—... El demonio ha anidado en su interior, Jean-François. Es el anticristo disfrazado, que mancha el trono de Francia con la pestilencia de su trasero. Si sigue sentado en él, más tarde o más temprano, traerá la perdición de la Iglesia y de todos nosotros.

Callados carraspeos mostraron el asentimiento de todos los que estaban sentados a la mesa. Ello no alteró la atención del tal Jean-François. Con aspecto apocado, no retiraba la vista de la mesa. A Agerre se le antojó el semblante de alguien que ha perdido el juicio y no ha vuelto a recobrarlo.

—¿No lo crees? Tenemos a alguien aquí que puede refrendar mis palabras.

Gonthier señaló hacia el sacerdote urdazubiarra.

—¿Sabías, Jean-François, que Enrique, el rey de Francia, lo es también de Navarra?

Aunque no movió un músculo, salió una especie de asentimiento desde su imponente boca.

—Mira quién nos ha venido desde Navarra. Un santo sacerdote, perseguido a causa de su firme fe y obligado por ella a asilarse entre nosotros.

Sin un rastro de recato, Agerre confirmó con la cabeza las palabras del jesuita.

—Hoy nos informara del infortunio de los navarros católicos, como avance de lo que el futuro puede depararnos a nosotros. Don Pedro...

Con un gesto de su mano el jesuita le invitó a hablar. Agerre, aleccionado por Zunzunegi, se había aprendido bien lo que había de decir. La mitad de ello, mentira; la otra mitad, verdad a medias.

Estaba produciéndose una cruenta lucha a unas varas del camino real. Eran unos veinte, todos con sus motas negras, de todas las edades. Un gran verraco. Las cerdas madres. Las primerizas. Una tropa de cochinitos, algunos ya en vísperas de ser sacrificados. Quedaba poco pasto en el prado dorado por el otoño, lo que provocaba que todos los cerdos sin excepción se dedicaran a gruñirse y a morderse, en perjuicio de los más pequeños. A la piara no le faltaba porquero. Este se encontraba entre el camino real y los largos morros de las bestias, con una vara en la mano. Solo que el viejo enclenque y harapiento tenía poco interés por imponer justicia en el desbarajuste porcino. Solo tenía ojos para mí. Dándole la espalda a la pelea, me habló en un remedo de gascón:

—*Que'vs saludi, cávalier.*

Me enfureció el saludo extranjero. Después de recorrer doscientas leguas, no había miembro en mi cuerpo, desde la cabeza hasta la punta de los dedos de los pies, que no tuviera dolorido. Mi mano izquierda a duras penas sostenía las riendas. Tenía los pies entumecidos dentro del estribo. El piloto mutrikuarra de La Soberana había sido la última persona que me había hablado en mi idioma. Y de eso hacía ya cuatro años.

Mi tos seca no me liberó del dolor en los pulmones.

—¿Desde cuándo se han hecho bearneses las gentes del país de Mixa?

La sorpresa le transfiguró el rostro, aunque no por ello enmudeció su boca desdentada.

—No os doláis si os he tomado por un forastero. Vuestras ropas no son las de un caballero navarro, y no he visto hasta la fecha caballo tan hermoso por estos lares.

Acaricié las oscuras crines del cuello de Ibrik. El garañón negro de Berbería atraía las miradas de todo el mundo desde que hace un mes había atracado en el puerto de Marsella. No era para menos; el regalo de despedida de Jusuf era realmente espectacular. Mi vestimenta también despertaba igual curiosidad entre la gente. No me importó mientras atravesaba la Provenza y el Languedoc. Incluso había cierto orgullo en mí por mostrarme con el capellar, manto que me cubría el cuerpo, y el alhareme, enroscado en la cabeza. Sin embargo, llevaba unas pocas horas en Navarra y ya me hacían sentir incómodo.

El porquero se mostraba interesado.

—Conozco a todos los caballeros de Mixa. A vos no os recuerdo.

Poca vergüenza, el ancianito. Y cotilla. No le respondí como se merecía.

—Hace mucho que el viento me llevó de aquí. ¿Para quién trabajas?

Sin volverse, dirigió su dedo hacia la piara de cerdos, que seguían peleándose. En el prado cada vez había menos alimento.

—Los amigos que tengo a mis espaldas pertenecen al señor de Luxa.

—¿No se secó esa mala hierba?

Ya sabía que no. Había visto con mis propios ojos el castillo del traidor, de nuevo en pie, mientras cabalgaba hacia allí. El porquero se encogió de hombros, sin comprometerse.

—Este prado era del rey —añadí—. Cuando me fui de aquí iba a entregar los terrenos al templo de Saint-Palais.

La curiosidad se acrecentó en el rostro de mi interlocutor.

—Pues sí que hace mucho que faltáis de estos lugares. Cuando dieron fuego a la iglesia de los hugonotes todavía estaba viva mi mujer, María.

No era muy concreto.

—¿La quemaron? Cuando yo todavía era un joven imberbe quemaron un templo aquí, ante mis ojos.

Fue entonces cuando empezó todo. Yo no tenía ni once años. Ya habían pasado más de cuarenta.

—Lo recuerdo —agregó el porquero—. Yo era un niño entonces.

La sorpresa me hizo enmudecer: el anciano era más joven que yo.

—Vine con mi padre y con mis hermanos —hablaba con una repentina pasión al recordarlo—. Como todos los chicos de mi edad, yo también aporté mi grano de arena, trayendo paja para que ardiera mejor. Hicimos una bonita fiesta.

Advirtió mi mirada sombría. Súbitamente, apartándose del camino real, se volvió hacia el prado y me dejó solo.

—¡Puercos desvergonzados!

Ahora sí que se puso a maldecir y a dar varazos a los cerdos. A pesar de su aspecto acabado, tenía una fuerza sorprendente. Golpeando aquí y allá, consiguió separar al oscuro ganado. Hecho lo cual, en vez de volverse hacia mí, empezó a alejarse con los animales, a grandes zancadas.

Alcé la voz:

—Nuestra reina Juana hizo levantar de nuevo el templo que vosotros quemasteis. ¿Cuándo lo destruisteis?

Entré en el prado con el caballo.

—¿Cuándo? —troné.

El porquero se rindió después de dar tres o cuatro pasos más. Casi podía oler su miedo.

—Hace diez años, señor —respondió gimoteando—. Pero todos eran de fuera. Gascones. Huyeron en cuanto se acercaron los soldados del rey. No había vecinos de Saint-Palais ni de los alrededores entre ellos. Ninguno de aquí participó en la destrucción de la iglesia herética. Tampoco en las muertes.

—¿En las muertes?

Cerró los ojos, próximo al llanto. Iba a ser en perjuicio suyo, puesto que no le perdonaría ni una sola e hipócrita lágrima.

—Acabaron con los hugonotes de Saint-Palais. Os juro que nadie de aquí...

—¿Con todos? —le interrumpí.

—Todos no, señor. El librero salió con vida. Y algunos otros, como...

—¿Qué librero?

La pequeña tienda de la Rúa de los Saqueros de Pamplona parecía un palacio comparada con la callejuela aneja a la plaza de Saint-Palais. Conté unos 60 libros en la única estantería de que disponía. Entre ellos había algunos ejemplares de las obras del ministro Leizarraga y el libro que escribió algunos años atrás el tal Etxepare. Del resto, dos de los que ojeé estaban escritos en gascón —*Poesias*, de Pey de Garros, y *Lo Catonet gascon*, de Guilhèm Aderr— y un tercero en francés, *La Semaine ou Création du monde*, de Guillaume de Saluste.

—He perdido la costumbre, después de diecisiete años sin leer libros —le confesé a Bernat de Bakedano—. En galeras ninguno llegó a mi mano. En Argel, en lugar de leer, la gente escucha historias. Por otra parte, jamás me puse a aprender su forma de escribir.

Ya había pasado el tiempo de las lágrimas. El librero me había dispensado todos los abrazos necesarios. Para entonces ya sabía cómo se había escapado de Pamplona, y él también, poco más o menos, en qué me había ocupado yo desde la noche de Navidad del año 1591.

—Tendríais que escribir todo lo que me habéis contado. Algunos lo hacen, habiendo vivido mucho menos.

—¿Quién va leer algo semejante?

—Os asombraría saber qué es lo que lee la gente.

El librero rebuscó un momento en el estante en el que ya había husmeado yo, de donde extrajo un ejemplar.

—Así que no tenéis noticia de esto.

Essai de quelques poèmes chrétiens. El título sonaba a doctrina. El nombre de su autor acaparó mi atención: Jean de Sponde.

—Joanes Ezponda, el hijo de Enekot —me confirmó el librero—. El poeta de la Reforma.

Lo tomé en mis brazos y lo abrí al azar. Mis ojos desacostumbrados se posaron sobre la menuda letra. Tuve que acercarme un palmo más que 17 años antes para poder leer algo:

*Mais si faut-il mourir, et la vie orgueilleuse,
Qui brave de la mort, sentira ses fureurs,
Les Soleils hâleront ces journalières fleurs,
Et le temps crèvera cette ampoule venteuse*^[5].

Mi interior se estremeció. Volví a leerlo:

Mais si faut-il mourir, et la vie orgueilleuse...

—Te lo compro.

Extraje dos monedas del bolsillo, que en un abrir y cerrar de ojos interceptó Bakedano.

—Os lo regalaría gustoso. Desgraciadamente, hace dos semanas que no vendo ni uno.

El aspecto del hombre era tan escuálido como en la época de Pamplona y sus ropas continuaban tan gastadas como entonces. Examinó detenidamente las monedas, con el aspecto de quien no se termina de fiar. No eran los doblones españoles de otro tiempo.

—Se trata de cequíes —le expliqué—, las monedas que más se usan en Argel. Son de pura plata.

Los mordisqueó, para comprobar si decía la verdad. Aprobó el examen, pero la mirada no se le apartaba de los incomprensibles símbolos de las monedas.

—Letras sarracenas. Dice que Dios es grande.

Se guardó el dinero debajo del sombrero. Yo no podría hacer otro tanto con el libro de Joanes Ezponda; continuaba con él en la mano.

—Vivió en Saint-Palais. Lo conoceríais, claro está.

El medio hermano de mi medio hermano. No era algo que debiera ocultarse. Preferí recordar una trivialidad:

—Cuando tenía once años casi le rompí la nariz de un puñetazo.

—Según tengo oído, falleció hace algunos años en Burdeos.

No estimaba a Joanes Ezponda. Sin embargo, me dolió escucharlo.

—Joanes tenía un hermano más joven, Enrique.

Mi hermanastro.

—¿El teólogo? Alguna vez lo vi en el pueblo. Hace tiempo que no sé nada de su persona.

Parecía que prefería no hablar de él, quién sabe por qué. Cambió de tema:

—Tengo otro libro que puede ser de vuestro agrado. Acaban de traérmelo de Pamplona.

El corazón me dio un vuelco.

—¿Todavía hay comercio con Pamplona?

Un rayo de luz venido de no se sabe dónde iluminó el sombrío semblante de Bakedano.

—Cada noche sueño con Pamplona. Nuestra Jerusalén perdida.

Así la llamó. Nuestra Jerusalén perdida. Yo mismo me sorprendí de que la nombrara así.

—Tengo, no obstante, quien me cumple allá los encargos.

Del interior de la tienda, me trajo un gran libro que depositó en mis manos. *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*.

—Al leerlo, lloráis y reís, os asustáis y os alegráis.

Sus palabras no lograron despertar mi interés. Lo intentó de otro modo:

—Dicen que su autor estuvo unos años preso en Argel.

—Peor para él —se lo devolví—. Sabéis que no leo en castellano.

—Peor para vos.

Se dirigió a la puerta de la tienda y la trancó.

—Lo hago por mera costumbre —me explicó—. Nadie va a robarme los libros. Las gentes del país de Mixa no son más aficionadas a la lectura que las de Pamplona. Me moriría de hambre de no ser por los funcionarios de la Cancillería de Navarra, los peregrinos y los viajeros.

Pasamos al interior de su casa, cuyo tamaño no era mayor que el de la tienda. En la minúscula cocina, sobre la mesa, un puchero humeaba. Ya estaban sentados allí una mujer y dos niños. Bakedano, por edad, podía ser el padre de ella y el abuelo de ellos. A la mujer la acababa de conocer. Martina. De Montori.

—En todo Mixa no había un solo padre dispuesto a dar la mano de su hija a un hugonote. La traje de Zuberoa, tras hablar con el ministro de Mauleón.

Cuando lo conocí en Pamplona, Bakedano tenía allá mujer y tres hijos. No le pregunté por los que dejó en la capital.

Mis cuatro comensales rezaron juntos:

—El Señor os bendiga y os guarde, el Señor os ilumine con su rostro y se apiade de vosotros. El señor...

La mujer y los dos niños no volvieron a abrir la boca.

—Me convertí a la religión tan pronto puse un pie en la Baja Navarra.

Sin dejar de hablar, Bakedano nos hizo un gesto para que metiéramos la cuchara en el puchero.

—Igual que Ilarregui. El ministro Etxeberri nos dio la bienvenida en el templo de Saint-Palais. Parece ser que os conocía.

—Por fuerza tenía que conocerme el padre de mi difunta esposa.

Protocolo de pobres: como forastero en aquella casa, yo debía ser el primero en llevarme la cuchara a la boca; a continuación, iba el señor de la casa; tras él, su mujer y después sus hijos, comenzando por el primogénito.

—Después de un año, llegó a todos los rincones la noticia de que el rey Enrique se había convertido al catolicismo.

Los comensales rememoraron la desolación de aquel momento, interrumpiendo por un momento la comida. Me pareció distinguir una lágrima cayendo de los ojos de la mujer del librero. Sin llegar a tanto, a mí también se me estaba haciendo un nudo en el estómago. Agradecí que mi anfitrión retomara el hilo.

—No pasó ni un mes cuando Ilarregi volvió a la Iglesia de Roma.

—A donde sopla el viento, nuestro maestro.

—Si de ello quería sacar algún provecho, de poco le valió: antes de un año un mal frío se lo llevó a la tumba. Yo también tuve mis dudas.

De nuevo era mi turno. Planté la cuchara en el puchero. En su interior, los trozos

de nabo abundaban más que las habas.

—¿Vos no?

—Cuando lo supe, estaba en Bretaña, de galeote para nuestros enemigos — afirmé, como si ello lo explicase todo.

—¿No pensasteis que se trataba de una mentira de los españoles?

—Su disgusto y el de sus amigos bretones tenía pocas pintas de ser una farsa. A Enrique, si no podía ser muerto, lo preferían hugonote y rey de Navarra, antes que papista y rey de Francia.

—¿Y vos?

Suspiré.

—Yo, por una vez, estaba de acuerdo con españoles y papistas.

No se lo pedí yo. Fue el propio Bakedano el que se empeñó en salir conmigo a la calle después de comer. Cerró con aire alegre la puerta de la tienda.

—Hoy es lunes. En los dieciocho años que llevo en Saint-Palais nunca he vendido un solo ejemplar un lunes.

Hicimos una breve parada ante la casa de mi difunto padrastro, Domingo Abaurre. Según me informó el librero, continuaba siendo la vivienda del verdugo de Mixa. Después le llegó el turno al ministro Etxeberri.

—Cuando se presentó aquí la gente de la Liga Católica, él ya había muerto. Los pocos hugonotes de la zona estábamos a la espera de que nos mandaran otro de Bearne.

—¿Y Leizarraga, de la Bastida? En la librería tenéis sus obras.

—Estaba entonces bastante mayor y algo enfermo. Hace seis o siete años que falleció.

Él también.

—Tras la masacre, los bearneses decidieron que no merecía la pena, quedando tan pocos reformados en Mixa.

No le pregunté cómo logró él salvarse. Me lo contó sin necesidad de ello.

—Me encontraba en Orthez, a donde había ido para hablar sobre la posibilidad de poner a la venta en mi tienda los libros de la academia. En el viaje de ida, dejé a mi mujer en Montori, en casa de sus padres.

—Te sonrió dos veces la suerte.

—Ese día sí. No es algo que me haya sucedido a menudo.

Nuestros pasos nos llevaron hasta la puerta de la casa de Ezponda, junto al Palacio de Justicia de Navarra. En sus paredes ennegrecidas se notaba todavía el embate de las llamas.

—Fueron los vecinos los que apagaron el incendio, por miedo a que se propagara a sus casas. Para entonces el jefe de la Cancillería estaba muerto, al igual que todos los habitantes de la casa.

—¿También su mujer?

Sentí cómo la garganta se me quebraba.

—Doña Catalina también. ¡Menuda mujer!

Le miré a los ojos, por saber si me hablaba así a sabiendas. No, no lo podía saber.

—Os estimaba, ¿no es cierto?

Me estremecí. De mi boca no salió afirmación ni negación alguna.

¿Me estimaba mi madre?

—Una vez que Ezponda se encontraba ausente, creo que por un viaje a Pau, me hizo llamar, con la excusa de saber de Pamplona. Al final, no me preguntó más que por vos. En ese momento todos os dábamos por muerto. Se mostraba apenada.

—¿De verdad?

No quería derramar ninguna lágrima. No por doña Catalina. Ni por la mujer de Ezponda. No por mi madre.

Encaminamos nuestros pasos de nuevo hacia la casa de Bakedano. En su establo guardaba mi caballo.

—¿Y ahora?

—De camino de Marsella he oído que Francia va a iniciar una guerra con España y su imperio. No conozco más oficio que el de soldado.

Vecinos y funcionarios deambulaban por la calle. Algunos se quedaban mirando mis ropajes. Era un extraño en Saint-Palais. No conocía a nadie. Nadie me conocía.

Entramos en el establo de Bakedano. El librero repitió algo sobre la buena planta de mi montura. Até silla y frenos a Ibrik. También las alforjas sobre su grupa. Me encontraba asegurándolas cuando mi amigo soltó:

—Hace diecinueve años, actuamos solos en Pamplona. No había nadie dispuesto a socorrernos.

—Nada nuevo bajo el sol, Bakedano. Solo estábamos Lekanda, Ilarregi y nosotros. Cinco, con el traidor Ollacarizketa.

Me acordé de Ramona. Hacía tiempo que no lo hacía.

—Hablo de la Baja Navarra. Aunque nosotros hubiésemos cumplido con nuestra parte, matando a Felipe de España y provocando un alzamiento, nos habrían dejado solos. Aquí no había nadie preparado para venir a socorrernos, ni soldados, ni caballos, ni cañones, ni nada.

Sujeté a Ibrik de las riendas. No tenía otro deseo que salir al exterior.

—No había ningún ejército navarro esperando nuestra señal, para dirigirse a la capital.

La última vez que hablé con Juana era una niña. Azuzada por su madre, trataba de hablar en francés conmigo. Rehuía mis abrazos. La Juana de 21 años después me hablaba en bearnés. Yo le contesté en vascuence. Ello no le hizo cambiar de idioma.

—Hace muchísimos años que dejé la Baja Navarra —se excusó.

En sus palabras se apreciaba poca nostalgia por su tierra.

Juana se encontraba a cuatro pasos de mí. El hecho de saber que su padre seguía vivo no la había hecho acortar el espacio que la separaba del extraño que se había presentado en su casa de Pau. De tal palo tal astilla. En ello y en su escasa vivacidad

se reconocía la sangre de su madre. Busqué algo mío en aquel rostro. La gruesa nariz de la casa de Borbón, como mucho.

—Vengo de Saint-Palais.

La frialdad inicial bajó unos grados más.

—Si venís a buscar la parte de la abuela Catalina...

—Para ti, hija mía, la parte de la abuela Catalina. Si he de ratificarlo ante un notario, no te quedarás sin mi firma.

No me lo agradeció. Conservaba sus grandes ojos castaños de cuando niña, pero su tono de desconfianza me recordaba a mi difunta esposa Marie. En el vestir tampoco distaba mucho de los usos de su madre: tocado para sujetarle y cubrirle el cabello, gorguera hasta el mentón, vestido negro hasta los tobillos.

—En mayo del año pasado falleció mi esposo, el caballero de Abère —me informó sin que yo le preguntase nada.

Una mano de Juana hizo un gesto tímido hacia una pared de la sala, donde pendía el retrato de poco tamaño de un hombre con bigotón y galas militares. Mi yerno, desaparecido sin haberlo conocido. Por el rostro de mi hija no podía deducirse si había sido o no un buen esposo, si lo había amado o detestado.

—Al menos me dejó algunas rentas. Y su ropa. La guardaba para mis hijos, pero vos tenéis más necesidad de ella que ellos.

Todavía vestía el capellar y el alhareme que me había traído de Argel, pero ya rabiaba por cambiarlos por el sombrero y la capa de caballero navarro, aunque fueran los de un muerto. Le di las gracias a mi hija.

Una criada me trajo vino. Juana no bebía.

—He echado esto de menos entre los moros.

Comencé a darle noticia de mis últimos veinte años. La lista de mis miserias la conmovió bien poco. Los contadores de historias de las plazas de Argel despertaban más intriga y curiosidad entre su público que el que yo lograba con ella. Se levantó sin que hubiera terminado yo mi relato, dejándome con la palabra en la boca.

—Señor, gustosamente seguiría oyendo vuestra historia, pero he de dar algunas órdenes a la cocinera y la criada antes de la cena.

Antes de llegar a la puerta de la sala se volvió hacia mí.

—Tal vez deberíais de verter todo ello al papel. No soy amiga de leer libros mundanos; sin embargo, aquellos que no hemos tenido ocasión de conoceros durante estos años, tendríamos así un medio para saber de vos.

Me acerqué hasta la ventana. El sol de la adelantada primavera pegaba de lleno sobre el castillo de Pau. Una vez, casi cuarenta años antes, había pasado días y noches en su interior.

—Ese edificio cobijó una corte. Hoy está medio vacío.

Juana había cumplido con celeridad sus obligaciones en la cocina. Se hallaba a mi lado, también ella mirando por la ventana.

—Si Enrique regresa un día a sus estados de Navarra, en algún lugar tendrá que

alojarse.

Según lo estaba diciendo, me avergoncé, tan ingenuas me parecieron mis palabras.

—Han pasado diecisiete años desde que se convirtió en rey de Francia. Desde entonces no lo hemos visto por aquí.

—París está lejos de Pau.

Otra vez me odié a mí mismo por excusar algo que no merecía excusa.

—Más lejos debería estar. Se rumorea por la ciudad que el día en que Enrique regrese a Pau, nos obligará a volver a levantar iglesias papistas, algo a lo que no está dispuesta la buena gente de este reino.

—Me he encontrado repleta de iglesias la Baja Navarra al llegar del extranjero.

—Me refería a la buena gente de este reino, no a los bajonavarros.

No me esforcé en defender a mis compatriotas. Escuchamos unos pasos a la entrada de la casa.

—Deben de ser mis hijos.

El corazón me dio un vuelco. No sabía si quería conocer a mis nietos. Aprenderme sus rostros. Preocuparme por ellos.

—Una vez al año, la abuela Catalina aprovechaba algún viaje de los que hacía Ezponda, su marido, para visitarnos. Ella se sentaba en la silla en la que vos estáis sentado. Nos poníamos al día, ella a mí de las cosas de la Baja Navarra, y yo a ella, de las de Pau.

Me costaba imaginarme a mi madre en distendida conversación con su nieta. Conmigo nunca hizo tal cosa. Me sorprendía, por otro lado, que la nombrase «abuela» con tanta naturalidad, cuando a mí pocas veces me dio pie a llamarla «madre».

—Nos entristeció enormemente cuando los asesinaron, a ella y a Ezponda. Las suyas fueron las últimas muertes de la guerra en el reino de Navarra. Si alguna vez se escribe el libro de los mártires de la Religión, en ellos estarán inscritos los nombres de la abuela Catalina y su marido.

Lo decía con orgullo. En otra época yo también me hubiese mostrado orgulloso de su orgullo.

—Es lo mínimo que se merecen, después de haber visto a su hijo Enrique hacerse católico —añadió.

Hablaba de mi hermanastro, del hijo de Enekot Ezponda y mi madre Catalina. No me habría resultado más verosímil escuchar que se hubiesen convertido en un llano los montes de nevadas cumbres que se divisaban desde Pau.

—¿Enrique, papista?

—No solo se ha hecho católico, sino también se ha ordenado sacerdote. ¡Mi tío!

Juana expresaba desaprobación y vergüenza.

—Dicen que ahora vive en Roma, en el palacio de uno de esos obispos idólatras. Siguió el camino de su hermano Joanes.

Aquello me resultó todavía más sorprendente.

—¿Joanes? ¿El poeta de la Reforma?

—El poeta de la Reforma huyó de la Reforma a la vez que el rey Enrique. Sus últimos poemas están escritos bajo el aliento de Roma.

En ese instante se abrió la puerta de la sala. Sin hacer ruido dos jóvenes entraron al interior. Una muchacha, de unos dieciséis o diecisiete años, y un muchacho, algo más joven. En la cocina les habrían informado de mi llegada. Sus ojos despedían curiosidad. Mi ropa atraía especialmente sus miradas.

—Me apena que no hayáis de conocer a Pierre —dijo Juana—. Mi hijo mayor se encuentra fuera de Pau. Él es ahora el caballero de Abère. Estos son los otros dos, Enriqueta y David. Niños, saludad a vuestro abuelo.

Sus saluciones hallaron poca respuesta por mi parte. Todavía me encontraba impactado por lo que acababa de oír.

—David se ha encaprichado con un caballo y quería mostrárselo a Enriqueta esta mañana.

Los dos jóvenes asintieron con la cabeza las palabras de su madre.

—Nuestra muchachita pronto se casará con un ministro de Ney.

En el rostro de la joven se leía una aceptación resignada.

—David, por su parte, se está preparando para ser mosquetero del rey. Quiere partir para París el año próximo.

El rostro de Juana era ahora el que se cubrió de resignación. Su voz adoptó un tono amargo:

—¿Dónde se ha visto a uno de la Religión de guardia de un rey católico?

El tal David se ruborizó. No dijo una palabra para defenderse.

—Padre.

Escuchar ese tratamiento de sus labios me causó un estremecimiento.

—Vos habéis estado en París. Explicadle a vuestro nieto cuán perniciosa puede ser esa ciudad para los limpios de alma.

Tartamudeando dije algo sobre la vieja y nueva Babilonia y el Luzbel papista oculto por doquier en las orillas del Sena. El gesto adusto de Juana me dio la medida de mi falta de credibilidad. Fue ella la que cambió de tema.

—¿Cuántos días pensáis quedaros en Pau?

Todavía me sentía débil. Mi dolor habitual de piernas y brazos había aumentado. Pero lo peor era el pecho. Sentía una hoguera en mis pulmones.

—Es domingo. A la tarde podríais acudir al templo con nosotros, a celebrar la cena del Día de Dios.

—Tengo que regresar a Saint-Palais.

No me preguntó ni porqué ni para qué. No me preguntó ni dónde ni de qué viviría. No insistió en sus ofrecimientos.

Me trajeron la capa y el sombrero del difunto señor de Abère. Me despojé de mis ropas y, vestido con ellos, me dirigí a la puerta de la casa. En el camino, el joven

David habló por primera vez.

—Quiero acompañar al abuelo hasta las puertas de la ciudad.

«Abuelo». La palabra me produjo sobresalto.

—Si no le molesta... —aceptó Juana.

Intercambiamos entre las dos mujeres y yo unas palabras de despedida sin excesivo calor, y salí a la calle, con David pisándome los talones. Mi caballo negro argelino lo dejó maravillado. Estuve a punto de ofrecérselo para que lo montara hasta la puerta de la ciudad. No lo hice.

—¡Sobre él, podréis continuar matando a los enemigos de la Reforma!

—¿Quién te ha dicho que ando matando enemigos?

—Mi madre. ¿Quién, si no? Se dice que los habéis despachado por centenares.

—No tantos.

—Yo quiero ser como vos.

—No hay necesidad de ello.

Notaba que a cada paso se apagaba su admiración. Recordó la discusión habida en casa. Desautorizó vehementemente a su madre.

—Mi madre no entiende nada. Todavía vive en la época en que andábamos a espada con los papistas.

—¿Ya no es así?

—Ya no es así. Hoy día, en Francia hay libertad para practicar la Religión. Ello es mérito de nuestro rey, aunque se haya convertido en papista para ello. Dicen que la mayoría de los miembros de la guardia del rey son de los nuestros.

—Del rey de Francia, querrás decir.

—Del rey de Francia y de Navarra.

Antes de despedirme le regalé una pistola comprada en Argel.

Una vez dejadas atrás las puertas, llegué al puente que cruza sobre el río que los bearneses llaman Gave de Paue y los vascos Ihuri. Venía crecido por efecto del deshielo primaveral. Extraje de la alforja el libro que Bakedano me había vendido en Saint-Palais, así como unos pocos folios escritos de mi mano. La noche anterior, camino de Pau, me había entretenido en traducir a mi lengua los poemas del hermanastro de mi hermanastro en una posada de Lescar. Leí:

*Este cirio que arroja una luz ahumada
en una cera verde fundirá sus ardores,
los óleos de este cuadro perderán sus colores
y romperán las olas en la costa agitada.
Vivid, hombres, vivid; no obstante, hay que morir.*

Primero mis folios, después el libro. Todo lo engulleron, entre olas de espuma, las aguas del Ihuri.

En Borreroenia algunas cosas permanecían tal como yo las había dejado dieciocho años antes. Todavía faltaba en el piso el pavimento de piedra. En el interior, seguían sin levantarse los tabiques. Y no había ni rastro de la mayor parte de las losas de la escalera del sótano. Por su parte, el tejado, que yo dejé bastante acabado, se había derrumbado y la fachada de la casa estaba devorada por la hiedra. Las zarzas y los arbustos se habían vuelto a apoderar de mi solar natal.

—Estáis de enhorabuena, Mailu.

Había traído a Bakedano desde Saint-Palais. Tras ponerse en marcha montado sobre un viejo pollino, no había parado de quejarse durante todo el viaje. Dios sabe por qué, al ver la penosa situación de mi casa, se le había mudado el humor. Era la segunda vez que mencionaba mi buena suerte.

—¿Os burláis de mí? —le contesté.

—La gente de los alrededores considera este un sitio maldito. Nadie se atreve a venir hasta aquí. Si no fuera por eso, no hubieseis hallado piedra sobre piedra.

Fuese obra del cielo o del infierno, la recia puerta de roble y hierro seguía en su antiguo lugar de diecinueve años antes. A los muros principales también les faltaba algún sillar, pero nada reseñable.

Me coloqué en la entrada de la casa y ordené que el librero hiciera lo mismo. En mi juventud, desde ese punto se divisaban todos los pueblos de los alrededores. Ahora las zarzas y los árboles ocultaban la panorámica. Costaba creer que bajo mis posaderas se hubiese levantado una vez el castillo de Garriz. Respiré hondo, tratando de calmar el dolor de mis pulmones, lo cual no me provocó más que tos, y con la tos escupí una flema negruzca que me dejó sabor a podrido en la boca.

—Sin dinero no podré ocuparme fácilmente de los trabajos de reforma —dijo el librero, claramente apurado. Se notaba que se había dado cuenta.

Como en los viejos tiempos, llevaba atada al cinto la bolsa de las monedas. Saqué un puñado de cequíes y se los entregué a Bakedano, después de contarlos uno por uno. Aquello era más de la mitad de todo lo que tenía.

—Con esto apenas podré contratar a un albañil para el tejado y al hijo de un labrador para que limpie la maleza. No tendré para más.

Para entonces ya le había cantado las cuarenta —y algunas más— por haberme vendido el libro de Joanes Ezponda.

—Habrás que poner también nuevas losas en las escaleras de la bodega, amén de la puerta de entrada. También quiero un hogar debajo de la chimenea.

—Lo intentaré. No os puedo asegurar nada.

Parecía haberse olvidado de la discusión.

Volví a abrir la bolsa y esta vez extraje una cantidad menor de monedas.

—Esto es para vos. Con dos condiciones.

El dinero volvió a hacerle brillar los ojos.

—Una, que si tenéis más libros del joven Ezponda, les prendáis fuego.

Mi antiguo compañero de conspiración enrojeció hasta las orejas.

—La otra, que no contratéis a ningún vecino del país de Mixa. Me dolería que esa gente engordara sus bolsillos con mi dinero.

Tenía algo más que añadir, pero otro ataque de tos me lo hizo retener. Volví a montarme sobre Ibrik. Bakedano hizo otro tanto sobre su viejo asno. Hicimos el camino de vuelta en silencio, yo delante y él por detrás. Cuando ya teníamos Saint-Palais a la vista volvió a hablarme mi viejo amigo:

—No os vayáis a ningún lado, Joanes. Ocupaos vos mismo de los trabajos de la casa. Quedaos en vuestro país.

Espoleé a Ibrik.

—Son otras cosas las que tengo que hacer.

—Dijo que había regresado a la Santa Madre Iglesia. ¡Una sucia mentira! Ahora pretende guerrear contra los católicos de Alemania. Y también está dispuesto a atacar a su muy católica majestad, el rey de España. ¡Es Belcebú quien ostenta el trono!

El vozarrón del pelirrojo grandullón atronaba en la posada. Sus cabellos y su barba eran del color del fuego. Y era eso precisamente, fuego, lo que desprendía su mirada. Gesticulaba moviendo los brazos como aspas de molinos y su túnica verde, a la moda flamenca, repleta de cruces y escapularios, tremolaba como si la agitase el viento que producía. Se refería al diablo, pero era él quien parecía una criatura del infierno. Para su disgusto, la audiencia con la que contaba era breve. Aparte de mí y del posadero, en la posada no había más que unos arrieros vendeanos.

—A continuación, vendrá contra todos nosotros —dio una patada al suelo—. Derruirá nuestras iglesias, violará a nuestras mujeres, obligara a nuestros hijos a apostatar. ¡El anticristo reside en París!

Los ojos del posadero, aunque de reojo, se volvieron hacia mí. Se percató de que yo me había dado cuenta y, con disimulo, dio un trago de su copa. No era el primero. Yo seguí escribiendo, haciéndome el sordo.

—¡Como en Navarra!

Alcé la cabeza como si alguien me la levantase con la mano. No creía que fuese a oír nombrar a mi patria en aquel agujero.

—¿El rey de Francia no lo es acaso también de Navarra?

—Así es, Jean-François, pero... —repuso el posadero.

El hombre se había apercebido de mi repentino interés y eso evidentemente lo preocupaba. También el grandullón. Sus siguientes e incendiarias palabras las lanzó mirándome a mí:

—Pues, así ha actuado en Navarra, pisoteando sus iglesias, persiguiendo a los creyentes e imponiendo el diablo en los lugares en que se adoraba a Dios, hasta el punto de hacer desaparecer casi todo rastro de fe. ¿Queremos eso mismo para Francia?

Era una pregunta retórica. Aun así, abrí la boca. No pretendía pelearme con aquel

papista gigantesco y enloquecido. Quería saber de dónde había sacado toda esa sabiduría una persona que sabía tanto y a la vez tan poco de mi reino.

El hostelero se me adelantó:

—Venga, Jean-François, termínate el vino y vete a casa —aconsejó dulcemente al vociferante.

En cuanto llegué a aquel sitio, una hora antes, supo con solo verme que no pertenecía a su cofradía romana. Llevaba el pecho limpio de crucifijos y medallas, sin rastro de la parafernalia papista. Ello me delataba. Pero ya tenía el caballo en los establos; no podía negarme el alojamiento. La avaricia es más fuerte que la fe. Ahora temía una trifulca que fuera en perjuicio de su negocio.

—¿Cómo puedo irme a casa cuando la Iglesia verdadera está en peligro? —se obstinó el coloso.

No quería quedarme en Angulema. En la época en que anduve por Francia tenía fama de cubil de curas, comparable al país de Cize, en Navarra, y los tiempos nuevos no la habrían mejorado. Tenía la completa intención de atravesarla sin detenerme y hospedarme en la casa de cualquier hombre de fe de la región. En Gascuña había obrado así, evitando las ciudades y parándome en caseríos y señoríos en los que captaba el aroma de la Reforma. Y hete aquí que mi caballo había perdido una herradura, lo que me había obligado a entrar en la ciudad. Para cuando el herrero terminó su trabajo, ya habían cerrado sus puertas y había oscurecido.

—Mañana salvarás la Iglesia —le dijo el hostelero, atento a lo que yo fuera a hacer—. Estas no son horas.

La curiosidad se me había extinguido tan pronto como vino. Al fin y al cabo, ¿qué me importaba a mí lo que había encendido los desvaríos de un come-hostias como aquel?

El pelirrojo endemoniado gritó.

—¡Alguien debería hacer algo para que la ruina no caiga sobre nosotros!

De nuevo me miraba a mí y yo de nuevo me imbuí en mis papeles y en mi pluma.

—Serás tú el que lo hagas, pero mañana.

Parecía capaz de despedazar al hostelero con sus manos como palas y ese corpachón del tamaño de un haya. No hizo tal. Incluso después de que la puerta de la posada se cerrase a sus espaldas, sus lamentos siguieron oyéndose durante un rato hasta que la noche se los tragó. El posadero me dirigió la palabra por primera vez desde que me aceptara en sus dominios.

—No se lo habéis de tener en cuenta, señor. Jean-François Ravailac no es más que un triste loco. El excesivo amor a Dios le ha trastornado el seso. Acaba de estar en París y ha vuelto todavía más perturbado, el pobre.

Paré de escribir. El posadero mostraba una cicatriz oscura bajo el mentón que le llegaba hasta el cuello. Ya conocía ese tipo de heridas; las provocaban minúsculas partículas propagadas al explotar los proyectiles de artillería.

—¿El excesivo amor a Dios o los sermones de los curas? Vengo de Pau, del reino

de Navarra.

Hasta la oscura cicatriz palideció.

—Por el camino he escuchado a muchos las mismas razones que las de tu demonio pelirrojo. Ravailac, has dicho.

En Burdeos, sobre todo, había estado a punto de liarme a puñetazos con un jesuita. Hablaba en medio de la calle, anunciando los peores desastres y desgracias si no expulsaban del trono al «tirano mentiroso».

—En Angulema no nos asustan cosas como esas.

—Tampoco a mí. Simplemente me despiertan deseos de desenfundar mi espada.

Los arrieros se encaminaron a sus habitaciones, tras decir un rápido «buenas noches». Una mujer, seguramente la señora de la casa, había estado ocupada con la cena, pero había desaparecido en medio de lo más encendido de la perorata del tal Jean-François. En el espacioso comedor de la posada, solamente nos encontrábamos el posadero y yo.

—Antes de heredar esta posada de un tío mío, estuve de soldado en el ejército del duque de Épernon —me advirtió.

Por segunda vez tuve que recordarme que lo que yo quería era volver a mi escrito, no luchar con un necio papista. Desde que salí de Garriz se me había excitado el deseo de escribir, hasta tal punto que había entrado en Burdeos, dos días antes, sin otro objetivo que comprar tinta y papel. No temí mermar con ello los cequíes que traía de Argel. Aquella noche, tenía idea de quedarme allí hasta que el posadero apagase las luces y llegase la hora de irme a la cama. Ya sabía que sería imposible.

—Cuando lo conocí, el duque de Épernon calentaba la cama del anterior rey de Francia.

El rostro del posadero volvió a palidecer.

—Señor, no deberíais injuriar así al gobernador de Angulema.

Necesitaría más tiempo para recitar los diez mandamientos que para acabar con aquel gusano. Los brazos, sin embargo, me dolían más que de normal. Tal vez había pasado demasiado rato escribiendo.

—Lástima que no se encuentre con nosotros el gobernador de Angulema. Podría refrendar mis palabras.

La cara del posadero movía a risa. No me guardé para mí una última maldad:

—Tranquilo, buen hombre. ¿Es que acabas de enterarte de que el antiguo rey de Francia prefería en su lecho a hombres fornidos antes que a hermosas damas?

—Señor, en Francia es gran pecado injuriar a gente principal.

—Ve adonde los guardias a denunciarme.

No se movió de su sitio.

—Entonces saca vino. Si habéis estado en la guerra, no os costará beber con otro viejo soldado, aunque sea del otro bando.

Tras un momento de vacilación, hizo lo que le pedía. Mientras que yo recogía de la mesa el papel, la pluma y el tintero, él lleno una jarra con el vino de la bodega.

—¿Sois poeta, señor?

—Escribo acerca de mi vida.

Él hubiese preferido que fuera poeta.

—A los que saben leer les gusta la poesía.

El dueño de la posada puso dos copas sobre la mesa.

—Un bodeguero me lo trae desde Burdeos.

Bebimos en silencio el contenido de las copas, en sorbos pequeños pero rápidos, cada cual pensando en sus cosas. Yo me la terminé antes. Al momento me la volvió a llenar.

—Hace catorce años no hubiese llegado el vino hasta aquí. Los asaltadores lo hubiesen robado por el camino.

—Y aun y todo os quejáis de vuestro rey navarro.

—Nos ha traído la paz, eso no se puede negar. El viajero puede viajar tranquilo. Corre el dinero. Sin necesidad de salir de la posada puedo verlo. No me gusta que sea extranjero.

—Yo también preferiría que se hubiese quedado en Navarra.

—¿De verdad?

—El rey de Francia ha de ser francés. El de Navarra, navarro.

—Soy de la misma opinión.

Propuso un brindis, al que no me negué. Después de un trago largo, llenó por tercera vez nuestras copas. Antes de que nos las acabáramos, fue a por más vino a la barrica. Me encontraba reventado después de haber cabalgado durante todo el día.

—¿No creerá tu mujer que tardáis en ir a la cama?

—Que espere la vieja. Más ágil me andaría si hubiese otra esperándome.

Soltó una risa obscena, que buscaba mi complicidad. No le respondí como esperaba, pero era un hombre perseverante.

—Hoy habéis tenido mala suerte, porque no está Henriette con nosotros.

—¿La criada?

Asintió con la cabeza.

—La hemos tenido que enviar con sus padres, porque está enferma. Cuando mejore, podréis dormir con ella, a cambio de algo de dinero. Ya tiene catorce años. Sabe bien abrirse de piernas.

La expresión de su rostro indicaba que lo sabía por experiencia.

—Para cuando Henriette vuelva, yo ya estaré lejos.

Repartió entre las dos copas el vino que quedaba en el jarro, no en la misma proporción: él se echó la mayor parte.

—Vais camino de París. ¿También vos a la guerra?

—Soy quizá demasiado viejo para guerras.

—Más viejos los he visto corriendo por el campo de batalla.

De la misma manera que se nos acabó el vino, se nos agotó también la conversación. Él hizo ademán de ir a llenar otra vez la jarra. No se lo permití. Estaba

agotado y las toses que me sacudían de vez en cuando me llenaban la boca de oscuras flemas. Se tomó a mal mi negativa. Hizo una cabriola para volver al tema anterior.

—¡Anda que el país más cristiano del mundo plante batalla contra los católicos de Flandes y Alemania! ¿Qué clase de rey tiene Francia?

Sus ojos de beodo me miraron desafiantes a la espera de mi respuesta. No respondí nada.

—¿No decís nada para defenderlo? —se envalentonó.

Tenía intención reiniciar el viaje por la mañana temprano. Me levanté. Mi lengua también estaba abotargada.

—La guerra que yo desearía no es por Flandes ni por Alemania. Por desgracia, no tiene nada parecido en mente nuestro rey Enrique; tuyo, porque lo es de Francia; mío, por serlo también de Navarra.

Se le iluminó la cara. Por un momento creí que me iba a abrazar. Afortunadamente no sucedió tal cosa.

—¿Vos tampoco lo apreciáis?

Me encogí de hombros.

—No penéis por ello. Jean-François Ravailac matará a nuestro rey Enrique. Al mío, porque lo es de Francia, y al vuestro, por serlo también de Navarra.

El sacerdote se despierta sobresaltado. Retumban las tinieblas que lo circundan. Alguien o algo está golpeando el suelo. Con los sentidos todavía embotados, le cuesta darse cuenta: afuera está lloviendo a cántaros. Sin aplacar el desasosiego, sus tripas vacías casi comienzan a rugir. A la vez, se le despierta la migraña que el sueño había hecho olvidar. Intenta levantarse. La debilidad lo regresa a su postura inicial, tumbado boca arriba.

Al poco, vuelve a intentarlo. Esta vez, gira su cuerpo y, en lugar de levantarse, se arrastra a ciegas por la mazmorra hasta el pie del ventanuco. A tientas, estampa sus labios en la pared maloliente. Tal como esperaba, mana agua del pequeño hueco con barrotes. Agerre lleva dos días en el más completo ayuno y todo un día sin beber. Sorbe de la pared, sin temor a agrietarse los labios. Es un agua espesa, sucia, que arrastra restos de tierra. El sacerdote se la lleva a la boca como si fuera el mejor vino de Borgoña. Aplacada ya la sed, sigue lamiendo sin parar; no se fía de lo que pueda acaecerle. Cuando vuelve a tumbarse no está saciado, sino simplemente cansado.

Cierra los ojos y en un buen rato no mueve un solo músculo. Sobre él se ciernen las alas de un sueño leve, que pasan por su lado sin que el clérigo vuelva a dormirse del todo. Fuera ha escampado, gracias a lo cual escucha el canto de un gallo lejano. Los días anteriores también debió de cantar, pero Agerre tendría más cerrados los oídos. Por un momento considera si puede cambiar en algo su situación el hecho de saber que no muy lejos vive más gente. Empieza a amanecer fuera del calabozo.

Como puede, vuelve a intentar levantarse, con más éxito que antes. El agua le ha hecho bien. Ahora el hambre le resulta más llevadera. El dolor de cabeza, en cambio, no se le ha atemperado ni un poco. Después de orinar en la pared del otro extremo de la ventana, se traslada hasta el pie de la escalera. Utiliza para ello pasos cortos que disminuyen en longitud para subir cada peldaño, baldosa a baldosa, incluso en donde estas faltan. En lo alto de la escalera, más que sentarse, abandona su culo sobre el suelo, tras lo cual pega su oído contra la recia madera de la puerta del calabozo.

No distingue ni un sonido fuera.

A medianoche sí, le ha parecido oír a alguien arrastrando los pies en el piso superior. Lo atribuye a una alucinación debida a la falta de alimento. Hasta ayer estuvo gritando, pidiéndole al hugonote que le abriera. No obtuvo otra cosa que dolor en la garganta. Anoche decidió no suplicar más y depositar su única esperanza en Dios, como predica San Crisóstomo: *Quando res in maximam inciderit inopiam, tunc tu maxime spera; tunc enim Deus maximam suam ostendit potentiam; non a priomordio, sed quando res fuerit maxime desperata.* Cuando la empresa se halla en lo peor, cuando se encuentra a punto de quebrar, precisamente entonces debes tener más confianza que nunca. Porque entonces mostrará Dios su gran poder: pero eso no

será en el principio de la tribulación, sino en su punto más álgido, cuando parece que por ningún lado existe una solución.

Al traerlo a la mente Agerre recuerda que empleó las mismas palabras con el tal Ravailac, en aquella elegante mansión de la casa de Saint-Denis, para acabar de rendirlo. No solo las de San Crisóstomo, también las del profeta Jonás: *Quid tu sopore deprimeris? Surge et invoca Deum tuum si forte recogitet de nobis et non pereamus*. ¿Qué haces hombre? ¿Qué es lo que te mantiene dormido? ¿No ves que vamos a ahogarnos? Levántate y ponte en oración, pídele a tu Dios y por ventura así nos salvaremos.

Aunque no era precisamente rezarle a Dios lo que se le pedía; así trataba de despertar al grandullón de Ravailac, así trataba de encender y aleccionar al pelirrojo Jean-François. Cuando salieron de aquella casa, Agerre no estaba muy confiado en el resultado de su trabajo.

«¿No sería mejor que se ocupase Jeannot?». Agerre ya sabía entonces de la destreza del malvado cojo con la daga. «Medio París conoce a Jeannot», le contestó Zunzunegi.

El guipuzcoano, con aspecto febril, llevó su mano hacia el trasero y se rascó con saña. Habló despacio, como si un dolor ralentizara el curso de sus palabras. «Para lo que conviene a nuestro negocio, poca diferencia hay entre mandarle a él o a don Íñigo de Cárdenas». En París, a pesar de sus 300.000 habitantes, resulta difícil guardar nada en secreto.

Agerre, al cabo de unos días, supo quién era la propietaria de la casa de Saint-Denis que tan pocas atenciones le había dispensado: la condesa de Verneuil, amante del duque de Épernon. A pesar de tratarse de uno de los más altos cortesanos del rey de Francia, desde que llegó a París, solo escuchó grandes cosas de la amistad que el duque de Épernon profesaba por España.

Aquel mismo día tenía una cita con Zunzunegi. Iban a encontrarse junto al Gran Puente de La Cité. El guipuzcoano había de confirmarle si debían regresar a la casa de Saint-Denis, a continuar doblegando la voluntad de Ravailac a sus deseos. El sacerdote quería aprovechar la entrevista para proponer al hombre de la embajada una incursión por la Rue du Pélican. Era abril, todo olía a primavera e, igual que las primeras flores en el prado, así brillaban las mujeres por las calles de París después del invierno.

En lugar de Zunzunegi, fue Jeannot quien apareció a la cita. Venía taciturno. «No habrá consejo». A Agerre le resultó curioso que utilizara la palabra consejo. «El pájaro ha volado». Mirándole cabría decir que la más perjudicada no era España, sino el propio Jeannot.

«Ha volado, ¿adónde?». Por mucho que lo intentase, Agerre no sentía una pesadumbre como la del cojo. «A su pueblo, a Angulema. Ravailac es de allá».

El sacerdote recordaba Angulema. Se había alojado ahí, camino de París. «Habrás sido la voluntad de Dios. ¿Y Zunzunegi?».

Jeannot bajó la voz. «Enfermo». La aflicción crecía en su semblante.

«¿Es grave?», preguntó Agerre. «Lo han llevado al Hôtel-Dieu», le respondió Jeannot.

No era buena señal. El Hôtel-Dieu era el hospital de París. Se hallaba en la misma Cité, no muy lejos del Gran Puente. De él salía más gente muerta que viva. «El mal italiano, al parecer», añadió el esbirro.

Agerre palideció a la vez que se le estremecían brazos y piernas. Recordaba a los enfermos del Hospital de la Cruz de Salamanca, con la piel moteada de postillas y bolsas de pus, esperando y ansiando la muerte. En Salamanca solían llamar «mal francés» a ese castigo divino.

«El anticristo no descansa», sentenció Jeannot.

Agerre se encontraba cerca de Notre-Dâme. El confesor le recordó las palabras de San Basilio: *Oblectatio corporae voluptatis, plus doloris habet quam voluptatis*. El placer corporal de la carne comporta más dolor y disgusto que regocijo y satisfacción. No quiso darle la absolución. A pesar del castigo recaído sobre Zunzunegi, Agerre no fue capaz de jurar ante Dios no acercarse más a una mujer.

Regresó a la Sorbona con el quincuagésimo salmo del rey David entre los labios: *Miserere mei, Deus: secundum magnam misericordiam tuam. Et secundum multitudinem miserationum tuarum, dele iniquitatem meam...* Ten piedad de mí, oh Dios, por tu gran bondad. Por tu infinita misericordia, borra todas mis ofensas...

Así —*Miserere mei*— cien, doscientas y trescientas veces.

La plegaria no le calmó el miedo al infierno, ni al que antecede a la muerte ni al que la sigue. Al menos consiguió cansarle y el cansancio le procuró el sueño.

Aquí y ahora, el sacerdote quisiera que el sueño lo volviese a visitar, para mitigar su dolor de cabeza, para olvidarse de su estómago vacío, para hacer más llevadera su debilidad. Apoyado contra la puerta cerrada de su calabozo, también hoy Agerre comienza a rezar. *Miserere mei, Deus: secundum magnam misericordiam tuam...* Sin darse cuenta, añade ritmo a sus palabras, una tonada infantil que aprendió de su madre en su casa de Urdax. Así le viene más fácil a la mente. En voz baja, vergonzosamente, al principio. Con más fuerza, después. Al final, tan fuerte como le permite el ayuno de dos días, animado al oírse a sí mismo. *Miserere mei, Deus...*

Un ruido de cerrojos interrumpe la oración. El terror recorre su cuerpo desde la espalda hasta la punta de los pies. Enmudecido, llega a sus oídos, del otro lado de la puerta, un murmullo débil y lejano interrumpido por toses:

—¡Deja esos latinajos, maldita sea!

El sacerdote, paralizado y encogido por el miedo, oye alejarse los tambaleantes pasos. La corriente de aire repentinamente creada hace que la puerta abierta chirrié en sus goznes.

Tras más de treinta años, guardaba de París el recuerdo de una ciudad populosa y ruidosa. La que tenía ante mis ojos lo era el doble de lo que recordaba. A la propia Argel, la insomne, le faltaba mucho para llegar a esta algarabía. La ciudad hervía como en los mejores tiempos de los Valois. Todos los idiomas y dialectos se escuchaban en sus calles repletas. Por todos lados se edificaban casas nuevas y derruían las viejas. Rebosaban tiendas y comercios. Bullían sus calles. En muchas plazas y rincones costaba avanzar.

—¿Venís a alistaros?

Desde que traspasara al mediodía la puerta de Saint-Jacques, era la tercera vez que escuchaba esa pregunta. En esta ocasión era un muchacho, con aspecto de rufián, la cara llena de granos, el cuello y las piernas sin cubrir.

—Por una moneda os conduzco hasta las tropas que han de partir para los Países Bajos y Alemania.

—Las alcanzaré por mi cuenta —le dije al granujilla sin mirarle siquiera.

—Pues vais en dirección contraria.

—Prefiero ir en dirección contraria.

Me dio un ataque de tos. El pecho me ardía en llamas.

—Ojalá te pudras.

Para cuando volví el cuello hacía el desvergonzado, ya había desaparecido entre el gentío.

Recorrí casi legua y media de la febril ciudad montado sobre mi Ibrik, ya fatigado. Crucé toda la calle Saint-Jacques, sin entrar en las tiendas de los librereros. Llegué a la Cité. Los puentes que cruzan el Sena seguían tan bien provistos como tres décadas antes de frailes, mendigos y putas. En la orilla derecha del río, era tanta la multitud que tuve que serenar varias veces a mi caballo. Como estaba cada vez más inquieto, temía que empezase a soltar coces contra el gentío.

En las Tullerías, admiré nuevamente el palacio que hizo levantar Catalina de Médicis. Había estado en su interior el día de su inauguración, casi treinta y cinco años atrás. Unos pasos más adelante me sorprendió el ala nueva con la que contaba el edificio hacia el oeste. Una galería de amplios ventanales, tallada en piedra clara, alcanzaba al propio Louvre, cuatrocientos pasos más adelante, uniendo los dos palacios, el antiguo y el nuevo. La obra se hallaba sin concluir. Hacia la mitad de la galería, los canteros y peones trabajaban con denuedo.

En su extremo, el Louvre aparecía viejo y lóbrego, tan viejo y lóbrego como los recuerdos que despertaba en mí. Su entrada se me antojó más pequeña de lo que guardaba mi memoria. Cuatro guardias y un oficial vigilaban el paso. Me acordé de mi nieto David al verlos. Tal vez, él sería uno de ellos a partir del próximo año.

Cuando la dueña de Francia era la última de los Valois, solía bastar con prometerle una recompensa a uno de los criados de palacio para que te franqueara el acceso al Louvre. Quién sabe cómo eran las cosas desde que el rey de Navarra ocupaba el trono de San Luis.

Me dirigí en gascón a los guardias.

—*Adishatz, com va?*

En la mirada que se cruzaron entre ellos supe que había acertado. O eso creía yo.

—Quiero ver al rey —declaré sin rodeos.

El oficial me examinó de arriba abajo, con asombro y, a la vez, miedo. Viéndole, se diría que tenía ante sí un unicornio o el *roc* volador que mencionan los fabulistas de Argel. Habló en voz baja con los guardias a su cargo sin apartar los ojos de mí.

—Mi nombre es Joanes de Garriz. Me llaman el caballero de Mailu. Vengo de Navarra. Soy un viejo amigo y servidor del rey Enrique.

Las palabras se me congelaron en la boca. El oficial acababa de hacerme una reverencia, y lo mismo hicieron los otros guardias, hasta dar casi con la nariz en el suelo.

—A su disposición, majestad —me soltó, con acento claramente bordelés.

Alrededor, otras personas que esperaban para entrar a palacio, también comenzaron a hacerme reverencias parecidas. Me había encontrado en otra época en la misma situación, muchos años antes. Entonces no comprendía qué movía a la gente a actuar así. Había vivido lo suficiente para saberlo.

Descarté seguir repitiendo quién era y qué quería. Las puertas del Louvre se me estaban abriendo por sí solas.

Dejando atrás la amabilidad usada hasta entonces, recubrí mi tono de autoridad.

—Que uno de vosotros me acompañe a mis aposentos. Que otro cuide de mi caballo, hasta que vuelva.

Hicieron como les pedía. En un abrir y cerrar de ojos, me encontraba en el interior del Louvre, con Ibrik esperándome fuera. Aquel edificio monumental había sido mi residencia durante unos años. Cuando salí de allí por última vez, una corona adornaba mi cabeza a los ojos de todo el mundo. Regresaba con el mismo título, debido, una vez más, a un malentendido. Si había duda al respecto, llevaba conmigo a quién lo aclarase. El joven guardia que me precedía en el paso gritaba a voz en grito para apartar a la gente:

—¡Paso al rey! ¡Paso al rey!

Igual que en el exterior, también en el interior las cabezas se inclinaban a nuestro paso.

Dentro del palacio todo parecía más ricamente decorado que en mi época. En los suelos y en las paredes se exhibían más pinturas, más alfombras, más muebles y más cortinajes. Los hombres y mujeres zigzagueaban en tropel para no tropezar con ellos. Mi anterior vez, juzgaba excesiva la cantidad de gente que pululaba en el Louvre. No era ni la mitad de la que había ahora. Todas las clases del reino de Francia se

encontraban representadas en la residencia principal de sus reyes. Igual que un día de feria en la plaza de Garriz, así se mezclaban por los pasillos del Louvre el gran noble con el pequeño, el parlamentario con el magistrado, el mercader con el artesano, el burgués con el campesino. Ni qué decir tiene que en cada esquina se distinguían hábitos de todos los colores, incluido el negro de los aborrecidos jesuitas; la tropa frailuna y sacerdotal predominaba en el Louvre en una proporción a la que no se hubiesen atrevido jamás en tiempos de los Valois.

El patio central ocupaba dos veces el que yo conocí. En ese aspecto también había crecido enormemente el palacio. Lo atravesamos para dirigirnos a la parte oeste del edificio. La zona de los aposentos reales no había cambiado con Enrique de Borbón.

En las escaleras de acceso al primer piso nos dimos casi de bruces con un hombre que bajaba. El guardia que me acompañaba acababa de repetir:

—¡Paso al rey! ¡Paso al rey!

—¡Qué rey ni qué diablos, si acabo de estar con él!

No era un cualquiera. En sus ropas y en sus cicatrices se reconocía la autoridad y el prestigio que ostentaba, así como en la cohorte de gente que traía tras de sí. Sin pararse a mirar al sorprendido guardia, me encaró, mientras me atravesaba con sus ojos vivos. Le debía de parecer increíble lo que veía. Desde el primer momento supe quién era.

—Nos hemos hecho viejos, La Force.

Debía haberme dirigido a él con mucho más respeto, puesto que era duque de La Force y jefe de la guardia. Todavía no sabía que Enrique hubiese premiado así a su fiel capitán. Él no me reconoció a mí tan fácilmente. Había pasado casi un cuarto de siglo.

—La última vez que estuvimos juntos, hice un agradable viaje con vos, desde Nérac hasta Navarrenx, por orden de nuestro soberano.

No podía ser más concreto delante de tanta gente. Bastó con ello para sacudir su memoria.

—Mailu. Joanes Mailu.

El soldado que me acompañaba ya no cabía en sí de asombro.

—Vengo aquí a rendir cuentas de una misión que me asignó el rey.

Un rayo de duda asomó al rostro de La Force. No me debía nada. Nunca me había guardado un especial aprecio. Resultaría comprensible que se negase a ayudarme. En tal caso, mi cuello pagaría por haber pretendido hacerme pasar por Enrique. Dios sabe qué le ablandó el corazón.

—Esperad aquí.

Subió las escaleras con todo su séquito, dejándome a mí en el patio, sin más compañía que la del guardia que me había llevado hasta allí. Este todavía me miraba de soslayo, sin entender demasiado qué estaba sucediendo.

La Force regresó antes de lo esperado. Me habló desde lo alto de la escalera.

—El rey no desea que le rindáis cuenta alguna. El rey no desea nada de vos. Traigo de su parte orden de haceros salir inmediatamente del Louvre.

Lo había visto desde la puerta del Louvre, cuando me expulsaron entre cuatro guardias: un palacio completamente nuevo, justo enfrente, al otro lado del Sena, de esos que en la capital francesa llaman hoteles. Del tiempo en el que estuve obligado a vivir en París guardaba un recuerdo vago de ese lugar: campos, alguna tejería y unas pocas casas de labor, situadas entre la abadía de Saint-Germain-des-Prés y el río. Si la memoria no me fallaba, los parisinos llamaban Le Pré-aux-clercs a ese solar, es decir, el prado de los clérigos. Crucé de nuevo La Cité en esa dirección, comprobando que la isla seguía siendo tan pródiga en iglesias y conventos como antes. Aquella parte se hallaba bastante más libre de gente que el otro lado del río. Llevaba mi montura sujeta por las bridas, sin temor de tropezarme con los caminantes.

Como en la parte nueva del Louvre, las columnas redondas y los grandes ventanales destacaban en el edificio nuevo de Le Pré-aux-clercs. Desde uno de ellos me pareció distinguir a una mujer mirando. Levanté la mano con intención de saludar pero desapareció. Escupí una flema negra como la tinta, salida directamente de mis pulmones hechos ceniza.

Mientras decidía qué hacer con mi vida, rodeé completamente el *hotel*. Era más grande de lo que parecía a primera vista; la parte trasera todavía estaba construyéndose y extendiéndose hacia Saint-Germain. Unos amplios jardines le daban continuidad hacia el oeste.

Completado el rodeo, me encontré de nuevo junto a la fachada principal del hotel. Desde aquí, el Louvre constituía casi toda la panorámica. Fuese quien fuese la persona que había hecho levantar aquel palacio, parecía haber elegido el emplazamiento impelida por el capricho de tener día y noche ante su vista la residencia principal de los reyes de Francia. En la puerta vi guardias armados y gente entrando y saliendo. El inquilino de aquel lugar no era precisamente el último mono del reino.

La tarde llegaba ya a su fin y todavía no había almorzado. Tendría que buscar dónde comer y dónde dormir. No me había alejado demasiado cuando sentí ruidos de pasos a mis espaldas.

—Señor, una invitación para entrar al palacio.

El muchacho vestía la colorida ropa de los lacayos de treinta años atrás.

—¿Quién me la manda?

—La dueña.

—Desconozco quién es tan distinguida dama.

—Si entráis, lo sabréis, mi señor.

El lacayo estaba bien enseñado. Antes de llegar a la puerta, ya salía un mozo de cuadra para ocuparse de mi montura. Desde el portón nos observaba otro hombre. El maese del hotel, supuse. Sujetaba una vara en sus manos, como señal de su empleo.

—Seguidme.

El interior se presentaba decorado tan ricamente como el Louvre y, salvando las distancias, casi con una afluencia similar. En los pasillos me tropecé con toda la clase de gente que acostumbra a formar parte de una corte: criados para todas las funciones, guardias, enanos, damas y damiselas de honor, capellanes... Resultaba notoria la cantidad y la juventud de todos. También la mirada aviesa de algunos de ellos.

Subimos al primer piso y nos encaminamos hasta una puerta pequeña, de donde acababan de salir dos criadas, llevando grandes vasijas de agua, aparentemente vacías. Fue el lugar donde me abandonó el maese del *hotel*.

Una cálida vaharada me asaltó en cuanto abrí la puerta. Medio cegado por el vapor, pude contar hasta cinco mujeres en la pequeña sala. Cuatro de ellas vestían de doncellas. La quinta portaba las galas de las damas de alto rango. Era joven, rubia y lucía escote, igual que en la corte francesa treinta años antes. Hermosa como una luna llena. Algún oscuro rincón de mi memoria percibió en ella un aire conocido.

—Tenéis el baño dispuesto, caballero de Mailu.

Hasta ese momento, nadie me había preguntado el nombre.

—Y hay sitio para dos —añadió.

Jusuf, mi amigo morisco, así se figuraba el paraíso.

Dos doncellas se acercaron y comenzaron a desvestirme. Lo mismo hicieron las otras dos con la dama. Me sorprendió la oscuridad de sus pezones sobre aquella piel blanquísima.

—¿Qué nuevas traéis a París?

En la chimenea hervía un caldero. La bañera de pies dorados parecía transpirar en medio de la sala.

Al primer golpe vista creí que Catalina de Médicis había resucitado, regresando de la muerte.

—Ha sido vuestro hermoso caballo el que ha atraído en primer término mi atención. Después, su dueño. Y es entonces cuando me he dicho, vaya, si es mi viejo amigo Joanes Mailu. ¿Qué buen viento me lo ha traído hoy hasta París?

La que fuera reina madre de Francia nunca me ofreció la más mínima sonrisa y, en cambio, la mujer que tenía frente a mí me sonreía complacida.

—¿Cuántos años hará que no nos vemos?

—Hace mucho que perdí la cuenta, doña Margarita.

Abandonada su juventud, Margarita de Valois había tomado el cuerpo y las formas de su madre. Fue eso lo que me ayudó a reconocer a la que había sido mi «esposa». Porque nada quedaba de la que cuarenta años antes me pareciera la mujer más bella sobre la faz de la tierra. Solamente un peluca demasiado rubia sobre la cabeza, y un descomunal número de joyas sobre el cuello, las muñecas, los dedos, el cabello, el pecho y todo el resto de los lugares imaginables.

—Veinticuatro años, amigo mío, veinticuatro años, desde que nos despedimos en Cantal.

No fue precisamente así. No nos despedimos. En la sierra nevada de Cantal, yo era una persona aborrecible para ella. No se lo recordé.

—Y aquí me tenéis, hecha una anciana.

Se creó cierta incomodidad en la mesa. Acababa de conocer al resto de comensales: el poeta Maynard, el caballero de Villars y Vicente de Paúl, un sacerdote. A la damisela de honor, Françoise de Goujon, ya la había conocido en la bañera. A excepción del sacerdote, todos protestaron al unísono:

—¡Eso no es cierto!

Sí lo era. Su otrora rostro angelical se hallaba surcado de arrugas. La capa de polvos que usaba para disimularlas no hacía sino acrecentar lo lastimoso de su aspecto. Si la última vez que nos vimos empezaban a notársele los primeros embates de la gordura, la mujer que tenía frente a mí pesaba el doble o el triple, hasta el punto de que moverse le resultaba un ejercicio penoso. La había visto recibir a sus visitas desde una especie de diván, del que tuvieron que levantarla entre dos criados para ayudarla a ir hasta la mesa.

—¡Vosotros sí que sois gentiles, amigos míos!

El gesto melindroso de Margarita me habría hecho enrojecer de vergüenza viniendo de otra persona.

—Decidnos, Mailu, ¿os habéis sacudido el polvo del camino?

En eso no había cambiado, ni había caído en la aspereza de su madre. Aún mantenía vivo el tono bromista de treinta cinco años antes, capaz de añadir a sus palabras un toque de lascivia medida y burlona.

—En un modo muy placentero, mi señora.

Mi respuesta le provocó un breve estallido de risa y, con ella rieron todos los demás miembros de la mesa —ellos también brevemente—. Vicente de Paúl volvió a ser la excepción.

—Cuando le he propuesto a Françoise que se ocupe de vuestro baño no lo ha dudado.

La imagen tímida de la joven se derramó sobre los que estábamos sentados a la mesa.

—¿Recordáis a Louise de Rebours? —Margarita seguía dirigiéndose a mí—. Era una de mis damiselas de honor en la época en que me casé con el rey de Navarra.

Era difícil de olvidar. Louise había sido mi primera amante en París.

—Nuestra Françoise es su hija.

En ese punto era menester decir algún cumplido. «De tal rama, tal semilla», o algo semejante, que encareciera la belleza tanto de la madre como de la hija. No se me ocurrió nada. Salvé esa falla de una manera bastante torpe, ofreciéndole a Françoise una tímida sonrisa.

El suelo estaba cubierto con coloridas alfombras, como las que había visto en

Argel. Una orquesta tocaba música a nuestro lado. El trajín de los sirvientes era incesante. Sin embargo, no me encontraba cómodo. En aquel lugar me sentía como un pez fuera del agua.

—Quisiera que todos escuchaseis lo que Vicente de Paúl nos tiene que decir. Atended, porque un día podréis decir que cenasteis con un santo en casa de Margarita de Francia.

La palabra «santo» provocó vivas protestas por parte del mentado. Hasta el momento, el curilla me había parecido todavía más fuera de lugar que yo en aquel sitio. Sin llevarse a la boca apenas nada de los manjares que nos traían, su mayor preocupación había sido mantener la mirada apartada del escote de Françoise. No esperaba el torrente de palabras que despertó en él la invitación de Margarita. En voz bastante baja, trajo a la mesa la dignidad de los pobres y la necesidad de que los ricos y poderosos hicieran algo para mejorar su estado. Maynard y Françoise lo atendían a medias. Villars, en absoluto. Margarita, en cambio, parecía extasiada. El predicador no se quedó hasta finalizar la cena. Dijo lo que quería y solicitó permiso a la dueña de la casa para marcharse. Sorprendentemente, Margarita se lo concedió.

—Nunca he conocido hombre tan puro —nos manifestó ella, una vez desapareció él de nuestra vista—. El propio Dios habla por su boca.

El resto de comensales confirmaron de buena gana la opinión de nuestra anfitriona, lo cual le dio ocasión a Margarita de dirigir la conversación hacia asuntos más livianos.

—Maynard, creo que habéis traído algunos versos.

Con el afán de quien lleva rato largo esperando su momento, recitó el poeta sus poemas, en los que destacaba la figura de Margarita, retratada con una belleza y una prudencia por la que podrían envidiarla todos los dioses y diosas del Olimpo.

—Vos también, Villars, me habéis prometido algo.

El joven caballero poseía una voz que podía calificarse de armoniosa. También sus canciones tenían un solo tema, que no era otro que la señora de aquella casa, investida de todas las gracias que hay en el mundo. Margarita lo miraba embelesada y él le correspondía de la misma forma.

—Muy bellas, Villars —aplaudió ella, cuando terminó—. Ahora deseo tener noticias del mundo.

Françoise no cantaba ni componía poemas. A cambio, le llegaban puntualmente todos los chismes del Louvre. Durante un rato, nos informó de los últimos cotilleos que circulaban sobre la segunda esposa del rey Enrique, cosa que agradó sobremanera a Margarita. No hace falta decir que en ninguna de esas historias salía bien parada la italiana Margarita de Médicis, sucesora de mi anfitriona en el trono de Francia. Los relatos de la joven encendieron un vivo debate que transcurrió sin mi participación. Parecía que se me había olvidado el francés, en medio de esa vorágine de palabras y dichos extraños que salían de sus bocas. Por otra parte, no tenía ni idea de quién eran todos esos que mencionaban una y otra vez: Concini, Entragues, Sully...

Mis oídos no se despertaron hasta que alguno de los comensales habló de «la guerra que se avecina».

—El embajador español, Íñigo de Cárdenas —contó Françoise—, ayer mismo acudió al Louvre. Traía un mensaje de su rey Felipe, diciendo que, si Francia le hace la guerra, España saldrá victoriosa.

—Dicen que tiene dispuestos tres ejércitos —le tomó la palabra Villars—. Uno entrará por los Países Bajos. Otro, por Alemania. El tercero, por el Milanesado.

El poeta se expresaba con tanta pasión como si fuera miembro de una de dichas columnas.

—¿Sabéis qué se dice en los mentideros de París?

Maynard atrajo nuestras miradas.

—Puede que maten al rey Enrique antes de que salga ninguno de ellos.

Esas palabras impusieron un silencio largo como dos siglos. Coincidió además con una pausa de los músicos, con lo que resultaba aún más estentóreo. Todos agradecemos a Margarita la decisión de cortar el embarazoso momento.

—Señores, aunque vuestra conversación resulta muy agradable, deseo revivir viejas historias con mi amigo Mailu.

El adiós de Françoise fue dulce. El de Maynard, muy cortés. Villars me lanzó una mirada fiera antes de desaparecer dando fuertes zancadas.

—Todavía es joven y siente celos de cualquiera —lo excusó Margarita, con sonrisa envanecida, una vez nos quedamos a solas.

Nos habíamos trasladado a una sala más pequeña, también decorada ricamente con alfombras y tapices del país de los moros. La antigua reina de Navarra se recostó en una suerte de lecho, mientras que yo me senté en una silla de cuero. Entre ambos había una mesa baja surtida de dulces. Otra de las aficiones de su madre. Nos encontrábamos solos, a excepción de un fornido lacayo que tenía una doble misión: llenar nuestras copas de vino y no quitarme ojo de encima.

—¿Teméis por vos? Ya no estamos en el Louvre...

—... ni ningún hermano mío es rey de Francia ni es mi madre la que manda, ¿no es cierto?

—Eso lo habéis dicho vos.

—Ya lo habéis oído. Los asesinos han vuelto a París.

—¿Alguna vez se fueron?

—Seguramente no. Pero me pone la piel de gallina hablar de esto. ¿Ha sido cortés la señorita de Goujon con vos?

Margarita no cambiaba.

—No es vuestra madre la que manda, pero, como hacía vuestra madre, vos también os valéis de bellas damiselas para saber lo que os interesa.

—Soy más benévola que los jueces. Ellos usan los servicios de los verdugos para saber lo que quieren. Todavía no me habéis dicho qué os ha parecido Françoise.

—Ha tenido buena maestra con los hombres.

—¿Os referís a su madre o a mí?

Pensaba en ambas. Había conocido las gracias tanto de una como de la otra.

—A vos, por supuesto.

Mis palabras no le causaron menor placer que antes los poemas de Maynard o las canciones de Villars.

—Os he reconocido en cuanto os he visto —me devolvió el cumplido—. ¿También vos a mí?

—Por supuesto.

—¡Embustero! A decir verdad, al principio os he confundido con el rey Enrique.

—Hoy no habéis sido la única.

—Seguís siendo tan parecidos ahora como cuando jóvenes.

Posé la vista sobre el lacayo. Margarita comprendió mi inquietud.

—Podéis hablar tranquilo. Salvo para lo que yo desee, mis sirvientes son sordos y ciegos.

El joven ni pestañeó.

—Además, no nos demoraremos tanto. Tengo costumbre de madrugar, para escuchar mi primera misa del día.

—¿Vuestra primera misa? ¿Cuántas escucháis?

—Tres.

Solté un buen resoplido por la nariz, lo que me provocó un mal ataque de tos.

—No os hagáis el sorprendido. ¿En todos estos años nada ha cambiado en esa dura mollera de hugonote?

—Ni falta que hace.

—Pues solo os bastaba con seguir el camino de nuestro rey. Otros lo han hecho.

—A la vista está que le ha ido bien. Desde que la Iglesia de Roma lo ha acogido en su seno, ya no os quiere ver muerta.

La fachada de mujer de su casa, acogedora y benévola, empezaba a desaparecer en Margarita.

—No habléis así. Me he olvidado de todo eso.

—Entonces habréis olvidado que no cumplí la orden del rey. Habréis olvidado que gracias a ello estáis viva. Habréis olvidado que pagué muy caro por ello.

El brillo de sus ojos negros indicaba que estaba próxima a las lágrimas.

—¿Habéis venido en busca de mi agradecimiento? Decid qué necesitáis. ¿Dinero? ¿Un favor del rey? ¿A mí misma?

Un rayo de luz iluminó mi rostro sombrío cuando vi en ese último ofrecimiento resurgir a la Margarita de otros tiempos.

—No quisiera ser mayor motivo de los celos de vuestro cantor. Parece capaz de clavarme dos palmos de acero en el costado.

—Vos también hubieseis matado por mí en la época en que fuisteis marido mío y rey de Francia.

A nuestro lado, el criado no hizo el menor movimiento, ni tampoco la jarra de

vino que sostenía. Tal vez fuera verdad que era sordo y ciego salvo para los deseos de su señora.

—¿No os acordáis?

¿Cómo no iba a acordarme? Hubo un tiempo en que yo también hubiese hecho más de una locura a cambio de una sonrisa de Margarita.

—No, en absoluto.

—Otra vez estáis mintiendo —dijo ella en voz baja.

Volvió a aparecer la Margarita encantadora de hace treinta y cinco años.

—Señora, ¿tratáis de echarme las redes?

—¡Pobre! No me interesan los vejestorios como vos.

Quedó sin decir una grosería que me vino a la mente.

—Preferís a chiquillos sin desplumar, del estilo de Villars o de Aubiac.

—No mencionéis a Aubiac —me advirtió en un tono triste.

—¿Qué pasó con vuestro intrépido capitán de Auvernia?

—Me lo ahorcaron.

A su rostro asomaron a un tiempo la rabia y la melancolía.

—Para mí tampoco han sido años fáciles desde que me dejasteis en Cantal. He pasado quince años encerrada en un castillo. Hace cinco años que me permitieron volver a París. Para entonces ya no era la mujer de Enrique. Ha preferido una italiana peluda que le dé hijos.

—Os habéis reconciliado.

Ahora se parecía a su madre Catalina. Fría. Calculadora.

—Resulta ventajoso llevarse bien con el que manda. Me costó aprenderlo. No quiero olvidarlo.

—Sois amigos.

—Enrique me llama «mi hermana» y yo le respondo de la misma manera: «mi hermano» o «mi rey». Yo suelo aconsejarle. Él se preocupa por mi salud.

—¿Acepta entonces vuestros consejos?

—Los escucha. Luego hace lo que quiere, como ha hecho siempre.

—¿Y si le pedís un favor?

—No me los niega.

Se arrepintió tan pronto lo dijo. Se le adivinaba en la cara.

—¿Qué queréis de él?

—El cuarto de una hora suya.

Debía esperar en el puente de Neuilly. Así me había dicho el mensaje de Margarita. Neuilly, a unas tres leguas al oeste de París. Al principio pensé que se había equivocado. En mi época no había ningún puente en Neuilly. Había atravesado el Sena en barca desde ese pueblo.

Margarita no se había equivocado. En la orilla no quedaba ningún rastro del pequeño embarcadero. En su lugar, había un largo puente de madera, de aspecto bastante nuevo, que unía las dos orillas del ancho río. El hijo del antiguo barquero era

el que cobraba el pontazgo.

—Hace cuatro años lo mandó construir el rey Enrique, tras un accidente que tuvo —me explicó—. Montó una carroza demasiado pesada en la barcaza y zozobró. El agua se llevó a mi padre, junto con la carroza. El rey y la reina tuvieron quien los rescatara.

Aunque era un día de mediados de primavera, no había mucho tránsito de viajeros. Me senté en el suelo, dejando suelto a Ibrik. Tosí y solté una flema, cuyo color no examiné. El hombre se sentó a mi lado.

—¿Qué se cuenta en París?

Su desparpajo me resultó divertido.

—Mucha meretriz y mucho fraile, como siempre. También mucho soldado, más que otras veces.

El pontazguero soltó una larga alocución contra la guerra. Sin importarle de qué partido pudiera ser yo, no escatimó dardos contra ninguno, ni hugonotes ni papistas, ni partidarios del rey ni los de la Liga, ni franceses ni españoles. Los ejércitos nunca pagaban, al parecer, el uso de la barcaza de su padre.

—Ahora, al menos, no habrá guerra, según dicen —dijo como punto final de su prédica.

—El rey Enrique no es de la misma opinión —le contesté burlón.

Declaró con la misma seguridad de la que había hecho gala hasta el momento:

—Sé por un primo mío de Nanterre, que un pelirrojo grande como un monte anda por ahí, no sé si enviado por Dios o por el Demonio, con la misión de asesinar al rey de Francia.

Dicho lo cual selló sus labios. Yo también permanecí en silencio, con pocas ganas ya de chanzas. En algún momento el pontazguero se levantó y se llevó la mano a la oreja. Yo le imité, pero no escuché nada más que el murmullo del Sena crecido por la primavera.

—Los cazadores están de vuelta.

Tardé un poco en oír el trote de decenas de caballos por la parte izquierda del río. El Borbón se hacía acompañar de partidas de caza tan grandes como los Valois. Llegué a contar unos treinta caballeros en torno al rey de Francia y de Navarra. Más atrás venían los perros y sus cuidadores, los peones, los carniceros, los cocineros y todos los demás, mucho más despacio.

Las patas de las monturas retumbaron al entrar al puente de madera. En ese momento yo ya me había situado en el otro extremo, con la rodilla derecha clavada en tierra y los ojos dirigidos al suelo. El estrépito cesó de repente. Respiré hondamente, para dar curso a todo lo que había rumiado en mi interior en las últimas semanas. Tras largas cavilaciones, había decidido hablar en francés, para que todos los testigos me entendieran.

Enrique se me adelantó, en bearnés, el idioma en el que siempre nos habíamos tratado.

—Joanes, bribón, ¿aún vives? Pues sí que sois recios en la Baja Navarra. Hace años que me pregunto: «¿Qué habrá sido de ese demonio de Mailu?».

A pesar de que su garganta parecía más cascada y gastada, ahí estaba la voz alegre y juguetona del Enrique de los mejores momentos. Tuve que recordar que cuatro días antes se había negado a reunirse conmigo.

—Este hombre es Joanes Mailu —les explicó a sus acompañantes, cambiando de idioma—. Un caballero de la Baja Navarra. En mi juventud me rindió más de un servicio. Apreciad en cuánta estima lo tengo que una vez lo llamé hermano, cuando no era más que príncipe de Navarra.

Entre los caballeros se alzó como un murmullo de asombro.

—¿No es así, Joanes? ¿No te llamé una vez «mi hermano»?

Se me había desvanecido de la cabeza todo lo que quería decirle. Se me habían desvanecido los reproches y las quejas. Le respondí, trastabillando con cada palabra, sin levantar la vista del suelo.

—Es así, mi señor. Me llamasteis hermano.

—Pues un hermano no le habla a su hermano postrado e inclinado. Sube al caballo y cabalga a mi lado.

La Force se encontraba entre los que rodeaban al rey. Él me mostró mi lugar, no exactamente junto a Enrique, sino en posición un poco más retrasada, para no hablarle directamente y de igual a igual. No era necesario que lo hiciera. Ya había cabalgado antes al lado del rey de Francia.

Para cuando hice arrancar a Ibrik, Enrique ya me había rebasado. No llegué, pues, a divisar la totalidad de su rostro. Solo el lado izquierdo de su barba quedó a mi vista. Se le había encanecido por completo desde la última vez que lo vi. La espalda se le había encorvado y ensanchado la cintura.

—Mi viejo Joanes —dijo sin volver la cabeza—. Si hubieras venido ayer, podrías haberme acompañado a correr el ciervo en el bosque de Saint-Germain-en-Laye, como en los viejos tiempos.

No quería decirlo, pero lo dije:

—Habría sido un gran placer, mi rey.

No creo que me oyera. Olvidándose de mí, ya había empezado a hablar con otro jinete que iba un poco más adelante. Se trataba de un hombre de edad parecida a la mía, con vestimenta de noble de alto rango y que no me resultaba completamente desconocido.

Supe que Enrique volvía a dirigirse a mí porque había cambiado de idioma.

—¿Sabes qué me dice el duque de Épernon?

Así que era él quien cabalgaba junto al rey. El que un día fuera el hombre más poderoso de Francia, el actual gobernador de Angulema.

—Que están anunciando mi muerte estos días por calles y púlpitos. ¿Qué te parece?

—Precisamente, hace diez días, en Angulema, había un hombre que...

El duque de Épernon interrumpió mis palabras:

—¿Sigues, Joanes, afecto a la Reforma?

No me agradó ni el cambio de tema ni la manera de preguntármelo. La mirada de Enrique me indicaba que debía responderle.

—Sigo afecto a la Reforma, señor.

—Pues serás el último en la Baja Navarra.

La pulla me produjo una rabia sorda en mi interior.

—¿Había de hacer como los Ezponda, mi rey?

La pregunta se la dirigí con toda intención a Enrique para apartar a Épernon de la conversación.

—No necesariamente. Si me convertí en papista fue para que gente como tú pudieran seguir siéndolo.

Épernon se rió, pero no añadió nada. El rey, entonces, requirió a La Force para que acudiera a su lado. Al parecer, mi viejo conocido iba a partir para Champagne dentro de dos días a reunirse con el ejército. Se demoraron tanto hablando que perdí la esperanza de poder meter otra vez baza.

Sorpresivamente, volvía a estar a mi lado.

—Todos tenemos algo entre manos —se excusó, en la medida en que un rey se excusa—. Yo tengo una guerra. ¿Y tú, qué tienes? ¿Qué te ha traído a mí, Joanes?

Me salieron palabras menos ásperas que las que venía rumiando desde días antes:

—Majestad, vengo a cumplir la orden que me disteis cuando, por mediación del difunto Enekot Ezponda, me enviasteis a Pamplona. Vengo a rendiros cuentas de esa misión.

—No recuerdo orden tal.

Me sentí como el último gusano que se arrastra entre el barro. A duras penas pude balbucear:

—Mi misión era alzar a los navarros a vuestro favor.

Soltó una especie de carcajada.

—¡Buena misión te encomendé! ¿Y? ¿Los alzaste?

El tono de burla me dolió todavía más que mi pecho dolorido.

—Fracasé. Vengo a pedir vuestro perdón o vuestro castigo.

—No necesitas mi perdón. Además...

Me quedé a la espera del final. Tardó tanto, que creí que no iba a llegar.

—... me hiciste servicio, al fin y al cabo.

Así que lo recordaba. Solo que a un rey no se le puede reprochar una mentira.

—Con todo el alboroto que montasteis tú y tus amigos, acabasteis por causar la alarma de los españoles. Llevaron a Navarra a miles de esos soldados que iban a enviar a Francia. De otra forma las cosas se nos hubieran puesto muy complicadas aquí, en París.

Sentí una gran sequedad en la garganta. Me costaba hacer llegar las palabras hasta los labios.

—Sabíais desde el principio que sucedería así.

No era una pregunta, sino una afirmación.

—¿Qué importa eso? No nos fallaste. Cumpliste tu cometido.

Empecé a toser. La flema que solté fue más oscura que nunca.

Un poco más adelante, Enrique, como si nada, había iniciado ya conversación con otro caballero. Vitry, al parecer, capitán de la guardia francesa. Ahora no hablaban de guerra, sino de la débil salud de Sully. Parece ser que el poderoso ministro de Francia llevaba días en cama, con fiebre. El rey le ordenó a Vitry que tuviera dispuesta una carroza para el día siguiente después de comer, para poder visitar al enfermo.

—Nunca te he ofrecido una recompensa o un favor, ¿no es cierto?

Volvía a dirigirse a mí.

—Nunca, señor —a pesar del esfuerzo, no podía sino hablar en susurros.

Quería desaparecer de ahí. Desvanecerme. Evaporarme. Sin embargo, eso no se le puede hacer a un rey.

—¿Deseas un condado? Buscaremos un rincón adecuado en la Baja Navarra. Te haré conde o marqués, con todas sus rentas. ¿Eso es lo que quieres?

—Prefiero 20.000 soldados, majestad —susurré.

Por primera vez desde que habíamos empezado a hablar volvió la cara hacia mí.

—¿Qué?

—20.000 soldados.

Su rostro era más orondo y presentaba menos cicatrices. Por lo demás, era idéntico al mío.

—¿Estás senil, Joanes?

Por un momento recuperé el ímpetu.

—Mi señor, todavía estamos a tiempo. Vais a atacar Alemania, Milán, los Países Bajos... Se está juntando el mayor ejército del mundo contra España y el Imperio. Dejad a mi cargo 20.000 soldados y volveréis a ser señor de la tierra en la que reinaron vuestros abuelos.

Me pareció que estaba considerando mi propuesta. La ilusión de un instante.

—Descansen en paz mis abuelos en sus tumbas. Ya conoces Pamplona. ¿Qué se me ha perdido a mí en un mal pueblucho lleno de gentes que no me aman?

Me sentía ridículo y, a la vez, digno de lástima; lleno de vergüenza y rebosando rencor.

Enrique volvió a hablar con el caballero de antes sobre los preparativos de la carroza para el día siguiente. Ya divisábamos París. Mi corazón y mi alma habían tocado fondo.

Ya no esperaba que volviese a conversar conmigo, pero me di cuenta de que, una vez más, había cambiado al bearnés.

—Deberías estar orgulloso, Joanes. Le has hecho un gran servicio a Navarra.

Hasta mi caballo pudo apreciar la hipocresía de sus palabras.

—Mi rey, ya no existe Navarra —le repliqué con voz seca—. En una parte

mandan los españoles. La otra se la habéis entregado a Francia.

—Yo no le he entregado Navarra a Francia, sino Francia a Navarra.

Esta vez el posadero llenó más cicateramente nuestras copas. En cambio, pidió que le pagara al instante. Más caro que la vez anterior; así me pareció. No me quejé. Mi joven amigo tenía más deseos de discutir que yo.

—¿Otra vez esta mierda de vino? ¿No te he dicho que nos saques un Saumurois o del país de Anjou?

Al posadero se le torció la mirada. La vez anterior el imberbe le había soltado la misma cantinela.

—Ya os lo he dicho, joven señor: el único que tengo lo traigo de Cergy, dulce vino de la Île-de-France, muy apreciado por mis parroquianos.

—En París no sabéis nada de vinos —dijo mi amigo, en el tono de estar denunciando algo horrendo—. El del Saumurois. Ese sí que tiene buen paladar, no esta aguachirle.

El muchacho contaba con un apellido de peso: Dampierre. También con dinero. Llevaba horas pagando las rondas de toda la concurrencia. No tanto las mías, a pesar de la predilección que mostraba hacia mí.

—Este trago, en honor de nuestro padre Calvino —masculló a la vez que alzaba la copa.

A pesar de estar bebido, no había perdido el olfato. Según entró en la posada, me reconoció como correligionario. Desde ese momento no se apartó de mí ni tres varas. Mi compañía le había venido bien, porque había estado dos veces a punto de meterse en una pelea. La primera, por maldecir al Papa. La segunda, en defensa de la dudosa honra de la mujer que le acompañaba. Conforme pasaba la noche se habían ido yendo todos sus posibles contrincantes. No le quedaba más que el posadero y discutía ahora con él a cuenta de la calidad de los vinos de París. Volví a la mesa con la excusa de llevarle la copa a la mujer.

—¡Maldito bocazas, ya se callará! —murmuró ella en cuanto me senté.

Era la primera frase que le oía desde el comienzo de la noche. Hasta ese momento creía que la borrachera no le permitía articular palabra. No era completamente así.

—Déjale. Mañana parte para la guerra. Puede que un mosquete español acabe con él tan pronto traspase la frontera de los Países Bajos.

—Mejor que estuviese aquí ese mosquete en vez de tan lejos.

El hostelero, hastiado, ya no replicaba los desvaríos de Dampierre. Resignado, el joven se volvió hacia nosotros gritando:

—Mi caballo va a abonar la calle mayor de Madrid con sus cagadas. ¡Felipe, minga seca, échate a temblar!

La mujer y yo levantamos nuestras copas, ella con menos entusiasmo que yo.

—Noble caballero navarro, sabed que siempre tendréis dónde alojaros en Saumur,

el día en que estos papistas mierdosos quieran haceros picadillo.

—No lo olvidaré.

Con esas palabras la fuerza pareció agotársele al joven. Cruzó los brazos sobre la mesa y posó la cabeza sobre ellos. Un momento después, roncaba como un cerdo.

—¡Pedazo de puerco! Ya sabía yo que al final me la jugaría.

—¿Es que no te ha pagado?

—Claro que me ha pagado. Me he quedado con él con la esperanza de que me pagase otra vez. He desperdiciado media noche para nada.

—Avariciosa.

—Qué remedio.

Creí que se iría enseguida. En vez de eso, me hizo pedir más vino. Aproveché para preguntarle cómo se llamaba. Atendía por Isabelle. La invitación tuvo la virtud de suavizar su tono áspero de voz.

—¿También tú marchas a la guerra?

Tosí. El vino aplacaba el dolor de mi pecho.

—Estoy viejo para la guerra.

Camino de París, le había respondido lo mismo al posadero de Angulema. La réplica de Isabelle contenía un matiz distinto:

—¡Pues yo diría que aún tienes bien afilada la espada!

Con una sonrisa pretendidamente lasciva me mostró su boca casi sin dientes.

—Pudiera ser.

Me cogió la mano con la suya. La tenía sudada.

—Puedes venirte a mi casa, si no tienes sitio dónde dormir.

Había tomado una minúscula alcoba en la Rue de la Licorne, no muy lejos de allí, donde podía seguir trabajando en mi escrito. Solo que me encontraba demasiado borracho como para escribir correctamente una sola letra. Por otro lado, no estaba del todo seguro de querer dormir con aquella mujer.

—¿O te consideras de demasiada alta condición como para venir conmigo?

—¿De demasiada alta condición? Hoy mismo me han ofrecido un condado.

Su carcajada atronó en la posada vacía, aunque no logró sacar a Dampierre de su sueño. El posadero, en cambio, se acercó inquieto hasta nosotros, con un deseo cada vez más evidente de perdernos de vista.

—Habrás realizado una gran hazaña para merecer tal honor —dijo ella.

Escupí al suelo.

—Ofrecer mi vida a un amigo que no lo merece y quemarme en un fuego que tampoco merecía la pena. Eso es lo que he hecho.

La mujer se quedó callada, como reflexionando sobre lo que acababa de oír. Seguramente se preguntaba si hablaba en serio o no. A continuación volvió a irrumpir en una risa sin sentido, a la vez que me acariciaba ya no la mano, sino los brazos, mientras acercaba sus labios a los míos. Su aliento tenía el olor de la carne dejada al sol.

Se levantó, balanceándose:

—Vamos, *Conde*.

—No soy conde. Lo he rechazado.

—Entonces eres un conde loco.

Quise explicarle mis motivos. Un ataque de tos me hizo callar. Ella me ofreció su mano para levantarme.

El posadero miraba atento. Señaló hacia el joven dormido:

—No puede quedarse aquí.

Dampierre seguía roncando, con la cabeza apoyada sobre la mesa.

El hombre dejó de quejarse tan pronto vio una moneda de plata sobre el mostrador. Posando mi mano sobre la empuñadura de mi espada le expliqué las consecuencias que podía acarrear tratar de robar al muchacho.

Los pies me pesaban como si los tuviese herrados. Fuera, la mujer se enredó en mis brazos.

—Se dice por ahí que no habrá guerra en Alemania y Países Bajos.

Nos dábamos mutuo apoyo para no caer al suelo en nuestro bamboleante caminar.

—La guerra que yo deseo no es en Alemania ni en los Países Bajos.

En el cielo la luna se mostraba renuente. No veía absolutamente nada. Esperaba que la mujer supiera a dónde se dirigía.

—Parece ser que antes acabarán con el rey Enrique.

En mi juventud, los malhechores de París solían apostarse en las bocacalles para desplumar a los borrachos, para lo cual a menudo contaban con la ayuda de las putas.

—Hay por ahí un hombre de proporciones gigantescas y terrible aspecto. Tiene la barba y el cabello del color del fuego, y fuego es lo que, dicen, desprenden sus ojos. Es él el que va a matar al rey de Francia.

No había ni un alma en la calle. Los malhechores de París también se habían ido a acostar aquella noche.

—Tal vez haya alguien que lo haga antes que él.

Combatí los rigores de la resaca escribiendo sin pausa en mi pequeña alcoba de la Rue de la Licorne. Ni mis toses ni el dolor del pecho detuvieron mi pluma. Al mediodía, cuando salí, se me había dormido el brazo derecho. A cambio de ello, había añadido otros doce folios a lo ya redactado en los días anteriores. Parecía algo, pero se quedaba muy lejos de mi objetivo. En cualquier caso, el asunto ya no tenía arreglo. Seguramente no tendría forma de añadir una sola línea más. Con eso también salí a la calle con la sensación, no de haberme quedado a medio camino, sino de no haber recorrido ni una décima parte de él. El dueño del hostel algo debió de barruntarse, puesto que me pidió que, antes de salir, le pagase, incluida la noche que estaba por llegar.

—¿Si no volvéis qué voy a hacer yo con vuestras pertenencias?

—Enviadlas a Pau, a mi hija, junto con el caballo.

Advertí en su cara que ese pícaro no se cansaría demasiado cumpliendo mi

voluntad.

Pregunté por el joven Dampierre en la posada de la víspera. Después de dormir hasta la mañana, se había marchado en dirección a Arras, para reunirse con el ejército que partía. Aunque no tenía hambre, me senté allí mismo a la mesa. Me sacaron un puchero lleno, pero no comí gran cosa. Lo que sí hice fue beber abundantemente del vino de la Île-de-France.

Igual que la víspera mi amigo Dampierre, me quedé dormido sobre la mesa. El posadero me despertó no muy suavemente. Al salir de allí, se confundían en mi mente nubes y claros. Otra vez las calles se hallaban atestadas de parisinos y forasteros como yo. Salí de la Cité cruzando el Puente Nuevo, como de costumbre. Aunque el sol de mayo me acariciaba la piel, percibía poca alegría a mi alrededor. Había algo pesado en el ambiente, que ponía a aquella multitud en situación de espera. La gente llegaba tan a borbotones por la larga calle que llaman Escolle Saint-Germain, que preferí dejar la orilla del Sena y rodear la iglesia del mismo nombre. Dieron las dos del mediodía en el campanario de Saint-Germain-l'Auxerois. Amén de recordarme lo tarde que era, me trajo a la memoria las campanadas a muerto de la noche de San Bartolomé. Escupí una flema oscura y espesa.

Apreté el paso, a pesar de lo dificultoso de avanzar entre el gentío. Sudaba, a causa del calor que me daba la capa. Pero no podía quitármela sin descubrir el puñal. Había dejado la espada en la habitación, pensando que podía molestarme. Cuando tuve ante mis ojos el ala norte del Louvre, oí a alguien decir:

—Ahí va el que va a matar al rey.

Me paré bruscamente. Era una voz de mujer, pero había muchas mujeres alrededor.

Entonces lo vi, delante de mí, de espaldas, destacando claramente entre la gente, la figura de un descomunal pelirrojo. Vestía túnica verde. Llevaba, a buen paso, mi misma dirección.

Casi cuando llegaba a los muros de palacio, un grupo de jinetes apareció por medio de la calle. Seguramente acababan de salir por la puerta principal del Louvre, por el ala que da al sur.

—¡Abrid paso al rey! —empezaron a gritar a los que se amontonaban en las calles.

La gente se apartó, juntándose los unos a los otros, empujando y pisoteando a los que ya estaban a los lados. Emparedado entre unos y otros, los jinetes pasaron junto a mí apresuradamente. Tras ellos, venía una carroza de grandes proporciones, capaz de transportar a seis e incluso a ocho viajeros en su interior, aparte del cochero y sus ayudantes. Una flor de lis y las cadenas de Navarra adornaban las puertas. Las cortinas de piel de las ventanas se encontraban abiertas.

Estrujado por todos los lados, no pude observar su interior. Menos aún, sacar el puñal de debajo de la capa. El amontonamiento de gente no se alivió hasta que hubieran pasado los lacayos, corriendo tras la carroza. No me puse a seguirlos tan

pronto como hubiera querido hacerlo, solo lo logré repartiendo más de un codazo entre los que me rodeaban. Al menos todavía se encontraba libre la mitad de la calle. Antes de dar cuatro pasos advertí que no era el único. El pelirrojo grandullón me precedía, corriendo más aprisa que yo tras los lacayos de roja librea.

El pequeño cortejo inició entonces un peculiar recorrido internándose en la Rue de Coq hasta la Rue de Saint-Honoré, y desde allí dobló primero hacia la cruz de Trahoir y luego hacia el cementerio de Les Innocents. El pelirrojo seguía detrás. Mis viejas piernas y la fatiga de mi pecho me impedían mantener por mucho tiempo ese ritmo. Afortunadamente conservaba algún conocimiento de las calles de París, lo que me permitió atajar por callejuelas que no permitían el paso de una carroza tan ancha. Tanto atajé que, al salir de una de ellas, me topé de frente con los jinetes que abrían la comitiva.

Era mi oportunidad.

Obligado de nuevo a hacerme a un lado, arrimé la espalda a la pared, al tiempo que apretaba con mi mano la empuñadura del puñal. Tenía ya a la carroza en frente de mí; lancé una mirada a su interior a través de la amplia ventanilla abierta, para decidir por dónde y cómo asestaría mi golpe. Distinguí en ella a siete u ocho personas. Una de ellas era el duque de Épernon. Otro, La Force. Enrique estaba con ellos, pero no en un lugar accesible. El rey de Francia y Navarra se encontraba sentado junto a la ventanilla de la derecha, mientras que yo estaba situado a la izquierda.

—¡Mil catervas de diablos!

Volví a colocarme en medio de la calle cuando las grandes ruedas traseras de la enorme carroza me dejaron atrás. Debía rodear la carroza y, antes de que se alejara, acometer por la parte derecha, aprovechando la ventana abierta. Lo hice atropelladamente, al límite de mis fuerzas, tan ofuscado que no pude ver el cuerpo que me venía encima. El empujón me arrojó al suelo, como alcanzado por un arcabuz. Desde allí vi al descomunal pelirrojo con su mirada encendida. Si hasta entonces albergaba alguna duda, se me esfumaron todas. Era en efecto Ravailac, el «triste loco» de la posada de Angulema.

—¡Deja que cumpla su misión el mensajero de Dios!

Los lacayos pasaron detrás de él y a continuación hizo lo propio alguna gente más, que nada tenía que ver ni con la carroza ni con los perseguidores de la carroza. Nadie me ayudó. Me dolía el costado. También la rodilla izquierda y la cadera del mismo lado. Aparte, también sentía dolor en el pecho, con cada respiración. Me levanté como pude. Y como pude reemprendí la marcha. Antes de dar cuatro pasos un ataque de tos me detuvo. Ya no avanzaría más.

La carroza se dirigió a la Rue de la Ferronnerie, dejando a su derecha el muro del cementerio de Les Innocents. Dios sabe por qué razón eligió esa calle, tan estrecha y tan llena de gente y tiendas. Justo podía pasar sin llevarse por delante los puestos de los vendedores de uno y otro lado. Cuando se detuvo, creí que había colisionado contra uno de ellos. No podía ver que un carro cargado de barricas de vino le cortaba

el paso. No sé seguro de dónde salió, por detrás, un segundo carro de heno.

El silencio se adueñó de todo el entorno. Los herreros de París dejaron de golpear el yunque con el martillo, y los vendedores de la ciudad se tomaron un respiro en el pregón de sus mercancías. Los caminantes enmudecieron, y detuvieron su paso los caballos y las bestias. También los que tiraban de la carroza del rey de Francia y de Navarra, atrapados entre dos carros. La túnica verde de Ravailac, en cambio, no la veía por ninguna parte.

Un chillido puso fin al silencio. Un montón de gente se arremolinó en el lado derecho de la carroza. Los lacayos con sus libreas rojas y los jinetes que precedían a la carroza con sus espadas desenfundadas.

Alguien —de nuevo una mujer— gritó:

—¡Han herido al rey! ¡Han herido al rey!

La lectura de las últimas páginas ha supuesto una auténtica tortura para Agerre. El trazo firme, claro, en ocasiones recto, y en otras ocasiones redondeado, de la caligrafía ha ido adelgazándose, oscureciéndose, retorciéndose y enmarañándose hasta hacerse casi ininteligible. Debe a la avezada costumbre de leer escritos ajenos y a su paciencia infinita haber llegado hasta el final. No tiene con qué recompensar su esfuerzo. Cuando le faltaban solamente tres o cuatro hojas, se ha puesto a mordisquear la última manzana y ya sabe que en esta casa no hay más comida.

Se ha llevado una sorpresa al salir del calabozo: pensaba que el hugonote guardaría muchos más alimentos para sí. Tras registrar toda la casa no ha encontrado más que cuatro o cinco manzanas, un cuarto de queso y un pan duro que solo ha podido comer remojándolo en agua. Devorado todo convenientemente, todavía queda sitio en su interior para otro tanto. Comer, al menos, lo ha reconfortado y ha hecho desaparecer el dolor de cabeza. El sacerdote recuerda lo que dicen las Sagradas Escrituras: *Per multas tribulationes oportet intrare in regnum Dei*. Se necesitan muchas tribulaciones, penas y trabajos para entrar en el reino de los cielos. Es ahí donde se siente ahora, como después de un largo viaje.

Se dirige al exterior, después de dejar junto con los otros los folios que tiene en la mano. Observa el cielo, calcula que debe de ser la primera o segunda hora de la tarde. No reconoce el paisaje, pero vuelve a tener la impresión de que no puede encontrarse muy lejos de su parroquia de Sara. En el prado contiguo, su mulo pasta, apaciblemente, junto al caballo negro del hugonote.

Vuelve a entrar, recoge todos los folios en sus manos y se introduce en la única habitación de la casa. Una chimenea, una cama y una mesa con utensilios de escritura constituyen su único mobiliario. El propio Agerre enciende el fuego, pero ello no basta para hacer entrar en calor al hugonote. Este yace en la cama, cubierto por una vieja piel de vaca, preso de fuertes temblores. Junto a la cama hay otros papeles como los que sostiene el sacerdote, que también ha leído ya.

Junto a la chimenea se encuentra su cofre de madera, que trajo desde París y en cuyo interior guarda el fajo de folios más antiguo. Se acerca al enfermo. Tiene el rostro sucio de flemas oscuras y tose sin cesar. Se agarra el pecho con las dos manos, como si los pulmones le abrasaran. El hugonote no escribirá más, pero eso no le importa ya a Agerre. Le basta con lo que ha leído.

—Así que presenciaste un sermón mío en San Cernin de Pamplona.

Desde que salió del calabozo y lo encontró en tan lamentable estado, el sacerdote se dirige en otros términos a su hasta ahora raptor.

—Media ciudad venía a escucharme.

A pesar de su gravedad, el hugonote le escucha atento.

—Todo el mundo atendía lo que yo decía desde el púlpito. ¿Cómo pudisteis pensar que esa gente podía alzarse a favor de vuestro rey y vuestra herejía?

Algo musita el postrado, pero no a un volumen y con la claridad suficiente para que Agerre pueda entenderlo. El sacerdote inclina su cabeza.

—Cura del demonio...

No es el insulto, sino la tos infecta lo que le hace apartar su oído. El violento acceso hace al enfermo expulsar más flemas, aún más oscuras, que le manchan todavía más la cara ya sucia. Agerre aguarda sin prisa a que termine el ataque. Cuando el hugonote vuelve a estar en disposición de hablar, recobra el hilo en el mismo punto donde lo ha dejado.

—Cura del demonio, si hubiéramos reventado a vuestro Felipe...

Se detiene, sofocado.

—... todos se habrían inclinado de nuestro lado.

Agerre no se enoja, porque la cólera, como dijo el poeta, ciega el entendimiento: *Ira impedit animum ne possit cernere verum*. Vuelve a sonreír:

—Ni siquiera si hubierais reventado a nuestro Felipe.

Más enrojecido, el hugonote vuelve a estallar en toses por un buen rato. Parece pronto a asfixiarse, pero, una vez más, vuelve sobreponerse. Lo suficiente, al menos, como para mover los labios.

—Agua.

Agerre hace como si no le entendiera. No se le ha olvidado las veces que el hugonote lo ha sacado encadenado como si fuera un perro.

El enfermo reitera su petición. Aunque la vida se le escapa, todavía conserva algo de altivez.

El sacerdote cede.

Seguramente hay una fuente cerca de la casa, pero no tiene ganas de empezar a buscarla. Antes ha encontrado un cántaro medio lleno. No lo ha vaciado por completo, pensando que lo volvería a necesitar. Ahora vierte en un cuenco lo suficiente para unos pocos sorbos. Se lo aproxima al enfermo para que lo vea, aunque sin llegar a ofrecérselo.

—Tú y yo tenemos un amigo en común.

Al hugonote se la trae al paio sus amigos comunes. Su rostro sediento presenta otras necesidades. Agerre, impasible, sigue a lo suyo:

—Jean-François Ravailac.

Manteniendo en todo momento el agua apartada de la boca del enfermo, el clérigo le cuenta cómo hizo conocimiento del de Angulema, en una elegante mansión de Saint-Denis.

—Tú lo habrías conocido cuando regresó a su pueblo.

El hugonote extiende una mano temblorosa. Agerre retrocede un paso para que no alcance el cuenco. Lee otro insulto en los labios del enfermo, sin llegar a oírlo.

—Creíamos que el pájaro se nos había escapado. Dios nos lo trajo de nuevo. Yo mismo lo encontré —declaró Agerre con orgullo.

El cura no le explica que se topó en la Rue du Pélican, de casualidad, con el enorme pelirrojo. En la Rue du Pélican, no podía ser de otra manera. Se conocía bien cuando no fue capaz de prometer castidad al confesor de Notre-Dâme. Porque el pecado de la carne es como el fuego, y el fuego nunca dice que tiene bastante. *Ignis numquam dicit sufficit*. Al loco le debe Agerre no haber aumentado la deuda que tiene con el cielo. En lo que se refiere a ese día, al menos. Ravailac les estaba contando a las putas de la calle, a sus proxenetas y a los clientes que había visto «el dragón rojo del apocalipsis». Con cada palabra se retemblaban como con espanto sus cabellos rojos y sus barbas del mismo color, al ritmo que se agitaban las mangas de su túnica verde. De toda esa chusma pocos eran los que le rehuían y todavía menos los que se burlaban de él. Todavía se acordaba del sacerdote extranjero.

—El navarro, ¿verdad? —le dijo, súbitamente apocado.

Aquel que estaba gritando como un trueno aceptó mansamente la invitación del sacerdote para acompañarle. Al poco, Agerre llamaba a la puerta trasera de la elegante casa de Saint-Denis, después de dejar en sus habituales tratos a la gente de la Rue du Pélican. La señora de la casa le recibió más calurosamente que la vez anterior. Ella se encargó de mandar emisarios a la residencia del embajador de España, a dos o tres palacios parisinos y a la iglesia de Saint-Jean-de-Grève.

—Si quedaba en él algún rastro de duda, yo se lo disipé —le explicó Agerre al hugonote.

No teme adjudicarse un mérito que fue compartido.

—Épernon nos informó de la hora a la que saldría la carroza real del Louvre. El hecho de que el duque viajase en su interior también sería de ayuda. Los dos carros que taponaron la Rue de la Ferronnerie los hizo traer Jeannot, el enano que tú mataste. Pero Ravailac procedió sin saber nada de todo eso. El loco creía que actuaba solo. Estaba dispuesto a creerlo y nosotros reforzamos esa convicción.

El hugonote todavía mendiga el cuenco con la mano extendida. Agerre se siente magnánimo al depositarlo en ella. Se da cuenta a tiempo de que no es capaz de sostenerlo. Le acaba dando él mismo de beber, reprimiendo el asco que le produce su rostro salpicado de flemas ensangrentadas. El enfermo vacía en un santiamén el exiguo cuenco.

—Más —murmura, extendiendo de nuevo el brazo.

El urdazubiarra, haciendo caso omiso de la petición, deposita el recipiente en el suelo y se sienta junto a la cama.

—Al leer tu manuscrito, me he dado cuenta de cuán generosamente se ha portado Dios con nosotros. Si Ravailac hubiera fallado, tú le habrías sustituido para cumplir nuestro plan.

El hugonote retira el brazo y posa sus ojos cada vez más vacíos sobre el sacerdote. Logra apenas mover los labios. Pronuncia una única palabra, casi

inaudible:

—Puerco.

El enfermo parece dispuesto a gastar las pocas fuerzas que le quedan en insultarlo. Agerre amplía su sonrisa.

—El rey de Francia y de Navarra no tenía quién lo salvara. Sin nosotros saberlo, tú también, el más navarro entre los navarros, el más herético entre los heréticos, estabas trabajando para España y la Iglesia de Roma.

El dolor se multiplica en el rostro pálido del hugonote. David lo advirtió hace siglos: *Pluet, super eos ignis, et sulphur et spiritus procellarum pars calicis eorum*. Fuego, azufre, tormenta y muchas otras penas dará Dios a los condenados.

—Mucho he pensado estos días hasta qué punto constituías un riesgo para nuestros planes. De ser cierto lo que consignas en tus escritos, de joven suplantaste a Enrique de Borbón durante unos años, cuando él tan solo era rey de Navarra, sin que, según parece, nadie se percatara de ello en la corte francesa. Me sorprende cómo, sabiendo eso, no hubo una sola persona que acudiera a ti después de lo sucedido en la Rue de la Ferronnerie, con vistas a resucitar en tu piel al Anticristo. Gracias a Dios, a nadie se le ocurrió la jugada.

Un gesto del hugonote parece querer desmentir las palabras del clérigo. Agerre no le da importancia.

—Está claro que no. Aunque tengáis al Diablo de vuestro lado, los herejes sois gente estúpida.

El enfermo abre la boca como tratando de decir algo. Otro ataque de tos le hace callar con mucho menos estrépito que antes. Tras ello, su respiración se vuelve más lenta aún.

—Joanes Mailu, dos veces bastardo, nada menos que rey de Francia y de Navarra. Hubiese sido la manera de darle algo de sentido a tu paso por este mundo. Y el modo de convertir nuestra victoria en una derrota mayor. También en esto has fracasado.

El hugonote vuelve a recoger sus brazos sobre el pecho. Va extinguiéndose de sus ojos turbios la poca luz que les quedaba.

—Has estado redactando tu escrito en vano. Nadie más va a leerlo.

Lo ha decidido. No se lo mostrará a Etxauz. Ni a Etxauz ni a nadie más.

—Nadie te recordará. Nadie sabrá de ti.

Una suerte de escalofrío sacude el cuerpo del enfermo. Sus brazos caen sobre la cama, desfallecidos.

—Un gusano dejará más huella que tú sobre la tierra.

El hugonote cierra los ojos. El dolor desaparece de su rostro. Su último aliento se apaga.

—No has vivido para nada, Mailu. Para nada.

Qui elongant se a te peribunt. Los que se apartan de ti tendrán un final desgraciado. El sacerdote le da vueltas a las palabras del profeta David mientras se levanta del suelo.

No se molesta en comprobar la muerte del hugonote. Se pone a recoger, uno a uno, los papeles esparcidos por el suelo, sin prisa. No están en el orden conveniente, pero puede dejar la labor de ordenarlos para más adelante. Otra tarea, no la última, para sus primeros días en Sara. Después vendrá la labor de coserlos con hilo de lino, como ha hecho en el viaje con los tres volúmenes anteriores. Deberán hacérselo en Baiona. Tendrá que decidir en qué recoveco de la rectoría los esconde para mantenerlos por siempre apartados de los curiosos.

Ya ha recogido todos los papeles en un solo montón. Tanto agacharse le ha dejado la espalda dolorida. Pero todavía tiene qué hacer. Vacía la mesa de los pliegos no utilizados, los acerca a la chimenea y, a continuación, los utiliza para dar fuego a la cama y a la mesa.

No se olvida de arrebatarse la piel de vaca al cadáver, para que las llamas hagan mejor su trabajo. Entonces salen a la luz, junto al cuerpo yerto del hugonote, otros tres o cuatro folios escritos con la misma caligrafía enrevesada del final de sus días. Se arriesga a quemarse por cogerlas, pero no es cuestión de quedarse allá a leerlas. El humo es cada vez mayor dentro de la habitación y cuesta trabajo respirar. Introduce esos folios también en el cofre de madera, junto con los demás, y sale fuera con él, sin mirar atrás. *Ite in ignem aeternum*. Idos al fuego eterno. Palabra de San Mateo.

Recupera su mulo. Después de tres semanas, acepta sin discusión el cofre sobre sus lomos. Ata a su silla el espectacular caballo negro del hugonote. Calcula que podrá venderlo en Baiona o en San Juan por una buena cantidad. Antes tendrá que averiguar hacia qué lado se encuentran estas localidades. Los pueblos que divisa desde donde está no le aclaran mucho. Por puro instinto, se dirige hacia poniente. El día tiene todavía algunas horas y preguntará por la dirección correcta a la primera persona con la que se cruce. El viento sur de septiembre acrecienta la alegría de Agerre. Pronto llegarán las palomas al puerto de Lehenbizkai.

Recuerda que debe escribir a París. El embajador Cárdenas estará echando en falta noticias del clérigo. Tendrá que inventarse algo para excusarse por el asunto de la traducción. También debe ponerse al día con Pamplona. El virrey de Navarra se hallará ya impaciente por recibir sus misivas. Y tampoco le conviene hacer esperar a Etxauz. Le ha prometido un libro. Esa labor no puede postergarla más. Ahora sabe cómo acometerla.

Monta sobre su mula. El fuego, infatigable, crepita a sus espaldas.

Abrid, señor.
Reconocí la voz del posadero al otro lado de la puerta. No era razón suficiente para levantarme de mi asiento y, tal como él pedía, abrirle la puerta.

Miré por la ventana. Estaba amaneciendo. Desde la víspera me encontraba encerrado en mi habitación de la Rue de la Licorne. Escribiendo. Había acabado con todas las velas. Los ojos me escocían. Mover el brazo y la mano me costaba horrores. Y sentía dolor en el pecho, un dolor lacerante de espadas que me estuvieran traspasando, de pistolas que disparasen una y otra vez dentro de mí.

—Haced el favor, mi señor.

La víspera el posadero se mostró sorprendido al verme regresar. No esperaba de ninguna de las maneras encontrarme de nuevo por allí. Tanto era así, que ya le había alquilado mi habitación a otra persona. Tuve que ponerle todavía peor gesto del que traía para que me devolviese el cuarto. A partir de ese momento, el mísero intentaba complacerme en el menor detalle.

—Vienen preguntando por vos.

La víspera, la noticia había llegado a la posada antes que yo. El posadero plañía lamentando ante mí a grandes voces la gran pérdida que abatiría a Francia si no mejoraba el rey de sus heridas. No me creí sus lamentos. Él también debía de temer la cólera hugonote, como en este momento toda esa canalla papista de París.

—¡Mi señor!

Puse fin con un punto al párrafo que me encontraba escribiendo para levantarme de la mesa.

—Espera —dije dirigiéndome a la puerta cerrada, forzando al máximo la voz.

Mi garganta no estaba en sus mejores momentos.

Tomé la espada y abrí la puerta, retrocediendo al mismo tiempo un paso con el arma en alto. El susto hizo palidecer al posadero.

—Estos nobles señores y esta noble dama desean hablar con vos.

La palabra «dama» me hizo bajar la espada.

No podía contarse con un solo golpe de vista toda la gente que se encontraba a espaldas del posadero. En mi alcoba solo entraron dos personas. Una, ferviente papista, gruesa como un tonel, apenas había salido nunca de los mullidos salones cortesanos. El otro, fiero reformado, delgado como un junco, estaba curtido en mil batallas. La antigua esposa del rey de Francia y de Navarra se balanceaba como un niño que está aprendiendo a caminar. La sostenía del brazo, con paso firme, el jefe de la guardia francesa del rey. A falta de nada mejor, le ofrecí a Margarita mi duro lecho para que se sentara. Así lo hizo, sin disimular su desagrado. Examinó todo lo que la

rodeaba como quien ha venido a parar al fondo de una letrina.

La Force permaneció de pie, como yo.

—Andamos buscándoos desde ayer —me dijo sin ocultar su cólera—. No ha resultado fácil dar con vos.

Como yo, mis dos visitantes habían pasado la noche en vela. Así lo demostraba su aspecto. Parecía que las damas de Margarita habían intentado ocultar las ojeras de su señora, pintando sus ojos con algún cosmético azulón. El resultado era el terrorífico rostro de un malhechor enmascarado. Ella le quitó la palabra a La Force.

—Supongo que no serás el único en esta ciudad que desconozca lo sucedido ayer por la tarde en la Rue de la Ferronnerie.

Aunque cansada, aún quedaba un ápice de la fuerza de otros tiempos en ese corpachón de flácida gordura.

—Estoy enterado.

Estuve a punto de dejar la respuesta ahí. Me sentí forzado a añadir:

—Espero que haya mejorado la salud del rey de Francia y de Navarra.

Los semblantes de mis visitantes no sugerían tal cosa.

—Si vos queréis, Enrique vivirá —me contestó La Force.

Pregunté mansamente:

—¿Qué puedo hacer yo para que viva? No soy médico.

Lo habían convenido antes de venir. Ahora fue Margarita la que me habló.

—Enrique ha muerto. Cuando lo llevaron anoche al Louvre ya había fallecido.

Ambos estaban cerca del llanto y a mí me resultaba turbadora la idea de verles sollozar. Gracias a Dios, la antigua reina de Navarra superó con bien el momento de flaqueza.

—Eso no tiene vuelta atrás. Pero ahora está en vuestra mano que vuelva a la vida. Una vez, hace casi treinta y cinco años, fuisteis Enrique. Engañasteis a todo el mundo en París. Nadie se dio cuenta.

—Vos sí.

—Solo en cierta manera. Nunca estuve completamente segura. Quizás porque, a pesar de ser vuestra «esposa», no estaba mucho tiempo a vuestro lado.

Incluso en aquellas circunstancias Margarita no reprimió un gesto de feminidad.

—Nadie más se apercibió de ello —me apremió—. Ahora sería igual.

—¿Igual?

—El otro día, en la entrada del Louvre, demostrasteis que todavía sois capaz de suplantar a Enrique —intervino La Force, que no podía callar por más tiempo.

Empecé a decir algo para contradecirlo. Margarita silenció mi argumento apenas había llegado a mis labios.

—Todavía estamos a tiempo. Todos los que deben de estar enterados están al tanto. El resto jamás sabrá nada. De donde había un rey herido saldrá otro rey, sano y salvo. Será una mala noticia para la viuda reciente y para otros muchos. Y una noticia mucho peor para el rey de España y para su embajador. En cambio, toda Francia se

alegrará con vos y con nosotros.

El dolor del pecho era más vivo que nunca. Un reguero de sudor me bajaba por la frente y las axilas. Las piernas me temblaban.

—Volved a ser el rey de Navarra. Y el de Francia.

Las últimas palabras de Margarita me dieron pie a contestarle.

—No quiero ser rey de Francia.

El rostro de ella se cubrió de abatimiento, mientras que la cólera volvía al de La Force.

—¿Estáis dispuesto a abandonar a vuestros correligionarios? —me preguntó el capitán de la guardia, en el tono de quien se esfuerza por reprimir su ira—. ¿Cuánto tiempo podremos durar sin nadie en el trono que vele por nosotros?

—¿Pretendéis que yo asista a la misa para que vosotros podáis seguir acudiendo a la cena?

La indignación también hizo presa en Margarita.

—¡Ya oísteis todas las misas del mundo hace cuarenta años, cuando fuisteis «rey»!

—Pues ya me valen —murmuré.

—¿Y Navarra? —preguntó La Force, a punto de rugir—. ¿También abandonaréis a Navarra? Nunca contaréis con mejor oportunidad para mandar un ejército que recupere vuestra Pamplona.

—Claro, Pamplona —acudió Margarita en su auxilio, en un tono no más bajo—. Vuestra Jerusalén perdida. Ahora tenéis ocasión de cumplir vuestro sueño.

—Es demasiado tarde —balbuceé.

No me escucharon. Ambos continuaron hablando al unísono, pero a mí los oídos me zumbaban. Me pesaban piernas y brazos. El dolor en el pecho llegaba a cortarme el aliento. Me encontraba cansado, terriblemente cansado. Y quería escribir. Ya solo quería escribir.

POSTFACIO

HISTORIA E HISTORIAS

Los vascos del sur nunca hemos sabido gran cosa acerca de Enrique III de Navarra y IV de Francia. En los libros de texto de nuestra juventud, pocas eran las menciones al primer Borbón, y siempre condenatorias. Se nos silenciaba además su condición de navarro —dudosa, vista desde la actualidad, indudable desde la perspectiva de la época—. Sospecho que el desconocimiento sobre su figura es aún mayor hoy en día, incluso en ese sistema educativo que llamamos «nuestro». Se trata, sin embargo, de uno de los personajes más sorprendentes y atractivos de la Historia europea. Y, mal que le pese a la historiografía española —y vasca—, si hay alguien que ha llevado el nombre de Navarra unido al suyo, ese ha sido el hijo de Juana de Albret. Fuera de aquí, se han escrito centenares de libros sobre Enrique de Borbón: particularmente biografías, pero también buen número de obras de ficción. En Francia consideran a su Henri IV un héroe nacional, casi al mismo nivel que Napoleón. También ha dejado su huella en el Reino Unido y en Alemania. El Enrique de esta trilogía lo he construido con hebras tomadas de aquí y allá.

El siglo XVI, además del odio basado en la religión, trajo a primera línea a unas cuantas mujeres. No en España; sí en Francia, Inglaterra, Escocia o Navarra. Margarita de Valois, la primera esposa de Enrique, es una hija de ese siglo excepcional. La última reina de una Navarra independiente ha sido protagonista de no pocas obras desde su muerte hasta nuestros días. La imagen de ella que aparece en esta novela es deudora de algunas de ellas.

La amante de Enrique, Corisanda, es también un personaje histórico, así como su dama de honor, la señora de Duras. Lo mismo hemos de decir de otros personajes que en esta obra aparecen en la ciudad sitiada de Carlat, como el amante de Margarita, el capitán Aubiac, y su enemigo Lignerac, bailío de Auvernia. Otros personajes a los que sitúo en París, en el palacio de Margarita, hacia el final de esta novela, tampoco son de mi invención. Entre ellos están el poeta Maynard, el caballero Villars —otro amante de Margarita— y especialmente Vicente de Paúl, canonizado por la Iglesia.

También son de carne y hueso algunos de los personajes que aparecen en torno a Enrique. La Force fue realmente uno de sus principales colaboradores. Al duque de Épernon, por otro lado, más de un historiador lo considera principal sospechoso en el asesinato del rey de Francia y de Navarra. No ha faltado quien ha visto la mano de España en la conspiración, por medio de su embajador en París, Íñigo de Cárdenas. Otros más atribuyen el asesinato a la colaboración entre unos y otros. En *Nuestra Jerusalén perdida* he convertido en cómplices de la conspiración a algunos hombres que engrosan las crónicas de la época, como el jesuita Gonthier o la condesa de Verneuil, amante de Épernon. Igual que en Estados Unidos con la muerte del presidente Kennedy, también en Francia se suscita de vez en cuando el debate sobre los autores intelectuales del asesinato del primer Borbón. Sobre el responsable directo no cabe ninguna duda. Para los franceses, Jean-François Ravailac es una suerte de Lee Oswald. Para erigir su personalidad no he tenido que inventar gran cosa. Las obras que tratan esa época se hallan repletas de referencias a su proceso y ejecución.

Nuestro Axular se encuentra lejos de todo ello. De él, solo conocemos lo más esencial de su biografía. No tenemos idea de cómo era en realidad. No lo negaré: esa ausencia de datos me ha resultado beneficiosa a la hora de crear un Pedro Agerre sometido a mis caprichos. Para lo demás, con más o menos acierto, me he atenido a los datos del ensayo que Luis Villasante le dedicó al escritor urdazubiarra^[6]. Mi amigo Xabier Elozegi me advirtió que pudiera ser que el segundo protagonista principal de este libro en verdad hubiera nacido más tarde de lo que indica el presidente de Euskaltzaindia en su libro. Tampoco en eso uno se puede fiar de Axular. El más famoso párroco de Sara fue un personaje oscuro. Sospechoso. No es de extrañar que la leyenda popular lo convirtiera en alumno del diablo. Conocemos, poco más o menos, dónde y cuándo hizo tal o cual cosa. Pero no los motivos. Cuando menos resulta llamativo que, justo en el momento en el que la guerra entre España y Francia vivía su momento más cruento, a un sacerdote *español* se le ocurriera marchar a tierra enemiga, a menos que fuera por que alguien se lo había ordenado. Resulta significativa la bienvenida que le dispensaron en Lapurdi, cuando se presenta apadrinado por el obispo Etxauz.

El obispo de Baiona que tantas veces es mencionado en las páginas anteriores, aunque al final no aparezca en ellas, obviamente tampoco es un personaje de ficción. Su familia estuvo medio siglo a sueldo de España y enemistada con los reyes de Navarra. De la amistad que mantuvo con Axular no hay duda alguna, como atestigua la dedicatoria con que le obsequió el escritor en su *Gero*.

El obispo, natural de Baigorri, no es, por otra parte, el único bajonavarro que aparece en la novela. El paso de algunos de ellos por este mundo es cosa cierta, como es el caso de Joanes de Haranburu y Joanes de Belzunce. En cualquier caso, el vizconde de Macaya seguramente se encontrase fallecido en la época en que este volumen lo presenta con vida.

Es el mismo caso de alguno de los personajes que el desgraciado Joanes se encuentra en Pamplona. Existió verdaderamente Antonio de Ayanz, señor de Ureta, aunque no queda tan claro si todavía vivía en 1591. De igual modo, su primo Guendulain, Joanes de Iracheta, Lope de Esparza, Jaime Díaz de Armendáriz, Martín Cruzat, León de Garro, León de Ezpeleta, todos los miembros de la familia Beaumont... la mayoría de los nobles navarros que menciono en este libro son personajes de nuestra pequeña historia, aunque yo los haya puesto a bailar al son que más me convenía. Carlos de Beaumont, señor de Arazuri, por ejemplo, en verdad estuvo peleado con toda su familia. Pero he sido yo quien ha decidido convertirlo en conspirador contra el rey de España.

También existió un Miguel Ollacarizqueta, abogado y síndico. Destacó en la segunda mitad del s. XVI por la defensa de los derechos del reino ante el virrey. Sin embargo, soy yo el único responsable de haber dado a su patriotismo la dimensión con la que aparece en este libro. Licencia algo mayor me he tomado con Alonso de Idiáquez de Butrón y Mújica. Es cierto que el conde de Aramayona fue virrey de

Navarra, pero no en la época en que aparece en mi obra, sino algunos años más tarde, a principios del siglo XVII, cuando era rey Felipe III y no su padre, Felipe II. Más fidelidad he guardado a la Historia en lo que concierne a Pedro de Navarra. El gobernador de Pamplona y jefe de la red de espionaje española en toda la frontera se hallaba en su puesto, a pesar de ser muy mayor ya, el año en que yo hago llegar a Joanes Mailu a «nuestra Jerusalén perdida». En el mismo caso se encuentran Carlos de Amézqueta, capitán de la escuadra guipuzcoana, y Juan del Águila, jefe de la sorprendente campaña que los españoles llevaron a cabo en Bretaña.

No hace falta decir que la descripción que doy de Pamplona no es inventada por mí, sino basada en los planos de historiadores e investigadores. No he actuado siempre tan estrictamente cuando la narración lo requería. El lector atento tal vez se haya percatado de que existe una pequeña incongruencia entre el primer y el tercer volumen de esta trilogía sobre el lugar en que Pedro Agerre predicaba en Pamplona. En el primero lo presentaba en la iglesia de San Nicolás; y en este tercero, en la de San Cernin. Se me habrá escapado más de un error involuntario, pero este no se cuenta entre ellos. Lecturas posteriores de textos de Aingeru Irigarai y de Jimeno Jurío me han hecho reparar en que San Cernin era, incluso un siglo más tarde, la parroquia más euskaldun de Pamplona y, por tanto, un escenario más convincente para los sermones de Pedro Agerre. El burdel del Regimiento de Pamplona — municipal, por tanto—, claro está, era «la casa de Juan Vizcaíno» a finales del siglo XVI, según nos cuenta Arazuri^[7].

El resto de personajes son de mi creación, con la vista siempre puesta en la verosimilitud. No sabemos si hubo un librero llamado Bernat Bakedano en la Pamplona de finales del XVI, pero desde principios de siglo se hallaba instalada en Estella la familia Baquedano, ligada al mundo del libro. Por otro lado, aparece un Ilarregui, maestro en Pamplona y apartado de la educación por el Regimiento de la ciudad, «porque apenas sabía leer y escribir». En la medida de lo posible he actuado siempre de la misma manera.

Historia e historias. Una novela situada en el pasado está obligada a navegar en precario equilibrio entre ambas. Si la narración se aleja demasiado de la Historia se arriesga a mermar la credibilidad de la misma. Al otro lado, la historia pierde encanto cuando es tiranizada por la Historia. He pretendido escribir este libro con las puertas lo más abiertas posibles a la imaginación, pero desde el respeto estricto al contexto histórico y social. Hijo de dicha conjunción es Joanes Mailu, el protagonista principal de esta trilogía. No existió nunca, pero podía haber existido. Y si así hubiese sucedido, no distaría mucho, creo yo, de lo que cuento en este libro. Tuvo en su mano cambiar el curso de la Historia y no lo hizo. En su lugar, ha escrito esta historia, por mediación mía. No es lo mismo, pero habrá que conformarse con ello.

Resultaría muy prolijo enumerar a todos los que me han ayudado en el largo proceso de redacción de los tres volúmenes de la trilogía El Reino y la Fe. Quiero devolver mi gratitud a todos los que, en un lugar o en otro, de una manera u otra, me

han realizado la breve pero significativa pregunta de «¿para cuándo el tercero?». En cualquier caso, no puedo dejar de mencionar el estímulo de Xabier Mendiguren, que excede las labores de un editor al uso. Si he logrado un libro digno, a él se lo debo. Ni tampoco el del traductor Ángel Erro, siempre a la espera de que yo terminase de trabajar, para poder empezar él. A Bixente Taberna le he restado bastante tiempo localizando lugares en los viejos planos de Pamplona. No olvido tampoco el aliento en la distancia de Txema Larrea y, con él, el de toda la tropa de Bilbao. Ni el apoyo cercano de mis hermanos —Xabi, Patrizia, Jon, Natalia, Pablo, Gilen— y el de mi madre. Por último, qué decir de los de casa. Fermintxo, Miren y, muy especialmente, Elena. La mayor parte del tiempo que he empleado en escribir estas páginas lo he sustraído del que podía haber pasado con ellos. Espero que algún día me perdonen.

En Lekunberri, a 12 de octubre de 2013

CRONOLOGÍA

- 1494:** Catalina de Foix y Juan de Albret, reyes de Navarra.
- 1512:** El ejército de Castilla conquista Navarra.
- 1512-1513:** Primer intento de recuperar Navarra. Batalla de Belate.
- 1516:** Segundo intento de recuperar Navarra.
- 1517:** Enrique II de Albret, rey de Navarra. Martín Lutero publica sus noventa y cinco tesis. Carlos de Habsburgo, rey de España.
- 1521:** Tercer intento de recuperar Navarra. Batalla de Noain.
- 1522:** Asedio del castillo de Amaiur.
- 1523:** Asedio de Fuenterrabía. Los españoles reducen a cenizas Lapurdi, la Baja Navarra y la zona occidental del Bearne. Perdón de Carlos V.
- 1530:** Recuperación de la Baja Navarra.
- 1534:** Lutero traduce la Biblia al alemán.
- 1536:** Juan Calvino publica *Christianae Religiones Institutio*.
- 1545:** Bernard Etxepare publica *Linguae Vasconum Primitiae*. Comienza el Concilio de Trento.
- 1553:** Nace Enrique de Borbón.
- 1555:** Juana III, reina de Navarra y señora principal del Bearne.
- 1556:** Felipe II, rey de España. Pedro Agerre nace en el caserío Atsular de Urdax.
- 1560:** La reina de Navarra abandona la Iglesia Romana y se convierte al calvinismo.
- 1562:** Comienzan las guerras de religión en Francia. Antonio de Borbón muere en el asedio de Rouen.
- 1563:** La Iglesia Reformada de Navarra y el Bearne encomienda la traducción del Nuevo Testamento al euskera a Joanes Leizarraga.
- 1564:** Juan Calvino muere en Ginebra. Concluye el Concilio de Trento.
- 1566:** Juana III funda la Academia calvinista de Orthez.
- 1568:** La contienda religiosa se extiende al País Vasco: primera rebelión de la Baja Navarra.
- 1569:** La rebelión se expande a Zuberoa y el Bearne. Asedio de Nabarrenx.
- 1570:** Paz de Saint-Germain.

- 1571:** Los libros de Leizarraga se imprimen en La Rochelle.
- 1572:** Muerte de Juana III en París. Enrique III de Borbón, rey de Navarra. Matanza de la noche de San Bartolomé en París. Enrique III, preso, abjura de la Reforma.
- 1574:** Enrique III de Valois, rey de Francia.
- 1576:** Enrique III de Navarra huye a sus Estados, donde vuelve a abrazar el calvinismo.
- 1584:** Axular toma posesión del subdiaconato en Pamplona.
- 1585:** Comienza la última guerra de religión de Francia. Margarita, reina de Navarra, se une a la Liga Católica.
- 1587:** Margarita se rinde ante su hermano, el rey de Francia.
- 1589:** Asesinato de Enrique III de Francia. Su sucesor es Enrique III de Navarra. La armada española penetra en París y en el norte de Francia.
- 1593:** Enrique III de Navarra abjura definitivamente del calvinismo y se convierte en Enrique IV de Francia.
- 1596:** Los miembros de La Liga llegan a Saint-Palais. Asesinato de Eneko Ezponda. Axular es ordenado sacerdote en Tarbes (Bigorra, Francia). De ahí pasa a San Juan de Luz.
- 1598:** Edicto de Nantes: libertad de culto para los hugonotes. Fin de las guerras de religión. Paz de Vervins entre Francia y España. Felipe III, rey de España.
- 1600:** Axular, párroco de Sara.
- 1601:** Muere Joanes Leizarraga, en Labastida.
- 1609:** Pierre de Lancre en Lapurdi: centenares de personas son acusadas de brujería.
- 1610:** Asesinato de Enrique de Borbón en París.
- 1643:** Publicación de *Gero*, de Axular, impreso en Burdeos.



AINGERU EPALTZA nació en Pamplona en 1960. Tras realizar estudios de periodismo, trabajó en diversos medios de comunicación (*Deia*, *Euskal Telebista*, *Navarra Hoy*), hasta que empezó como traductor del Gobierno de Navarra. A pesar de ello, ha continuado colaborando en prensa durante estos últimos años (*Noticias de Navarra*, *Argia* y *Nabarra*, entre otros medios).

Dio a conocer sus primeros trabajos entre 1984 y 1989 en la revista literaria *Korrok*, surgida en torno a la librería Auzolan de Pamplona. En 1990 recibió el premio Rikardo Arregi de periodismo, en la categoría de periodismo de valoración. Aunque ha escrito teatro (*Mugetan irri* que escribió en 1984 para el grupo Ortzadar), relatos (*Garretatik erauzitakoak*, 1989; y *Lasto sua*, 2005), así como ensayo (*Bezperaren bezpera*, 2007), Epaltza es un novelista nato, y en ese ámbito ha dado sus trabajos más mencionables. Entre su producción para adultos es digno de mención el libro de cuentos *Garretatik erauzitakoak* (Elkar, 1989), la novela negra *Rock'n'Roll* (Elkar, 2000, traducido al castellano como *Rock'n'roll*, Tartalo, 2003), y en el ámbito juvenil la novela corta *Ur zabaletan* (Pamiela, 1994). Además, tres de sus libros han sido galardonados con diferentes premios: *Sasiak ere begiak baditik* (Elkar, 1985) fue ganador en el concurso para nuevos escritores organizado por el Ayuntamiento de Pamplona; la novela *Ur uherrak* (Pamiela, 1993, traducido al castellano como *Agua turbia*, Hiru, 1995) ganó el premio Xalbador en 1991, y su obra *Tigre ehizan* (Elkar, 1997, traducido al castellano como *Cazadores de tigres*, Xordica, 1999) fue galardonado con el Premio Euskadi de 1997. Además de los galardones mencionados, Epaltza ganó el premio de periodismo Rikardo Arregi en 1990. En 2006 inició la

publicación de las novelas de la trilogía «Erresuma eta fedea» (El reino y la fe).

Notas

[1] ‘Campana’, en euskera. <<

[2] En castellano en el original. <<

[3] Sed bienvenido, padre. <<

[4] Donibane o Donibane Garazi es el nombre euskérico de la localidad bajonavarra de San Juan de Pie de Puerto (Saint-Jean-de-Pied-de-Port en francés). <<

[5] Pues sí; hay que morir, y la vida que, ufana, presume ante la muerte, sentirá sus furores, el sol abrasará estas vulgares flores, y el tiempo hará estallar esta burbuja vana. (Traducción de Ángel Erro) <<

[6] VILLASANTE, Luis: *Axular: Mendea. Gizona. Liburua*. Arantzazu (1972) <<

[7] ARAZURI, José J.: *Pamplona: calles y barrios*. Pamplona (1979-1981). <<